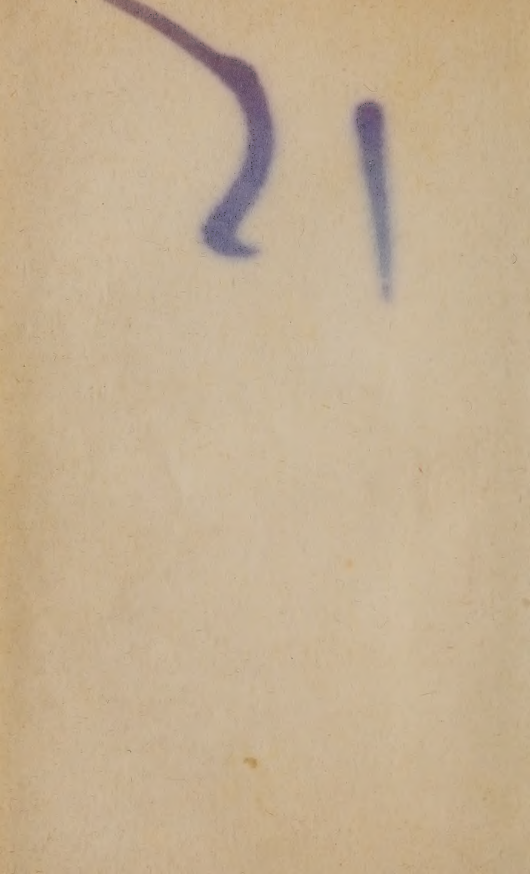
Gift


21

DELICIAS
AL PIE DEL ALTAR

Ó EL LIBRO

DE ORACIONES Y DEVOCIONES

DEL

PIADOSO FELIGRÉS.

DÉCIMA QUARTA EDICIÓN

Mejorada sobre las anteriores,
y la única aprobada por el Ilmo. Señor
Arzobispo Dr. Vicente Arbeláez.



BOGOTÁ
Librería Colombiana

1899

CENSURA Y APROBACIÓN ECLESIÁSTICA

—o—

Ilmo. Sr. Arzobispo Dr. Vicente Arbeláez.

Ilustrísimo Señor :

He impreso un Devocionario con el título de «Delicias al pie del Altar», el cual acompaño á Su Señoría Ilma. para que tenga la bondad de revisarlo y dar su aprobación, y á la vez el concederle á cada una de las oraciones que él contiene, las indulgencias que Su Señoría Ilustrísima estime conveniente, pues sin este requisito no puedo ofrecerlo á la circulación.

Quedo de Su Señoría Ilustrísima, su muy atento obediente servidor q. b. s. m.

FRANCISCO TORRES AMAYA.

Bogotá, Diciembre 5 de 1873

—

Gobierno eclesiástico.—Bogotá, Diciembre 11 de 1873.

Pase en comisión al Sr. Dr. Francisco Jiménez Samudio, para que se sirva examinarlo y darnos su informe.

✠ VICENTE, Arzobispo de Bogotá.

Pardo Vergara, Secretario.

Ilustrísimo Señor Arzobispo de Santa Fe de Bogotá.

Bogotá, 20 de Diciembre de 1873.

Con la nota oficial del 12 de Diciembre, marcada con el número 1.007, he tenido el honor de recibir el libro místico titulado: DELICIAS AL PIE DEL ALTAR, cuya revisión y examen se me ha encomendado; y en consecuencia paso á emitir mi concepto acerca de ella.

La obrita de que me ocupo, Ilustrísimo Señor, es una colección de oraciones, ejercicios piadosos, aspiraciones y prácticas espirituales, estudiosa y hábilmente coleccionada para el uso de los fieles.

No me detengo en emitir opinión sobre su ortodoxia, y conformidad con las prescripciones de la Iglesia, porque todas las piezas que la forman, son no sólo preces llenas de piedad y de unción cristianas, sino que la mayor parte han sido aprobadas anteriormente, y muchas han merecido que se les concedan gracias é indulgencias.

Empero, en el examinatorio, que en muchos otros devocionarios adolece de defectos; y cuya lectura no es propia para los niños y otras personas inocentes, he encontrado un tino exquisito en el modo de advertir las faltas, sin que hayan palabras ó frases impropias del asunto ó del lugar. El señor Torres Amaya, Editor de este nuevo devocionario, prestará con su publicación, un importante servicio á los fieles y á la Religión, aumentando con esta joya el caudal de publicaciones con que la Iglesia nuestra madre excita la piedad de sus hijos.

Ojalá que todos los que tienen á su disposición el poderoso influjo de la imprenta, en vez de propagar las malas ideas y de dar aliento á la inmoralidad y á la corrupción, hicieran á semejanza del señor Torres, el bien de presentar obras que fortifican con su lectura el espíritu y lo hacen pensar en lo despreciable de las cosas mundanas y lo eterno y sublime de la futura.

Dejo así contestada la nota que por orden de Su Señoría Ilustrísima, he recibido de la Secretaría del Arzobispado á que me refiero, y me complazco en recomendar eficazmente la obrita, cuyo examen acabo de hacer; la cual, en mi humilde concepto, merece la

aprobación eclesiástica superior, por llenar todos los requisitos exigidos, y ser una de las mejores de su clase.

Dios Nuestro Señor guarde la importante vida de Su Señoría Ilustrísima los muchos años que le desea su humilde súbdito y Capellán,

Francisco Jiménez Samudio.

GOBIERNO ECLESIÁSTICO.

Bogotá, Diciembre 22 de 1873.

En virtud del informe del señor Presbítero Dr. Francisco Jiménez Samudio á quien se pasó para su examen el libro titulado Delicias al pie del Altar, permitimos que dicho libro se imprima y lo usen los fieles.

Concedemos ochenta días de indulgencia por cada oración que se rece de las contenidas en el libro mencionado.

Publíquese la censura con esta resolución.

✠ VICENTE,
Arzobispo de Bogotá.

J. Pardo Vergara, *Secretario.*

PRÓLOGO

Al dar á luz este libro, se advierte que es una recopilación de oraciones y devociones que se han tomado de los diversos devocionarios que circulan entre los fieles. Para formar el presente, se han tenido á la vista los que gozan de más crédito, como Lavalle, Torrecilla, San Francisco de Sales, San Alfonso de Ligorio, Alacoque, Lazcano y otros.

Las almas timoratas que buscan sus consuelos en la oración y en la meditación para elevar su espíritu á Dios, encontrarán en este devocionario lo que su piedad les dicte; pues para el efecto se han escogido de los autores mencionados, lo más precioso y selecto de oraciones y devociones para el uso diario del cristiano.

Al hacer la presente edición, tengo el honor de ofrecer á los fieles un librito que contiene en sí, todo lo que la ge-

neralidad de las personas piadosas gustan rezar. Por otra parte, él está enriquecido de un tesoro inmenso de indulgencias, las cuales pueden muy bien ser aplicadas en sufragio de las almas de nuestros parientes, amigos y bienhechores, que han fallecido en la fe del Señor.

Si este Devocionario mereciere la aceptación de las personas piadosas, mis esfuerzos en trabajarlo quedarán recompensados, y á la vez, el de coadyuvar por medio de mi profesión á la circulación de libros de esta especie, que tanto solicitan los fieles para tener en qué encomendarse á Dios, y rogar por el alivio espiritual de las almas.

El Editor.

DEDICATORIA

Á LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

EN SU

Inmaculada Concepción.

Á Vos, Señora, dedico este trabajo emprendido á honra y gloria de Dios y bien espiritual de las almas; recibidlo, Señora, como un humilde y sincero homenaje de gratitud, por los constantes beneficios que he recibido de vuestro divino Hijo, y al aceptarlo, espero que él sea bendecido por vuestra benéfica mano.

Bogota, 8 de Diciembre de 1878.

F. T. A.

EJERCICIO DEL CRISTIANO

Ú ORACIONES QUE

CONVIENE REZAR TODOS LOS DÍAS

AL DESPERTARSE Y LEVANTARSE.

En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Dios mío, á Vos se eleva mi espíritu desde que la luz del día comienza á alumbrar mis ojos. ¡ Oh mi amado Jesús! Yo os doy mi corazón : quiero ser enteramente vuestro. Desde el amanecer me ocuparé en la consideración de vuestras bondades. Poned en mi boca palabras de alabanza, para que emplee este santo día en cantar la grandeza de vuestra gloria. ¡Oh luz verdadera! Enseñadme á detestar las obras de las tinieblas : cubridme con las armas de la luz, para que durante el día camine por las sendas de la virtud. ¡ Ojalá que todos mis caminos se dirijan á la observancia de vuestros Mandamientos ! Mientras que con mis vestidos cubro

mi cuerpo, adornad, Señor, mi alma con el vestido de la inocencia, de la misericordia, de la humanidad, de la paciencia, de la modestia, de la caridad, y de todas las demás virtudes.

ORACIÓN Y ACTOS DE VIRTUDES QUE SE DIRÁN POR LA MAÑANA.

Venid, Espíritu Santo, iluminad mi entendimiento, llenad mi corazón y encended en él el fuego de vuestro amor.

Creo firmemente, Dios mío, que estáis presente en este lugar y en todas partes; creo que penetráis los secretos más ocultos de mi corazón; creo todas las verdades que la Iglesia Católica, Apostólica Romana, propone á los fieles como verdades de fe, porque sois Vos mismo quien las ha revelado. Haced, Señor, que todas mis obras sean conformes con mi fe.

Espero en Vos, Dios mío, misericordia mía; confío que me concederéis en esta vida la gracia para que no os ofenda, y la gloria después de la muerte; y lo espero con tanta mayor confianza, cuanto que Vos, que sois fiel en vuestras promesas, me lo habéis prometido.

¡Oh Dios, todo caridad! Os amo sobre todas las cosas: os amo con todo mi

corazón, porque sois el sumo bien, y el único digno de ser sumamente amado. Amo á mi prójimo como á mí mismo; amo á mis enemigos porque Vos así lo queréis, y porque Vos me habéis amado á mí, siendo yo enemigo vuestro por el pecado.

Os adoro, Dios mío, con la humildad y con la sumisión con que una frágil criatura está obligada á adorar á su Criador. Confieso y reconozco que sois el Supremo Rey del Cielo y de la tierra, el Señor de la vida y de la muerte, y que todas las cosas están sujetas á vuestro imperio.

Gracias os doy, Dios mío, por los infinitos beneficios que me habéis dispensado: os las doy porque me habéis criado á vuestra imagen y semejanza, porque me habéis redimido con la preciosa Sangre de vuestro Hijo, y porque me habéis llamado á la admirable luz de vuestra fe. Os las doy por fin, porque entre otros innumerables beneficios habéis derramado hasta ahora sobre mí vuestras misericordias, y librándome esta noche de todos los peligros y males, me habéis conducido salvo hasta el principio de este día.

En reconocimiento de tantos beneficios os ofrezco, Señor, todo cuanto hay en mí: os ofrezco mi alma con todas

sus potencias, mi cuerpo, con todos sus sentidos y todos sus pensamientos, palabras y obras : todo lo dirijo á mayor honra y gloria de vuestro Nombre. Y para que mi ofrecimiento os sea agradable lo uno á los méritos de vuestro divino Hijo, en quien os habéis complacido, para que supla lo que falta á mi miseria, y cubra mis defectos con la abundancia de su caridad.

¡Oh Dios mío, rico en favor de todos los que os invocan! Suplícoos humildemente que me concedáis todas las gracias de que más necesito para vuestra mayor gloria y para salud de mi alma. Pero concededme principalmente que tenga la muerte de los justos y que pueda cantar eternamente con ellos vuestras misericordias.

Y vos, oh Santísima Madre de Dios, Virgen inmaculada, á quien he elegido y elijo otra vez, para que seáis mi especial patrona, alcanzadme el espiritu de vuestro amado Hijo y la preciosa muerte de los Santos.

Vos también, Santo Ángel custodio, á cuya protección estoy confiado, dignaos hoy iluminarme, conservarme, regirme y gobernarme.

Y vosotros abogados míos San N. N. y demás Santos de mi devoción, amparad á vuestro cliente y dirigidme por

el camino de mi salvación, para que pueda vivir y alegrarme con vosotros y alabar á Dios por eternidades de los siglos.

ORACIÓN UNIVERSAL PARA TODO LO CONCERNIENTE Á LA SALVACIÓN.

Dios mío, yo creo en Vos : fortificad mi fe; espero en Vos : asegurad mi esperanza; os amo : redoblad mi amor; me arrepiento de haber pecado : aumentad mi arrepentimiento.

Os adoro como á mi primer principio, os deseo como á mi último fin, os doy gracias como á mi bienhechor perpetuo, os invoco como á mi soberano defensor.

Dios mío, dignaos reglarme con vuestra Sabiduría, contenerme con vuestra Justicia, consolarme con vuestra Misericordia, y protegerme con vuestro Poder.

Yo os consagro mis pensamientos, mis palabras, mis acciones, mis sufrimientos : á fin de que no piense en adelante más que en Vos, no hable más que de Vos, no obre sino según Vos, y no sufra más que por Vos.

Señor, yo quiero lo que Vos queréis, porque Vos lo queréis, como Vos lo queréis y tanto como lo queréis.

Ruégoos que iluminéis mi entendimiento, abraséis mi voluntad, purifiquéis mi cuerpo y santifiquéis mi alma.

Dios mío, ayudadme á expiar mis ofensas pasadas, á vencer mis tentaciones futuras, á corregir las pasiones que me dominan y á practicar las virtudes que me convienen.

Llenad mi corazón de ternura por vuestras bondades, de aversión por mis defectos, de celo por el prójimo y de menosprecio por el mundo.

Que no me olvide, Señor, que debo ser sumiso para con mis superiores, caritativo para con mis inferiores, fiel para con mis amigos, é indulgente para con mis enemigos.

Venid á mi socorro, para vencer el deleite con la mortificación, la avaricia con la limosna, la cólera con la dulzura y la tibieza con la devoción.

Dios mío, hacedme prudente en las empresas, animoso en los peligros, paciente en las adversidades y humilde en todos los sucesos.

No permitáis que me olvide nunca de poner atención en mis oraciones, templanza en mis comidas, exactitud en mis empleos y constancia en mis resoluciones.

Señor, inspiradme el esmero de tener siempre una conciencia recta, un exte-

rior modesto, una conversación edificante y una conducta regular.

Que me aplique incesantemente á domar la naturaleza, á fomentar la gracia, á guardar la ley y á merecer la salvación.

Dios mío, descubridme cuánta es la pequeñez de la tierra, la grandeza del Cielo, la brevedad del tiempo y lo largo de la eternidad.

Haced que me prepare para la muerte, que tema vuestro juicio, que evite el infierno, y que obtenga en fin, el Paraíso, por Jesucristo Nuestro Señor. Así sea.

HIMNO PARA LA MANAÑA.

Esclarece la aurora el bello Cielo :
Otro día de vida, ¡oh Dios! nos dais;
Gracias á Vos, Criador del universo,
¡Oh Padre nuestro que en el Cielo estáis!

Nuestras voces unimos al concierto
Que el universo eleva en vuestro loor,
De la tierra, del Cielo, el mar profundo,
Tierno Padre, magnífico Hacedor.

Conservad nuestras almas sin pecado,
Á nuestro cuerpo dad fuerza y salud ;
Y á nuestra mente iluminad piadoso
Con un rayo benéfico de luz.

Por nuestra amada patria os suplicamos,
Por la Iglesia elevamos oración,

Por nuestros caros padres y familias,
Porque dichosos los hagáis, Señor.

En vuestro Santo Nombre comenzamos
Este día de vida que nos dais;
Haced que lo acabemos santamente,
¡Oh Padre nuestro que en el Cielo estáis!

AL SALIR DE CASA.

Dios mío, sin cuya asistencia es un continuo peligro la vida del hombre: para que todos mis pasos se encaminen á vuestra gloria, defended, Señor, por vuestra misericordia, á mi alma de las asechanzas del enemigo común y tenedme de vuestra mano piadosa para que no caiga en desgracia vuestra.

SI OCURRIERE AL IR POR LA CALLE ALGÚN CONTRATIEMPO AL PRÓJIMO, DIRÁ:

Dios y Señor de las misericordias: de cuyo amor vienen al hombre todas sus felicidades; y aun los contratiempos son venturosos de vuestras sacratísimas manos: por la piedad y paternal ternura con que miras al hombre afligido, habed misericordia de ese hermano mío, por los méritos de vuestro sacratísimo Hijo mi Señor Jesucristo. Amén.

AL COMENZAR CUALQUIERA OBRA.

Soberano Hacedor de los Cielos y la tierra, cuya piedad y amor están siempre descendiendo sobre nuestras almas, á fin de que todas nuestras operaciones sean rectas y dignas del carácter y nobleza cristiana; asistidme, Señor, con los auxilios de vuestra gracia, para que acierte á daros gusto en el oficio que me habéis dado; y cumpla de modo en él y en todas mis acciones, que nunca desdigan de hijo vuestro, redimido con la preciosísima sangre de Jesucristo.

PARA EL MEDIO DÍA.

EL ANGELUS DOMINI.

El ángel del Señor anunció à María y concibió por obra del Espíritu Santo. *Dios te Salve, María, etc.*

He aquí la esclava del Señor; hágase según tu voluntad. — *Dios te Salve, etc.*

Y el Verbo se encarnó y habitó entre nosotros. — *Dios te Salve etc.*

ORACIÓN.

Suplicámoste, Señor, que derrames tu gracia en nuestros corazones, para que habiendo conocido el misterio de la Encarnación de tu Hijo, por el mi-

nisterio de tu Santo Ángel, que se lo anunció á María, podamos por el mérito de sn Pasión y Cruz, ser conducidos á la Gloria de su resurrección. Todo lo pedimos por el mismo Jesucristo Nuestro Señor.

BENDICIÓN DE LA MESA.

Haciendo la señal de la Cruz sobre la comida ó el pan, se dice:

Bendecidnos, Señor, y á estos dones que vamos á recibir de vuestra mano, por Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

ACCIÓN DE GRACIAS.

Todas vuestras obras os confiesan, Señor, y vuestros Santos os bendigan. *Gloria Patri, etc.*

ORACIÓN.

Gracias os damos, Señor Dios Omnipotente, por todos vuestros beneficios. A vos que vives y reinas por todos los sïglos de los siglos. Amén.

PARA DESPUÉS DE COMER.

Gracias, Señor, os hacemos
Por tan altos beneficios

Que sin haceros servicios,
Nos dais más que merecemos,
Pues nos habéis sustentado
Con el manjar corporal;
Dad el espiritual
Y líbranos del pecado.

POR LA NOCHE.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Dios Eterno, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que con vuestra inmensidad os halláis presente en todo lugar, ved que vengo á postrarme delante de Vos, antes de tomar el descanso que vuestra Sabia Providencia me concede esta noche. Os rindo, Señor, mis homenajes y os tributo las más tiernas alabanzas, las bendiciones más afectuosas, y las más profundas adoraciones. Os doy infinitas gracias por todos los beneficios que he recibido hoy de vuestra benéfica mano.

Pero Señor, ¿he correspondido como debiera á vuestra infinita bondad? ¡Ah mi Dios! Yo me encuentro culpable de la ingratitud más infausta y criminal, pues que os he estado ofendiendo en

el momento mismo que Vos me estabais colmando de bendiciones.

Iluminad, Señor, mi entendimiento y hacedme conocer el número y fealdad de mis culpas. Encended en mi corazón el sagrado fuego del divino amor; inspiradme el más acendrado sentimiento de penitencia y compunción, para que con lágrimas de sinceridad y arrepentimiento lave y expíe las faltas que he cometido este día, y purifique mi corazón de la impureza que haya podido contraer.

Hagamos al presente un detenido examen sobre los pecados y faltas en que hayamos podido incurrir hoy. Detengámonos más particularmente en los que caemos con más freeuencia.

DESPUÉS DE UN CORTO EXAMEN SE SIGUE:

Mi rostro se cubre de confusión, oh mi Dios, á vista de mis pecados. Me humillo profundamente delante de Vos, y os suplico rendidamente que me otorguéis el perdón; yo los detesto, Señor, porque Vos los aborrecéis, y ayudado de vuestra gracia os prometo el evitarlos en adelante, confesarlos debidamente y hacer penitencia por ellos.

Confiteor Deo, Padre Nuestro y Ave María, etc.

Dios Todopoderoso tenga misericordia de nosotros, y después de perdonados nuestros pecados, nos lleve á la vida eterna. Amén.

El Señor Omnipotente y misericordioso nos conceda el perdón, la absolución y remisión de nuestros pecados. Amén.

Quitad, Señor, de nosotros y borrad nuestras iniquidades, para que así podamos entrar puros de corazón y alma en el santuario de los Santos, por Jesucristo Señor nuestro. Amén.

SÚPLICA POR LOS VIVOS.

Pidamos á Dios por nuestro Santísimo Padre el Papa, por nuestros Ilustrísimos Arzobispos y Obispos, por todos los Prelados y los Pastores de la Iglesia, por todos los Sacerdotes y demás Ministros del Señor, por todas las personas consagradas á Dios en el estado religioso, por todos los Magistrados, por todas las Autoridades, por todos los menesterosos, por todos los que están en pecado mortal, por los que están en la guerra y por los de esta parroquia.

SÚPLICA POR LAS ALMAS DE LOS FIELES DIFUNTOS.

Jesús, Señor nuestro, Criador y Redentor de todos los fieles, dignaos con-

ceder á las almas de vuestros siervos y siervas que descansan en la paz de la Iglesia purgante, el perdón de todos sus pecados, para que alcancen la indulgencia por la cual han suspirado siempre, y que os pedimos nosotros con humildísimas instancias, á Vos que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo, por todos los siglos. Amén.

SÚPLICA CONTRA LAS TENTACIONES NOCTURNAS.

¡Oh Dios y Señor nuestro! haced que estemos siempre vigilantes, porque el demonio, enemigo jurado de nuestras almas, anda incesantemente á nuestro rededor como león rugiente, buscando presa que devorar. Salvadnos, pues, cuando despiertos; guardadnos, cuando dormidos; para que velemos con Jesucristo y descansemos en paz. Dadnos fuerzas para combatir las tentaciones y mantenednos firmes en la fe.

ORACIÓN.

Os suplicamos, Señor visitéis esta morada y apartéis de ella todas las asechanzas del demonio nuestro enemigo; que habiten en ella vuestros santos ángeles para conservarnos en paz, y que

vuestra bendición permanezca siempre sobre nosotros, por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

SÚPLICA Á LA SANTÍSIMA VIRGEN.

Bajo de tu amparo y protección nos acogemos, ¡oh Santa Madre de Dios! no desechéis los ruegos que tus siervos te dirigen en sus aflicciones y necesidades; mas favorecednos y libradnos de todos los males y peligros de esta vida: hazlo por tu divino Hijo Nuestro Señor. Amén.

ROGATIVA.

Santa María, Virgen Santísima, Madre de Dios, rogad por nosotros.

Santos Angeles de nuestra guarda, rogad por nosotros.

Santos patronos de esta Diócesis y lugar, rogad por nosotros.

Todos los Santos y Santas de la Corte celestial, rogad por nosotros.

Dios Todopoderoso y misericordioso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, nos dé una noche tranquila y un dichoso fin: bendíganos y protéjanos para siempre. Amén.

HIMNO PARA LA HORA DE ACOSTARSE.

El sueño de la inocencia
Hazme, Señor, disfrutar;

Y mañana al despertar,
Bendeciré tu clemencia.

Por descanso diste al hombre
El sueño tras la fatiga:
Pura mi lengua bendiga
Por siempre tu Santo Nombre.

Sólo el malvado no alcanza
Ni aun en el sueño reposo;
Porque hasta en sueño medroso
Vé el brazo de tu venganza.

Mi madre con dulce canto
Mi primer sueño arrulló,
En sus brazos me meció,
Y enjugó mi triste llanto...

Corra mi sueño sereno,
Cual arroyuelo entre flores;
Que del alba los colores
Retrata en su limpio seno.

Tu bálsamo celestial
Derrama, oh Dios, en mi pecho;
Y un ángel guarde mi lecho,
Y me defienda del mal.

REGLAS PARA VIVIR SANTAMENTE.

Para cada dia.

Dejad la cama á buena hora y sea lo primero levantar el corazón á Dios, ofreciéndole todas las acciones de aquel día : pedidle que no permita caigas en algún pecado, especialmente en aquellos á que más os inclinan vuestras pasiones : proponed la enmienda de todo corazón : tened intención de ganar todas las indulgencias que podáis aquel día : encomendaos muy de veras á la Virgen Santísima, al Angel custodio, al Santo de vuestro nombre y á los que tuviereis por especiales abogados, y á las santas almas del purgatorio.

Emplead por lo menos un cuarto de hora en oración mental : oíd todos los días Misa con devoción : leed algún libro espiritual y procurad no perder el fruto, leyendo después libros profanos y dañosos. A la noche examinaréis todas las acciones, pensamientos y palabras de aquel día : si hallareis algo bueno, daréis gracias á Dios, á quien debéis atribuírlo ; de lo malo, le pediréis perdón, imponiéndoos alguna penitencia y proponiendo la enmienda.

Procurad con muy particular cuidado huír de las malas compañías, de las conversaciones inmodestas, de los jue-

gos inmoderados, y en general vivir con mucha cautela, para no caer en los lazos que astutamente os arma el demonio, ocultando el peligro de las ocasiones.

Entre día y con la mayor frecuencia, podéis acordaros que Dios os mira, y particularmente en las tentaciones de que fuereis combatido. Acudid á su Majestad con algunas oraciones ó jaculatorias. Ofrecedle vuestras acciones indiferentes, el estudio, los negocios de vuestro estado, la recreación honesta, dando gloria al Señor en todas las cosas y procurando en todas aumentar vuestros merecimientos. Huíd del ocio, origen de muchos y graves pecados; atended seriamente al estudio ó al cuidado de vuestra casa y familia, según fuere vuestro estado; porque esto es lo que Dios quiere de nosotros. Finalmente, tened entendido que cual fuere vuestra vida, así lo hallaréis en la hora de la muerte.

PARA CADA SEMANA.

Santificaréis las fiestas á más de oír devotamente Misa, acudiendo á alguna congregación, asistiendo al sermón y á otros ejercicios santos, visitando alguna iglesia donde haya indulgencia ó esté expuesto el Santísimo Sacramento.

No dejéis en todo caso de acudir á donde se enseña la Doctrina cristiana; y si os hallareis en estado de instruír á otros, hacedlo con mucha paciencia y caridad, entendiendo que este es oficio de apóstol y de mucho mérito para con Dios.

Asistid siquiera un día en la semana á alguna iglesia donde se tiene oración y se hace algún ejercicio de penitencia corporal, y tanto así en la oración como en las mortificaciones, seguiréis el consejo de vuestro padre espiritual.

PARA CADA MES.

Tomad por particular patrón de cada mes á algún Santo, celebrando su día con ejercicios de mayor piedad y devoción.

Determinad un día del mes en el cual por espacio, á lo menos de media hora, os tomaréis cuenta del adelantamiento ó atraso que hubiéreis hecho en el aprovechamiento de vuestra alma, y lo manifestaréis sinceramente á vuestro director.

Comulgaréis en el mes, las veces que vuestro padre espiritual os ordenare, renovando en este tiempo los buenos propósitos que habéis hecho; y si aún no hubiereis determinado el estado que

debéis tomar, este es el tiempo de pedirle á Dios luz para no errar una elección de tanta consecuencia, de cuyo acierto las más veces depende la salvación; pues teniendo á Dios dentro de vos mismo, oiréis más de cerca su voz.

PARA CADA AÑO.

Señalar un día para emplearle únicamente en el cuidado de tu alma, y en este tiempo hacer confesión general á lo menos del año pasado, ó desde la última: escogiendo para este efecto un confesor docto, santo y de quien tengas una entera satisfacción, para continuar en adelante confesándote con él y consultarle todas tus cosas, lo que importa sumamente para caminar con acierto, debiendo persuadirte que Dios te asiste más que á ningún otro, para que te dirija con su consejo.

Prepararse y disponerse para las festividades más solemnes con particulares ejercicios de piedad como ayunos, penitencias, novenas, más oración y lección de aquellas fiestas ó misterios.

Celebrar con particular devoción las fiestas del Señor y de la Virgen Santísima, visitando alguna iglesia ó altar de su invocación, confesando y comulgando aquel día.

MODO DE REZAR

EL SANTÍSIMO ROSARIO

POR LOS QUINCE MISTERIOS

Hecha la señal de la cruz y el acto de contrición, se dice el siguiente

OFRECIMIENTO.

Á vuestros purísimos pies, ¡ oh sacratísima Virgen María, Madre de piedad y misericordia ! deseo llegar humilde, agradecido y devoto á ofrecer, como os lo ofrezco, el corto obsequio de este santo ejercicio. Lleva la recomendación de ser elección de vuestro beneplácito, para seros sacrificio gustoso ; y así os suplico, ¡ oh piadosísima Madre ! dispongáis el que ceda en honra y alabanza de la Santísima TRINIDAD y vuestra, y de todos los cortesanos de la celestial Patria : en memoria, reverencia y culto de vuestros soberanos gozos y sagrados Misterios á que se encamina ; en medio de todas las necesidades de nuestra Santa Madre Iglesia, espiritual aprovechamiento nuestro y alivio de las benditas almas del purgatorio, para que libres de sus penas, suban cuanto antes

á veros y alabaros en perdurable gloria. Amén.

Gloria Patri, et Filii, et Spiritui Sancto.

Sicut erat in principio, et nunc et semper et in secula seculorum. Amén.

Dadnos, Señor, buena vida y buena muerte.

Por los méritos de vuestra vida, pasión y muerte.

Dios te salve, hija de Dios Padre.

Dios te salve, Madre de Dios Hijo.

Dios te salve, Esposa del Espíritu Santo.

Dios te salve, Templo y Sagrario de la Santísima Trinidad.

Dios te salve, María Santísima, Señora nuestra.

María, Madre de gracia, Madre de misericordia, en la vida y en la muerte amparadnos Señora. Amén.

MISTERIOS GOZOSOS

Que se rezan lunes y jueves.

El primer misterio gozoso, es la Anunciación del Arcángel San Gabriel á María Santísima Señora nuestra, y Encarnación del Hijo de Dios en su purísimo vientre.

Pidamos á su divina Majestad, que por intercesión de su Santísima Madre,

y devoción de su Santísimo Rosario, sean tales nuestras obras que anuncien nuestra salvación. Amén.

Se reza un Padre Nuestro, diez Ave Marías y Gloria Patri y lo mismo en cada misterio.

El segundo misterio gozoso, es la visita que hizo María Santísima nuestra Señora á su prima Santa Isabel y santificación de San Juan Bautista.

Pidamos á su Divina Majestad, que por intercesión de su Santísima Madre y devoción de su Santísimo Rosario, visite nuestras necesidades espirituales y corporales y nos santifique. Amén.

El tercer misterio gozoso, es el Nacimiento del Niño Dios en el portal de Belén, en unas pobres y humildes pajas.

Pidamos á su Divina Majestad, que por intercesión de su Santísima Madre, y devoción de su Santísimo Rosario, renazca en nuestros corazones la verdadera humildad y pobreza de espíritu. Amén.

El cuarto misterio gozoso, es la presentación del Niño Dios en el templo y Purificación de su Santísima Madre.

Pidamos á su Divina Majestad, que por intercesión de esta Soberana Señora, y devoción de su Santísimo Rosario,

que cuando seamos presentados en su Divino Tribunal, vamos purificados de toda mancha de culpa. Amén.

El quinto misterio gozoso, es la pérdida y hallazgo del Niño Dios en el templo disputando entre los doctores.

Pidamos á su Divina Majestad, que por intercesión de su Santísima Madre, y devoción de su Santísimo Rosario, que los que le hubiéremos perdido por la culpa le hallemos por la verdadera penitencia. Amén.

MISTERIOS DOLOROSOS.

Que se rezan martes y viernes.

El primer misterio doloroso, es la oración que hizo Cristo Señor nuestro á su Eterno Padre en el Huerto, sudando gotas de sangre.

Pidamos á su Divina Majestad, que por intercesión de su Santísima Madre, y devoción de su Santísimo Rosario, nos enseñe á hacer perfecta oración. Amén.

El segundo misterio doloroso, son los cinco mil y más azotes que dieron á Cristo Señor nuestro atado á una columna.

Pidamos á su Divina Majestad, que por intercesión de su Santísima Madre, y devoción de su Santísimo Rosario, nos dé espacio para hacer penitencia por nuestros pecados. Amén.

El tercer misterio doloroso, es la corona de espinas que pusieron á Cristo Señor nuestro en su delicada cabeza.

Pidamos á su Divina Majestad, que por intercesión de su Santísima Madre, y devoción de su Santísimo Rosario, los trabajos de esta vida nos sirvan de mérito para la corona de la gloria. Amén.

El cuarto misterio doloroso, es la Cruz pesada que pusieron á Cristo Señor nuestro en sus delicados hombros, y en ella el grave peso de nuestros pecados.

Pidamos á su Divina Majestad, que por intercesión de su Santísima Madre, y devoción de su Santísimo Rosario, nos dé paciencia para llevar la Cruz de los trabajos y mortificaciones que en esta vida nos cupiere por su amor. Amén.

El quinto misterio doloroso, es la muerte afrentosa que dieron á Cristo Señor nuestro en el monte Calvario, en medio de dos ladrones.

Pidamos á su Divina Majestad, que por intercesión de su Santísima Madre, y devoción de su Santísimo Rosario, nos libre de la muerte del pecado y de la eterna del infierno.

MISTERIOS GLORIOSOS

Que se rezan sábado, domingo y miércoles.

El primer misterio glorioso, es la

triunfante Resurrección de Cristo Señor nuestro.

Pidamos á su Divina Majestad, que por intercesión de su Santísima Madre, y devoción de su Santísimo Rosario, resucite nuestras almas de la muerte de la culpa á la vida de la gracia. Amén.

El segundo misterio glorioso, es la admirable Ascensión de Cristo Señor nuestro á los cielos por su propia virtud.

Pidamos á su Divina Majestad, que por intercesión de su Santísima Madre, y devoción de su Santísimo Rosario, elevemos nuestros corazones á amar y comprender las cosas celestiales. Amén.

El tercer misterio glorioso es la venida del espíritu Santo en forma de lenguas de fuego sobre el colegio apostólico.

Pidamos á su Divina Majestad, que por intercesión de su Santísima Madre, y devoción de su Santísimo Rosario, abrase nuestros corazones en el fuego de su divino amor y caridad de nuestros prójimos. Amén.

El cuarto misterio glorioso, es el dichosísimo Tránsito de María Señora nuestra de esta vida mortal á la eterna.

Pidamos á su Divina Majestad, que por intercesión de su Santísima Madre, y devoción de su Santísimo Rosario,

nos ampare y favorezca en el terrible trance y hora de la muerte. Amén.

El quinto misterio glorioso, es la Coronación de María Santísima Señora nuestra en los Cielos, por Reina universal de todo lo creado.

Pidamos á su Divina Majestad, que por intercesión de su Santísima Madre, y devoción de su Santísimo Rosario, nos corone en esta vida de gracia y en la eterna de gloria. Amén.

LETANÍAS

DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA.

Kyrie, eleison.
Christe, eleison.
Kyrie, eleison.
Christe, audi nos.
Christe, audi nos.
Christe, axaudi nos.
Pater de caelis Deus, miserere nobis.
Filii Redemptor mundi, Deus, mis. nbis.
Spiritus Sancte Deus, miserere nobis.
Sancta Trinitas unos Deus, miser. nobis.
Sancta María, Ora pro nobis.
Sancta Virgo Virginum, Ora, etc.
Mater Christe, Ora.
Mater divinae gratiae, Ora.

Mater purissima, Ora, etc.
Mater castissima, Ora.
Mater inviolata, Ora.
Mater inmaculata, Ora.
Mater intemerata, Ora.
Mater amabilis, Ora.
Mater admirabilis, Ora.
Mater Creatoris, Ora.
Mater Salvatoris, Ora.
Virgo prudentissima, Ora.
Virgo veneranda, Ora.
Virgo praedicanda, Ora.
Virgo potens, Ora.
Virgo clemens, Ora.
Virgo fidelis, Ora.
Speculum justitiae, Ora.
Sedes Sapientiae, Ora.
Causa nostrae letitiae, Ora.
Vas spirituale, Ora.
Vas honorabile, Ora.
Vas insigne devotionis, Ora.
Rosa Mystica, Ora.
Turris Davidica, Ora.
Turris eburnea, Ora.
Domus aurea, Ora.
Faederis arca, Ora.
Janua caeli, Ora.
Stela matutina, Ora.
Salus infirmorum, Ora.
Refugium pecatorum, Ora.
Consolatris aflictorum, Ora.
Auxilium cristianorum, Ora.

Regina Angelorum, Ora, etc.
Regina Patriarcharum, Ora.
Regina Prophetarum, Ora.
Regina Apostolorum, Ora.
Regina Martyrum, Ora.
Regina Confessorum, Ora.
Regina Virginum, Ora.
Regina Sanctorum omnium, Ora.
Regina Sanctissimi Rossarii, Ora.
Regina sine labe originale concept, Ora.
Agnus Dei qui tollis peccata mundi,
Parce nobis Domine.
Agnus Dei qui tollis peccata mundi,
Exaudinos Domine.
Agnus Dei qui tollis peccata mundi,
Miserere nobis.

ANTIPHONA.

Sub tuum praesidium confugimus Sancta Dei Genetrix; nostras deprecationes ne despicia in necessitatibus; sed a periculis cunctis libera nos semper, Virgo gloriosa et benedicta.

℣. Ora pro nobis Sancta Dei Genetrix.
℟. Ut digni eficiamur promissionibus Christi.

OREMUS.

Gratiam tuam quaesumus Domine, mentibus nostris infunde : ut qui Angelo enunciante Christi Fillii tui. In

carnationem cognovimus, per Passionem ejus et crucem ad resurrectionis gloriam perducamur. Per eundem Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum, qui tecum vivit et regnat in unitate Spiritus Sancti Deus, per omnia saecula saeculorum. Amén.

ORACIONES PARA ASISTIR

AL SANTO Y AUGUSTO

SACRIFICIO DE LA MISA

ADVERTENCIA

Entre todas las acciones del Cristianismo, la Misa es la más gloriosa á Dios, y la más útil á la salud del hombre. Jesucristo renueva en ella el gran misterio de la Redención : hácese aún en un verdadero sacrificio, aunque incruento, nuestra víctima, y viene en persona á aplicar á cada uno de nosotros en particular los méritos de aquella adorable sangre que derramó por todos los hombres en la Cruz. Esto debe inspirar una alta idea de la santa Misa y hacernos desear el oírla bien; porque asistir á ella con irreverencia, voluntariamente distraídos, sin modestia, sin contener nuestros ojos, sin atención y sin respeto, es renovar, por nuestra parte, los oprobios del Calvario, y deshonrar nuestra Religión. Debemos por tanto entrar en la Iglesia penetrados de respeto, y ocuparnos en la consideración de las cosas divinas durante el tremendo y augusto sacrificio del Altar. Para conseguir este ilustre fin, nos podemos aprovechar de las oraciones y meditaciones siguientes.

AL ENTRAR EN LA IGLESIA.

Entraré, Señor, en vuestro santo templo, os adoraré reverentemente, y confesaré vuestro nombre.

AL TOMAR AGUA BENDITA.

Por esta agua bendita me sean perdonados mis delitos y pecados. Amén.

PARA ANTES DE LA MISA.

Yo me presento ¡oh adorable Salvador mío! delante de vuestros santos altares, para asistir á vuestro divino Sacrificio: Dignaos, Dios mío, de aplicarme todo el fruto que vos deseáis que yo saque de él, y suplid las disposiciones que me faltan.

Disponed mi corazón para los dulces efectos de vuestra bondad: fijad mis sentidos, regid mi espíritu, purificad mi alma, borrad con vuestra preciosa Sangre los pecados con que Vos veis me hallo culpado; olvidadlos todos ¡oh Dios de misericordia! Yo los detesto por vuestro amor, y os pido humildemente perdón de ellos, perdonando con todo mi corazón á todos aquellos que hubieren podido ofenderme. Haced, ¡oh mi dulce Jesús! que uniendo mi intención á la vuestra, me sacrifique todo á

Vos, como Vos os sacrificáis enteramente por mi amor.

AL PRINCIPIO DE LA MISA.

In nominis Patri, et Filii, et Spiritu Sancti. Amén.

En vuestro santo nombre, ¡oh adorable Trinidad! para rendiros el culto, adoración y honra que os son debidos, asisto á este santo y augusto sacrificio.

Permitidme, Divino Salvador, que yo una mi intención á la del Ministro de vuestro altar, para que pueda ofrecer la preciosa víctima de mi salud, y dadme los sentimientos que debiera haber tenido en el Calvario, si hubiera asistido al Sacrificio sangriento de vuestra Pasión.

CONFITEOR DEO.

Delante de Vos, me acuso, Dios mío, de todos los pecados que he cometido. Yo los detesto en presencia de María, la más pura de todas las Vírgenes y de todos los Santos y bienaventurados del Cielo, porque he pecado en pensamientos, palabras, acciones y omisiones, por mi culpa, por mi culpa, por mi gravísima culpa. Por lo cual, ruego á la Santísima Virgen y á todos los Santos, se dignen interceder por mí.

Señor, escuchad favorablemente mi súplica y concededme la indulgencia, la absolución y el perdón de todos mis pecados.

KYRIE, ELEISON.

Divino Criador de nuestras almas, tened piedad de la obra de vuestras manos.

Padre misericordioso, tened compasión de vuestros hijos.

Autor de nuestra salud, sacrificado por nosotros, aplicadnos los méritos de vuestra muerte y de vuestra preciosa Sangre.

Amable Salvador, dulce Jesús, compadécete de nuestras miserias, perdónanos nuestras pecados.

EN EL GLORIA IN EXCELSIS DEO.

Gloria á Dios en las alturas, y paz á los hombres de buena voluntad.

Señor, nosotros os alabamos.

Os bendecimos.

Os adoramos.

Os glorificamos.

Y os damos gracias por vuestra infinita gloria.

Señor Dios, Rey de los Cielos, Dios Padre Omnipotente.

Señor, Hijo Unigénito Jesucristo.

Señor, Dios, Cordero de Dios, Hijo

del Padre, que borráis los pecados del mundo, tened piedad de nosotros.

Vos que quitáis los pecados del mundo, recibid benignamente nuestras súplicas.

Vos que estáis sentado á la diestra de Dios Padre, tened misericordia de nosotros.

Porque Vos solo sois santo.

Solo Vos sois Señor.

Solo Vos altísimo Jesucristo.

Con el Espíritu Santo, en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN.

Concedednos, Señor, por la intercesión de la Santísima Virgen y de los Santos que nosotros honramos, todas las gracias que vuestro Ministro os pide para él y para nosotros. Uniéndome á él, os hago la misma súplica por todos aquellos por quienes estoy obligado á pedir, para que á ellos y á mí nos concedáis todos los auxilios que Vos sabéis nos son necesarios, á fin de obtener la vida eterna; en el nombre de Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

EN LA EPÍSTOLA.

Mi Dios, Vos me habéis llamado al conocimiento de vuestra santa ley, pre-

firiéndome á tantos pueblos y naciones que viven en la ignorancia de vuestros sagrados misterios. Yo acepto con todo mi corazón esta divina ley, y escucho con respeto los sagrados oráculos que Vos habéis pronunciado por la boca de nuestros Profetas, yo los venero con toda la sumisión que es debida á la palabra de un Dios, y veo el cumplimiento de ellos con toda la alegría de mi alma.

¡Que no tenga yo mi Dios, un corazón semejante al de los Santos de vuestro antiguo testamento! ¡Que no pueda yo desearos con el ardor de los Patriarcas; conoceros y reverenciaros como los Profetas, amaros y unirme únicamente á Vos como los Apóstoles!

AL EVANGELIO.

Ya no son, ¡oh mi Dios! los Profetas ni los Apóstoles quienes van á instruírme de mis obligaciones. Es vuestro Hijo único, es su palabra misma la que voy á oír. Mas ¡ah! ¿De qué me servirá haber creído que es vuestra palabra, Señor, Jesús, si no obro yo conforme á mi creencia? ¿De qué me servirá cuando parezca delante de Vos, el haber tenido la fe sin el mérito de la caridad y las buenas obras?

Yo creo y vivo como si no creyera, ó como si creyera en un Evangelio con

trario al vuestro. No me juzguéis, ¡oh mi Dios! sobre esta perpetua oposición que hay entre vuestras máximas y mi conducta. Yo creo, pero inspiradme valor y fuerzas para practicar lo que creo. Todo, Señor, será para gloria vuestra.

EN EL CREDO.

Creo en un solo Dios Padre Omnipotente, que creó el Cielo y la tierra y todas las cosas visibles é invisibles, y en un solo Señor Nuestro Jesucristo, Hijo único del Padre, antes que de todos los siglos; Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de Dios verdadero : que no fué hecho sino engendrado : que es una misma sustancia con el Padre, y por quien todas las cosas han sido hechas : que bajó de los Cielos por nosotros, hombres miserables, y por nuestra salud : y habiendo tomado carne de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, FUÉ HECHO HOMBRE : que fué crucificado bajo de Poncio Pilato : que padeció, murió y fué puesto en un sepulcro : que resucitó al tercero día : que subió al Cielo : que está sentado á la diestra del Padre : que vendrá de nuevo á juzgar á los vivos y á los muertos, y que su reino no tendrá fin; creo en el Espíritu Santo, Señor y Dios vivificante,

que procede del Padre y del Hijo: que es adorado y glorificado juntamente con el Padre y el Hijo, y que habló por los Profetas. Creo en la Iglesia, que es una, Santa, Católica y Apostólica; confieso un bautismo para el perdón de los pecados; y espero en la resurrección de los muertos y en la vida eterna. — Amén.

AL OFERTORIO.

Padre infinitamente Santo, Dios Todopoderoso y Eterno, por indigno que sea yo de parecer delante de Vos, me atrevo á presentaros esta Hostia por las manos del Sacerdote con la intención que tuvo Jesucristo mi Salvador cuando instituyó este Sacrificio, y que aún tiene en el momento que se sacrifica aquí por mí.

Yo os la ofrezco para reconocer vuestro soberano dominio sobre mí y sobre todas las criaturas; os la ofrezco por la expiación de mis pecados, y en acción de gracias por todos los beneficios de que me habéis llenado.

Yo os ofrezco, en fin, mi Dios, este augusto sacrificio, á fin de obtener de vuestra infinita bondad para mí, para mis parientes, para mis bienhechores, mis amigos y mis enemigos, aquella

preciosa é inestimable gracia que no puede sernos concedida sino por los méritos de Aquél que es justo por excelencia y que se hizo víctima de propiciación por todos.

Mas ofreciendo esta adorable víctima os encomiendo ¡oh mi Dios! á toda la Iglesia católica, á nuestro Santísimo Padre el Papa, á nuestro Obispo diocesano, á los que nos gobiernan, y á todos los pueblos que en Vos creen.

Acordaos también, Señor, de los fieles difuntos, y en consideración de los méritos de vuestro Hijo, dadles un lugar de refrigerio, de luz y de paz.

No olvides, mi Dios, á vuestros enemigos y á los míos; tened piedad de todos los infieles, de los herejes y de todos los pecadores : llenad de bendiciones á aquellos que me persiguen, y perdonadme mis pecados, como yo les perdono todo el mal que me hacen ó que quieran hacerme. Amén.

EN EL PREFACIO.

Este es el feliz momento en que el Rey de los ángeles y de los hombres va á aparecer. Señor, llenadme de vuestro espíritu, y mi corazón desarraigado de la tierra no piense sino en Vos. ¿Qué obligación no tengo yo de alabaros y

bendeciros en todos los tiempos y en todo lugar, Dios del Cielo y de la tierra, Señor infinitamente grande, Padre omnipotente y eterno?

Nada es más justo ni más provechoso para nosotros, que unirnos á Jesucristo para adoraros continuamente. Él es por quien todos los espíritus bienaventurados rinden sus alabanzas y adoraciones á vuestra Majestad, y por quien todas las virtudes del Cielo, sobrecogidas de una respetuosa admiración, se unen para glorificaros. Permitid, Señor, que nosotros juntemos nuestras débiles lenguas á las de aquellas santas inteligencias, y que de concierto con ellas digamos arrebatados de alegría y de asombro :

SANCTUS.

Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos. Todo el universo está lleno de su gloria. Bendíganle los bienaventurados en el Cielo. Bendito sea el que nos viene á la tierra, Dios y Señor, como el que lo envía.

EN EL CANON.

Nosotros os pedimos encarecidamente, en el nombre de Jesucristo vuestro Hijo, ¡ oh Padre infinitamente mise-

ricordioso! que tengáis por agradable y bendigáis la ofrenda que os presentamos, á fin de que queráis conservar, defender y gobernar vuestra santa Iglesia Católica, con todos los miembros que la componen, el Papa, nuestros Obispos, y nuestros gobernantes; y generalmente todos aquellos que hacen profesión de vuestra santa fe.

Nosotros os encomendamos en particular, Señor, á aquellos por quienes la justicia, la caridad y el reconocimiento nos obligan á pediros; á todos los que están presentes á este adorable Sacrificio, y singularmente por N. N., y á fin, ¡oh gran Dios! de que nuestros cultos os sean más agradables, nos unimos á la gloriosa María siempre Virgen Madre de nuestro Dios y Señor Jesucristo; á todos los bienaventurados Mártires, y á todos los Santos y Santas del Paraíso celestial.

¡Que no tenga yo en este momento, oh mi Dios, los deseos inflamados con que los santos Patriarcas deseaban la venida del Mesías! ¡Que no tenga yo su fe y su amor! Venid, Señor Jesús, venid, amable Reparador del mundo: venid á perfeccionar un misterio que es el compendio de todas vuestras maravillas. Ya viene el cordero de Dios: ve aquí la adorable víctima por quien

todos los pecados del mundo son perdonados.

EN LA ELEVACIÓN DE LA HOSTIA.

Verbo encarnado, divino Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre : yo creo que estáis aquí presente; yo os adoro con humildad; yo os amo con todo mi corazón; y como Vos venís aquí por mi amor, yo me consagro enteramente al vuestro.

EN LA ELEVACIÓN DEL CÁLIZ.

Yo adoro esta preciosa Sangre que Vos habéis derramado por todos los hombres, y espero, ¡oh mi Dios! que no la habréis vertido inútilmente por mí : hacedme la merced de aplicarme los méritos de ella; yo os ofrezco la mía, amable Jesús, en reconocimiento de aquella infinita caridad que habéis tenido de dar la vuestra por mi amor.

EN LA CONTINUACIÓN DEL CANON.

¿Cuál sería, pues, en adelante mi malicia y mi ingratitud si después de haber visto lo que estoy viendo volviera á ofenderos? No mi Dios; yo no olvidaré jamás lo que Vos me representáis por esta augusta ceremonia : los sentimientos de vuestra pasión : vuestro

cuerpo todo despedazado; vuestra Sangre derramada por nosotros, realmente presente á mis ojos sobre este altar.

Ahora es cuando ¡oh eterna Majestad! nosotros ofrecemos, por vuestra gracia, verdadera y propiamente la víctima pura, santa y sin mancha que os ha agradado darnos, y de quien todas las otras no eran sino una figura. Sí, gran Dios, nosotros nos atrevemos á decir que este es mayor que los sacrificios de Abel, de Abraham, de Melquisidec; la sola víctima digna de vuestro altar, nuestro Señor Jesucristo, vuestro Hijo, el único objeto de nuestras eternas complacencias.

Permitid, mi Dios, que todos los que con la boca ó con el corazón participan de esta sagrada víctima, sean llenos de su bendición y que esta bendición se extienda á las almas de los fieles que murieron en la paz y comunión de la Iglesia, y particularmente por las almas de N. y N. concededles, Señor, en vista de este sacrificio, la libertad entera de sus penas.

Dignaos conceder algún día esta gracia á nosotros, Padre infinitamente bueno, y hacednos entrar en compañía con los Santos Apóstoles, los Santos Mártires y todos los demás bienaventu-

rados, á fin de que podamos amaros y glorificaros eternamente con ellos.

AL PATER NOSTER.

¡Qué feliz soy yo, oh Dios mío, de teneros por Padre! ¡Cuánta es mi alegría al pensar que el Cielo en que Vos estáis sentado, debe ser un día mi morada! Glorificado sea vuestro Santo Nombre por toda la tierra. Reinad absolutamente sobre todos los corazones y sobre todas las voluntades. Conceded á vuestros hijos el alimento del espíritu y del cuerpo. Nosotros perdonamos de corazón á nuestros enemigos: perdonadnos también, mi Dios, sostenednos en las tentaciones y en los males de esta miserable vida, y preservadnos del pecado, el mayor de los males. Amén.

EN EL AGNUS DEI.

Cordero de Dios, sacrificado por mí, tened piedad de mí. Víctima adorable de mi salud, salvadme. Divino mediador, obtenedme de vuestro Eterno Padre la gracia, y dadme vuestra paz.

EN LA COMUNIÓN.

¡Cuán dulce me sería, mi amable Salvador, ser del número de aquellos dichosos cristianos, á quienes la pureza

de conciencia y una eterna devoción, permiten acercarse todos los días á vuestra santa mesa!

¡Qué ventaja para mí si yo pudiera en este momento poseeros en mi corazón, rendiros mis obsequios, exponeros mis necesidades y participar de las gracias que hacéis á aquellos que realmente os reciben! Mas, pues yo soy tan indigno, suplid, ¡oh mi Dios! la indisposición de mi alma: perdonadme todos mis pecados; yo los detesto, porque ellos os desagradan; recibid el sincero deseo que tengo de unirme á Vos; purificadme con vuestra presencia, y ponedme en estado de recibiros cuanto antes.

Esperando este feliz día, os pido encarecidamente, Señor, me hagáis participante de los frutos que la comunión del Sacerdote debe producir en todo el pueblo fiel que está aquí presente, aumentad mi fe por la virtud de este divino Sacramento; fortificad mi espíritu: acrisolad en mí la caridad: llenad mi corazón de vuestro amor, á fin de que no respire más que á Vos, y que no viva más que por Vos.

EN LAS ÚLTIMAS ORACIONES.

Vos acabáis, ¡oh Dios mío! de sacrificaros por mi salud, yo quiero sacrifi-

carme por vuestra gloria. Yo soy vuestra víctima, no me desechéis. Yo acepto con todo mi corazón los trabajos que os agradare enviarme : yo los recibo de vuestra mano, y así os bendigo y os glorifico.

Yo he asistido, mi Dios, á vuestro divino sacrificio. Vos me habéis llenado de vuestros favores. Yo huiré con horror de las menores manchas del pecado; sobre todo, de aquel á que mi inclinación me arrastra con más violencia. Yo seré fiel á vuestra ley, y estoy resuelto á perderlo todo y á padecer cuantos males haya antes que quebrantarla.

EN LA BENDICIÓN.

Bendecid ¡oh mi Dios! estas santas resoluciones : bendecidnos por la mano de vuestro Ministro. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

EN EL EVANGELIO ÚLTIMO.

Verbo divino, Hijo único del Padre, luz del mundo, que bajasteis del Cielo para mostrarnos y enseñarnos el camino de él; no permitáis que yo me parezca á aquel pueblo infiel que no quiso reconoceros por Mesías; no sufráis que yo caiga en la misma ceguedad que aquellos infelices, que quisieron más ser esclavos de Satanás, que tener par

te en la gloriosa adopción, de hijos de Dios, que Vos venisteis á procurarle.

Verbo hecho carne, yo os adoro con el respeto más profundo, y pongo mi confianza en Vos, esperando firmemente que, pues Vos sois mi Dios, y un Dios que se hizo hombre por salvar á los hombres, me concederéis las gracias necesarias para santificarme y poseeros eternamente en el Cielo.

ACCIÓN DE GRACIAS.

Señor, yo os doy gracias por la merced que me habéis hecho, permitiéndome hoy asistir al sacrificio de la Santa Misa, prefiriéndome á tantos otros que no han tenido la misma felicidad, y os pido perdón por todas las faltas que he cometido, por la disipación y tibieza de que me ha dejado llevar en vuestra presencia. Que este sacrificio, ¡ oh mi Dios ! me purifique de todo lo pasado y me fortifique para en adelante.

Yo voy al presente con confianza á las ocupaciones á que vuestra Majestad me llama. Me acordaré todo este día y procuraré no formar palabra, acción, deseo ni pensamiento que me haga perder el fruto de la Misa que acabo de oír; esto propongo con el socorro de vuestra santa gracia. Amén.

BREVE EXPOSICIÓN

DE LA FE CATÓLICA.

El primer deber de un cristiano católico es tener siempre presente la regla de sus costumbres, para poder seguir fielmente; por lo tanto, parece conveniente extender aquí el siguiente compendio de lo que debe creer y esperar, para que pueda leerlo [aun cuando no sea más que una vez en la semana] y fijarlo en su memoria indeleblemente y obrar en todo como un cristiano virtuoso.

Existe un Dios : este Dios es un Ser infinito y eterno; esto es, un SER sin principio ni fin : no siendo cuerpo, sino puro ESPÍRITU, nuestros sentidos no pueden percibirlo. No hay más que un Dios, que es uno en esencia y trino en Personâ; esto es, que estas Tres personas son distintas, á saber : PADRE, HIJO y ESPÍRITU SANTO. El Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios; y no obstante, estas Tres Personas, no son tres Dioses, sino un solo Dios; á este inefable misterio, llamamos el de la SANTÍSIMA TRINIDAD.

Dios crió el Cielo y la tierra, y todas las cosas visibles é invisibles, siendo los ángeles y los hombres las criaturas más perfectas de su mano Omnipotente : criólos el Señor para que fuesen eternamente felices; pero por desgra-

cia muchos de los ángeles se rebelaron contra su Criador, y fueron echados del Cielo y arrojados en los abismos ó infiernos, donde los conocemos con el nombre de diablos ó demonios, condedenados con su jefe Luzbel ó Lucifer (el más hermoso de todos ellos) á los tormentos eternos, y sobre todo, á la privación de la vista de Dios. Los Angeles que permanecieron fieles disfrutan de esta eterna bienaventuranza; lo que debe servir de ejemplo para humillar nuestra soberbia y no parecernos á los ángeles rebeldes.

El hombre, que gozaba de los mismos privilegios que los Angeles buenos, esto es, de ver á Dios cara á cara, fué colocado por su Criador en un ameno jardín ó sea Paraíso terrenal, que contenía cuantas delicias son imaginables, dándole el Señor facultad para que disfrutase de todas ellas, sujetando á su mando á todos los animales, y en fin, haciéndole rey de toda la naturaleza, y librándole de pasar el amargo trago de la muerte; prohibiéndole sólo que comiese la fruta de un árbol que le indicó, único vasallaje que se dignó imponerle : pero ¿cuál fué el agradecimiento del hombre á tantos beneficios como debía á su Dios y Criador? El dejarse seducir de su mujer, que ya lo había

sido por el demonio, bajo la figura de serpiente, y comer del fruto vedado: mas no tardó mucho en seguirse el castigo al delito: Dios llama á Adán, y este hombre lleno ya de malicia, ó por mejor decir, desposeído de la gracia y de la inocencia que tenía antes de su pecado, al verse culpado, y al mismo tiempo reconociendo que se halla desnudo, quiere esconderse; pero á la voz de Dios tiene que presentarse; confiesa su delito, y el Señor, después de condenarle sujetándolo á los trabajos, las enfermedades y á la muerte, y á Eva á estar sujeta á su marido, y parir con dolores; usando de su infinita misericordia, no quiere dejarlos en tanto desconsuelo, y les promete un Redentor que les abrirá las puertas del Cielo, que había cerrado para ellos su culpa; y en efecto, este Redentor fué el mismo Hijo de Dios, el Mesías Jesucristo Señor nuestro; gracia que Dios no hizo á los ángeles.

Por esta culpa de nuestros primeros padres, fueron arrojados del Paraíso, y se vieron precisados á cultivar la tierra con el sudor de su rostro, trasmitiendo á toda su posteridad la mancha que contrajeron desobedeciendo el decreto de Dios, que es lo que llamamos pecado original, y lavamos en la sagrada fuente

del bautismo; y además quedamos sujetos del mismo modo á los trabajos, á las enfermedades y á la muerte, poniéndonos en guerra, digámoslo así, con toda la naturaleza, y expuestos á ser víctimas de los animales feroces, más fuertes que nosotros, y que desde la culpa de nuestros primeros padres dejaron de obedecer y respetar al hombre voluntariamente, teniendo éste que valerse de amaños y de la superioridad que le da su entendimiento para conseguir sujetarlos á su dominio.

Estos fueron los amargos frutos que produjo el primer pecado, pero ¡oh, amor inefable de Dios á sus criaturas! pues que viendo á éstas sin un derecho á la Gloria eterna para que las había criado, este mismo amor, unido como hemos dicho, á su infinita misericordia, le hizo enviar por Redentor nada menos que á su único Hijo, á la segunda persona de la Santísima Trinidad: ¡al mismo Dios! ¡Tan grande fué el pecado! Con efecto, el Hijo de Dios se hizo hombre y encarnó por obra del Espíritu Santo en las entrañas de una Virgen pura, naciendo de ella, sin que su virginidad padeciese el más leve detrimento; esto es, María Santísima, Madre de Jesucristo, Virgen antes del parto, fué Virgen en el parto y después del parto.

El Hijo de Dios, hecho hombre, se llama Jesucristo, y es á un mismo tiempo Dios y hombre verdadero, como que reúne las dos naturalezas divina y humana.

Después de haber vivido Jesucristo treinta y tres años, poco más ó menos, y de haber predicado á los hombres su divina doctrina, confirmando su moral con su ejemplo y con infinitos milagros; después de haber elegido doce hombres de la clase más sencilla é ignorante, para que la predicasen y propagasen como Apóstoles suyos, por todos los ámbitos del mundo, escogiendo á Pedro para cabeza de la Iglesia universal que fundaba, y como Vicario ó representante del mismo Jesucristo en la tierra, dándole el poder de perdonar los pecados, reconciliando á los hombres con Dios, por medio del Sacramento de la Penitencia: después, en fin, de haber instituído el de la sagrada Eucaristía en la última cena, dando á comer su Cuerpo y á beber su preciosísima Sangre, bajo las especies sacramentales de pan y vino; siendo tanto su amor, que quiso quedarse con nosotros real y efectivamente como está en el Cielo, en el Santísimo Sacramento del Altar, hasta la consumación de los siglos; para cumplir con la oferta hecha al hombre por

su Eterno Padre y cumplido ya cuanto habían dicho los Profetas, padeció muerte de Cruz, salvando y redimiendo de este modo al género humano de las penas eternas á que se había hecho acreedor por su pecado, bajando á los infiernos á sacar las almas de los Santos Padres que estaban esperando su santo advenimiento; abriéndoles (y en ellos á todos nosotros) las puertas del Cielo, que nos estaban cerradas desde el pecado de nuestros primeros Padres, resucitando, en fin, Jesucristo glorioso al tercer día, triunfante de la muerte, y constituyéndonos sus verdaderos hijos, como redimidos con su Preciosísima Sangre.

Permaneció Jesucristo en el mundo, después de su gloriosa Resurrección, cuarenta días, apareciendo diversas veces á sus Apóstoles y á otros Discípulos, para confirmar de este modo á cuantos le habían visto morir y enterrar en el sepulcro, su verdadera resurrección, y justificar la certeza de esta predicción que había hecho á los judíos y sus príncipes y sacerdotes antes y en el acto de su pasión. Pasados los cuarenta días, esto es, en el mismo día cuarenta, á presencia de todo Jerusalén y de los obstinados judíos, subió al Cielo por su propia virtud, donde está

sentado á la diestra de su Eterno Padre hasta que al fin del mundo venga á juzgar á los vivos y á los muertos; esto es, á los buenos y á los malos, para dar á cada uno el premio ó castigo á que se haya hecho acreedor, según sus obras.

Diez días después de la gloriosa Ascensión de Jesús, descendió el Espíritu Santo, en lenguas de fuego sobre los Apóstoles, que estaban reunidos en el Cenáculo, y al punto se vió á estos hombres, que poco antes apenas sabían hablar su propia lengua, hacerlo con la mayor perfección de todas las demás llenos de sabiduría, principiando desde este momento á predicar la religión nueva y la moral de Jesucristo, con tanta elocuencia, que sus palabras eran irresistibles y que no podían menos de conmover y convencer los corazones, de modo que fueron inmensas las conversiones de los más sabios gentiles que hicieron, fundándose de este modo la Iglesia Católica, ó por mejor decir, principiándose á establecer, pues que ya estaba fundada por Jesucristo, que no es otra cosa que la congregación ó reunión de los fieles, regida por el mismo Jesucristo, y el Papa que es la cabeza de la Iglesia y el Vicario suyo en la tierra, como se ha indicado antes,

siendo San Pedro el primer sucesor de Jesucristo; esto es, el primer Papa ó Sumo Pontífice. Esta Iglesia durará, según la promesa del Señor, hasta la consumación de los siglos, y no prevalecerán contra ella las puertas del infierno. Para salvarnos es indispensable que seamos miembros de la Iglesia, creyendo lo que ella cree y confesando lo que ella confiesa. Todos sus miembros forman un solo cuerpo, aunque ocupen ó se hallen en diversas partes. Los que ya se hallen en el Cielo se llaman miembros de la Iglesia triunfante: los que satisfacen sus culpas en el purgatorio, tienen el nombre de Iglesia purgante; y en fin, los que viven en este mundo constituyen lo que se llama Iglesia militante; sin embargo, esta distancia de lugares no impide su unión y la comunicación de los bienes espirituales, que es lo que se entiende por comunión de los Santos. Ninguno puede ser miembro de la Iglesia, sin recibir el perdón de los pecados por el bautismo. El poder dẽ perdonar ó retener los cometidos después de él, es una prerrogativa que sólo ha concedido Dios á la Iglesia y á su cabeza el Sumo Pontífice, como ya se indicó antes. Al fin del mundo todos los hombres han de resucitar en cuerpo y alma, para reci-

bir la recompensa ó castigo eterno á que se hayan hecho acreedores. Los miembros vivos de la Iglesia, esto es, los justos, resucitarán en cuerpos gloriosos para gozar, como gozarán de la vida eterna; pero los miembros muertos ó sean los hombres malos, resucitarán para ir en cuerpo y alma, después del juicio universal, á padecer los tormentos eternos que han merecido en el infierno con los demonios.

Todas estas verdades están contenidas en el Símbolo de los Apóstoles ó el credo, como vulgarmente se llama, del modo siguiente:

Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Criador del Cielo y de la tierra; y en Jesucristo su único Hijo nuestro Señor, que fué concebido por el Espíritu Santo, y nació de Santa María Virgen; padeció bajo el poder de Poncio Pilato; fué crucificado, muerto y sepultado; descendió á los infiernos al tercero día, resucitó de entre los muertos, subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso; y desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos; creo en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica, la comunión de los Santos; el perdón de los pecados; la resurrección de la carne, y la vida perdurable — Amén.

Á pesar de esto, no basta para tener parte en la resurrección gloriosa y vida eterna, el haber sido miembro de la Iglesia, sino que es indispensable haber vivido y muerto cristianamente; esto es, necesitamos evitar toda mancha de pecado y practicar la virtud obedeciendo á Dios y á la Iglesia.

Hay siete pecados mortales que se llaman capitales, por ser cada uno de ellos cabeza ó principio de otros muchos, y son á saber: *Soberbia, Avaricia, Lujuria, Ira, Gula, Envidia* y *Pereza*. Á los cuales debemos oponerles las virtudes siguientes: Humildad, Largueza, Castidad, Paciencia, Templanza, Caridad y Diligencia.

Las virtudes que más nos aproximan á Dios son la Fe, Esperanza y Caridad. Por la Fe, creemos todo lo que Dios ha revelado, como que no puede engañarse ni engañarnos; por la Esperanza, esperamos los bienes que nos ha prometido, y por la Caridad amamos á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos; y esto es tan sumamente necesario, que si no tenemos caridad, nada somos á los ojos de Dios.

No podemos conocer si tenemos caridad y las demás virtudes, sino examinando si obedecemos los preceptos de Dios y de su Iglesia. Dios nos man-

dó diez cosas en que se cifra su divina ley, á saber :

Primero. *Amar y adorar á un solo Dios sobre todas las cosas.*

Segundo. *Santificar su Santo Nombre sin profanarlo, poniéndolo por testigo de cosas falsas ó mal hechas.*

Tercero. *Santificar igualmente las fiestas : es decir, absteniéndonos en los domingos y días festivos de trabajar, dedicándonos á hacer buenas obras.*

Cuarto. *Honrar á nuestros padres y mayores.*

Quinto. *No matar, herir y maltratar injustamente á nadie ; no tener odio, mala voluntad, ni murmurar, ni quitar al prójimo su honra y fama.*

Sexto. *Evitar todos los actos, palabras y deseos deshonestos, procurando no dar escándalo; y en fin, huír, resistir á cuanto tiene relación con el pecado de la lujuria.*

Séptimo. *No hurtar, tener ó retener lo ajeno contra la voluntad de su dueño.*

Octavo. *No levantar falso testimonio, ni mentir, ni calumniar, ni formar juicios temerarios de otro.*

Noveno. *No desear la esposa ajena.*

Décimo. *No codiciar los bienes de otro.*

Estos diez preceptos ó Mandamientos, pueden reducirse á dos, á saber: á

amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos; teniendo siempre presente para obrar, la máxima de eterna justicia, que dice: «Lo que no quieras para ti, no lo quieras para otro».

La Iglesia nos impone también otros cinco preceptos ó Mandamientos que debemos observar con la mayor exactitud, y son:

Primero. *Oír misa entera los domingos y fiestas de guardar.*

Segundo. *Confesar nuestros pecados, á lo menos una vez dentro del año, ó antes si espera peligro de muerte ó si ha de comulgar.*

Tercero. *Comulgar por pascua florida: esto es, en tiempo que la Iglesia tiene marcado para ello.*

Cuarto. *Ayunar cuando lo manda la misma Iglesia: esto es, por Cuaresma, Témporas, Vigilias, etc.*

Quinto. *Pagar diezmos y primicias á la Iglesia de Dios.*

Para cumplir con estos Mandamientos, necesitamos del auxilio de la gracia que nos comunica el Señor por medio de sus Sacramentos, que son siete, á saber:

1.° *Bautismo.* 2.° *Confirmación.* 3.° *Penitencia.* 4.° *Comunión ó Eucaristía.*

5.° *Extrema-Unción.* 6.° *Orden Sacerdotal* y 7.° *Matrimonio.*

El bautismo, como ya hemos insinuado antes, borra el pecado original y demás que haya en el que se bautiza, si es adulto, en cuyo caso se llama catecúmeno. La confirmación, nos da el Espíritu Santo para hacernos perfectos cristianos. La penitencia es el preparativo para recibir la Sagrada Eucaristía, es decir, al mismo Dios vivo, Dios y hombre verdadero. Por medio de la confesión sacramental y de la penitencia que se nos impone por nuestras culpas, el hombre se reconcilia con su Dios, y de esclavo que era del demonio, queda convertido en Hijo de Jesucristo, redimido con su Preciosísima Sangre. Para recibir con fruto este Sacramento debemos examinar nuestra conciencia, para acordarnos de todos los pecados (particularmente mortales) que hemos cometido después del Bautismo ó de la última confesión que hemos hecho, los cuales es preciso confesarlos todos, sean de la clase que sean, al Confesor, para que se nos perdonen por medio de la penitencia y absolución, sin omitir ninguno; pues con un solo pecado mortal que se calle por vergüenza ú otra causa secreta, no siendo por un olvido natural, es inválida la

confesión y nos hace cometer un sacrilegio si comulgamos, pues que estamos en pecado mortal; además, necesitamos, para cumplir totalmente con lo que previene este Sacramento, dolor de haber ofendido á Dios, con propósito de la enmienda y de cumplir la penitencia y cualesquiera satisfacción, restitución ó reparación que debemos hacer en virtud de la penitencia que se nos imponga.

La Sagrada Eucaristía alimenta nuestra alma con el propio Cuerpo y Sangre, alma y divinidad de Jesucristo; debiendo para recibir dignamente este Sacramento, no tener pecado mortal alguno, pues que todos han debido confesarse, como se ha dicho, y si se comulga en pecado mortal se comete un horrendo sacrilegio.

La Extrema-Unción se estableció para limpiar las reliquias del pecado que por ignorancia ó negligencia suelen quedarnos, dándonos esfuerzo contra las tentaciones del demonio y salud al cuerpo si le conviene. El Sacramento del Orden, para dar por medio de él dignos Ministros y Sacerdotes á la Iglesia. Y en fin, el Matrimonio establece un vínculo indisoluble entre hombre y mujer para servir á Dios, dar hijos á la

Iglesia y al Estado y el ejemplo á los que no abrazan este estado.

La Oración es otro conducto por donde Dios nos comunica su gracia; práctica recomendada por Jesucristo á sus discípulos.

Orar es, según tan sencillamente nos dice el Catecismo, levantar el alma á Dios y pedirle mercedes. Para cumplir con la oración es necesario hacer por Dios todo lo que hacemos, y emplear cada día en ella algún tiempo, aunque no sea más que por la mañana y á la noche; y cuando hacemos oración es necesario hacerla en nombre de Jesucristo, con fe, atención, fervor, confianza y perseverancia. La oración más sublime y enérgica que podemos hacer á Dios la compuso el mismo Jesucristo, y se llama Dominical, y vulgarmente Padre Nuestro; en ella se contiene cuanto podemos pedir á Dios, en esta forma:

Padre nuestro que estáis en los Cielos; santificado sea el tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad, así en la tierra como en el Cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores; y no nos dejes caer en la tentación. Mas líbranos de mal.

Es también muy agradable á Dios, que le roguemos por medio de la invocación ó mediación de su santísima Madre y sus Santos que están en el Cielo, y se interesan por los que militamos en este mundo bajo las banderas de la fe Católica; y es obligación nuestra el venerarlos como siervos y amigos de Dios; pero al venerarlos é invocarlos, siempre hacemos la debida diferencia que debemos hacer entre Dios y sus criaturas; pues que á Dios lo veneramos y adoramos, y á los santos sólo los veneramos. Reconocemos que Jesucristo sólo es nuestro medianero, el que nos ha redimido, y por quien podemos ser oídos y alcanzar la Gloria eterna; lo que no hacemos con respecto á los santos, á quienes sólo los consideramos, como hemos dicho, por nuestros intercedores y medianeros con Jesucristo, dirigiendo siempre nuestras súplicas en nombre de éste.

La devoción más grande y más poderosa es la de la Virgen Santísima; pues ¿qué pedirá esta piadosísima Señora, Madre y consuelo de los pecadores, á su divino Hijo que no lo conceda? La oración más grata para esta amorosísima Madre nuestra, es sin duda, la salutación que hizo el Arcángel San Gabriel, cuando vino de orden y

como embajador de la Santísima Trinidad, á anunciarla que en sus purísimas entrañas encarnaría á Jesucristo por obra y gracia del Espíritu Santo. A esta oración poderosa llamamos, según la Iglesia, Salutación angelical, y vulgarmente Ave María, y es del tenor siguiente:

Dios te Salve María, llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre Jesús.

A cuya Salutación la Iglesia ha añadido la ferviente súplica de los pecadores, que es en la forma siguiente:

Santa María, Madre de Dios; ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte— Amén.

Además tenemos otra oración á la Virgen Santísima, que es otra especie de salutación que compuso un piadoso religioso del orden de San Benito, en el año de 1046; cuyo monje vivió y murió santamente, y la Iglesia adoptó la Salve como una de sus cuatro principales oraciones, siendo su tenor el siguiente:

Dios te Salve, Reina y Madre de misericordia, vida y dulzura, esperanza nuestra. Dios te salve, á ti llamamos los desterrados, hijos de Eva; á ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle

de lágrimas. Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos. Y después de este destierro muéstranos á Jesús, Fruto bendito de tu vientre. ¡Oh clementísima! ¡Oh piadosa! ¡Oh dulce siempre Virgen María! ruega por nos, Santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar los prometimientos de nuestro Señor Jesucristo — Amén.

Los cristianos estamos obligados, además de la oración privada que podemos hacer y hacemos en nuestra casa, á asistir á las públicas que celebra la Iglesia, y sobre todo, á oír con devoción y fervor el Santo Sacrificio de la Misa, en el cual se representa el sacrosanto Misterio de nuestra Redención, ofreciendo en él el Sacerdote al Eterno Padre al mismo Jesucristo, su divino Hijo, por la consagración, bajo las especies de pan y vino, y representándose su sacratísima vida, pasión y muerte, en cuyos Misterios debemos nosotros considerar ó meditar mientras oímos la misa, sin que nos distraiga objeto alguno terreno; dando con nuestra atención y recogimiento ejemplo á los demás, del respeto con que debemos estar en el templo á la presencia de Dios.

LOS SIETE

SALMOS PENITENCIALES

SALMO 6.º *

David, debilitado y agobiado con el peso de sus pecados y de las desgracias que se siguieron á ellos, pide á Dios le libre de tantos males, y viendo que le oye, echa en cara á sus enemigos que en vano esperaban su ruina.

Domine, ne infurore tuo arguas me, etc.

Señor, no me reprendáis enfurecido, ni me castiguéis airado.

Compadeceos, Señor, del desfallecimiento en que me hallo; muévaos á mitigar mis penas la turbación en que me veis.

Vos que sois testigo de las zozobras de mi corazón desde el momento en que os dejé, ¿hasta cuándo, Señor, esperaréis á calmarlas?

Volved, Señor, á mí vuestros ojos, y librad á mi alma de tantas penas: salvadme por vuestra misericordia.

Cuando esté ya consumido de tristeza podré desde el sepulcro ** alabar vuestro Santo Nombre en mis cánticos.

Bien sabéis, Señor, cuántas lágrimas

---

* Este Salmo puede servir de oración á un cristiano combatido por los enemigos de su salvación y cargado del peso de sus pecados: con esta mira ha dispuesto la Iglesia que sea el primero de los Penitenciales.

** La voz hebrea que corresponde á INFIERNO, denota infierno y sepulcro; por eso se toma aquí en la segunda significación.

me cuesta ya mi pecado; gemiré por él todo el resto de mi vida; emplearé en llorarlo aun el tiempo destinado á mi reposo, y todas las noches bañaré mi lecho con mi llanto.

Tan abatido y desfigurado tenía el semblante con la fuerza de este dolor, que todos mis enemigos pensaban que ya iba á desfallecer, y que en vano buscaba vuestra gracia.

Pero apartaos de mí, pecadores, porque habiendo oído el Señor mis ruegos, ya no podéis ser para mí más que un objeto de afrenta.

Oyó el Señor mis clamores, recibió el Señor benignamente mis ruegos.

Véanse, pues, mis enemigos corridos y turbados: huyan precipitadamente de mí, confundidos de verme triunfar de su ojeriza.—Gloria al Padre, al Hijo, etc.

SALMO 31.

David, instruído por su propia experiencia, contrapone la felicidad de su corazón penitente, la infelicidad de su corazón endurecido en el pecado. Reconoce la bondad de Dios en su conversión. Pide y espera verse libre de sus enemigos y parece que habla Absalón y sus parciales.

Beati quorum remissæ sunt iniquitates, etc.

Bienaventurados aquellos á quienes han sido perdonadas sus maldades y borradas sus culpas.

Bienaventurado el hombre que con sincero arrepentimiento de un corazón

recto y sencillo ha obligado á Dios á olvidar su pecado.

Callé, Señor, en vez de confesar mi delito: por eso, vuelvo en mí, clamé á Vos de noche y de día, y mi aflicción me redujo á una debilidad extrema.

Y Vos, desconfiando aún de este corazón ingrato, agravasteis cada vez más vuestra mano sobre mí, me sumergisteis en amargura y me dejasteis entre las espinas de mis remordimientos.

Entonces, yo más dócil á los rigores que á los beneficios, me convertí á Vos y os confesé mi pecado.

Obligado de mis males dije: quizá moveré al Señor acusándome de mi iniquidad en su presencia; y al punto que hice esta sincera confesión me perdonasteis.

Con este ejemplo se animarán todos los que quieran ser purificados á dirigir á Vos sus ruegos.

Y aprovechándose del tiempo de vuestra misericordia estarán á cubierto de vuestra ira cuando aneguéis á vuestros enemigos en un diluvio de males.

Mas, ¿dónde sino en Vos, Señor, hallaré asilo en las aflicciones que me ha causado la culpa? Y pues sólo de Vos espero mi consuelo, no permitáis que caiga rendido á la violencia de los que me acometen.

Yo te iluminaré, me dijisteis, para que

descubras los ardides de tus enemigos: te enseñaré el camino para librarte de su encono, y fijaré mis ojos en ti.

Y así vosotros que me perseguís como bestias irracionales, en vano os entregáis á los excesos de una pasión ciega.

Vos, Señor, enfrenaréis á los que se apartan de Vos y sacuden el yugo de la obediencia que deben.

Los pecadores sufrirán multiplicados castigos de la justicia divina: mientras los justos, que ponen su confianza en el Señor, están rodeados de la divina misericordia.

Y así, justos y rectos de corazón, alegraos y glorificaos de servir al Señor.

Gloria al Padre, al Hijo, etc.

SALMO 37.

David, perseguido de su hijo, procura aplacar la justicia de Dios haciéndole presentes las penas que hasta entonces había padecido por sus pecados y la resignación con que las había recibido. Espera el socorro del Cielo contra sus enemigos, pero dispuesto siempre á recibir nuevos castigos.

Domine, ne infurore tuo arguas me, etc.

Suspended, Señor, vuestros castigos, hasta que vuestra indignación haya tenido tiempo de aplacarse.

Herido y traspasado de los golpes de vuestra justicia, siento sobre mí el grave peso de vuestro brazo vengador.

Viendo vuestro rostro airado, he caído

en un desfallecimiento extremo: la vista de mis pecados tiene á mi alma en continua angustia y turbación.

Por encima de mi cabeza sobresalen mis iniquidades, bajo cuyo peso enorme estoy á pique de desfallecer.

Como fuí tan ciego que no curé prontamente las heridas del pecado, se me empudrecieron.

Mil veces me vi agobiado con el peso de mis culpas: por todas partes llevaba arrastrando mi miseria y mi aflicción, á todas horas se veía cubierto mi rostro de tristeza.

Irritada mi concupiscencia con mis primeros desórdenes, me daba obstinados combates y no sentía en mi carne más que flaqueza.

En fin, afligido y humillado hasta lo sumo, prorrumpí en gemidos.

Vos, Señor, que conocéis los más ocultos movimientos de mi corazón los escuchasteis: y sois testigo de mis lágrimas.

Vos visteis á qué extremo habían llegado las congojas de mi corazón, y visteis desfallecidas mis fuerzas.

Y como para privarme de todo consuelo, permitisteis declarárseme mis amigos por contrarios, y sublevarse hasta mi propia sangre contra mí.

Los que debían estar más juntos y unidos conmigo me abandonaron á la vio-

lencia de los que se conjuraban para arruinarme.

Mis enemigos empleaban noche y día en inventar nuevos ardides para sorprenderme, y aun hubo quien me echase en cara falsos delitos, burlándose de mi miseria.

Bien sabéis, Dios mío, que yo pudiera vengarme; mas como sordo á mis injurias, como mudo, como quien no tiene qué responder, no hablé palabra ni para quejarme ni para justificarme.

Esperaba, Señor, que os compadecieseis de mis penas, y por esta confianza en Vos, Dios mío, os dignaréis de oír mis ruegos.

Viendo mis enemigos vacilante mi fortuna, hablaban de mí con insolencia. Por eso os hice presente que bien podíais castigarme, pero sin dejarles la complacencia cruel de celebrar con baldones mi ruina.

Mas, castigadme, Señor, como mejor os parezca: mi pecado, que siempre tengo presente, es la causa principal de mi dolor: y así para todo estoy pronto y resignado.

Consideraré que no hay rigor excesivo para un pecador como yo, y haré una profunda confesión de mi maldad.

No obstante, me atrevo á haceros presente que mis enemigos aún subsisten,

que se fortifican y se multiplican cada día más.

Con repetidas calumnias me pagan los beneficios, y mi amor á la justicia es todo mi delito para ellos.

Mas, Dios mío, Vos, Señor, de quien sólo debo esperar mi salvación, no os apartéis de mí, ni me dejéis sin socorro al arbitrio de mis enemigos.

Gloria al Padre, al Hijo, etc.

SALMO 50

David pide á Dios perdón de su adulterio con Bethsabé y del homicidio cometido en la persona de Urias.

Miserere mei, Deus, secundum, etc.

Tened piedad de mí, Dios mío: yo que soy el mayor de los pecadores, imploro vuestra gran misericordia.

Para que me perdonéis se requiere vuestra bondad toda entera, y en su amplitud infinita fundo la esperanza del perdón.

Borrad, Señor, mi iniquidad, y si tuviere la dicha de estar ya purificado, no obstante lavadme todavía, purificadme mucho más.

Bien sabéis que yo no oculto ni excuso mi pecado: continuamente lo tengo delante de mis ojos, y me lo echo en cara á todas horas.

Vos sólo fuisteis testigo de mi delito, delante de Vos sólo le cometí; mas lo

confieso públicamente para que justifiquéis en mí vuestra promesa de perdonar al pecador contrito, y confundáis á cuantos se atrevieren á censurar vuestra fidelidad.

Pequé, Dios mío, mas ¿qué podía esperarse de un hombre concebido en pecado, y con tan funesta propensión al mal?

Pero, Señor, no siempre estuvo corrompido mi corazón; en algún tiempo amasteis mi sencillez y rectitud, y me revelasteis los ocultos misterios de vuestra sabiduría.

Para hacerme de nuevo agradable á vuestros ojos, me rocearéis, Señor, con el hisopo y seré purificado; me lavaréis y quedaré más blanco que la nieve.

Haréis que oiga en lo íntimo de mi corazón palabras de alegría y consuelo; y todas mis potencias desmayadas recobrarán nuevo vigor con el secreto testimonio que me daréis de mi reconciliación con Vos.

Apartad, Señor, la vista para no ver más mis ofensas; borradlas de modo que no comparezcan jamás á vuestros ojos.

Renovad en mí aquella pureza de corazón, aquella rectitud de espíritu que yo tenía antes.

No me arrojéis de vuestra presencia, y haced que siempre resplandezca sobre la luz de vuestro Espíritu Santo.

Restituídme aquella alegría, prenda de mi paz con Vos, é inspiradme al mismo tiempo un espíritu de fortaleza que me confirme en el bien.

Con eso enseñaré vuestros caminos á los pecadores, é instruídos en cuanto pueden prometerse de vuestra bondad, se convertirán á Vos.

Vos, Dios mío, en quien he puesto toda la esperanza de mi salvación, libradme de los crueles remordimientos que me causa la memoria de la sangre que he derramado, y mi lengua cantará con júbilo vuestras misericordias.

Vos, Dios mío, abriréis mis labios, y anunciará mi boca vuestras alabanzas.

Si por la expiación de mi delito hubierais exigido sacrificios, gustoso os los hubiera ofrecido: mas sabiendo que no os agradarían mis holocaustos, y que el único sacrificio para aplacaros es el arrepentimiento, sólo he cuidado de llorar mi iniquidad; no despreciéis mi Dios, un corazón contrito y humillado.

No detengan, Señor, mis pecados, el curso de vuestra bondad sobre Sión; haced que podamos edificar los muros de Jerusalén.

Entonces aceptaréis benigno mis ofrendas y holocaustos, como sacrificios de un hombre justificado por la penitencia, y entonces también el pueblo á mi ejem-

plo cargará de víctimas vuestros altares. — Gloria al Padre, al Hijo, etc.

SALMO 101.

El Profeta introduce aquí á un judío en la cautividad de Babilonia que descubre en su persona las miserias de todo el pueblo y pide á Dios que le libre de ellas. La redención del pueblo judaico y el restablecimiento de Jerusalén, son figura de la redención del género humano y del establecimiento de la Iglesia por el Mesías: por el cual, este salmo conviene al alma que quiere salir del cautiverio del demonio.

Domine, exaudi oratinem meam, etc.

Señor, escuchad mis ruegos; lleguen á Vos mis clamores.

No apartéis de mí vuestros ojos; y siempre que me veáis afligido dignaos dar oído atento á mi voz.

En cualquier tiempo que os invoque, oídme, Dios mío, con presteza.

Mis días rápidos que pasan como el humo, mi cuerpo consumido como un leño que arde al fuego; todo me anuncia la muerte.

Herido al golpe de vuestra justicia, como el heno de la hoz, me hallo desfallecido; porque con el dolor, me olvido hasta de tomar el necesario alimento.

Me dejo consumir de tristeza en tanto grado, que sólo me queda ya la piel pegada á los huesos.

Semejante al pelícano y al buho que se van á los desiertos, y moran en sitios inhabitados, huyo cuanto puedo de los hombres.

Paso las noches enteras llorando mi desgracias, y como ave solitaria, busco los rincones escondidos de mi casa.

Mis enemigos, que antes envidiaban mi prosperidad, ahora me insultan todo el día y conspiran aumentar mis males.

En nada eucuentro gusto, ni aun en el alimento que me es preciso tomar; y mezclo mis lágrimas con mi bebida.

Al ver que soy el blanco de vuestra ira, y la altura de donde me precipitasteis.

Mis días pasan con la misma celeridad que la sombra; estoy debilitado y marchitado como el heno ya segado.

Mas, Vos, Señor, permanecéis siempre el mismo, y se celebra en todos los siglos vuestra gloria.

Muy pronto, como quien vuelve de un letargo, os levantaréis á socorrer á Sión; sí, sí, ya se acerca el tiempo en que os compadeceréis de ella.

Sólo queda de esta asolada ciudad piedras amontonadas; sin embargo, vuestros siervos están suspirando por ella, y penetrados de dolor por su ruina irán gozosos á reedificarla.

Entonces, Señor, reverenciarán las naciones vuestro nombre, y los reyes de la tierra rendirán homenaje á vuestra gloria.

Viendo que habéis reedificado á Sión,

y que ostentáis en ella vuestro poder y grandeza.

Pues al fin escucharéis las oraciones del pueblo afligido, y no siempre despreciaréis sus ruegos.

Grabadas estas maravillas en eternos monumentos, pasarán á las generaciones remotas, y la posteridad tributará gloria al Señor.

Le alabará por haberse dignado inclinar sus ojos á la tierra desde lo alto de su santuario y mirar las miserias de los suyos.

Le alabará por haber escuchado los gemidos de estos miserables cautivos, rompiendo sus cadenas y librándolos de la muerte á que parecía estaban destinados.

Le alabará de que para cantar en Jerusalén sus alabanzas invocaron la gloria de su nombre.

Y para que le sirvan todos, juntará allí los reyes y congregará los pueblos.

Pero pues vais, Señor, á mostrar así vuestro poder, ¿decidme si lograré en mis cortos días ser testigo de vuestra misericordia?

No me detengáis en medio de mi carrera, gran Dios, cuyos años son eternos, y que podéis acrecentar el número de los míos.

Vos, Señor, sois el que al principio

fundasteis la tierra sobre sus cimientos; los Cielos son obra de vuestras manos.

Ellos perderán algún día su lustre y esplendor, se envejecerán como un vestido: mas Vos, Dios mío, permaneceréis siempre el mismo.

Los volveréis y renovaréis como un ropaje ya usado; mas, Vos, Señor, nunca os mudaréis, porque los años no pasan por Vos.

Y así siempre podréis cumplir vuestras promesas; y si vuestros siervos no llegan á disfrutarlas á lo menos sus hijos habitarán en la santa ciudad, y su posteridad será siempre el objeto de vuestros cuidados.—Gloria al Padre, etc.

SALMO 129.

Este Salmo también pertenece á los judíos oprimidos de miserias en Babilonia, é igualmente conviene á todo pecador que quiere aplacar la ira de Dios.

De profundis clamavi ad te, Domine, etc.

Desde el profundo abismo de miserias en que estoy caído, clamo á Vos, Señor, no seáis, Dios mío, inexorable á mi voz.

Dignaos escuchar los ruegos de un infeliz que no tiene otro recurso que vuestra gran misericordia.

Sé, Dios mío, cuán culpable soy á vuestros ojos: mas si examináis con rigor nuestras iniquidades, ¿quién podrá sufrir vuestros juicios?

Si en nosotros sólo encontráis delitos para perdernos, en Vos hallaréis motivos para salvarnos: os impusisteis la ley de no resistir á nuestras lágrimas; y esto me obliga, Señor, á esperar confiado en vuestra bondad.

Nunca me he olvidado de las promesas del Señor, que me han alentado en lo más fuerte de mis males: he esperado siempre en él.

Así, no deje Israel de esperar, pues recibirá por la noche el socorro que no haya conseguido por el día.

Porque es infinita la misericordia del Señor, que sabe hallar en los tesoros de su poder remedio para nuestros males.

Y presto redimirá á su pueblo de todas sus miserias é iniquidades.

SALMO 142.

David, arrojado de Jerusalén, mira la rebelión de su hijo como justo castigo de la suya contra Dios; y entre la súplica que hace al Señor para que le libre de sus enemigos, mezcla de cuando en cuando afectos de penitencia. Lo mismo debe practicar el cristiano en sus aflicciones.

Domine, exaudi orationem meam, etc.

Escuchad, Señor, mis ruegos: cumplid la promesa que habéis hecho de oír á los pecadores humillados: hágaos vuestra bondad propicia á mis deseos.

No entréis en juicio con vuestro siervo, porque no hay hombre alguno en la

tierra que pueda compararse justo á vuestros ojos.

Y así, Señor, olvidad mis iniquidades, ved cuán furiosos me embisten mis enemigos para destruírme; ya me han derribado del trono.

Me han obligado á enterrarme vivo en estos desiertos, mirándome como un Príncipe ya muerto y olvidado: cercado estoy de crueles angustias y congojas.

Para conformarme en tan miserable estado, he traído á la memoria aquellos célebres días de los pasados siglos, meditando los prodigios que obró entonces vuestra poderosa mano en favor de nuestros padres.

Despertando así mi confianza, he extendido mis manos hacia Vos: mi alma os busca al modo que se abre la tierra, pidiendo agua, abrasada por los ardores del sol.

Daos prisa, Señor, á socorrerme, porque no me es posible sufrir ya más tiempo el peso de mi miseria.

No apartéis de mí vuestros ojos, porque si los apartáis, ya pueden encerrarme en el sepulcro.

En Vos espero, Dios mío; oiga yo cuanto antes aquella voz interior con que manifestáis vuestra misericordia á un corazón que ha logrado enterneceros.

Y ya que mi único deseo en la tierra,

es llegarme á Vos, mostradme el camino que he de seguir para alcanzarlo.

Libradme, Señor, de mis enemigos, pues me acojo á vuestros brazos penetrado de dolor de haberos ofendido; y para que no vuelva á olvidaros, enseñadme á obedeceros más fielmente, pues sois mi Dios.

Dirigido por vuestro Espíritu santo, entraré en el camino de la justicia; y para gloria de vuestro nombre conservaréis mi vida según vuestras justas promesas, á pesar de los esfuerzos de mis perseguidores.

Me sacaréis de la aflicción; y vuestra misericordia, al paso de que os mueva á compasión de mis males, os armará contra mis enemigos.

Y no contento con dar fin á mis trabajos, vengaréis á vuestro siervo, destruyendo á los que han sido causa de sus tribulaciones.

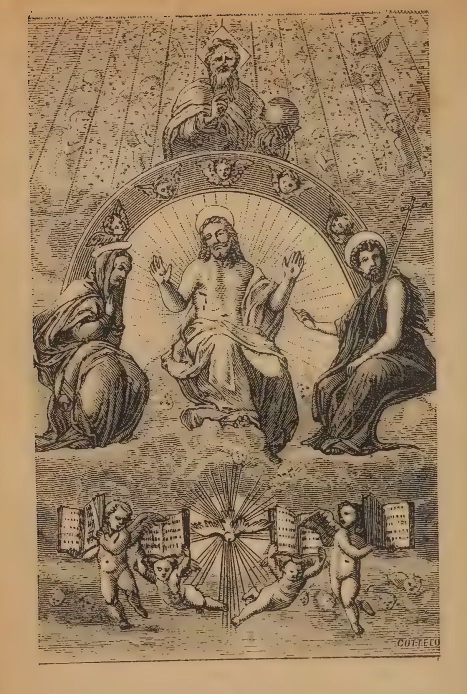
Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, ahora y por todos los siglos de los siglos. — Amén.

SEGUNDA PARTE

CONFESIÓN Y COMUNIÓN

Y

VISITAS AL SANTÍSIMO SACRAMENTO



Dios uno y trino, á quien tanto Arcángeles y Querubines, Angeles y Serafines dicen: ¡Santo, Santo, Santo! — (Isaías).

EJERCICIO

PARA LA CONFESIÓN Y COMUNION

ADVERTENCIA

No hay cosa más importante en el cristianismo que recibir con las disposiciones necesarias el Sacramento de la Penitencia. No sería necesario sino llegarse una vez á él con el debido fervor para ser un santo. Sin embargo, después de muchas confesiones nos hallamos ordinariamente lo mismo que antes. ¿De dónde viene esto? De nuestra negligencia en disponernos bien, y en que no traemos á este Sacramento todas las condiciones que exige.

Confesaos frecuentemente y siempre como si fuera la última vez de vuestra vida; acercaos temblando al tribunal sagrado de la penitencia; escuchad á Dios en las palabras de su Ministro, y recibid con el más vivo reconocimiento la aplicación de la Sangre y méritos de Jesucristo.

ORACIÓN AL ESPÍRITU SANTO,

pidiéndole luz para conocer todos los pecados, faltas é imperfecciones.

Espíritu soberano, Espíritu consolador y fuente de toda luz, dignaos comuincarme un rayo de ella para que mnozca y descubra todo lo que hay de coalo y de injusto en mi corazón. Vos

solo penetráis su fondo, y por ello me dirijo á Vos para que me deis á conocer todas mis iniquidades. Vos queréis que descubra á vuestro Ministro los pecados con que he afeado á mi alma; Vos lo exigís así para que él me ordene el conveniente remedio. Pero, ¿cómo podrá darse á conocer á otro quien no se conoce á sí mismo? ¿Y quién podrá conocerse á sí mismo, si Vos no se lo manifestáis?

Dignaos, pues, ¡oh divino Espíritu! hacerme comprender y conocer cuánto me he alejado de ese amor tan dulce y soberano que jamás olvidar debiera, de ese amor que os debo como á mi Criador y mi único bien. Penetrad mi alma, oh Dios mío, de un aborrecimiento al pecado. Sí, Espíritu Santo, Espíritu de luz y de consuelo, venid á mí, alumbrad mi entendimiento con vuestra gracia y abrasad mi corazón con vuestro amor, para que examine justa y debidamente mi conciencia, confiese humildemente mis pecados, y tenga de ellos una verdadera contrición. Así os lo pido por los méritos de mi Señor Jesucristo, y por la intercesión poderosa de la Santísima Virgen María, y de todos los Santos de la Corte Celestial. — Amén.

MODO DE HACER EL EXAMEN.

ADVERTENCIA.

El cristiano que se acerque á recibir el santo Sacramento de la Penitencia, debe acusarse de todos los pecados ciertos que ha cometido desde la última confesión bien hecha, y de los pecados dudosos: esto es, de aquellos de cuya existencia ó gravedad le recuerde la conciencia, pero que no le son conocidos con toda claridad y certeza. Como puede pecarse por pensamiento, palabra ú obra, el examen de conciencia debe girar acerca de estos tres puntos:

Primero. — Para la más fácil inteligencia de esta materia, debemos decir: que pecado mortal es un dicho, hecho ó pensamiento contra los mandamientos de Dios ó de su Iglesia en materia grave: y asimismo, una omisión voluntaria de algún precepto obligatorio en materia grave, acerca de los Mandamientos de Dios ó de la Iglesia: por ejemplo, hurtar cuatro reales.

Pecado venial, es un hecho, dicho ó deseo contrario á los Mandamientos de Dios ó de su Iglesia, en materia leve; y asimismo, una omisión voluntaria de algún precepto obligatorio en materia leve, acerca de los Mandamientos de Dios ó de su Iglesia: por ejemplo, hurtar un cuartillo á una persona rica, una mentira ligera por diversión y sin perjuicio alguno.

Segundo. — Se deben confesar todos los pecados mortales cometidos después de la última confesión bien hecha, según estén en

la conciencia, después de un diligente y prudente examen. Se pueden confesar, aunque generalmente hablando, nó es necesario, los pecados veniales; de todos modos es muy útil su confesión y reporta al alma grandes ventajas.

Tercero. — Cuando haya duda sobre si un acto pecaminoso cometido, es pecado mortal, ó venial, se debe consultar al Confesor lisa y llanamente, sin que el penitente agrave ó atenúe las circunstancias, para que el Confesor forme un juicio exacto del hecho. Para que haya pecado, sea mortal, sea venial, es necesario que concurran tres circunstancias en la acción pecaminosa, á saber: advertencia, consentimiento y libertad.

Y en efecto, para que haya pecado, es necesario que el entendimiento advierta y entienda el pensamiento, palabra ú obra pecaminosa: de aquí la necesidad de la advertencia.

Es necesario que la voluntad ame y consienta en la dicha acción: de aquí el consentimiento.

Finalmente, es necesario que el alma tenga el libre ejercicio de sus facultades para que un acto pueda imputársele á pecado. Un loco, un niño, ó un durmiente, mientras no gocen ni tenga el uso expedito de sus sentidos y facultades, carecen de libertad.

Debe sin embargo, advertirse que cuando se ha dado voluntariamente causa á la embriaguez, á un movimiento violento y desarreglado de ira ó de torpeza, debe manifestársele así al Confesor, para que él juzgue sobre los actos pecaminosos que se hubieren cometido en tal estado.

El Reverendo P. Fr. Manuel de Jaén, expuso y redujo todo lo concerniente á esta doctrina á la siguiente décima:

El sentir no es consentir,
Ni el pensar mal es querer,
Consentimiento ha de haber
Junto con el advertir;
Mal puedo yo consentir,
Pensamiento que no advierto;
Y aunque soñando ó despierto
Esté, si no quiero el mal,
Que no hay pecado mortal
Puedo estar seguro y cierto.

El penitente debe manifestar además al Confesor sus inclinaciones malas, sus costumbres viciosas, y las dudas espirituales que turben su conciencia, pidiendo su parecer y medios de dirección.

Para que la confesión sea lo más exacta posible, el penitente hará el examen de conciencia:

Primero, por los Mandamientos de la ley de Dios.

Segundo, por los de la Iglesia.

Tercero, por los pecados capitales.

Cuarto, por las obligaciones de su estado en particular.

No se pondrá á continuación sino el examen por los Mandamientos de la ley de Dios, porque es sumamente fácil el hacerlo por los otros tres puntos, leyéndolos en el Catecismo, ó repasándolos detenidamente en la memoria; y además para evitar difusión.

BREVE EXAMEN

por los Mandamientos de la ley de Dios

PRIMER MANDAMIENTO.

Amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos. — Si ha negado algún artículo de fe; si ha dudado de ella; si sigue doctrinas opuestas á las de la Santa Madre Iglesia; si ha propagado malas doctrinas; si ha leído ó si tiene á sabiendas libros prohibidos, y especialmente los que son contrarios á nuestra santa religión y á las buenas costumbres; ó si lee escritos ó impresos cuya lectura esté suspensa, á causa de su doctrina, por la autoridad eclesiástica. Explicar al Confesor no sólo el título de la obra, escrito ó impreso, sino la materia de que trate; y si lo ha dado á leer á otros.

Si ha desconfiado de la misericordia del Señor; si ha desesperado de su salvación; si por el contrario, ha dilatado su conversión por una confianza temeraria; si ha cometido un mismo pecado, ó si sigue una mala costumbre de pecar, si ha desconfiado presuntuosamente en el perdón; si ha desesperado de su enmienda sin humillarse á pedir la gracia

de Dios; si se atribuye á sí mismo y no á la gracia de Dios, sus virtudes, sus talentos, sus acciones brillantes, etc.

Si no ama á Dios sobre todas las cosas: si ama al prójimo desordenadamente, y no según Dios. Si se deja llevar de una pasión desordenada al amor de las criaturas, ciencias, artes, honores, riquezas, vida cómoda, felicidad temporal, etc.

Si se ha impacientado contra la divina Providencia, ó ha murmurado de ella, por los trabajos que Dios le ha enviado.

Si ha sido causa de que otros hayan faltado á este Mandamiento.

SEGUNDO MANDAMIENTO.

No jurar el santo nombre de Dios en vano. — Si ha jurado en vano ó en falso ó con execración. Si ha faltado á la fe prometida, ó al juramento que tiene hecho. Si no ha cumplido sus votos; si dilata maliciosamente su cumplimiento; si ha hecho voto ó juramento contrario á otro voto ó juramento válido, y sin contar para ello con su padre, marido, superior ó confesor, en aquellos casos en que debe obtenerse, ó al menos pedirle su beneplácito. Si ha blasfemado de Dios y de sus santos, ó proferido palabras injuriosas contra Dios ó sus San-

tos; si ha cometido profanaciones, sacrilegios, etc. Si ha sido causa de que otros hayan faltado á este Mandamiento.

TERCER MANDAMIENTO.

Santificar las fiestas. — Si ha faltado al culto debido á Dios y á sus Santos, ó á las prácticas de la Religión mandadas observar por la Iglesia en los días festivos.

Si no ha confesado y comulgado cuando lo manda la Iglesia. Si ha hecho mala confesión, sea ocultando maliciosamente un pecado mortal, sea no haber tenido dolor de haber ofendido á Dios, sea no habiendo hecho propósito de enmienda; en estos casos hay que renovar las confesiones mal hechas y acusarse de las comuniones mal recibidas; pero para no dar lugar á escrúpulos, ó engaños, es necesario explicar al Confesor la causa por la que se juzga haber hecho anteriormente las confesiones malas.

Si ha trabajado en día de fiesta.

Si ha sido causa de que otros hayan faltado á este mandamiento.

CUARTO MANDAMIENTO.

Honrar á padre y madre.—Acúsense los padres de infracción de sus deberes para con sus hijos. Si no les dan buena

educación; si no les instruyen ó hacen instruír en las verdades y máximas de nuestra sacrosanta Religión, en las verdades y máximas de la sana moral y política cristiana. Si no les proporcionan, pudiéndolo, medios para tomar un estado de vida honesto, decente y conforme á su clase é inspiraciones. Si impiden el que sus hijos sigan y cumplan su vocación, ó los deberes del estado ya contraído. Si no corrigen sus defectos; si al contrario, les dan mal ejemplo, ó les dejan en la ociosidad.

Acúsense los hijos de los pecados de desobediencia, de falta de amor, de respeto y de justicia para con sus padres, mayores, sacerdotes y superiores en el orden temporal y espiritual.

Acúsense los superiores, los amos, los tutores, prelados, de la dureza en el trato, ó del descuido acerca de sus criados, súbditos, subordinados y personas que les estén encomendadas.

Acúsense los criados ó dependientes de la falta de amor, respeto y fidelidad á sus amos ó superiores, de la falta de cumplimiento en su ministerio.

Si no ha sobrellevado con paciencia las flaquezas de su superior, igual ó inferior.

Si ha sido causa de que otros hayan faltado á este mandamiento.

QUINTO MANDAMIENTO.

No matar. — Si ha menospreciado á alguno; y declarado si la persona vilipendiada es superior en el orden temporal ó ministro de la Religión; y así mismo si ha insultado, ofendido ó calumniado á alguno de palabra, de obra ó por escrito.

Si tiene odio, rencor ó mala voluntad contra alguno y si lo ha manifestado.

Si ha deseado, dado ó procurado la muerte á alguno.

Si le ha herido ó injuriado, ó causado vejaciones.

Si desea vengarse, ó ha puesto ya los medios, y si ha ejecutado su venganza.

Si niega el perdón á su prójimo.

Si ha escandalizado á alguno ó á muchos de palabra, de obra ó por escrito.

Si tiene envidia. Si ha ejecutado algún movimiento de ira.

Si come ó bebe con exceso; ó cosas que sabe perjudican á su salud, ó que le pueden incitar al pecado.

Si ha sido causa de que otros hayan faltado á este Mandamiento.

SEXTO MANDAMIENTO.

No fornicar. — Como la impureza es un vicio semejante á la pez, que con

sólo tocarla, aunque sea para alejarla de sí, unta, no se han detallado sus pecados. El que los cometa no los puede ignorar. Acúsense, pues, con la más posible claridad, y honestidad, explicando las circunstancias de tiempo, lugar, estado y persona, por los tres puntos de pensamiento, palabra ú obra, ó bien por escrito. Debe, pues, tenerse por bien entendido, que no hay parvedad de materia acerca de los pecados cometidos contra este Mandamiento; y que una vez consentidos con libertad y advertencia, son mortales.

Si ha sido causa de que otros hayan faltado á este Mandamiento.

SÉPTIMO MANDAMIENTO

No hurtar.—Si ha tenido ó tiene deseo de retener lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y si de hecho lo na ejecutado; ó si ha puesto los medios para ello.

Si intenta hacer, ó si ha hecho y pien sa hacer tratos fraudulentos; si siendo mercader, vende con peso ó medida falsa, ó mala mercancía por buena; y si la mercancía especialmente es comestible ó licor, puede alterar la salud ó matar; pues que en este caso el mercader es, en el fuero de la conciencia, reo de las

consecuencias funestas, si él las conoce y prevé.

Si comete usuras, ó veja al pobre y menesteroso.

Si ha consentido en hacer daño ó que otro lo haga en la hacienda, ó en la honra de su padre, de su amo ó principal, ó de su prójimo.

Si ha ganado pleitos injustos, valiéndose del cohecho ó del soborno.

Si ha hurtado cosa sagrada; ó cosa no sagrada, pero en lugar sagrado; si ha hurtado alguna cosa á alguno; si no la ha restituído. Si no ha pagado diezmos y primicias á la Iglesia de Dios, estando obligado á ello. Si no ha pagado sus deudas, pudiendo, habiendo sido vencido el plazo y reclamándolas el acreedor.

Si compra más barato de lo justo, con grave perjuicio del vendedor; ó si vende más caro de lo justo con perjuicio del comprador.

Si encubrió á sabiendas lo hurtado; lo compró ó participó de ello.

Si se ha hecho pagar por su trabajo corporal ó mental un precio excesivo.

Si se ha servido de fraudes en el juego, con perjuicio del compañero; y si ha jugado juegos prohibidos; si ha disipado sus bienes, ó malgastado su dinero y su tiempo en el juego.

Los hijos de familia deben acusarse de si gastan más de lo que es necesario y conveniente, ó más de lo que pueden suministrarles sus padres ó tutores.

Explíquense en los robos las circunstancias *agravantes* de tiempo, lugar, personas, cosas, medios de violencia, ó ardides empleados. Si ha sido causa de que otros hayan faltado á este Mandamiento.

OCTAVO MANDAMIENTO.

No levantar falso testimonio ni mentir.—Si ha dicho mentira bajo juramento; si ha ocultado ó encubierto la verdad, estando obligado á decirla bajo juramento, ó de otra suerte. Si ha mentido; si de sus mentiras se han seguido males al prójimo.

Si ha calumniado á alguno; ó dicho mal de él á quien no lo sabía.

Si ha descubierto secretos que estaba obligado á guardar; si ha descubierto defectos al prójimo sin ser preguntado ni obligado á revelarlos.

Si ha usado de palabras dobles ó equívocas en perjuicio del prójimo; chistes perjudiciales; relaciones exageradas; mentiras sin perjuicio, pero dichas con advertencia.

Si es chismoso; si es escudriñador de vidas ajenas; si es pendenciero.

Si ha hecho juicios temerarios sobre el prójimo. Si se ha burlado de él.

Si ha sido causa de que otros hayan faltado á este Mandamiento.

NOVENO MANDAMIENTO.

No desear la mujer de tu prójimo.—Véase lo dicho acerca del sexto Mandamiento. El noveno se dirige principalmente á todo pecado interior ó de deseo; también se prohibe en él particularmente el adulterio, ó pensamientos, palabras y obras con personas casadas. Las personas casadas se deben acusar de sus injustas condescendencias respecto del otro consorte.

Si ha sido causa de que otros hayan faltado á este Mandamiento.

DÉCIMO MANDAMIENTO.

No codiciar los bienes ajenos.—Si ha deseado y aspirado á tener los bienes del prójimo, en su perjuicio, y por vía no lícita.

Si ha intentado ó puesto medios de privar al prójimo de una herencia. Si ha seducido al testador por medios no permitidos, ó engañándole, para que le nombre heredero.

Si no cumple los legados píos, las obras buenas mandadas hacer en testa-

mento; y si no cumple los demás legados y donaciones, pudiendo y estando obligado á ello.

Si ha sido causa de que otros hayan faltado á este Mandamiento.

ORACIÓN

para después del examen de conciencia.

¡Qué podrá deciros, oh mi Dios, este pecador á vista de tantas faltas, de tantas miserias!

¿Qué sería de mí, Señor, si me trataráis según el rigor de vuestra justicia, y según merecen mis iniquidades?

Sé bien lo que merezco, pero también sé, Padre amoroso, que vuestra misericordia es infinita para con los pecadores arrepentidos.

Vedme, pues, Señor, postrado á vuestros pies para implorar de Vos el perdón con un firme propósito de enmendarme y de hacer penitencia. Tales son, bien lo sabéis mi Dios, los sentimientos de mi corazón; haced que se conserven en él estas santas inspiraciones, para no volver á ofenderos jamás. — Amén.

ADVERTENCIA.

Entre las cosas más necesarias para hacer una buena confesión, ninguna más importante

ni más útil que el dolor de haber ofendido á Dios. El cristiano, pues, ha de esmerarse en formar un verdadero dolor en sus pecados. Nada se puede sin la divina gracia: pídase, pues, y excítese en nuestro corazón motivos de una verdadera contrición.

ORACIÓN

para pedir una verdadera contrición.

¡Oh Dios! ten piedad de mí, pecador, *tivi soli peccavi.* ¡Pequé, Señor, y pequé contra Vos! ¿Quién sino Vos, me dará el que llore día y noche mis pecados? ¿Quién sino Vos me dará un verdadero dolor de todos ellos? Mis huesos se han llenado de ilusiones: *Quoniam lumbi mei impleti sunt ilusionibus;* y ya no me queda uno sano: *et non est sanitas in carne mea.* Soy un objeto de oprobio á vuestros ojos, Señor; yo lo conozco, y quisiera conocerlo más y más. Dadme vuestra divina gracia, alumbradme y fortalecedme con vuestro divino Espíritu, para que mi corazón se penetre de sentimientos de amor y de amargura; de amor para conoceros y amaros soberanamente; de amargura, para arrepentirme de haber ofendido á mi Padre, á mi Redentor, al que es todo mi amor.—Amén.

MOTIVOS DE CONTRICIÓN.

MAJESTAD DE DIOS.

I

¿Quién es Dios...?—Es el Criador del universo, el Rey de los Cielos, el Señor del mundo todo. Aquél á quien sólo pertenece el imperio, la Majestad, el Poderío, la Omnipotencia por todos los siglos de los siglos. Aquél ante quien tiemblan las más sublimes inteligencias del Empíreo... Aquel que con sólo su querer lo sacó é hizo todo de la nada... Aquél que con sólo su pensar lo dirije, sostiene y gobierna todo... Aquél por quien todo existe, y para quien todo existe... Yo mismo soy por él... Soy sólo para Él... Aquél en fin, que lo puede destruír todo en un instante. Al que es dueño de la vida y de la muerte. Al que es la majestad suma, amor, poder, sabiduría : á Él he ofendido.

II

¿Qué es el hombre en comparación de Dios?—Flaqueza, podredumbre, corrupción, polvo, ceniza; sombra de vida; imagen de muerte, fantasma, nada. Tal vez, en mis quiméricas presuncio-

nes, y en mi loco orgullo me habré querido imponer alguna cosa... Las ilusiones habrán querido presentarme como criatura de algún valor, de alguna cuantía... El amor propio me habrá tal vez fascinado hasta hacerme amar en mí cualidades que me han sido prestadas... y no son mías. Tal vez las pasiones habrán cegado mi corazón y llevádole en pos de las criaturas como abeja de flor en flor; pero bien pronto el desengaño, la muerte, la rueda del tiempo me dicen la verdad, y me hacen ver mi propia miseria.

¡Y sin embargo he ofendido á Dios! ¿Y de qué medios me he servido? De los mismos talentos, de las mismas gracias, de los mismos dones que me ha dado para amarle, servirle, gozarle y hacerme dichoso... De las mismas criaturas que él ha puesto á mi servicio para que le sirva yo á Él en ellas!

¿Y por qué le he ofendido?.... Por satisfacer una vil pasión, una curiosidad.... ¡Ah ceguedad! ¡Ah pasiones!

III

¡Dios ultrajado y ultrajado en la persona de su Hijo! — ¡Qué ultraje tan horrible! y ¡cuán sensible no debe serlo al corazón todo de amor de un Dios Padre! ¡Un Padre que movido de

compasión por sus esclavos enemistados contra él, les envía á su Hijo único, para que los reconcilie con él; y que ve que estos mismos esclavos le persiguen de muerte y llegan hasta darla á su mismo Hijo! ¡Débil imagen es todavía ésta de la pasión de nuestro Señor Jesucristo! Yo veo á este Hijo único de Dios llagado, destrozado, ensangrentado y pendiente de un infame patíbulo... ¡Cielos! ..¿Quién, pues, ha sido el bárbaro y sacrílego autor de ese atentado? ¿Quién ha osado mancharse, poniendo sus manos deicidas sobre un cuerpo formado por el mismo Dios? ¿Quién es el monstruo que se ha atrevido á cometer crimen tan horroroso?

Acércate pecador, acércate á este sagrado cadáver; ven á contar despacio todas sus llagas, si es que puedes saber tanto en su número; ve si conoces por estos sangrientos rastros de la más espantosa carnicería, la mano que ha descargado tan duros golpes. Acércate más; trae tu mano, ponla sobre este sacrosanto costado horriblemente abierto; palpa esta cadáver yerto, lívido, desfigurado; y ve si puedes atreverte á jurar que tú no tienes parte en el crimen que en tal estado le ha puesto.

Pero ¡oh mi Dios! yo no sé qué turbación se apodera de mi corazón, yo me

estremezeo; yo tiemblo; y me horrorizo....¡Oh Dios! ¿Yo soy el culpable? *Nundquid ego sum, Domine?* ¡Ah, Señor! ¡yo lo soy: yo mismo; yo, yo soy el asesino de mi Dios, de mi Padre, de mi Redentor, de mi mejor amigo, de mi hermano, de mi esposo...... ¡Cielo, espantaos!

Sí, yo entiendo la voz de Jesús mi Salvador, que con acento lastimero y amoroso me dice: "Pecador, ¿qué te he hecho yo? Di, ¿por dónde te he podido merecer ese tu odio contra mí? ¡Yo te alargo las manos en señal de paz, y tú me las clavas en un madero!.... ¡Yo te muestro mi corazón, y tú le atraviesas! ¡Oh amigo mío! y ¡cuánto más cruel me es la Cruz á que tú me sacrificas, que la en que yo fuí inmolado voluntariamente sobre el Calvario! ¿No bastan los acerbos dolores con que te engendré en la cruz, que todavía debías acibarar más y más mis penas con las nuevas que tú añades todos los días? ¡Te busco, y huyes de mí... Te ofrezco mi cuerpo, y lo crucificas; te rescato del poder del demonio, y tú vuelves á perderte! ¡Ah, más que ingrato! ¿Qué nombre te daré?

¡Ah mi Dios! bien sé yo cuán culpable soy. ¡Oh Cruz de mi amado Salvador! ¡Oh Cruz, obra de mis manos y de mis

crímenes! yo me postro á tus pies. Destila, árbol santo, y derrama sobre mi corazón una sola gota de tanta sangre como fuiste teñida, para que hablandado y enternecido, prorrumpa en lágrimas de amor y de penitencia. Un hijo que lava con sus lágrimas las heridas con que ha lastimado á su padre, ¿podrá resolverse á abrírselas de nuevo? ¡Oh Jesús crucificado! ¿Sería yo tan sordo é insensible á vuestro amor? ¿Sería yo capaz de rehusar mi corazón á un Dios que me ha amado hasta derramar su sangre y dar su vida por mí? ¡Ah! yo no quiero vivir sino para Vos, sólo para Vos, mi Dios. Nada quiero amar, sino á Vos hasta mi último suspiro.

JUSTICIA DE DIOS.

¡Oh justicia terrible de un Dios santo y puro! yo te contemplo con temor, con asombro, con espanto. ¡Es una verdad terrible, que el hombre reo de un pecado mortal, será para siempre privado de todos los bienes y atormentado para siempre con todos los males! ¡Oh alma mía! entra en una profunda meditación de los terribles efectos de la justicia de un Dios irritado por el pecado.

I

¡El pecador privado de todos los bienes! —Millones de ángeles rebeldes, precipitados desde lo más alto de los Cielos á lo más profundo de los abismos... ¡ y eso por un solo pecado de orgullo, y sin habérseles dado tiempo de arrepentirse! ¡ qué ejemplar tan terrible!

Por el pecado, yo me veré privado de todos los derechos á la gloria, si no me arrepiento; privado de la posesión del Cielo, de la vista de los ángeles, de la vista y celestial compañía de los santos, de la Santísima Virgen María, y de la santísima humanidad de Nuestro Señor Jesucristo; ¡ privado, en fin, de la vista de Dios!...

¡ Oh cielo hermoso! ¡ tú no habríais sido hecho para mí!... ¡ tú no luciríais para mí! Gozo perenne de las celestes moradas, ¿ yo no te gozaré jamás? ¡ Oh reino que no tiene fin! ¡ Oh patria celestial, en donde Dios será todo en todos! ¿ Seré yo desterrado para siempre de ti? ¡ Oh santos bienaventurados en el seno de Dios! ¿ yo no seré admitido jamás en vuestra compañía? ¿ yo no gozaré de vuestra dicha? ¡ Oh Virgen pura! ¡ Oh Reina de los cielos! ¡ Oh María! ¡ Oh Madre mía! ¿ yo no tendré ya la di-

cha de ver vuestra beldad celestial? ¡Oh humanidad sagrada de mi Señor Jesucristo, más brillante que sobre el Tabor! ¿No podré contemplar ya vuestra claridad, ni vuestros poderosos atractivos?... ¡Oh Dios, objeto de mi amor, y término de mis esperanzas! ¿no os veré faz á faz en vuestra presencia? ¿No seré yo pues la imagen de vuestras perfecciones, ni vuestro retrato sublime?... Sólo el justo gozará de todos estos bienes... y, yo pecador... ¡qué diferencia! ¡Oh bienes perdidos! ¿qué cosa podrá reemplazar vuestra privación, ni qué podrá consolarme de ella en esta vida? ¡Oh pecado! ¡aciago pecado! y ¡cuán terribles son tus resultados!... ¡cuán amargas son tus consecuencias!

II

El pecador atormentado con toda suerte de males. —El pecado aglomera sobre el infeliz pecador todos los males temporales y eternos.

El pecado acumula sobre el pecador toda suerte de males temporales: ignorancia, concupiscencia, desorden de la imaginación, desorden de los sentidos, miserias de la vida, enfermedades; por último y sin remedio, necesidad de morir: he aquí las consecuencias del peca-

do; terremotos, pestes, hambres, guerras: he aquí las consecuencias del pecado; tristezas, envidias, sobresaltos, enojos, trabajos, aflicciones: he aquí las consecuencias del pecado; asesinatos, incendios, carnicerías, robos, ruinas, tempestades, trastornos: he aquí las consecuencias del pecado. ¡Y si al menos lo pudieran reparar! Pero no; para expiarlo ha sido menester que el Hijo de Dios se humillase y se anonadase; porque sólo las humillaciones de Dios podían reparar la gloria de Dios.

El pecado acumula sobre el pecador todos los males eternos, abriendo bajo sus plantas el abismo del infierno. Teme, pues, á la entrada de un castigo eterno. ¡Oh sorpresa! ¡Oh espantosa sorpresa! Yo quisiera penetrar paso á paso por las sombrías regiones de la eternidad, por esos parajes tenebrosos que la justicia divina tiene preparados desde el principio de los siglos. ¡Mis sentidos desfallecen!... ¿Qué espectáculo se presenta el primero á mi confusa imaginación? ¿Qué es lo que veo, justo Dios? ¡un fuego que el soplo del Eterno encendiera en su justa cólera! ¡Víctimas infelices! que semejantes al fundido metal, hierven abrasadas por ese fuego abrasador sin *jamás* consumirse! ¡El pecado, que como un monstruoso

espectro los persiguen sin cesar! ¡los demonios, quienes, como crueles y encarnizados enemigos, añaden nuevos y terribles tormentos á tales y tantos dolores... por todas partes eternidad de noche... estanques de fuego... abismos sin suelo... demonios rugiendo... lágrimas, gemidos, sollozos! ¿A mi lado qué veo? rechinamientos de dientes... gritos de rabia, de desesperación... imprecaciones de blasfemia... de odio... de venganza; envidia roedora... ¡oh alma mía, horrorízate!

Pero... ¿cuáles son esas voces lúgubres y lamentables que salen desde lo más adentro de este abismo? ¿Quiénes son los desdichados que lanzan esos bramidos horrorosos?... me parece distinguir á algunos de esos horribles lamentos entre confusa gritería... me parece reconocer á algunos de esos seres desgraciados, al débil y sombrío resplandor de relámpagos rojizos que lucen de cuando en cuando en la región de los réprobos. Son los que corrompieron mi entendimiento, sedujeron mi corazón, perdieron mi alma, los que aplaudieron mis vicios, los que lisonjearon mis pasiones... Son los compañeros de mis placeres, mis cómplices... ¡oye con qué furia acusan á la justicia de Dios de ser lenta é indulgente para mí, cuando tan-

tos años ha los sumió á ellos en los eternos abismos... ¡Cómo la conjuran á que me castigue como á ellos! De otro lado estoy viendo á aquellas victimás desgraciadas de mis desórdenes... á quienes yo seduje un día... á aquellas inocentes criaturas á quienes escandalicé ó perverti con mis malos ejemplos y doctrinas... ¡Ellas invocan la justicia de un Dios vengador de la inocencia... « Que él venga á abrasarse con nosotros, d cen en su furiosa desesperación, su puesto es aquí á nuestro lado... en este fuego voraz! » Yo estoy al borde de tan espantoso abismo... una muerte imprevista... repentina... un instante sólo basta para precipitarme allá. Y sin embargo, ¡yo tranquilo! ¡yo sereno!... ¡Yo me duermo en lecho de flores... de placeres! ¡Oh sueño funesto! ¡despertador horrible!... despertarme puedo al ardor de las llamas sempiternas! ¡Gran Dios, vuestros juicios son terribles!

¡Oh pecado! ¡oh monstruo horrible! ¿Quién no te aborrecerá? ¿quién no huirá de ti, traidor! ¡Tú presentas un *placer*... para dar luego un *infierno!* ¡Ah Señor, Señor! yo no me atrevo á nombraros... ¿Cómo os llamaré? ¿Mi Dios?... pero si me he rebelado contra vuestra ley. ¿Mi Juez? no merezco sino vuestra indignación. ¿Mi Padre? he

ofendido á vuestra imagen. ¿Mi Redentor? os he escupido y ultrajado. ¿Mi Maestro? me he hecho discípulo del demonio. ¿Mi amigo?... os he vendido. ¿Mi esposo?... ¡os he sido infiel...·y todo por el pecado... todo por haber pecado!... ¡sí, por haber pecado!...

¡Pero, Señor, yo os pido perdón, gracia, misericordia!... No apartéis de mí vuestro rostro... vuestro soy, sí, vuestro... ¡Yo me vuelvo á Vos, Vos me amáis y me escucháis!... Concededme, Señor, gracia, perdón, misericordia.

BONDAD DE DIOS.

¡Oh bondad infinita de mi Dios! al considerar el sinnúmero de gracias de que Vos me habéis colmado, y el escandaloso abuso que yo he hecho de vuestros dones, me confundo y me avergüenzo .. ¡Un Dios Criador! ¡Un Dios Conservador! ¡Un Dios Redentor! ¡Un Señor infinitamente bueno y liberal para con los suyos! Un padre tierno y compasivo para con sus hijos! ¿Un amigo indulgente y accesible? ¡Cuántos títulos para asegurarle mi amor!

I

Un Dios Criador. — ¿Qué era del mundo seis mil años ha? ¿En dónde es-

taba? El mundo no existía todavía. ¿Qué era de mí, en dónde estaba yo entonces? Yo no existía... era una pura nada... un ser posible, como tantos millones de otros que no existirán jamás. Sin embargo, yo existo por preferencia á tantos otros seres que no existirán jamás... ¿Por qué méritos me crió? Seguramente no fué por los míos, pues que yo no existía. Aun más; Dios previó en su sabiduría infinita, que yo abusaría de los dones y de la vida que Él me concediera un día, y sin embargo me crió sólo por su infinita bondad... El me escogió entre millares, por sola su bondad... Me dió una alma y un cuerpo... una naturaleza humana y me distinguió de los animales y seres insensibles por sola su bondad... El me dió todo lo que soy por sola su bondad. ¿He pensado bien sobre ello? Yo me precio de ser sensible á la generosidad de un amigo, al afecto de un padre, á la ternura de una madre : no hay sino Dios, para quien cierro mi corazón á todos estos sentimientos.

II

Un Dios Conservador. — Habiéndome sacado Dios de la nada para darme el ser que tengo, yo soy incapaz por

mí mismo de conservarme en mi ser sin un nuevo esfuerzo del poder de Dios... Mi conservación es como una creación continuada de mí mismo. Ahora bien, ¿qué méritos puedo alegar para esta creación? ¿para mi conservación?... Méritos ningunos... deméritos muchísimos. Tantas ingratitudes, tantos olvidos, tantos pecados, sólo merecían ó el volverme al abismo de la nada de donde salí, ó arrojarme al infierno. Sin embargo, el Señor me conserva todavía, me cuida, me proporciona con inefable bondad todos los medios de vivir, de ser feliz, de servirle... ¡Oh prodigio de bondad de Dios! ¡Oh exceso de amor de Dios!

III

Un Dios Redentor. — El ángel rebelde, precipitado desde lo más alto del Empíreo á lo más hondo de los abismos; el primer hombre, y primer prevaricador, castigado con una pena de que todavía se resiente su posteridad; la naturaleza, mil veces consternada; la tierra, anegada con un diluvio universal; el mar, teñido de sangre; ciudades nefandas, consumidas por el fuego; ejércitos enteros, sumergidos entre las ondas del mar; naciones y pueblos con-

movidos; un diluvio de males, esparcidos por toda la tierra; todos estos no son sino rastros del furor de un Dios justamente irritado por el pecado. A pesar de haber descargado tan duros golpes, su ira todavía no está satisfecha. Deudor á la divina Justicia, el hombre no tiene ni encuentra en sí mismo una ofrenda suficiente que presentar al Señor irritado contra él. Es menester pues, ó que el hombre perezca ó que la Justicia inexorable de un Dios padezca á menos que se ofrezca voluntariamente una víctima capaz de reparar la ofensa : el mayor de los crímenes exige el mayor de las sacrificios, la mayor de las expiaciones; *muerte* por *muerte*.

¡ Oh celestiales potencias! ¿ En dónde encontraremos un amor tal, un tan gran sacrificio? ¡ Quién de vosotros consiente en sufrir la muerte para rescatar al hombre entregado al anatema? ¿ Qué justo osará sacrificarse por un pecador? ¿ Qué inocente por un culpable? ¿ Habrá en el Cielo toda una caridad tan sublime, tan heroica?... ¡ Luego el linaje humano será entregado á la muerte y al infierno! ¡ Ah! pero si á lo menos el honor de un Dios ultrajado por el pecado pudiera ser reparado! ¡ Si las calamidades todas del mundo entero pu-

diesen bastar! Pero no: inmolara Dios todos los hombres, todos los ángeles, hasta los más elevados serafines, su honor no habría sido reparado: tantas víctimas inmoladas no habrían expiado ni un solo pecado mortal. El infierno mismo (¿lo creerás?), el infierno mismo no es respecto de la justicia divina, sino una venganza incompleta; el infierno castiga, pero no repara; castiga el pecado pero no lo repara... Era, pues, necesaria una víctima de un precio infinito. ¿Pero en dónde se encontrará?

¡Oh alma mía! olvídate por un momento de este cuerpo mortal, sal un instante de tu cárcel, atrévete á levantar el vuelo... súbete con las alas de la contemplación, atraviesa esos inmensos espacios del tiempo y de la materia, traspasa el vallado que cerca al tiempo presente y el universo visible... elévate hasta los cielos; entra en el augusto consistorio de la Santísima Trinidad; escucha, oye, entiende... se va á hablar de tí... ¡Oh admirable invención de la Sabiduría eterna! ¡Tierra! ¡Cielos! escuchad. El Hijo de Dios se ofrece á su Eterno Padre en holocausto por mí... ¡Oh Verbo! ¡Oh Hijo! ¡Oh Sabiduría eterna! ¡Oh amor ingenioso! ¡A qué exceso os condujo el rescate del peca-

dor! ¿Por qué no tomasteis siquiera una naturaleza más noble que la nuestra? ¿Por qué no tomasteis la naturaleza angélica? ¿Por qué os habéis abatido tanto, y anonadado hasta tomar la forma de un esclavo y revestiros de nuestra propia naturaleza? Y en fin, ¡si vuestras humillaciones se hubieran limitado á eso! pero no; Vos habéis querido llevar hasta el exceso vuestro amor y habéis escogido el morir afrentosamente en un patíbulo, después de haber llevado una vida pobre, oscura, llena de beneficios, pero pagada con ingratitudes; después en fin, de haber sufrido la más acerba pasión... ¡Un suspiro vuestro! una lágrima, una sola gota de sangre hubiera bastado para rescatar al género humano! Pero no, para satisfacer vuestro amor, ¡oh prodigio! sólo la Cruz podía apagar la sed de padecer por nosotros, que abrasaba vuestra alma. ¡Amor sublime! ¡Sacrificio augusto!

Contempla, pues, despacio, alma mía, el patético y sensible espectáculo de un Dios hecho víctima de tu reconciliación. Ve su boca lívida, sus ojos apagados, sus manos taladradas, sus piés magullados, su corazón atravesado, su cabeza coronada de espinas, sus miembros yertos, su cuerpo pálido y sangriento. ¡Así te amo, Dios! *Sic deus dilexit mundum,*

Aprende aquí lo que es un Dios; pues que ha sido necesario tal víctima para inmolársela... ¡He aquí lo que es el pecado! ¡ve lo que ha sido necesario para repararle!... ¡Aprende lo que es el infierno, pues que tanto ha sido necesario para arrancarte de él! ¡Conoce lo que es el paraíso; pues que tanto ha sido necesario para merecértelo!... ¡Conoce lo que es una alma; pues que tanto ouesta!... Conoce lo que es la gracia; ¡pues que á tanto precio se te ha comprado!... ¡Aprende, en fin, lo que es el amor de un Dios! y mide por él tu ingratitud...

¡Oh mi Redentor! dos sensaciones encontradas han venido á agolparse sobre mí: el fuego de vuestro amor... el peso de mi ingratitud... Que aquel ruego consuma este peso; que aquel amor venza mi ingratitud. ¡Oh abismo de amor inconcebible á la humana inteligencia! ¡Oh Salvador mío, palabra la más dulce y consoladora! yo os debo una deuda inmensa, y Vos sois tan bueno que admites en desquite el presente de mi amor y de una sincera penitencia... Sí, dueño mío, sí, mil vidas, mil corazones que tuviera, os son debidos á este solo título. ¿Y cómo podré temer ya? aun cuando mis pecados me acusaran delante de mi Dios... mi divino mediador

presentará á su Padre las cicatrices de sus llagas para aplacar su justicia, y la voz de su Sangre es más poderosa para lograr misericordia, que la de mis crímenes para atraer las venganzas. ¡Oh alma mia! ¿por qué te turbas? di, ¿por qué te entristeces? Déjame que lleno de confianza levante los ojos al Cielo. Pues que tengo en el Cielo un Salvador y en Él y con Él su bondad, su ternura, sus llagas, sus méritos, sus gracias... ¿Y perecería yo?... ¡yo que soy obra de sus manos! ¡yo que soy su hijo! ¡yo su rescate! ¡yo todo cubierto y escudado con su Sangre! No, no; el Señor ha dicho: *Yo soy tu salvación*... Y ¿en dónde podría descargar sobre mí el rayo de sus venganzas, que no esté ya cubierto con la sangre de Jesús?

¡Ea, pues, alma mía! esto es hecho: no más pecar... pide perdón al Señor con confianza, arrepiéntete y séle fiel en adelante.

IV

Un Señor infinitamente bueno y liberal para con los suyos. — Las misericordias del Señor son infinitas, y su número excede á las estrellas del Cielo, á los granos de arena del mar, á las gotas de agua del grande océano; y todo

por mí y para mí. Dios me ha hecho cristiano : pudiera haber nacido idólatra, judío, mahometano, etc. ¡ Dios me ha hecho católico! pudiera haber sido hereje, incrédulo. ¡ Dios me ha acordado un sinnúmero de gracias, de inspiraciones, de medios de salvarme! No estaba Dios obligado á ello, y sin embargo me los ha concedido. ¡ Dios me ha admitido al honor de recibir sus santos Sacramentos ! ¡ Dios hace, en fin, que toda la naturaleza me sirva : el sol con su luz y calor; las nubes, con el agua; los vientos con la salubridad y frescura ! ¡ Cuántos motivos de amar á Dios y detestar al pecado, al pecado, que profana todos estos beneficios.

V

Un Padre tierno y compasivo para con sus hijos. — Vuestras santas Escrituras, Señor, están llenas de rasgos de amor y de ternura para con vuestros hijos, aun para los más ingratos. En la parábola del Hijo Pródigo, Vos sois ese Padre tierno, solícito y compasivo, que sale él mismo al encuentro del hijo que se extrañó de él por una mala conducta, y que vuelve á él por un verdadero arrepentimiento.

VI

Un amigo indulgente y fácil. — ¡Dios nuestro amigo! ¿es posible? ¿yo, miserable gusano de la tierra, elevado á la dignidad de amigo de Dios?... ¡Dios, el Señor del Universo, condescendiente, humilde y bueno hasta el extremo de hacerse amigo de una pobre criatura? ¡Cielos, que prodigio! Ah, Señor, Vos lo dijisteis así en los días de vuestra carne mortal. Vos nos llamasteis amigos : *Jan non estis servi sed amisi*... Y vuestra conducta prueba bien que Vos sois el amigo fiel... Vos habéis dado la vida por nosotros... Vos nos sufrís con amor... Vos nos buscáis con amor... Vos nos lloráis con dolor cuando nos separamos de Vos. Haced, Señor, que no os seamos ingratos sino fieles... que nos arrepintamos de nuestros extravíos; que los lloremos de todo corazón, y que seamos de hoy en adelante vuestros más fieles amigos!

—

Alma mía, acabas de repasar en tu corazón los poderosos motivos que te impelen á tener una verdadera contrición. La Majestad de un Dios ultrajada, hollada. La justicia de un Dios ofendi-

da, atacada, provocada. La Bondad de un Dios, despreciada, olvidada, profanada : tú has hecho servir al pecado estos tres grandes atributos de Dios, tu Criador, tu Padre, tu Juez, tu Redentor, tu Salvador, tu amigo. Recógete en ti misma y conoce hasta dónde te ha conducido tu ceguedad. Todavía es tiempo... Dios te llama, te convida, te espera con los brazos abiertos. Arrójate á sus pies; riégalos con tus lágrimas; y pídele gracia para confesar todos tus pecados al confesor que hace sus veces. Ea, alma mía, afuera temores, afuera respetos humanos : sea todo confianza, amor, arrepentimiento. Prepárate pues para recibir de manos del Sacerdote, Ministro de Dios y de su Iglesia, el Sacramento de la reconciliación.

CONFESIÓN

ORACIÓN PREPARATORIA.

Señor, vengo á vuestra presencia para confesar mis pecados y recibir vuestras misericordias; descubriré mis flaquezas y las fragilidades de mi alma á los Ministros y médicos que habéis estable-

cido para curarlas. Recibid, pues, ¡oh suavísimo y amabilísimo Salvador! única esperanza de mi alma, recibid la confesión sincera de mis culpas. Dad á mi corazón una santa contrición para llorar día y noche mis pecados. He pecado, Señor, contra Vos; lo confieso lleno de dolor. Ya veo lo que soy yo, pero también sé lo que Vos sois. Yo no soy sino miseria y pecado; Vos sois todo bondad, todo santidad. ¿Qué podré yo hacer, Señor, sino recurrir á vuestra bondad infinita? Ninguno de cuantos esperan en Vos es confundido; Vos no desecháis jamás á los que se convierten á Vos. Yo recurro á Vos, Salvador mío; vengo á Vos y me acojo bajo vuestra misericordia. Hijo pródigo soy, me vuelvo á Vos, Padre amantísimo; oveja descarriada, vengo á vuestro redil, al atractivo de vuestros silbos amorosos. Pastor divino, recibidme, introducidme en el seno de vuestro amor para nunca jamás separarme de Vos. Os pido en fin, Señor, con gemidos de un corazón contrito y humillado, me perdonéis todos mis pecados; extirpéis de mi corazón las raíces de los vicios y adornéis mi alma con vuestra gracia enriqueciéndola con todas las virtudes, para agradaros, temeros y serviros por todos los siglos de los siglos. — Amén.

ORACIÓN

PARA DESPUÉS DE LA CONFESIÓN.

¡Oh Dios mío! yo celebraré eternamente la misericordia que habéis hecho resplandecer sobre mí, porque Vos sois el que perdonáis todos mis pecados, el que me renováis como al águila, y redimís mi vida de la eterna muerte. Mi alma os bendice y os bendecirá eternamente por ello, y no olvidará jamás tantas gracias, como le habéis hecho. ¿No debo yo, Señor, estar eternamente sujeto á vuestra voluntad, después de haber experimentado tan grandes efectos de vuestra misericordia? Por tanto, ¡oh dulce Salvador de mi alma! he jurado y hecho un firme propósito con el auxilio de vuestra gracia, de guardar vuestros mandamientos soberanamente justos.

EL MISERERE

EN VERSO CASTELLANO.

Piedad, piedad, Dios mío,
De esta alma delincuente:
Derrama en mí clemente,
Tu inmensa compasión.

Y borrando el impío
Baldón de mis maldades
Por tus altas bondades
Perdón, Señor, perdón.

De mi crimen nefando
Lava el lunar obscuro
Y limpio quede y puro
Mi pecho ante tu faz.

Que pávido escuchando
Siempre estoy mi delito
Alzar contra mí el grito
Sin descansar jamás.

Yo contra Ti he pecado,
Y á tu misma presencia,
Para que tu clemencia
Brillase, oh Dios de amor.

Y por justo acatado
En tus palabras seas,
Y vengado te veas
Del labio detractor.

Mira que concebido
Fuí de iniquidad lleno,
Y en el materno seno
Llevé la iniquidad;

Mas tú compadecido
Mostraste bondadoso
El tesoro precioso
De tu oculta verdad.

Báñeme tu sagrado
Hisopo, cual rocío,
Y quedaré, Dios mío,
Puro y bello ante Ti.

Si á dejarme lavado
Tu clemencia te mueve,
Más albor que en la nieve
Verás, Señor, en mí.

Aparta tu semblante
De mis iniquidades,
Borra de mis maldades
La última señal :

Un corazón amante
En mí de nuevo cría,
Cual antes te ofrecía
Recto, puro y leal.

La plácida alegría
Darás á mis oídos,
Y harás en mis sentidos
El júbilo nacer.

Sobre la tierra fría
Mis huesos humillados,
A tu voz animados
Saltarán de placer.

No de tu faz divina
Me arrojes indignado,
Ni alejes de mi lado
Tu espíritu, Señor.

Á mí, dulce te inclina,
Y vuélveme al momento
La salud, el contento
Y tu divino amor.

Al pertinaz y ciego
Le mostraré tus sendas,
Rotas al fin sus vendas
Veréle á ti volar.

Mas líbrame te ruego,
Dios de salud y vida,
De la sangre vertida
Que tiemblo al recordar.

Mi lengua balbuciente
Tu justicia ensalzando,
Te irá doquier clamando,
Mi Dios y bienhechor.

Con tu dedo omnipotente
Abre mi labio y cante
Festivo é inocente
Himnos en tu loor.

Si agradable en el ara
Sacrificios te fuera,
O tu deidad siquiera
Alguna hostia aceptar,

Yo te los inmolara
En mis días infaustos,
Mas ¿ cuáles holocaustos
Te pueden agradar ?

El don de Ti más digno
Es una alma angustiada
Que busca en tu mirada
Consuelo en su dolor.

Un pecho, oh Dios benigno,
Humilde y suspirante,
¡ Ah ! no de ti delante
Echarás con furor.

Vuelve el rostro amoroso
Á tu hija afligida,
Sobre Sión querida
Derrama tu bondad :

Para que jubiloso
Vea en mi triste apuro
Edificado el muro
De la santa ciudad.

Entonces aplacado,
Mi justo sacrificio
Te dignarás propicio,
Con otros aceptar.

Y el pueblo prosternado
Con himnos repetidos,
Becerros escogidos
Pondrá sobre tu altar.

ORACIONES

PARA RECIBIR DIGNAMENTE

LA SAGRADA COMUNIÓN

ORACIÓN PREPARATORIA

Á MARÍA SANTÍSIMA.

Virgen Santísima, yo os suplico por la devoción y pureza con que recibisteis en vuestras virginales entrañas al Hijo de Dios, me alcancéis que yo le reciba dignamente en mi alma. Haced, Señora, que yo me deshaga en lágrimas, sentimiento y dolor de haber ofendido á un Dios tan bueno.

ACTO DE FE.

Dios del Cielo y de la tierra, Salvador de los hombres : ¡ que Vos vengáis á mí, y que tenga yo la felicidad de recibiros ! ¿ Quién pudiera creer un prodigio semejante, sí Vos mismo no lo hubieras dicho ? Sí, Señor, yo creo que Vos mismo sois á quien voy á recibir en este Sacramento : Vos mismo sois, quien habiendo nacido en un pesebre quisisteis morir por mí en la Cruz, y que tan glorioso como estáis en el Cielo, es-

táis oculto bajo los accidentes de pan y vino.

Yo lo creo, mi Dios, y estoy seguro como si lo viese por mis propios ojos. Créolo porque lo habéis dicho, y yo adoro vuestra santa palabra. Yo lo creo, y á pesar de lo que mis sentidos y mi razón pueden decirme, renuncio á mis sentidos y á mi razón para cautivarme bajo la obediencia de la fe.

Yo lo creo, y si fuese necesario sufrir mil muertes por la confesión de esta verdad, ayudado de vuestra gracia, ¡oh mi Dios! las padecería antes que desmentir sobre este punto mi creencia y religión.

Cierto, tú eres el Dios oculto, el Dios Salvador.

Lo creo, Señor, ayuda mi credulidad.

ACTO DE HUMILDAD.

¿Quién soy yo? ¡Oh Dios de gloria y de Majestad! ¿Quién soy yo para que os dignéis poner en mí los ojos? ¿De dónde me viene este exceso de felicidad, que mi Señor y mi Dios quiera venir á mí? ¿A mí pecador, gusano de la tierra, más despreciable que la misma nada, acercarse un Dios tan Santo? ¿Comer el pan de los ángeles? ¿Alimentarme con una carne divina? ¡Ah

Señor! yo no lo merezco : yo no seré nunca digno de tanto honor.

Rey del Cielo, autor y conservador del mundo. Monarca universal, nada soy delante de Vos, y quisiera humillarme profundamente por vuestra gloria, como Vos os humilláis en este Sacramento por mi amor. Yo confieso con toda la humildad posible, así vuestra soberana grandeza, como mi extrema bajeza. La consideración de la una y de la otra me arroja en una confusión que no puedo explicar, ¡ oh mi dios ! Solamente diré con una humilde sinceridad, que soy indigno de la merced que os dignáis de hacerme hoy.

¿ De dónde á mí esto?

Señor, no soy digno de que entréis en mi pobre morada.

ACTO DE CONTRICIÓN.

¿ Vos venís á mí ? ¡ Oh Dios de bondad y misericordia ! ¡ Ah ! mis pecados debieran más bien alejaros de mí. Pero yo los aborrezco en vuestra presencia, ¡ oh mi Dios ! Sentido por el disgusto que me han causado, tocado de vuestra infinita bondad, y resuelto sinceramente á no cometerlos más, los detesto con todo mi corazón, y os pido humildemente perdón. Perdonádmelos, mi Pa

dre, mi amable Padre, pues me amáis hasta permitir que me acerque á Vos.

Yo estoy ya lavado, como lo espero, por el Sacramento de la Penitencia : lavadme aún más, Señor, purificadme de las menores manchas : criad en mí un nuevo corazón, y renovad hasta el fondo de mis entrañas el espíritu de inocencia, que me ponga en estado de recibiros dignamente.

Lavadme ampliamente de mi iniquidad.

Cría en mí un corazón nuevo, Dios mío, y renueva en mis entrañas un espíritu recto.

ACTO DE ESPERANZA.

Vos venís á mí, ¡ oh divino salvador de los hombres ! ¿ Qué cosa no debo yo esperar de Vos? ¿ Qué no deberé esperar de quien se da enteramente á mí?

Yo me presento, pues, á Vos, ¡ oh mi Dios ! con toda la confianza que me inspira vuestro poder infinito y vuestra infinita bondad. Vos conocéis todas mis necesidades : Vos podéis aliviarlas : Vos lo queréis : Vos me convidáis con vuestra gracia y me prometéis socorrer. Pues mi Dios, veisme aquí : yo vengo sobre vuestra palabra; yo me presento á Vos con todas mis debilidades, mi

ceguedad y mis miserias, y espero que me fortificaréis, me alumbraréis y me mudaréis.

Yo lo espero sin temor de ser engañado en mi esperanza. ¿Pues no sois Vos, ¡oh mi Dios! el dueño de mi corazón? ¿Y cuándo un corazón estará más absolutamente á vuestra disposición que cuando entraréis en él?

He aquí á mi Dios, con confianza trataré con él.

Señor, mira la debilidad del que tú amas.

ACTO DE DESEO.

¿Es posible, Dios de bondad, que vengáis á mí, y que vengáis con un deseo infinito de unirme á Vos? Venid, pues, amado de mi corazón; venid, cordero de Dios, carne adorable, Sangre preciosa de mi Salvador; venid á servir de alimento á mi alma. Que yo os vea, ¡oh Dios de mi corazón, mi alegría, mis delicias, mi amor, mi Dios y mi todo!

¡Quién me diera alas para volar hacia Vos! Mi alma, alejada de Vos, indigna de poseeros, perece sin Vos, os desea con ardor, y suspira por Vos, ¡oh mi Dios! mi único bien, mi consuelo, mi felicidad, mi alegría, mi vida, mi Dios y mi todo.

Venid, pues, amable Jesús, y por indigno que sea yo de recibiros, decid solamente una palabra y seré purificado. Mi corazón está pronto, y cuando no lo estuviera, con una sola mirada vuestra podéis prepararle, enternecerle é inflamarle. Venid, Jesús, venid.

Ven, Jesús, mi Señor; mi alma está impaciente por ir á ti, Dios mío.

Al tiempo de descubrir el Sagrado Tabernáculo, adorando al Santísimo Sacramento, dirá:

Hostia Sacrosanta, que eres la puerta del Cielo, y el Cielo mismo está en Ti: heme aquí atribulado y expuesto á la furia de las tentaciones; dadme fuerza para combatirlas, y auxilios para vencerlas.

Al presentar el Sacerdote la sagrada Hostia, dirá:

Te adoro, Sagrada Hostia, pan y vino y alimento de los ángeles, te adoro, Salvador mío, creo en ti, ámote.

Al Domine non sum dignus, dirá:

Señor mío Jesucristo, yo no soy digno de que vuestra divina Majestad entre en mi pobre morada: mas por vuestra santísima palabra, mis pecados me sean perdonados y mi alma será sana y salva.

Después de haber comulgado dirá despacio y bien meditada, la siguiente

ORACIÓN.

Vencisteis al fin, divino amante; vencisteis, sí; y ni á Vos os queda más que dar ni á mí que recibir. ¿Con qué podré compensaros tanta bondad, tanta dignación? Recibiré con alegría el cáliz que me preparáis. Estoy dispuesto á seguiros en la vida y hasta más allá de la muerte. Hablad, Señor, que vuestro siervo os oye. ¿Qué queréis de mí? *Numdimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pase.* Habéis acudido, Señor á mis súplicas, habéis llenado mis deseos, habéis excedido mis votos. Quedo en paz según vuestra palabra; conservádmela: no os ausentéis jamás de mí: no me abandonéis.

Mis propósitos son firmes; mis deseos bien los veis; pero temo mi fragilidad; temo las ocasiones que el mundo, demonio y carne me presenta. Vos sólo sois mi auxilio: salvadme, Señor, por vuestro nombre.

SÚPLICA Á LA SANTÍSIMA VIRGEN.

¡Oh María! Aquel que Vos concebisteis se ha dignado venir á mí. En mi pecho rebosa el que nació de Vos, ¡que-

rer nacer en mí! Madre mía, me oprime el peso de tanta Majestad; me confundo y nada acierto á discurrir. Pedid Vos por mí, rogad, Señor, por mí; dad gracias por mí á este Dios, salvador mío. Yo os le presento. Vedle dentro de mí. ¡El os conoce bien! Venid, Madre mía, adoradle, alabadle y bendecidle. Yo me uno á Vos. Decidle que quiero ser todo de Jesús y María, ahora y por toda la eternidad. Amén.

Advertencia. — En este tiempo en que la plenitud de la Divinidad habita corporalmente en vos, entrad con la Santísima Virgen en una profunda meditación sobre las maravillas que se obran en vos; miraos como el tabernáculo vivo en que reside el Santo de los Santos: contened por este pensamiento las distracciones de vuestro espíritu y manteneos en un perfecto recogimiento.

ACTO DE ADORACIÓN.

Adorable Majestad de mi Dios, delante de quien todo lo que hay de más grande en el Cielo y en la tierra se reconoce indigno de parecer: ¿qué puedo yo hacer aquí en vuestra presencia sino callar, y honraros en el más profundo aniquilamiento de mi alma?

Yo os adoro, ¡oh Dios Santo! yo os doy mis justos tributos de adoración y respeto á esa Grandeza Suprema, de-

lante de la cual toda gerarquía ó dignidad se humilla: en comparación de la cual, toda potencia es debilidad, toda prosperidad, miseria, y las más brillantes luces, espesas tinieblas.

Á Vos sólo, gran Dios, Rey de los cielos, Dios inmortal, á Vos sólo pertenece todo honor y toda gloria. Gloria, honor, salud y bendición á Aquel que viene en nombre del Señor. Bendito sea el Hijo Eterno del Altísimo, que se digna unirse tan íntimamente conmigo, y tomar posesión de mi corazón.

Bendito el que viene en nombre del Señor. Sólo tú eres Señor, sólo tú, Altísimo Jesucristo.

ACTO DE AMOR.

¿Con que en fin tengo ya la felicidad de poseeros? ¡Oh Dios de amor! ¡Qué bondad! ¡Que no pueda corresponder á ella! ¡Que no sea yo todo corazón para amaros tanto cuanto sois amable y para no amar otra cosa que á Vos! Abrasadme, mi Dios, quemadme, consumid mi corazón con vuestro amor. Mi amante está conmigo. Jesús, el amable Jesús, se da á mí. ¡Angeles del Cielo, Madre de mi Dios, Santos del Cielo, siervos de mi Dios en la tierra, prestadme vuestros corazones, dadme

vuestro amor para amar á mi amable Jesús.

Sí, yo os amo, Dios de mi corazón: yo os amo con toda mi alma: yo os amo todo cuanto puedo amaros: yo os amo por vuestro amor y bondad, y con una firme resolución de no amar nunca sino á Vos. Yo lo afirmo, yo lo protesto; pero apoyad vos mismo, ¡oh mi Dios! estas santas resoluciones; aseguradlas en mi corazón, que os posee al presente.

Mi amado para mí y yo para él.
Señor, tú sabes que te amo.

ACTO DE AGRADECIMIENTO.

¿Qué acciones de gracias, oh mi Dios, podrán igualar al favor que Vos me hacéis hoy? ¡No contento con haberme amado hasta morir por mí, Dios de bondad, os dignáis aún de venir en persona á honrarme con vuestra visita y daros á mí! ¡Oh alma mía! glorifica al Señor tu Dios: reconoce su bondad, exalta su magnificencia, publica eternamente su misericordia. Con un corazón enternecido, lleno de reconocimiento, ¡oh mi dulce Jesús! os doy gracias por la merced que os dignáis hacerme. Yo he sido un infiel, vil y prevaricador; pero no quiero ser un

ingrato. Yo quiero acordarme eternamente que Vos os habéis dado hoy á mí, y de dar señales por toda la serie de mi vida de las excesivas obligaciones que os tengo, ¡oh mi Dios! por haberme dado hoy perfectamente Vos las de vuestro infinito amor.

¿Qué daré yo al Señor por todas las cosas que Él me da?

Gracias te damos, Señor, á causa de tu inmensa gloria.

ACTO DE PETICIÓN.

Vos estáis dentro de mí, ¡oh fuente inagotable de todos los bienes! Estáis lleno de ternura por mí, con las manos llenas de gracia y pronto á derramarlas sobre mi corazón. Dios bueno, liberal y magnífico, derramadlas, pues, con profusión: ved mis necesidades, ved vuestro poder infinito: haced en mí aquello porque habéis venido; quitad todo lo que os desagrade en mi corazón, y poned en él todo lo que pueda hacerme agradable á vuestros ojos: purificad mi cuerpo, santificad mi alma, aplicadme los méritos de vuestra vida y de vuestra muerte; uníos á mí, casto Esposo de las almas, unidme á Vos, vivid en mí para que yo viva en Vos y para Vos eternamente.

Amable Salvador, concededme las gracias que Vos sabéis me son necesarias: conceded las mismas gracias á todos aquellos y aquellas por quienes tengo obligación de pedir. ¿Podréis Vos, mi dulce Jesús, negarme alguna cosa después de la merced que me habéis hecho hoy de daros á mí?

Señor, no te soltaré hasta que me hayas echado tu bendición.

Hágase á tu siervo según tu misericordia.

ACTO DE OFRENDA.

Vos me llenáis de vuestros favores, ¡oh Dios de misericordia! y dándoos á mí, queréis que yo no viva más que para Vos. Este es, ¡oh mi Dios! el mayor de todos mis deseos, el ser eternamente para Vos. Sí, yo quiero que todos los pensamientos que tuviere en adelante, que todos los designios que tuviere ó ejecutare, todo sea en orden de la perfecta sumisión que os debo.

Yo quiero que todo lo que depende de mí: salud, fuerzas, espíritu, talentos, crédito, bienes, reputación, no sean empleados sino para los intereses de vuestra gloria. Sujetad, pues, ¡oh Rey de mi corazón! todas las potencias de mi alma: reinad absolutamente sobre

mi voluntad : yo la someto á la vuestra. Después del favor con que me habéis honrado, no sufriré que haya nada en mí que no sea perfectamente vuestro.

Yo soy tu siervo é hijo de tu esclava. En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

ACTO DE BUEN PROPÓSITO.

¡Oh, el más paciente y el más generoso de los amigos! ¿Qué es lo que podrá en adelante separarme de Vos? Yo renuncio con todo mi corazón lo que me había separado de Vos hasta aquí y propongo con el socorro de vuestra gracia no volver á caer en mis pasadas faltas.

Así, pues, ¡oh mi Dios! no más pensamientos, deseos, palabras ni acciones que sean en lo más mínimo contrarias al pudor ó á la castidad, no más impaciencias, juramentos, mentiras, ni maledicencias : no más omisiones en mis obligaciones, ni desmayo en vuestro servicio : no más uniones ni amistades peligrosas; no más pasión por mis sentimientos y mis comodidades : no más delicadeza por el desprecio y discurso de los hombres; no más inclinación ciega por la estimación y atención del mundo. Antes morir, ¡oh mi Dios! Más

bien quisiera expirar aquí delante de Vos, que desagradaros nunca.

Vos estáis dentro de mi corazón, divino Jesús; en vuestra presencia formo estas resoluciones, á fin de que las confirméis, y que vuestro adorable Sacramento que acabo de recibir, sea como el sello, que no me sea lícito jamás violar.

Resuelvo guardar los juicios de tu justicia.

Confirma, Dios mío, lo que has obrado en mí.

ORACIÓN.

Alma de Cristo, santifícame. Cuerpo de Cristo, sálvame. Sangre de Cristo, embriágame. Agua del costado de Cristo, lávame. Sudor de Cristo, vivifícame. Pasión de Cristo, confórtame. ¡Oh buen Jesús, óyeme! No permitas, Señor, que me aparte de ti. Dentro de tus llagas escóndeme. En la hora de mi muerte, llámame y mándame ir á ti, y ponme junto á ti. Para que con tus ángeles y Santos te alabe por todos los siglos de los siglos. Amén.

Manteneos en los sentimientos de confusión por la felicidad que acaba de sucederos, de respeto y adoración al Salvador que acaba de visitaros en persona, y repetid muchas veces dentro de vos mismo los propósitos de vuestra enmienda de vida para adelante.

VISITAS AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Y Á MARÍA SANTÍSIMA

PARA TODOS LOS DÍAS DEL MES

DE LA COMUNIÓN ESPIRITUAL

Como al fin de cada una de las siguientes visitas al Santísimo Sacramento, se practica la Comunión espiritual, es justo explicar aquí en qué consiste, y el grande fruto que alcanza quien hace tan loable ejercicio. La comunión espiritual, según enseña Santo Tomás, consiste en un deseo ardiente de recibir á Jesús Sacramentado, y en un abrazo amoroso como si lo hubiese recibido.

Cuán agradables sean á Dios estas comuniones espirituales, y cuántas gracias por este medio comunique á las almas fervorosas, el mismo Salvador lo dió á entender á aquella sierva suya, Sor Paul Moresco, fundadora del monasterio de Santa Catalina de Sena, en Nápoles, cuando la hizo ver, como se refiere en su vida, dos vasos preciosos, uno de oro y otro de plata, y le dijo, que en el de oro conservaba las comuniones sacramentales y en el de plata las comuniones espirituales. Este ejercicio se halla acreditado no sólo por la autoridad de los Doctores místicos que lo alaban é inculcan encarecidamente á los fieles, sino que también por el uso de las almas devotas que lo practican; y siendo esta devoción tan útil, es al mismo tiempo la más fácil. Por esto decía la beata Juana de la Cruz que la comunión espiritual se puede hacer sin que ninguno nos vea, sin ser preciso estar en ayunas, y en cualquiera hora; porque no consiste más que en un acto de amor; basta decir de todo corazón :

Jesús mío, creo que Vos estáis en el Santísimo Sacramento : os amo sobre todas las cosas, y deseo recibiros ahora dentro de mi alma, y ya que no os puedo recibir sacramentalmente, venid á lo menos espiritualmente á mi corazón; y como si ya os hubiese recibido, os abrazo y me uno todo á vos. ¡Ah, Señor! no permitáis que jamás me aparte de Vos.

O más breve : *Creo, mi Jesús, que estáis en el Santísimo Sacramento; os amo y deseo mucho recibiros; venid á mi corazón : yo os abrazo : no os ausenéis de mí.*

ACTO QUE DEBE HACERSE

al principio de todas las Visitas al Santísimo Sacramento.

Señor mío Jesucristo, que por el amor que tenéis á los hombres, estáis de noche y de día en ese Sacramento, todo lleno de piedad y de amor, esperando, llamando y recibiendo á todos los que vienen á visitaros : yo creo que estáis presente en el Sacramento del Altar; ys adoro desde el abismo de mi nada o os doy gracias por todas las mercedes que me habéis hecho, y especialmente por haberme dado en este Sacramento vuestro Cuerpo, vuestra Sangre, vuestra Alma y vuestra Divinidad; por

haberme concedido por mi abogada á vuestra Santísima Madre la Virgen María, y por haberme ahora llamado á visitaros en este lugar santo: yo adoro á vuestro amantísimo Corazón y deseo ahora adorarle por tres fines: el primero, en agradecimiento de esta grande dádiva; el segundo, para desagraviaros de todas las injurias que habéis recibido de vuestros enemigos en ese Sacramento; y el tercero, porque deseo en esta visita adoraros en todos los lugares de la tierra donde estáis Sacramentado, con menos culto y más desprecio. Jesús, os amo con todo mi corazón: pésame de haber tantas veces ofendido en lo pasado á vuestra infinita bondad: propongo, ayudado de vuestra gracia, enmendarme en lo venidero: y ahora, así miserable como soy, me consagro todo á Vos, y os entrego y resigno en vuestras manos mi voluntad, mis afectos, mis deseos y todo cuanto soy y puedo. De hoy en adelante haced, Señor, de mí todo lo que os agrade: lo que yo quiero y lo que os pido es vuestro santo amor, la perfecta obediencia á vuestra santísima voluntad y la perseverancia final; os recomiendo las almas del purgatorio, especialmente las más devotas del Santísimo Sacramento y de María Santísima, os ruego también

por todos los pecadores. En fin, mi amado Salvador, deseo unir todos mis afectos y deseos con los de vuestro amorosísimo Corazón, y así unidos, los ofrezco á vuestro Eterno Padre, y le pido por vuestro nombre que por vuestro amor los acepte y despache.

VISITA PRIMERA.

He aquí, alma devota, la fuente de todo el bien : Jesús es el Sacramento, el cual dice : « *Quien tenga sed venga á mí* ». ¡Oh! cuán abundantes gracias han sacado las Santos de esta fuente del Santísimo Sacramento, donde el amoroso Jesús liberalmente concede todos los merecimientos de su pasión, como predijo el Profeta : *Iréis con gusto á buscar agua en las fuentes del Salvador*. (Isaías, cap. 12). La Condesa de Feria, aquella, grande discípula del venerable padre maestro Avila, que siendo religiosa de Santa Clara, se llamó esposa del Sacramento, por el mucho tiempo que pasaba en su presencia, preguntándola qué hacía en tantas horas como allí se detenía, respondió : *De buena gana estaría yo allí por toda la eternidad. ¿Acaso no está allí la esencia de Dios, que será por toda la eternidrd el alimento y la gloria de los bienaventurados?* ¡Ah! y ¿qué haremos, pre-

guntáis algunas veces en la presencia de Dios Sacramentado? — Amarle, alabarle, agradecerle y pedirle. ¿Qué hace un pobre en la presencia de un rico? ¿Qué hace un enfermo delante de un médico? ¿Qué hace un sediento en vista de una fuente cristalina?

¡Jesús mío amabilísimo, vida, esperanza, tesoro y único amor de mi alma! ¡Oh! cuánto os costó el quedaros con nosotros en ese divino Sacramento! Cuando Vos lo instituísteis conocías ya las ingratitudes, las injurias, los desacatos, con que os habían de tratar los hombres; pero vuestra ardiente caridad para con nosotros fué todavía mayor que nuestra maldad y miseria : sí, todo lo venció aquel grande amor que nos tenéis y el excesivo deseo de ser amado de nosotros.

Venid, pues, Señor, venid, entrad dentro de mi corazón, y cerrad la puerta para siempre, para que no entre en él criatura alguna á tomar parte en el amor que todo quiero emplear sólo en Vos. ¡Ah, mi amado Redentor! hablad á mi corazón, que ya vuestro siervo escucha : mandad, Señor, que quiero fielmente obedeceros; y si alguna vez no obedezco perfectamente, castigadme á fin de que quede advertido y resuelto á agradaros como Vos queréis; haced

que yo no desee otra cosa ni busque otro contento que el de serviros, de visitaros muchas veces sobre los sagrados altares, y de recibiros en la Sagrada Comunión. Quien quisiere procure en horabuena otros bienes, que yo no amo ni deseo otra cosa que el tesoro de vuestro amor : esto es lo que siempre he de pedir delante de los santos altares. Haced que me olvide de mí, para que no me acuerde sino de vuestra infinita bondad. Serafines y bienaventurados, yo no os tengo envidia por el sublime ser de que gozáis, pero sí por el amor que tenéis á mi Dios. Enseñadme lo que he de hacer para servirle y amarle.

(*Luego concluirá con la Comunión espiritual, pág.* 152*; después hará una visita á María Santísima delante de alguna imagen suya*).

VISITA PRIMERA Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡Oh inmaculada, oh eternamente pura Virgen María, Madre de Dios! Vos sois superior á todos los Santos, sois la esperanza de todos los pecadores, después de vuestro Hijo Jesucristo, y la alegría de los Justos. Por vuestra mediación somos reconciliados con Dios. ¡Oh gran Princesa! cubridnos con las alas de vuestra misericordia, tened pie-

dad de nosotros; y pues nos hemos entregado á vuestro obsequio, admitidnos en el número de vuestros siervos y no permitáis que Lucifer nos arrastre al infierno. ¡Oh Virgen inmaculada! nosotros nos acogemos á la sombra de vuestra protección, y por eso con una filial confianza os rogamos detengáis con vuestras súplicas la ira de vuestro Hijo, provocado por nuestros pecados, para que no nos desampare y abandone al poder del demonio nuestro enemigo común. — Amén.

SUPLICA Á LA SANTÍSIMA VIRGEN

que debe hacerse siempre al fin de cada visita.

¡Inmaculada Virgen y Madre mía, María Santísima! á Vos que sois la Madre de mi Salvador; la Reina del mundo, la abogada, la esperanza y el refugio de los pecadores, recurro en este día, yo que soy el más miserable de todos. ¡Os adoro, oh gran Reina! y humildemente os agradezco todas las gracias y mercedes que hasta ahora me habéis hecho, especialmente la de haberme librado del infierno, tantas veces merecido por mis pecados; os amo, Señora amabilísima, y por el amor que os tengo propongo siempre serviros y hacer todo lo posible para que de todos seáis servida. En vos, ¡oh Madre

de Misericordia ! después de mi Señor Jesucristo, pongo todas mis esperanzas; admitidme por vuestro siervo y defendedme con vuestra protección ; y ya que sois tan poderosa para con Dios, libradme de todas las tentaciones y alcanzadme gracia para vencerlas hasta la muerte. Os pido un verdadero amor para con mi Señor Jesucristo : y por Vos espero alcanzar una buena muerte. ¡ Oh Señora y Madre mía ! por el grande amor que tenéis á Dios, os ruego que siempre me ayudéis, pero mucho más en el último momento de mi vida no me desamparéis hasta verme salvo en el Cielo, alabándoos y cantando vuestras misericordias por toda la eternidad. — Amén.

VISITA SEGUNDA.

Dice un devoto Padre, que siendo el pan una comida que nos sirve de alimento y se conserva guardándole, Jesucristo quiso quedarse en la tierra bajo las especies de pan no sólo para servir de alimento á las almas que lo reciben en la Sagrada Comunión, sino también para ser conservado en el Sagrario y hacerse presente á nosotros, manifestándonos por este eficacísimo medio el amor que nos tiene. San Pablo dice que Dios, tomando la forma de

siervo, se abatió á sí mismo. Mas, ¿ qué diremos nosotros, viendo que por nuestros amor está todos los días sobre nuestros altares tomando la forma de pan ? Ninguna lengua es bastante, dice San Pedro de Alcántara, para declarar la grandeza del amor que Jesús tiene á cualquier alma que está en su gracia ; y por eso queriendo este dulcísimo Esposo partir de este mundo para su Eterno Padre, para que su ausencia no nos fuese ocasión de olvidarnos de él, nos dejó por memoria este Santísimo Sacramento, en el cual él mismo se quedaba por prenda de su amor y para despertar nuestra memoria.

¡ Oh Jesús mío ! ya que Vos estáis aquí en esta custodia para oír las súplicas de los miserables, oíd ahora los ruegos del pecador más ingrato que vive entre los hombres. Yo vengo arrepentido á vuestros pies, conociendo el grave mal que he hecho en disgustaros. Primeramente os pido, me perdonéis todos mis pecados. ¡ Ah ! quién nunca os hubiera ofendido ! ¡Ahora, aquí en vuestra presencia, conociendo vuestra gran bondad, me siento vivamente excitado á amaros y serviros. Mas, si Vos no me ayudáis, no tengo fuerzas para ejecutarlo ; haced, ¡ oh gran Dios ! haced conocer á toda la Corte Celestial vuestro

gran Poder y vuestra infinita misericordia; haced de este gran pecador un muy grande amante vuestro; Vos lo podéis hacer: hacedlo así, Dios mío; suplid de vuestra parte todo lo que me falta, para que llegue á amaros muy mucho; ó á lo menos, tanto cuanto os tengo ofendido; os amo mi Jesús, os amo sobre todas las cosas; os amo más que á mi propia vida: Dios mío, amor mío y todo mi bien.

La Comunión espiritual, pág. 152.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡Oh Reina del universo y Señora nuestra! Vos sois la más poderosa abogada de los pecadores, después de Jesucristo que es nuestro principal abogado para con el Padre; Vos sois en el mismo Señor, el puerto seguro de los que naufragan; sois la consolación del mundo, el rescate de los cautivos, la alegría de los enfermos, la recreación de los afligidos, el refugio de toda la tierra. ¡Oh! llena de gracia: alumbrad mi entendimiento, soltad mi lengua para cantar vuestros loores, principalmente la Salutación angélica tan digna de Vos. Os adoro, ¡oh paz, oh salvación, oh consolación de todo el mundo! Os adoro, paraíso de delicias, fuente de gracias, medianera entre Dios y los hombres.

VISITA TERCERA.

He aquí nuestro Jesús, que no contento con dar la vida por nuestro amor, quiso también después de su muerte quedarse con nosotros en el Santísimo Sacramento, declarando que entre los hombres hallaba sus delicias. ¡ Oh hombres! exclama Santa Teresa, ¿cómo podéis ofender á un Dios, el cual dice que entre vosotros tiene sus delicias? Jesús tiene sus delicias en estar con nosotros, y nosotros ¿no las tendremos en estar con Jesús? nosotros á quienes se ha concedido la honra de estar en su palacio. ¡Ah! ¡cómo se tienen por honrados aquellos vasallos á quienes el Rey da lugar en su palacio! Pues ved aquí el palacio del Rey de los Reyes: esta es la casa donde habitamos con Jesucristo; sepamos serle agradecidos y hablémosle con amor y confianza. Aquí me tenéis, Dios y Salvador mío, delante de este altar, donde Vos estáis de día y de noche por mi amor. Vos sois la fuente de todo el bien, Vos el médico de todos los males, Vos el tesorero de todos los pobres. Pues aquí tenéis ahora á vuestros pies un pecador entre todos el más pobre y el más enfermo, que os pide misericordia: tened, Señor, compa-

sión de mí. Grande es mi miseria, mas yo no quiero perder el ánimo, viendo que en ese Sacramento bajáis todos los días del Cielo á la tierra para mi bien. Yo os adoro, os alabo y os amo; y si queréis que os pida alguna limosna, os pido ésta, oidme, señor: yo deseo no ofenderos jamás. Y quiero que me deis luz y gracia para amaros con todas mis fuerzas. Señor, yo os amo con toda mi alma; os amo con todos los afectos de mi corazón; haced Vos, que lo diga de veras, y que lo diga siempre en esta vida y por toda la eternidad. Virgen Santísima, Santos mis abogados, ángeles y bienaventurados, ayudadme todos á amar á mi amabilísimo Dios.

La Comunión espiritual, etc.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡ Oh Señora mía! Vos que sois el mayor consuelo que recibo de Dios: Vos que sois el celestial alivio que suaviza mis penas: Vos que sois la luz de mi alma, cuando se ve cubierta de tinieblas: Vos que sois mi guía en mis viajes, mi fortaleza en mis desalientos, mi tesoro en mi pobreza, mi medicina en mis enfermedades y mi consuelo en mis lágrimas; Vos que sois el refugio en mis miserias, y después de Jesucristo, la esperanza de mi salvación, despachad mis

súplicas; tened piedad de mí, como Madre que sois de un Dios que tiene tanto amor á los hombres; concededme cuanto os pido, ¡oh clementísima! ¡oh piadosa! ¡oh dulce Virgen María!

VISITA CUARTA

Los amigos del mundo hallan tanto consuelo en verse los unos á los otros, que pasan días enteros en sus conversaciones; si no empleamos el tiempo con Jesús Sacramentado, es porque no le amamos. Los Santos hallaron el Paraíso en la tierra delante del Santísimo Sacramento. Santa Teresa, después de su muerte, dijo desde el Cielo á una religiosa suya: nosotros los que estamos en el Cielo, y vosotros los que estáis en la tierra, debíamos ser una misma cosa en la pureza y el amor; nosotros gozando y vosotros obedeciendo; y lo mismo que nosotros hacemos en el Cielo con la divina Esencia, debéis vosotros hacer en la tierra con el Santísimo Sacramento. ¡Oh Cordero sin mancha, sacrificado por nosotros sobre la Cruz! acordaos que yo soy una de aquellas almas que redimisteis con tantos dolores y con vuestra muerte, haced que vos seáis mío y que no os pierda jamás, ya que os habéis dado á mí y os dais todos los días, sacrificándoos

por mi amor sobre los altares; y haced también que yo sea todo vuestro. Yo me entrego todo á Vos, para que hagáis de mí todo lo que quisiereis; os entrego mi voluntad, prendedla con los dulces lazos de vuestro amor, para que sea siempre fiel esclava de vuestra santísima voluntad; no quiero vivir más para satisfacer mis deseos, sino para contentar á vuestra infinita bondad. Apartad, Señor, apartad de mí todo lo que no os agrada: hacedme la gracia de no tener otro pensamiento que el de obedeceros, ni otro deseo que el de serviros. Os amo ¡oh mi amable Salvador! con todo mi corazón: os amo, porque sois infinitamente digno de ser amado. Tengo grande pena de no amaros cuanto merecéis; quisiera morir por vuestro amor: aceptad, Señor, este mi deseo, y dadme vuestro amor.

La Comunión espiritual, etc.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡Oh Señora mía! Vos que sois nuestra defensa, hacedme digno de gozar con Vos de aquella grande felicidad de que gozáis en la bienaventuranza. ¡Ah! Reina mía, mi refugio, mi vida, mi socorro, mi defensa, mi alegría, mi fortaleza y mi esperanza: haced que yo vaya con Vos por el camino del Cielo. Yo

sé que siendo Vos Madre de Dios, podéis muy bien alcanzarme una gracia eficaz que me haga cooperar para conseguir mi final justificación. ¡ Oh María! Vos sois poderosísima intercedora para salvar á los pecadores, ni necesitáis otra recomendación ! porque sois la Madre de la verdadera vida.

VISITA QUINTA.

¡ Ah, Dios mío, Rey mío y Señor mío! Quién me diera que todos mis miembros se conviertan en lenguas para alabar y agradecer las finezas de vuestra bondad en ese divino Sacramento donde continuamente estáis pronto para oír y consolar á esta indigna criatura vuestra : yo me atrevo, Señor, á deciros que sois excesivamente amante de los hombres, porque les disteis todo lo que podías darles en ese Sacramento, para que ellos os amasen. ¡ Ay, mi amabilísimo Jesús ! dadnos un amor grande, un amor fuerte para amaros, pues no es razón que amemos con tibieza á un Dios que nos ama con tanto ardor; atraednos á Vos con los dulces atractivos de vuestro amor. ¡ Oh Majestad y bondad infinita ! Vos amáis tanto á los hombres, Vos habéis obrado tantas finezas para ser amado de los hombres; y con todo son muy pocos los que os

aman. ¡Oh ingratitud espantosa de los hijos de Adán! Mas, ¡ay! Señor, ¡que yo he sido del número de estos ingratos! pero no quiero serlo en adelante: estoy resuelto á amaros cuanto pueda y á no amar otro objeto que á Vos: Vos así lo mandáis; Vos así lo merecéis, yo quiero contentaros. Haced, ¡oh Dios de mi alma! que yo os agrade: así lo espero y os lo pido por los merecimientos de vuestra Pasión sagrada. Los bienes de la tierra, dadlos, si queréis, á quien los desea; lo que yo quiero, lo que busco es el grande tesoro de vuestro amor; os amo Jesús mío, bondad infinita: Vos sois toda mi riqueza, todo mi contento, todo mi amor.

La Comunión espiritual, etc.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡Oh Reina del mundo, nosotros hemos de comparecer delante de nuestro Jesús después de haber cometido tantos pecados! ¿Quién lo aplacará? No hay quien lo pueda hacer mejor que Vos, oh Soberana Señora, que tanto nos amáis y que de él sois tan amada. Abrid pues, ¡oh Madre de Misericordia! los oídos de vuestro Corazón á nuestros suspiros y á nuestros ruegos. Nosotros nos acogemos á vuestra protección poderosa: aplacad la indignación de vues-

tro Hijo y restituídnos á su gracia. Vos no aborrecéis al pecador por grande que sea, ni lo despreciáis si acude á Vos y pide arrepentido vuestra inter cesión. Vos con vuestras piadosas ma nos le libráis de la desesperación. Vos lo confortáis y animáis á esperar; no le desamparéis, Señora, hasta que sea reconciliado con su Juez.

VISITA SEXTA.

Jesucristo dice: Que donde cada uno tiene su tesoro, allí está su corazón. Por eso los Santos que no estiman ni aman otro tesoro que á Jesucristo, todo su corazón y todo su afecto lo tienen en el Santísimo Sacramento. Mi amabilísimo Señor Sacramentado, que por el amor que me tenéis estáis de día y de noche en ese Sacramento, inflamad mi corazón para que no ame sino á Vos, no piense sino en Vos, no espere ni busque otro bien fuera de Vos: hacedlo así, Salvador mío, por los méritos de vuestra Pasión. ¡Ah Salvador mío Sacramentado! cuán admirables son las industrias de vuestro amor para hacer que las almas os amen. ¡Oh Verbo eterno! no bastó á vuestra ardiente caridad el haceros hombre y morir por nosotros, sino que, por satisfacción de vuestro amor, quisisteis también quedaros en

ese Sacramento para servirnos de compañía, de alimento y de prenda de la eterna gloria; Vos aparecisteis entre nosotros, ya en la figura de niño dentro de un pesebre; ya de pobre en una humilde tienda; ya como reo clavado en una Cruz; y aparecéis por fin todos los días sobre nuestros altares bajo las especies de pan. Decidme, Señor, ¿qué más podías inventar para haceros amar? ¡Oh bien infinito, cuándo comenzaré de veras á corresponder á las finezas de vuestro amor! ¡Ah, Señor! ¡no quiero vivir, sino para amaros. ¿De qué me sirve la vida si no la empleo en amar á mi Redentor, que empleó toda la suya en beneficio mío? Y ¡qué objeto debo yo amar, sino á Vos, mi Señor, que sois todo hermoso, todo afable, todo bueno y todo digno de ser amado! Viva mi alma sólo para amaros, abrásese de amor cuando se acuerde de vuestro amor; y al oír nombrar Pesebre, Cruz, Sacramento, enciéndase en deseos de ejecutar grandes cosas en vuestro obsequio.

¡Oh Jesús mío! qué grandes cosas habéis hecho y padecido por mi amor!

La Comunión espiritual, etc.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

Vos sois, ¡oh Virgen Santísima! aquella única mujer, en la cual el Salvador

halló su descanso, y á quien sin reserva entregó todos sus tesoros. Por esta razón todo el mundo honra vuestro casto seno, como templo de Dios en el cual se dió principio á la salvación del mundo y se hizo la reconciliación entre Dios y el hombre. Vos sois aquel huerto cerrado, ¡oh gran Madre de Dios! en el cual nunca entró mano terrena para manchar vuestra pureza. Vos sois aquel hermoso jardín en que Dios puso todas las flores que adornan la Santa Iglesia, y entre ellas la violeta de vuestra humildad, la azucena de vuestra pureza y la rosa de vuestra caridad. ¿A quién os compararemos, oh Madre de la gracia y de la belleza? Vos sois el paraíso de Dios: de Vos salió la fuente de aguas vivas que fertiliza toda la tierra. ¡Cuántos beneficios habéis hecho al mundo, mereciendo ser aquel saludable acueducto por donde se nos comunican todos los bienes y todas las gracias!

VISITA SÉPTIMA.

Este nuestro amoroso Pastor que dió la vida por nosotros sus ovejas, no quiso ni en su muerte separarse de nosotros. Aquí estoy, dice, ovejas mías, aquí estoy siempre con vosotras; por vosotras me quise quedar en la tierra en este Sacramento: aquí me hallaréis

siempre que quisiereis, para ayudaros y consolaros con mi presencia; no os dejaré hasta el fin del mundo, y mientras permaneciereis sobre la tierra. Deseaba el Esposo, dice San Pedro de Alcántara, dejar á su Esposa en esta tan larga ausencia alguna compañía para que no se quedase sola, y por eso instituyó este Sacramento, en el cual quedase El mismo, que era la mejor compañía que podía dejarle.

¡Ah, Señor mío y Salvador mío amabilísimo! ahora vengo á visitaros en ese altar; mas Vos me pagáis esa visita con caro amor infinitamente mayor, cuando venís á mi alma en la Santa Comunión! entonces no sólo os hacéis presente á mí, sino que os hacéis también mi comida, todo os unís y entregáis á mí, para que pueda deciros con verdad: ahora, mi buen Jesús, sois todo mío. Pues Señor, ya que Vos os entregáis todo á mí, razón es que yo me entregue todo á Vos. ¡Oh Dios de amor! ¡oh amor de mi alma! ¿Cuándo seré todo vuestro, no sólo en las palabras sino también en las obras? Vos lo podéis hacer: aumentad, Señor, en mí la confianza y la esperanza de conseguir esta gracia por los méritos de vuestra Sangre y de verme todo vuestro antes de la muerte. Vos oís, Señor, las súplicas de todos; oíd tam-

bién ahora los ruegos de una alma que os quiere amar de veras: sí, deseo amaros con todas mis fuerzas, y os quiero obedecer en todo lo que Vos mandaréis, sin interés, sin consolación, sin premio: os quiero servir sólo por amor, sólo por daros gusto, sólo por agradar á vuestro amorosísimo Corazón á quien debo las más excesivas finezas; mi premio, Señor, será amaros ardientemente en esta vida, veros y gozaros eternamente en el Cielo. ¡Oh Hijo amado del Eterno Padre! aceptad mi libertad, mi voluntad, todas mis cosas, y á mí mismo; daos á mí. Yo os amo y os busco: por Vos suspiro; sólo á Vos quiero, sólo á Vos quiero, sólo á Vos quiero.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡Oh Reina del Cielo! de Vos se habla cuando se dice: «¿Quién es Esta que aparece como la aurora, que va subiendo hermosa como la Luna, escogida como el Sol?» Vos vinisteis al mundo como resplandeciente aurora, previniendo con la luz de vuestra santidad la venida del Sol de justicia. ¡Oh día en que aparecisteis en el mundo! bien puede llamarse día de salvación y de gracia. Sois bella como la luna, porque así como no hay planeta más semejante al sol, así también no hay criatura más

semejante á Dios que Vos; la luna ilumina la noche con la luz que recibe del sol, y Vos ilumináis nuestras tinieblas con las luces de vuestras virtudes. Vos no obstante, sois más bella que la luna, porque en Vos no se halla mancha ni sombra. Vos sois escogida como el sol, esto es, imitadora de aquel Sol divino que crió al sol que vemos: él fué escogido entre todos los hombres, y Vos escogida entre todas las mujeres.

VISITA OCHO

Á cualquiera alma que visita á Jesús en el Santísimo Sacramento, le dice este Señor las palabras que dijo á la Sagrada Esposa: *Levántate y date prisa, querida mía, hermosa mia y ven.* (Cant. 2). Alma que me visitas, levántate de tus miserias: pues estoy aquí para enriquecerte de gracias. Date prisa, llega á mí: no temas mi majestad, porque está humillada en este Sacramento, para apartar de ti el miedo y darle toda confianza: amiga mía, no eres ya mi enemiga sino mi amiga; y pues tú me amas, yo también te amo; hermosa mía, mi gracia te ha hecho bella. Ven acá, abrázate conmigo, pídeme lo que quisieres con mucha confianza.

Decía Santa Teresa, que este gran Rey de la gloria está revestido de las espe-

cies de pan en el Sacramento, ocultando su Majestad para animarnos á llegar con más confianza á su divino Corazón.

Lleguémonos, pues, á Jesús con grande confianza y afecto, unámonos con él y pidámosle muchas gracias. ¡Oh Verbo Eterno hecho Hombre y Sacramentado por mi amor! ¿Cuál debe ser ahora mi consuelo, sabiendo que estoy delante de Vos, que sois mi Dios, que sois una Majestad y bondad infinita, que tanto amor tenéis á mi alma? Almas que amáis á Dios, en cualquier parte que os halléis, sea en el Cielo ó en la tierra, amadle mucho ahora, por mí. Madre y Señora mía, María Santísima, ayúdame á amarle. Y Vos, amantísimo Señor, haceos el objeto de todo mi amor; tomad posesión de toda mi voluntad, os consagro todo mi entendimiento, para que no piense sino en vuestra bondad; os entrego mi cuerpo; para que me ayude también á agradaros; os ofrezco mi alma, para que sea toda vuestra; quisiera, ¡oh mi amado Señor! que todos los hombres conociesen el grande amor que les tenéis, para que todos viviesen sólo para honraros y daros gusto como Vos deseáis y merecéis. Yo á lo menos quiero vivir siempre inflamado en el amor de vuestra belleza infinita; de hoy en adelante quiero hacer todo lo

posible para agradaros, y propongo firmemente no dejar de ejecutar cosa alguna, entienda ser de vuestro gusto, aunque me cueste cualquier pena, ó el perder todas mis cosas, hasta la propia vida; dichoso sería si lo perdiera todo por poseeros á Vos, que sois mi Dios, mi tesoro, mi amor, y todo mi bien.

La Comunión espiritual, etc.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡Oh dulce, oh grande, oh siempre toda amable María! no puede pronunciarse vuestro nombre, sin que el corazón se sienta abrasado en vuestro amor; ni los que verdaderamente os aman se acuerdan jamás de Vos que no se sientan al mismo tiempo movidos á amaros más. Ayudad, Reina del Cielo, nuestra flaqueza, socorrednos con vuestro poder, para que seamos vuestros fervorosos amantes. ¿Quién está más próximo para hablar á nuestro Señor Jesucristo que Vos que gozáis tan de cerca su trato suavísimo? Hablad, Señor, hablad que vuestro Hijo os oye y alcanzaréis para nosotros cuanto le pidiereis.

VISITA NUEVE.

El venerable Padre Álvarez vió á Jesús que estaba en el Sacramento con las manos llenas de gracias, buscando

á quien darlas. Santa Catalina de Sena, siempre que se acercaba á recibir el Santísimo Sacramento, lo hacía con aquella prisa y diligencia amorosa, con que se llega un niño al pecho de su madre.

¡Oh amantísimo Unigénito del Eterno Padre! conozco que Vos sois el objeto más digno de ser amado; y por eso deseo amaros cuanto merecéis, ó á lo menos cuanto una alma puede amaros. Bien sé que ingrato é infiel como he sido á vuestro amor, no merezco amaros ni estar cerca de Vos, como estoy ahora en esta Iglesia; más yo sé que Vos mismo pedís mi amor. Oigo que Vos me decís: « Hijo mío, dadme tu corazón: amarás á tu Dios y Señor de todo tu corazón ». Si me habéis conservado hasta ahora la vida y no me habéis echado al infierno, como por mis culpas tenía merecido, ha sido para que me reconozca y me convierta todo á Vos; pues Señor, ya que queréis ser de mí, amado, aquí me tenéis, Dios mío, á Vos me rindo, á Vos me entrego, ¡oh buen Dios! ¡todo bondad y amor! Os elijo por mi único Rey y Señor de mi pobre corazón; Vos me lo pedís, y yo os lo quiero dar; él es frío y endurecido; mas si os dignáis aceptarle, Vos lo mudaréis. Mudadme Dios mío, mudadme; no quiero vivir más ingrato como he vivido, y tan

poco amante de vuestra bondad infinita, que tanto me ama y merece un infinito amor : haced que de hoy en adelante os ame tanto, que de alguna manera supla la falta de amor que hasta ahora he tenido. — *La Comunión espiritual, etc.*

Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡Adóroos, oh Virgen María! Vos sois después de Jesucristo la esperanza de los cristianos; recibid la súplica de un pecador, que afectuosamente os ama, particularmente os honra y tiene en Vos después de Dios, toda la esperanza de su salvación : de Vos recibo la Vida después de Dios y por vuestra intercesión espero ser restablecido en la gracia de vuestro Hijo : os ruego que me ayudéis á librarme del peso de mis pecados : disipad las tinieblas de mi entendimiento; arrancad con mi cooperación los afectos desordenados de mi corazón : reprimid los esfuerzos y las tentaciones de mis enemigos, y gobernad de tal modo mi vida, que pueda llegar á conseguir por medio de vuestra protección la eterna felicidad del Cielo.

VISITA DIEZ.

¡Oh locos del mundo! dice San Agustín, ¿donde vais para contentar vuestro corazón? Venid á Jesús, pues él sólo

puede daros aquel contento que buscáis. Alma mía, no seáis también ahora del número de estos locos : busca sólo á Dios : busca un bien en el cual, están todos los bienes, dice el mismo San Agustín. Y si lo quieres hallar presto, aquí está cerca de ti : di lo que quieres, pues está en el Sagrario para consolarte, para oírte y despacharte. Decía Santa Teresa, que no todos pueden hablar al Rey de la tierra, y que lo más que pueden algunos conseguir es valerse para esto de alguna tercera persona; más para hablar con Vos, ¡oh Rey de la gloria! no es preciso buscar terceras personas, porque siempre estáis pronto en este Sacramento para oírnos : el Rey de la tierra da audiencia pocas veces en el año; mas Vos en este Sacramento nos dais audiencia de día y de noche, siempre que queremos. ¡Oh Sacramente de amor! en el cual os dais á nosotros por la santa Comunión y estáis siempre sobre nuestros altares para oír nuestras súplicas : atraed con los dulces atractivos de vuestro amor aquellos corazones que enamorados de vuestra infinita bondad, no tienen otros deseos que de agradaros : atraed también, Señor, mi miserable corazón, que desea ahora amaros y vivir esclavo de vuestro amor : de hoy en adelante renuncio

todos mis intereses, esperanzas y afectos, mi alma y mi cuerpo en las manos de vuestra infinita bondad : disponed, Señor, de mí lo que fuere de vuestro agrado, no quiero más quejarme, amor mío, de vuestras santas disposiciones : sé que todas salen de vuestro amoroso Corazón para bien mío : lo que Vos quisiereis es lo que yo quiero en tiempo y por toda la eternidad. Haced lo que os agrade en mí y de mí : todo me une á vuestra voluntad, porque sé que ella es toda buena, toda santa, toda hermosa, toda perfecta, toda amable. ¡Oh voluntad de mi Dios, cuánto me sois agradable! quiero siempre vivir y morir, unido y abrazado con Vos; vuestro gusto es mi gusto, vuestros deseos quiero que sean los míos. Dios mío, Dios mío, ayudadme, haced que de hoy en adelante viva sólo para amar á vuestra infinita bondad. Muera yo por vuestro amor, ya que Vos moristeis por mí. Yo detesto aquellos días en que hice mi voluntad contra vuestro gusto : os amo, ¡oh voluntad divina! cuánto amo á Dios, porque Vos sois el mismo Dios : os amo con todo mi corazón, y á Vos me entrego todo.

La Comunión espiritual, etc.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

Adóroos, ¡oh llena de gracia! el Señor es con Vos. Adóroos, ¡oh instrumento de nuestra alegría, por el cual en vuestro Hijo la sentencia de condenación se rasgó y mudó en juicio de bendición. Adóroos, ¡oh templo de la gloria de Dios! casa sagrada del Rey de los Cielos. Vos sois en Jesucristo la reconciliación de Dios con los hombres. Adóroos, ¡oh Madre de nuestra alegría! A la verdad, Vos sois bendita, porque sólo Vos entre todas las mujeres fuisteis digna de ser la Madre de nuestro Creador: todas las naciones os llaman bienaventurada. ¡Oh María! si pongo mi confianza en Vos alcanzaré los medios de mi salvación. Si estuviere bajo vuestra protección, nada temeré, porque ser vuestro devoto verdadero es un escudo impenetrable á los asaltos de mis enemigos.

VISITA ONCE.

Procuremos no apartarnos, decía Santa Teresa, ni perder de vista á nuestro amado Pastor Jesús; porque así como aquellas ovejas que están más cerca de su pastor, son siempre las más regaladas y amadas, así nosotros recibiremos también grandes favores siem-

pre que nos acerquemos á Jesús, en el Santísimo Sacramento. ¡Ah mi Redentor Sacramentado! aquí estoy cerca de Vos, no quiero otro regalo que el fervor y la perseverencia en vuestro amor.

¡Yo te alabo y te doy gracias! ¡oh santa fe! tú me haces saber y me afirmas del divino Sacramento del altar, que en aquel pan celestial no hay pan; sino que allí está todo mi Señor Jesucristo, y que está allí por mi amor. Señor mío y todo mi bien, yo creo que estáis presente en el Santísimo Sacramento, y aunque desconocido á los ojos de la carne, os reconozco con la luz de la santa Fe en la Hostia consagrada por Monarca del Cielo y de la tierra y por Salvador del mundo. ¡Ah mi dulcísimo Jesús! así como sois mi esperanza, mi salvación, mi fortaleza y mi consolación, así quiero que seáis también ahora todo mi amor y el único objeto de todos mis pensamientos, deseos y afectos; me alegro aún más de aquella suma felicidad de que gozáis y gozaréis eternamente que de todo el bien que puedo tener, así en éste como en el otro mundo. Mi mayor contento, ¡oh mi amado Redentor! es saber que vuestra felicidad es infinita. Reinad, Señor, reinad sobre mi alma, yo os la entrego toda, poseedla para siempre.

Mi voluntad, mis sentidos, mis potencias son todas siervas de vuestro amor, y no quiero que en este mundo se empleen en otra cosa que en daros gusto y gloria. Esta fué vuestra vida en la tierra, ¡oh primera amante y Madre de Jesús, María Santísima! ayudadme pues, para que de hoy en adelante viva sólo para mi Dios.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡Oh Madre de misericordia! aplacad á vuestro Hijo. Si á Vos que estáis en lo más alto del Cielo, todo el mundo os reconoce como propiciatorio común de todas las gentes, nosotros te rogamos, ¡oh Virgen Santísima! nos concedáis el socorro de vuestras súplicas, que son más estimables y más preciosas que todos los tesoros de la tierra: súplicas, que obligan á Dios á perdonar nuestros pecados y nos alcanzan una grande abundancia de gracias; súplicas que ahuyentan nuestros enemigos, confunden sus designios y triunfan de sus ardientes esfuerzos.

VISITA DOCE.

Quiem ama á Jesús está con Jesús, y Jesús está con él. San Felipe Neri, comulgando por viático, luego que vió entrar al Santísimo Sacramento, excla-

mó: « *He aquí el autor mío, he aquí el amor mío.* » Diga, pues, cualquiera de nosotros en la presencia de Jesús Sacramentado: he aquí el amor mío, he aquí el objeto de todos mis pensamientos y de todos mis cuidados. ¡ Ah mi Señor y mi Dios! Vos dijisteis en vuestro Evangelio que quien os ama, será amado de Vos y que vendréis á habitar en él; pues yo os amo más que á todos los bienes; amadme Vos, Señor, ahora, porque estimo más ser amado de Vos que de todos los reyes del mundo: venid, Señor, y estableced vuestra habitación en la pobre casa de mi alma, de tal suerte que nunca os separaréis de mí, ó por decirlo mejor, que yo nunca me separare de Vos. Vos, Señor, no os ausentáis de vuestra criatura, si ella no os echa de sí por el pecado; y como tantas veces os he echado fuera de mi alma en el tiempo pasado, temo que me suceda esta desgracia en lo venidero. ¡Ah, no permitáis que suceda en el mundo esta enorme maldad y esta horrenda ingratitud, que, después de haber recibido tantos favores y misericordias de vuestra bondad, venga á echaros otra vez fuera de mi alma! Mas ¡ ay! que esto puede suceder. Por eso, Señor mío, deseo antes la muerte; si es de vuestro agrado, para que, muriendo

unido con Vos, con Vos unido viva eternamente. Sí, Jesús mío; así lo espero: yo os abrazo y me quiero unir á vuestro amantísimo Corazón: haced que siempre os ame y siempre sea amado de Vos. ¡Ah, mi amabilísimo Redentor! yo siempre os amaré y Vos siempre me amaréis: espero que siempre nos amaremos, ¡oh Dios de mi alma! por toda la eternidad.

La comunión espiritual, etc.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡Oh mi Soberana Señora y Madre de mi Señor! yo me postro y me humillo en vuestra presencia: os ruego me alcancéis el perdón de mis pecados y que sea purificado de todas las culpas que he cometido en toda mi vida: os pido la gracia de unirme con un puro afecto á Dios y á Vos: de servir á vuestro Hijo como á Dios y á Vos como á su querida Madre; á vuestro Hijo como á mi Redentor, y á Vos como á medio de mi redención; porque si Él pagó el precio de mi rescate, lo pagó con la carne que de Vos recibió.

VISITA TRECE.

Ahí tendré puestos mis ojos y mi corazón todos los días (3 Reg.); oye, alma,

deseosa de tu bien, esta bella promesa que te hace Jesús en el Sacramento del altar, donde se ha querido quedar con nosotros día y noche.

¡Ay, Señor mío! no bastaba que os quedaseis en ese Sacramento de día, en que podías tener adoradores de vuestra presencia, que os hiciesen compañía, sino que quisisteis quedaros también de noche, en que los hombres salen de las iglesias y se retiran á sus casas, dejándoos solo. Pero yo os entiendo: el amor que nos tenéis no consintió que nos dejaseis un solo instante. ¡Ah, mi amabilísimo Salvador! sóla esta fineza de vuestro amor debería obligar á todos los hombres á asistir siempre á los sagrados templos hasta que los compeliesen á retirarse; y ausentándose de ellos, debían todos dejar allí sus corazones y sus afectos, tan justamente merecidos de un Dios humanado, que queda colocado en el tabernáculo, siempre pronto para ver y remediar nuestras necesidades, esperando, por decirlo así, que las almas sus amantes le vayan á visitar.

¡Sí, mi Jesús, os quiero ya contentar! ahora mismo os consagro toda mi voluntad y todos mis afectos. ¡Oh Majestad infinita de un Dios! Vos quisisteis quedaros en este divino Sacra-

mento no sólo para favorecernos con vuestra presencia, sino principalmente para comunicaros á las almas vuestras escogidas; mas, ¡ay, Señor! ¿Quién se atreverá á acercarse á vuestra mesa y alimentarse de vuestra carne? Pero, ¿quién por el contrario, podrá alejarse de este divino convite? Vos á este fin os escondisteis bajo las especies sacramentales para entrar dentro de nosotros y para poseer nuestros corazones: Vos deseáis que os recibamos y gustáis de estar unido con nosotros. Venid, pues, Jesús mío, venid, que deseo mucho recibiros dentro de mí, para que seáis Dios de mi corazón y de mi voluntad. Cuanto es de mi parte, mi amado Redentor, cedan á vuestro amor satisfacciones, contentos, voluntad propia, y todo lo que es mío. ¡Oh amor de mi alma! ¡Oh Dios de amor! reinad y triunfad completamente de mí; destruid y sacrificad en mí todo lo que no es vuestro. No permitáis, amor mío, que mi alma, llena de la majestad de un Dios, después de haberos recibido en la sagrada Comunión, se deje en adelante prender del amor de las criaturas. Os amo, Dios mío, os amo y siempre quiero amaros.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡Oh dulce María! bien sé que vos sois la criatura más noble, más sublime, más pura, más bella, más benigna más santa, más amable de todas las criaturas. ¡Oh, si todos os conociesen y amasen como merecéis! Bien quisiera yo amaros, mas conozco que no os amo como debo; haced, Señora mía, que de hoy en adelante os ame con un amor verdadero, eficaz y perseverante; si de veras os sé amar, me salvaré; porque esta es una seña de predestinación y una gracia que Dios no concede sino á aquellos que ha escogido para el Cielo: rogad por mí, ¡oh Señora! rogad hasta que me vea en el Cielo, seguro de no perder jamás la gracia de mi Señor y de amarle por toda la eternidad.

VISITA CATORCE.

Este es mi descanso para siempre; aquí tendré mi habitación, pues la escogí. (Salmo 131). ¡Amabilísimo Señor! Vos escogisteis vuestra habitación entre nosotros, queriéndoos quedar sobre nuestros altares en el Santísimo Sacramento, y el amor que nos tenéis os hace hallar aquí vuestro reposo; razón es también que nuestros corazones habiten siempre con Vos por amor; y que aquí hallen todas sus delicias y conten-

tos. ¡Oh dichosas vosotras, almas amantes, que no halláis en el mundo otro descanso, que el de estaros vecinas á vuestro Jesús Sacramentado! Y dichoso sería yo también mi Señor, si no hallase de hoy en adelante otro contento, que el de estar siempre unido á vuestro amante Corazón, y siempre cuidando de serviros, obsequiaros y agradaros.

¡ Ay, mi dulce Señor! ¿ Por qué perdí tantos años, en que no os amé? Años infelices y desgraciados, yo os detesto. ¡ Oh paciencia infinita de mi Dios! yo te alabo y te adoro, pues que tantos años me has sufrido, así ingrato y malo como era; Vos, Jesús mío, me habéis esperado, y ¿ por qué, Señor? para que vencido un día de vuestras misericordias y de vuestro amor, me rindiera todo á vuestro querer: pues ya no quiero resistir más: no quiero seros más ingrato. Razón es que os consagre este tiempo, sea poco ó mucho, que me queda de vida. Espero, Jesús mío, que me ayudaréis para ser todo vuestro: Vos me habéis favorecido, cuando huía de Vos y despreciaba vuestro amor, ¿ me dejaréis por ventura ahora ? ¿ ahora que os busco y que deseo sinceramente amaros? No me lo persuado de vuestra infinita misericordia; dadme, pues, la gracia de amaros, ¡ oh

Dios digno de infinito amor! os amo con todo mi corazón: os amo más que á mí mismo y más que á mi propia vida. Mucho me pesa de haberos ofendido. Bondad infinita, perdonadme, y junto con el perdón concededme la gracia de que os ame eficazmente hasta la muerte en esta vida y por toda la eternidad en la otra. Haced ver con vuestro poder, ¡ oh Dios Omnipotente! este prodigio en el mundo, que una alma tan ingrata como la mía, se transforme en una de las más fervorosas amantes vuestras. Hacedlo así por vuestros infinitos merecimientos; yo así lo deseo, y propongo de hacerlo así en toda mi vida. Vos que me inspiráis el deseo, dadme fuerza para cumplirlo—*La comunión espiritual, etc.*

Á MARÍA SANTÍSIMA.

Nosotros os rogamos, ¡ oh Santísima Virgen! que por aquella gracia que Dios os communicó de haceros tan poderosa en el Cielo y en la tierra, os compadezcáis de nosotros: daos prisa, ¡ oh misericordiosísima Señora! á procurarnos aquel bien, por el cual Dios quiso hacerse hombre en vuestro castísimo seno; no despreciéis nuestros ruegos. Si Vos lo pedís á vuestro Hijo, él luego os despachará; basta que vos queráis eficazmente que nosotros nos salvemos,

para que por los merecimientos de nuestro Redentor hagamos obras dignas de nuestra salvación. Ahora, Señora, ¿quién podrá poner límites á las entrañas de vuestra misericordia? Si no tenéis compasión de nosotros, Vos que sois la Madre de Misericordia, ¿qué será de nosotros, cuando vuestro Hijo venga á juzgarnos?

VISITA QUINCE.

Decía el Venerable Padre Don Francisco Olimpio, teatino, no haber cosa en la tierra que más vivamente encienda el fuego del divino amor en los corazones de los hombres, que el Santísimo Sacramento del altar. Por eso el Señor se mostró á Santa Catalina de Sena como una hoguera de amor, de la cual salían torrentes de divinas llamas, que se esparcían por toda la tierra, quedando la Santa pasmada, y considerando cómo era posible que los hombres pudiesen vivir en medio de este divino incendio sin abrasarse de amor. ¡Ay Jesús mío! haced que yo arda en vuestro amor. Haced, Señor, que no piense, no suspire, no desee, no busque otro bien fuera de Vos. Dichoso sería si me dejase poseer eternamente de este divino fuego; mil veces dichoso si al mismo paso que se van consumiendo mis años,

se fuesen también destruyendo en mí todos los afectos terrenos. ¡Oh Jesús mío! pues os veo todo sacrificado por mi amor en el altar, razón es que así como Vos os sacrificáis, haciéndoos víctima de amor por mí, también me consagre yo todo á Vos. Sí, mi Dios y mi supremo Señor, os sacrifico en el día de hoy toda mi alma y toda mi voluntad, toda mi vida y todo lo que soy y puedo. Deseo unir este mi pobre sacrificio con el sacrificio de infinito valor, que os hizo de sí mismo, ¡oh Eterno Padre! Jesucristo vuestro Hijo y mi Salvador sobre la cruz, y que os hace todos los días tantas veces sobre los altares; aceptadlo, pues, Señor, por merecimientos de mi divino Redentor, y dadme gracia de repetir este sacrificio todos los días de mi vida, y de morir sacrificándome á vuestro amor y á vuestro obsequio: deseo la gracia concedida á tantos mártires de morir por vuestro amor; mas si no me halláis digno de tanto favor, á lo menos concededme que sacrifique con entera voluntad mi propia vida, abrazando con una perfecta resignación aquella muerte que me quisiera enviar vuestra Providencia. Señor, habéis de hacerme esta gracia; quiero morir con la voluntad de honraros y daros gusto, y desde ahora os sa-

crifico mi vida y os ofrezco mi muerte cualquiera que sea. —*La Comunión, etc.*

Á MARÍA SANTÍSIMA.

Socorrednos, ¡ oh misericordiosísima Señora ! sin deteneros por la multitud de nuestros pecados; acordaos que nuestro Criador tomó carne humana de vuestro casto seno, no para condenar los pecadores, sino para salvarlos. Si no hubieseis sido hecha Madre de Dios, si no para vuestra honra y gloria, se podría decir tal vez que os interesaba menos el que nosotros nos salvásemos ó perdiésemos; mas si Dios se vistió de vuestra carne por nuestra salvación y por la salvación de todos los hombres, ¿ de qué nos serviría que fueseis tan poderosa y tan gloriosa, si no nos hicierais participantes de vuestra felicidad ? Ayudadnos y protegednos : Vos sabéis bien la necesidad que tenemos de vuestra asistencia. A vos nos recomendamos : haced que no nos condenemos, sino que sirvamos y amemos eternamente á vuestro Hijo Jesús.

VISITA DIEZ Y SEIS

¡ Oh ! si los hombres ocurriesen siempre al Santísimo Sacramento á buscar el remedio de sus males, por cierto que no serían tan miserables como son.

Lloraba Jeremías diciendo: *¿ Acaso no hay resina, ó bálsamo en Galaad, ó no hay aquí médico?* (Jer. 8.) Galaad, monte de la Arabia, rico de ungüentos aromáticos, como nota Beda, es figura de Jesucristo, que tiene aparejados en este Sacramento todos los remedios para nuestros males: ¡ hijos de Adán! parece, pues, que dice el Redentor: ¿ por qué os quejáis de vuestros males cuando tenéis en este Sacramento el médico y el remedio de todas vuestras aflicciones? *Venid á mí todos los que padecéis y estáis oprimidos al peso de vuestra carga, que yo os aliviaré.* ¡ Ay! Señor mío, permitidme que os diga con las hermanas de Lázaro: *Ved aquí que está enfermo aquel que amáis.* Señor yo soy aquel miserable que amáis, tengo mi alma llena de llagas que en ella abrieron mis enormes pecados, y vengo á Vos, ¡ oh divino Médico! para que me sanéis: si Vos queréis podéis sanarme: *Sanad, pues, á mi alma, porque he pecado contra Vos.*

Atraedme, mi dulcísimo Jesús, con los amabilísimos atractivos de vuestro amor: estimo en más estar unido con vuestro corazón, que ser Señor de toda la tierra. No deseo otra cosa en este mundo sino amaros. Poco ó nada tengo que daros; mas si pudiese poseer todos

los reinos del mundo, solamente los quisiera para renunciarlos por vuestro amor: os entrego cuanto soy y valgo, cuanto tengo y poseo, parientes, comodidades, gustos y hasta las mismas consolaciones espirituales. En vuestras manos pongo mi libertad, mi voluntad y todo mi afecto. Os amo, bondad infinita, más que á mí mismo, y espero amaros eternamente.—*La comunión espiritual.*

Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡Oh Santísima Virgen! socorred á aquellos que imploran vuestra asistencia: volved á nosotros, oh clementísima Madre. ¡Podréis por ventura olvidaros de los hombres, porque sois Madre de Dios! Ah, no ciertamente. Vos ya sabéis los peligros en que vivimos y el estado miserable en que se hallan vuestros siervos. No, no conviene á una misericordia tan grande como la vuestra, olvidarse de una tan grande miseria como la nuestra: reprimid con vuestro poder el furor de nuestros enemigos: si Vos nos ayudáis con eficacia, jamás prevalecerán contra nosotros; porque aquel Señor, que es Omnipotente, os ha hecho poderosísima en el Cielo y en la tierra, y cuanto sois más poderosa, tanto sois más misericordiosa.

VISITA DIEZ Y SIETE.

Las almas amantes no tienen mayor contento que estar en la presencia de las personas que aman. Si amamos pues, y amamos de veras á Jesucristo, aquí estamos en su presencia : Jesús en el Sacramento nos ve y nos oye, y nosotros ¿ no le diremos nada? Ahora consolémonos con su compañía, gocémonos de su gloria y de aquel fervoroso amor, con que tantas almas le adoran en el Santísimo Sacramento; deseemos que todos amen á Jesús Sacramentado, y le consagren sus corazones; á lo menos nosotros consagrémosle todo nuestro afecto, de suerte que Jesús sea en adelante todo nuestro deseo y todo nuestro amor. El padre Salecio se sentía trasportado de consolación al oír hablar del Santísimo Sacramento: no se saciaba jamás de visitarle : si era llamado á la portería, si volvía á la celda, de todas estas ocasiones se servía para duplicar las visitas á su amado Señor; de tal suerte que apenas pasaba hora del día que no le visitase; y mereció en fin, morir en manos de los herejes, en defensa de la verdad de este Sacramento. ¡ Oh, si yo tuviera la dicha de morir por un tan bello motivo de defender la verdad de este Sacramento! por el cual

Vos, ¡oh amabilísimo Jesús! nos habéis hecho conocer la grandeza del amor que nos tenéis. Mas, Señor mío, ya que hacéis tantos milagros en este Sacramento, haced ahora otro prodigio más: atraed todo á Vos: dadme las fuerzas que he menester para amaros con todo mi afecto. Los bienes del mundo dadlos á quien os agrade: yo los renuncio todos: lo que yo quiero y porque ansiosamente suspiro es por vuestro amor, esto es lo que ahora os pido y siempre os pediré: os amo mi Jesús, dadme vuestro amor y nada más os pediré.

La Comunión espiritual, etc.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡Oh Madre de Dios! ya sé que sois toda benigna, y que nos amáis con un amor sumamente compasivo: ¿cuántas veces aplacáis la ira de nuestro Juez, haciendo que suspenda los castigos que merecemos? Todos los tesoros de la Misericordia de Dios están en vuestras manos. Ay, Señora mía, Vos que no perdéis ocasión de salvar á los miserables que arrepentidos recurren á Vos, y de hacerlos participantes de vuestra gloria, nunca dejéis de favorecernos en el Cielo, pues la mejor gloria que podemos tener, después de la vista y posesión de Dios, es la de veros y amaros, y de

estarnos bajo de vuestra dulce protección. Oíd, Señora, ahora nuestras súplicas, ya que vuestro Hijo quiere honraros, no negándoos cosa alguna de cuantas le pidiereis.

VISITA DIEZ Y OCHO.

Jesucristo comparecerá un día en el valle de Josafat, sentado en un trono de Majestad; mas ahora en el Santísimo Sacramento está sentado en un trono de amor. Si un Rey para manifestar el amor que tuviese á un pobre pastor, viniera á habitar dentro de su cabaña, ¡qué ingratitud sería la de este pastor si no le visitase muchas veces, sabiendo que por tener este gusto ha venido á hospedarse en su habitación! ¡Ay, Jesús mío! sé que por mi amor habéis venido á estar en el Santísimo Sacramento del altar; bien quisiera si me fuese posible, estar aquí en vuestra presencia de día y de noche. Porque si los ángeles ¡oh Señor mío! están aquí pasmados del amor que nos tenéis, razón es que viéndoos por mi amor en ese altar, os procure contentar á lo menos con estar aquí en vuestra presencia, alabando el amor y la bondad con que tratáis esta vil criatura: *Delante de los ángeles os alabaré: iré á vuestro templo á adoraros y á dar gracias á vues-*

tro nombre por vuestra misericordia y verdad. (Salmo 137).

¡Oh Dios Sacramentado! ¡Oh pan de los ángeles! ¡Oh sustento divino! yo os amo; mas, ni Vos ni yo estamos contentos de mi amor: os amo sí, mas os amo muy poco; haced Vos, Jesús mío, que conozca la belleza y la bondad inmensa que amo; haced que mi corazón separe de sí todos los afectos terrenos, y dé todo el lugar á vuestro divino amor. Vos para enamorarme de vuestra bondad y para uniros á mi alma, bajáis todos los días del Cielo sobre nuestros altares; razón es, pues, que no cuide yo de otra cosa que de amaros, adoraros y daros gusto; os amo con toda mi alma y con todos mis afectos. Si me queréis pagar, Señor, este amor, dadme más amor, más llamas que me abrasen, que me hagan siempre serviros y obedeceros. — *La Comunión, etc.*

Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡Oh Princesa nuestra! Dios os concede todas las gracias. Vos sois llamada llena de gracia porque concebisteis por obra del Espíritu Santo, que descendió sobre Vos. Oid, pues, oh Santísima Virgen, nuestras súplicas y acordaos de nosotros. Comunicadnos los dones de vuestras riquezas, y dadnos

de la abundancia de las gracias de que sois llena. El Arcángel os saluda y os aclama llena de gracia. Todas las naciones os aclaman Bienaventurada: todas las jerarquías terrestres también. Ahora os diremos: Dios te salve, oh llena de gracia, el Señor es contigo: rogad por nosotros, oh Madre de Dios, Reina y Señora nuestra.

VISITA DIEZ Y NUEVE.

No hay cosa más suave que hallarse cada uno en compañía de su mejor amigo: ¿y no nos será sumamente deleitable estar en este valle de lágrimas en compañía del Amigo más fiel que tenemos, que nos puede dar todos los bienes, que excesivamente nos ama y que por esto está con nosotros continuamente? Allí le tenemos en el Santísimo Sacramento: allí le podemos hablar á toda hora á nuestra libertad, abrirle nuestro corazón, exponerle nuestras necesidades y pedirle sus gracias: nosotros podemos tratar con el Rey del Cielo en este Sacramento con una entera y amorosa confianza. Fué bastante dichoso José, cuando Dios, como testifica la Escritura, descendió con su gracia en la cárcel en que estaba para consolarle: pero mucho más lo somos nosotros en tener siempre presente en esta

tierra de miserias á nuestro Dios hecho hombre, que está en nuestra compañía todos los días de nuestra vida, con tanto amor y compasión de nosotros. ¿ Qué consolación no es para un pobre encarcelado tener un amigo que vaya repetidas veces á conversar con él, á consolarle, socorrerlo y darle esperanza de que hará todo esfuerzo para librarle de su desgracia? Pues he aquí á nuestro buen amigo Jesucristo, que en este Sacramento nos fortalece y anima diciéndonos: aquí estoy por vuestro amor: vengo de propósito del Cielo á esta vuestra prisión para consolaros, para ayudaros y para libraros: hablad conmigo, uníos á mi voluntad, que no sentiréis vuestras miserias, y después vendréis conmigo á mi reino, donde os haré sumamente bienaventurados. ¡ Oh Dios, oh amor incomprensible! ya que os dignáis ser tan afable con vuestras criaturas, que por estar en nuestra compañía descendéis sobre nuestros altares, yo quisiera participar de vuestros favores: propongo firmemente visitaros repetidas veces, para gozar cuanto me fuere posible de vuestra dulcísima presencia, de aquella presencia que hace bienaventurados los Santos en el Paraíso. ¡ Oh, si yo pudiera estar siempre aquí delante de vuestra

divina Majestad para adoraros y hacer repetidos actos de amor! Reprendedme, Señor, cuando por tibieza ó por los negocios del mundo, dejare de visitaros. Excitad en mí un gran deseo de estar siempre cerca de Vos en ese Sacramento. ¡ Ah mi amoroso Jesús, quién siempre os hubiera amado! mas ahora mi mayor consolación es ver que aún me queda tiempo para hacerlo, no sólo en la otra vida, sino también en la presente : yo así lo quiero ejecutar. Quiero amaros de veras, mi sumo bien, mi amor, mi tesoro y todas mis cosas, quie ro amaros con todas mis fuerzas.

La comunión espiritual, etc.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

Atraedme á Vos, ¡oh Virgen María ! para que corra tras los suaves olores de vuestros perfumes. Atraedme, porque el peso de mis pecados y la malicia de mis enemigos me detienen : Vos sois la que me enseñáis la verdadera sabiduría : Vos la que alcanzáis la gracia á los pecadores, porque sois su abogada; Vos en fin, sois la que prometéis la gloria á los que os honran ; porque sois el tesoro de Dios y la tesorera de sus gracias.

VISITA VEINTE.

Tiempo vendrá en que ha de haber una fuente patente en la casa de David y para los moradores de Jerusalén, en la cual se lave el pecador (Zac. 13). Jesús en el Sacramento es esta fuente abierta á todos, donde siempre que quisiéremos podemos lavar nuestras almas de todas las manchas de los pecados que cada día cometemos. Cuando cualquiera de nosotros cae en algún defecto, ¡ah! qué bello remedio es recurrir luego al Santísimo Sacramento! Sí, Jesús mío, así propongo hacerlo siempre, y mucho más sabiendo que las aguas de esta fuente no sólo me lavan, sino también me dan luz y me dan fuerzas para no caer y para sufrir alegremente las contradicciones de mi genio y de mi propia voluntad; y me inflaman y excitan á amaros. Sé que á este fin Vos esperáis que yo os visite, y que recompensáis las visitas de vuestros amantes con superabundantes gracias. ¡Ay, Jesús mío! compadeceos de este gran pecador: lavadme de todos los defectos que he cometido en el día de hoy; me pesa entrañablemente de haberos con ellos disgustado: dadme fuerzas para no volver á caer, y excitad en mi alma un vivo deseo de amaros muy mu-

cho. ¡Oh, quién pudiera estar siempre vecino á Vos! como lo hacía aquella fidelísima sierva vuestra María Díaz, que vivió en tiempo de Santa Teresa, y alcanzó licencia del Obispo de Avila para habitar siempre en la tribuna de una Iglesia, donde continuamente asistía delante del Santísimo Sacramento, á quien llamaba su vecino; y no se retiraba de allí sino para ir á confesarse y comulgar. El venerable Fray Francisco del Niño Jesús, carmelita descalzo, pasando por la Iglesia donde estaba el Santísimo Sacramento, no podía dejar de entrar á visitarle, diciendo; que era incivilidad pasar un amigo por la puerta de su amigo, y no entrar en su casa, á lo menos para saludarle y decirle una palabra; mas él no se contentaba con eso, sino que se estaba, siempre que le era permitido, en la presencia de su amado Señor Sacramentado.

¡Ah, mi único é infinito bien! no ignoro que instituísteis este divino Sacramento, y que estáis en ese altar para que os ame; á este fin me habéis dado un corazón capaz de amaros. ¿Mas yo ingrato, por qué no os amo? ¿ó por qué os amo tan poco? No, no es justo que sea tibiamente amada una Bondad tan amable. Siendo Vos un Dios infinito y

yo un miserable gusanillo de la tierra, poco sería morir ahora por Vos, que moristeis por mí, y que os quedasteis en ese Sacramento por mí, y que todos los días os sacrificáis sobre nuestros altares por amor á mí. Vos merecéis ser muy mucho amado, y yo quiero amaros mucho también. Ayudadme, mi Jesús, á cumplir este buen deseo, ayudadme á amaros y á ejecutar todo lo que sea de vuestro agrado, y que Vos queréis que yo haga. — *La comunión, etc.*

Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡Oh dulcísima Virgen! Vos hallasteis gracia delante de Dios, porque fuisteis preservada de la mancha original, llena del Espíritu Santo concebisteis al mismo Hijo de Dios. Vos recibisteis todas estas gracias, no sólo para Vos, sino también para nosotros, á fin de ampararnos en todas nuestras aflicciones. Verdad es, Señora, que así lo hacéis: Vos socorréis á los buenos, conservándolos en la gracia; y á los malos reduciéndolos á pedir y recibir la divina misericordia: Vos ayudáis á los moribundos, protegiéndolos en aquel triste lance contra los engaños del demonio, y los ayudáis aun después de la muerte, recibiendo sus almas y conduciéndolas á la bienaventuranza. ¡Oh piadosísima

María! bienaventurado el que os sirve y el que en Vos confía.

VISITA VEINTIUNA.

En el principio del mundo crió Dios en medio del Paraíso un caudaloso río ó fuente de agua pura y cristalina, para regar las plantas y yerbas de aquel huerto. (Gen. 2) Así también en el paraíso de la Iglesia Católica, dice San Juan Crisóstomo, ha puesto la fuente del divinisimo Sacramento, para regar y fertilizar nuestras almas, á fin de que produjesen flores de virtudes y frutos de santidad. (Hom. 45) Por esta razón los Santos en este valle de lágrimas, corrieron siempre como siervos sedientos á esta fuente del divino Sacramento, donde hallaron toda suavidad, consolación y dulzura. El padre Baltasar Alvarez, en cualquiera ocupación en que se hallase, no podía dejar de levantar los ojos y mirar por aquella parte donde sabía que estaba el Santísimo Sacramento. Visitábale muchas veces y empleaba algunas noches enteras en estas visitas; lloraba de ver los palacios de los grandes, llenos de gente á obsequiar á un hombre, del cual apenas esperaban un miserable bien, un bien terreno y caduco, que en breves días se acaba: al mismo tiempo que en las ig'esias

donde habita el Rey de los Reyes, que está con nosotros en la tierra en un trono de amor, rico de bienes inmensos y eternos, se hallaban casi desocupados y desiertos; y decía que era muy grande la dicha de los religiosos, los cuales sin salir fuera de sus conventos, á cualquiera hora que quisiesen de día y de noche, podían visitar este gran Señor en el Santísimo Sacramento.

¡Ah, mi amantísimo Señor! ya que con tanta bondad me llamáis, aun cuando me veis tan indigno y tan ingrato á vuestro amor, no quiero desanimarme ahora con la consideración de mi flaqueza, y de la multitud de los pecados que he cometido, sabiendo que Vos podéis convertir cualquier pecador: convertidme, pues, á mí que soy el mayor: arrancad de mí cualquier amor que no sea dirigido á vuestro honor, cualquier deseo que no sea de vuestro agrado, y cualquier pensamiento que no sea de vuestro mayor servicio. Mi Jesús, mi amor, mi tesoro, todo mío, sólo á Vos quiero contentar; sólo Vos merecéis mi amor y á Vos sólo quiero amar con todo mi corazón. Separadme de todo lo que no sois Vos, y uníos conmigo, pero de suerte que jamás me separe de Vos, ni en esta ni en la otra vida.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

Á Vos recurro, Madre de Dios, á quien toda la Iglesia llama Madre de misericordia. ¿Por ventura, podéis negar á los pecadores vuestra intercesión, la cual siempre es agradable á Dios y nunca sufre de él la menor repulsa? No se hable más, dice San Bernardo, de vuestra misericordia; ¡oh Virgen Sagrada! si se halla alguno que habiéndoos invocado en sus necesidades y aflicciones no haya sido oído ni favorecido. No me negaréis, pues, á mí, que os invoco con viva confianza vuestra piedad. Sí, confío que rogaréis por mí con más eficacia que yo mismo, y que me alcanzaréis mayores bienes de los que me atrevo á pediros. ¡Oh Madre de misericordia! aquella gran bondad que todos en Vos experimentan, ¿podrá negarme su asistencia en el peligro en que me veo de ser condenado? ¡Oh dulce María! yo soy todo vuestro, ayudadme á salvar mi pobre alma.

VISITA VEINTIDÓS.

Andaba la Esposa de los Cantares buscando á su amado, y no hallándolo, preguntaba solícita á todos los que encontraba: *¿Por ventura visteis al que ama mi alma?* (Cántico 3). Entonces

no estaba Jesús en la tierra; mas ahora si una alma amante busca solícita á Jesús, siempre lo halla en el Santísimo Sacramento. Decía el venerable Padre maestro Avila, que entre todos los santuarios, ninguno hallaba más amable que una Iglesia donde está el Santísimo Sacramento.

¡Oh amor infinito de mi Dios, digno de infinito amor! ¿Cómo llegasteis á abatiros tanto, que para morar con los hombres y para uniros á sus corazones os habéis humillado, hasta esconderos bajo las especies de pan y de vino? ¡Oh Verbo encarnado! Vos fuisteis excesivo en humillaros, porque sois extremado en amaros. ¿Cómo podré yo dejar de amaros con todo el corazón y con toda el alma, sabiendo los excesos que habéis hecho para cautivar mi amor? Os amo con todas mis fuerzas, por esto antepongo vuestro agrado á todos mis intereses y á toda mi satisfacción; mi gusto es daros gusto, mi Jesús, mi Dios, mi amor y todo mi bien. Encended en mí, Señor, un deseo grande de estar continuamente delante de Vos, sacramentado, de recibiros muchas veces y haceros compañía. Vos, Señor, desde ese Sagrario me estáis convidando, y sería un ingrato abominable, si no aceptase un convite tan dulce y tan suave.

¡Ah, Jesús mío! destruíd en mí todo el afecto á las cosas terrenas, pues sólo Vos, mi Criador, debéis ser el objeto de todos mis suspiros y de todo mi amor: os amo, bondad amabilísima de mi Dios: fuera de Vos nada quiero. De hoy en adelante despreciaré todos mis gustos y satisfacciones, porque solo quiero hacer en todo vuestra santísima voluntad. Aceptad, ¡oh Jesús mío! este buen deseo de un pecador que os quiere amar: ayudadme con vuestra gracia: haced, Señor, que habiendo sido tanto tiempo por mi desgracia esclavo del demonio, sea de hoy en adelante un siervo fiel de vuestro amor.

La comunión espiritual, etc.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡Oh Madre de Dios! vuestra bondad nunca despreció á ningún pecador que ocurriese á Vos arrepentido. Mas, ¿qué? ¿Acaso se engañará la santa Iglesia cuando os llama su abogada y el refugio de los pecadores? ¡Ah! no suceda jámas que mis pecados pongan embarazo á vuestra piedad, en la cual tenéis constituído un asilo segurísimo para los miserables. No sucede jamás que la Madre de Dios, de la cual nació para beneficio de todo el mundo la fuente de la misericordia, niegue su piedad á

un pecador que ocurre á ella. Vuestro oficio es ser medianera entre Dios y los hombres; muévaos pues á socorrerme vuestra gran piedad que no puede ser vencida de todos mis pecados, cuando estoy de ellos arrepentido.

VISITA VEINTITRÉS.

Muchos cristianos exponiéndose á grandes peligros, y padeciendo muchas fatigas, emprenden largas jornadas, á fin des visitar los lugares de la Tierra Santa, en que nuestro Salvador nació, padeció y murió. ¡Ah! y ¡cómo estos santos excesos acusan nuestros descuidos y nuestra ingratitud! pues dejamos muchas veces de visitar al mismo Señor que habita en las Iglesias pocos pasos distantes de nuestras casas. Los peregrinos, dice San Paulino, estiman mucho traer de aquellos Santos lugares un poco de tierra del Pesebre ú del Sepulcro donde fué sepultado el buen Jesús. ¿Pues con qué ardor y con qué deseo debemos nosotros ir á visitar al Santísimo Sacramento, donde está el mismo Jesús en persona, sin ser preciso para hallarlo pasar por tantas fatigas y peligros? Una persona religiosa, á quien Dios dió grande amor al Santímimo Sacramanto, escribe en una carta suya, entre otros, estos sentimientos:

« Yo tengo visto, dice, que todo mi bien me viene del Santísimo Sacramento: yo me he dado y consagrado todo á Jesús Sacramentado. Veo un número incomparable de gracias que no se dan porque no se van á buscar en este divino Sacramento. Conozco el gran deseo que tiene nuestro Señor en distribuír sus gracias en el Sacramento. ¡Oh santo Misterio! ¡Oh sagrada Hostia! ¿Qué causa hay fuera de esta Hostia en que Dios haga conocer más su poder? porque en esta Hostia está todo cuanto Dios obró por nosotros. No envidiemos á los bienaventurados, porque tenemos en la tierra al mismo Señor, con tantas maravillas de su amor. Haced que aquellos á quienes hablareis, se dediquen todos al Santísimo Sacramento. Yo hablo así, porque este Sacramento me hace salir fuera de mí, ni puedo dejar de hablar del Santísimo Sacramento que tanto merece ser amado. Yo no sé qué hacer por amor de mi Jesús Sacramentado. » — (*Así acaba la carta*).

¡Oh Serafines! vosotros estáis dulcemente ardiendo de amor al rededor de nuestro Señor; y con todo, no por vosotros, sino por mí, este Rey del Cielo se quiso quedar en este Sacramento: dejadme, pues, ¡oh Angeles amantes! abrasar de amor; ó bien inflamadme

vosotros en ese fuego sagrado en que ardéis, para que ardamos juntamente. ¡Oh Jesús mío! hacedme conocer la grandeza del amor que tenéis á los hombres, para que á vista de tanto amor se aumente cada vez más en mí el deseo de amaros. Os amo, Señor amabilísimo, y sólo por agradaros quiero siempre amaros.

La Comunión espiritual, etc.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

Acordaos, ¡oh piadosisima María! que nunca se ha oído en el mundo que alguno que recurriese á vuestra protección, fuese de Vos despreciado. ¡Oh María! rogad por todos y rogad también por mí, pues siendo mayor pecador que los otros, tengo mayor necesidad de vuestra intercesión.

VISITA VEINTICUATRO.

Vos sois verdaderamente Dios escondido (Luc. 45). En ninguna otra obra del divino amor se verifican tanto estas palabras como en este misterio adorable del Santísimo Sacramento, donde nuestro Dios está totalmente escondido. En la Encarnación, el Verbo Eterno escondió su divinidad, y apareció hecho hombre sobre la tierra; mas, después,

quedándose con nosotros en el Santísimo Sacramento, escondió también su humanidad: y sólo vemos, dice San Bernardo, una apariencia de pan, para mostrarnos de este modo el excesivo amor que nos tiene. Amado Redentor mío, á vista de tanto amor que tenéis á los hombres, yo quedo fuera de mí y no sé qué decir. Vos en este Sacramento llegáis, por el amor que nos tenéis, á esconder vuestra Majestad, y á encubrir vuestra gloria; y en cuanto estáis en nuestro altares, parece que no tenéis otro ejercicio que el de amar á los hombres y manifestarles vuestro amor. Pero ellos, ¡oh Hijo grande de Dios! ¿qué recompensa os darán?

¡Oh Jesús! ¡Oh amante excesivamente trasportado por los hombres! permitidme hablar así, mientras os veo anteponer su bien á vuestra honra: ¿no sabías Vos á cuántos desprecios os exponías en ese divino Sacramento? Yo veo, y mucho mejor que yo, veis Vos, que gran parte de lo hombres no os adora, no os quiere conocer por lo que sois en ese Sacramento. Yo sé que muchas veces, esos mismo hombres han llegado á pisar las sagradas Hostias y arrojarlas por tierra, en el agua y en el fuego. También veo, ¡oh Dios mío! que parte de los mismos cristianos en vez

de reparar tantos ultrajes con sus adoraciones, ó vienen á las Iglesias para más disgustaros con sus irreverencias, y os dejan despreciado en vuestros altares, desprovistos á veces hasta de luces y de los preciosos ornamentos. ¡Ah! si pudiese, mi dulcísimo Salvador, lavar con mis lágrimas y aun con mi sangre aquellos infelices lugares, en los cuales fué en ese Sacramento tan ultrajado vuestro amor y vuestro amantísimo Corazón; mas, si esto no se me concede, á lo menos deseo y propongo visitaros muchas veces para adoraros, como hoy día os adoro, en contraposición á los desprecios que recibís de los hombres en ese divino Misterio. Aceptad ¡oh Padre Eterno! este pequeño obsequio, que en desagravio de las injurias hechas á vuestro Hijo Sacramentado, os rinde ahora el más miserable de todos los hombres, cual soy yo; aceptadlo en unión de aquella honra infinita que os dió Jesucristo sobre la Cruz, y que os da todos los días en el Santísimo Sacramento.

¡Ay, Jesús mío! si pudiera hacer que todas las criaturas os amasen mucho en el Santísimo Sacramento, lo haría de buena voluntad, aunque me costase los mayores trabajos.

La Comunión espiritual, etc.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡ Oh Señora amabilísima ! Vos deseáis ayudar á los pecadores, pues aquí tenéis un gran pecador que á Vos recurre : ayudadme con eficacia, y ayudadme con prontitud : sea gloria de vuestra misericordia el salvar en Jesucristo á quien merece mil infiernos : vuestra intercesión es muy atendible con vuestro divino Hijo ; por lo que podéis muy bien alcanzarme aquellas virtudes de que tanto necesito : pues hacedlo así por el amor que tenéis á Jesús. ¡ Oh inocentísima Madre ! siempre confesaré con San Bernardo, que Vos en Dios, y después de Dios, sois mi mayor confianza.

VISITA VEINTICINCO.

San Pablo alaba la obediencia de Jesucristo, diciendo : que obedeció al Eterno Padre hasta la muerte. Mas en el Santísimo Sacramento, excede mucho más su obediencia ; porque aquí no sólo obedece al Eterno Padre, sino que obedece á los hombres : y no sólo hasta la muerte, sino en cuanto dure el mundo. Baja del Cielo para obedecer á un hombre, y se deja poner sobre los altares en cuanto los hombres quieren. Allí está sin moverse por sí mismo : déjase estar donde lo ponen, ó expuesto

en la custodia, ó encerrado en el Sagrario, déjase conducir por donde lo llevan, así por las calles, como por las casas; permite que cualquiera lo reciba en la comunión, sea justo ó pecador. Mientras vivió en este mundo, dice San Lucas, que obedecía á María Santísima y á San José; mas en este Sacramento, obedece á tantas criaturas como son en el mundo los sacerdotes.

Permitid que en este día hable con Vos, ¡oh Corazón amantísimo de Jesús! del cual salieron todos los Sacramentos, y principalmente este Sacramento de amor. Quisiera daros tanta gloria y tanta honra cuanta Vos dais en este Sacramento á vuestro Eterno Padre. Yo sé muy bien que sobre este altar me estáis amando como me amasteis cuando sacrificasteis vuestra vida sobre la Cruz. Iluminad, ¡oh Corazón divino! á todos los que os conocen. Librad con vuestros merecimientos, ó á lo menos aliviad en el purgatorio aquellas almas afligidas que son ya vuestras eternas esposas. Yo os adoro, os alabo y os amo con todas aquellas almas que en esta hora os están amando en la tierra y en el Cielo. Purificad, oh Corazón purísimo, mi corazón de cualquier afecto desordenado á las criaturas, y llenadlo de vuestro santo amor.

Poseed, oh Corazón dulcísimo, todo mi corazón, de tal modo que de hoy en adelante sea todo vuestro. Grabad, oh Corazón santísimo, sobre el mío, las amarguras que por tantos años sufristeis en la tierra por mi amor, para que sufra yo con paciencia por vuestro amor todas las penas de esta vida. Corazón humildísimo de Jesús, hacedme humilde de corazón. Corazón mansísimo, comunicadme vuestra mansedumbre y separad de mi corazón todo lo que no os agrada; convertidlo todo á Vos, de modo que no quiera ni desee, sino lo que Vos quisiereis.

Haced finalmente, que viva sólo para obedeceros, sólo para agradaros. Conozco que os debo mucho y que me tenéis muy obligado. ¡Hay, Señor! poco haría, aun cuando me consumiera todo y muriera por vuestro amor.

La Comunión espiritual, etc.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡Oh amorosísima Reina! Vos sois el tesoro de Dios y la tesorera de todas las misericordias que nos quiere dispensar. Vos misma me decís que con Vos están las riquezas para enriquecer á los que os aman. Pues Señora, enriqueced de gracias á todos los que os buscan. Mi amada Madre, es cierto que soy un gran pecador; mas también es

verdad que deseo mucho amaros; tened, pues, piedad de mí, no me despreciéis, socorredme en la vida y en la muerte, para que pueda algún día ir á veros en el Cielo.

VISITA VEINTISÉIS.

Alegraos sobremanera y alabad al Señor, oh moradores de Sión, porque en medio de vosotros está el grande, el Santo de Israel. (Isai. 72). ¡Oh Dios mío! ¡que consolación deberíamos tener, y qué afectos deberían ocupar nuestros corazones, sabiendo que en medio de nuestra tierra, dentro de nuestras Iglesias, vecino á nuestras casas habita y vive en el Santísimo Sacramento del altar, el Santo de los Santos, el verdadero Dios; Aquél que con su propia presencia hace bienaventurados los Santos en el Paraíso, aquél que es el mismo amor! Este Sacramento no sólo es Sacramento de amor, sino que es el mismo amor, ó el mismo Dios, que por el amor inmenso que tiene á sus criaturas se llama amor: *Deus Charitas est;* mas yo oigo quejaros, ¡oh Jesús mío Sacramentado! *Hospes eran, et non collegistis me:* que Vos vinisteis á ser nuestro huésped en el mundo para nuestro bien y que nosotros no os recibimos. Tenéis razón; Señor, tenéis razón. Yo soy uno de es-

tos ingratos que os he dejado solo, sin ir á lo menos á visitaros. Castigadme como quisieres; mas no con el castigo de ser privado de vuestra amorosa presencia, no, mi Señor, que ya quiero enmendar la ingratitud y descortesía con que os he tratado. Quiero de hoy en adelante no sólo visitaros repetidas veces, sino detenerme cuanto pudiere en estas visitas. ¡Oh piadosísimo Salvador! haced que sea fiel, y persuada á los otros con mi ejemplo á haceros compañía en el Santísimo Sacramento. Yo oigo al Eterno Padre que dice : *Este es mi Hijo amado, en quien tengo toda mi complacencia;* pues si un Dios halla en Vos toda su complacencia, ¿no le hallaré yo en estar en vuestra compañía en este valle de lágrimas? ¡Oh fuego consumidor! destruíd en mí todos los afectos á las cosas terrenas, porque sólo éstas me pueden hacer infiel y separarme de mi dulce Salvador; y ya que me habéis hecho tantas mercedes, hacedme esta más que ahora os pido : arrancad de mi corazón todo el amor que no sea dirigido á Vos. Me entrego y pongo en vuestras divinas manos y consagro en este día toda mi vida que me resta al amor del Santísimo Sacramento. Vos, Jesús mío, Sacramentado, habéis de ser todo mi esfuerzo

y todo mi amor, así en la vida como en muerte ; hacedme la gracia de recibiros por viático en los últimos plazos de mi vida ; y después conducidme á vuestro bienaventurado reino : así sea, así lo espero.

La Comunión espiritual, etc.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡ Oh mi dulcísima María ! ahora os he de decir con San Bernardo : Vos sois la Reina de misericordia ; y ¿ quiénes son los vasallos de la misericordia sino los miserables ? Vos la Reina de la misericordia, y yo el más miserable de todos los pecadores : pues, Señora, si Vos sois la Reina de la misericordia y yo el mayor de todos los pecadores, y en consecuencia el mayor de vuestros vasallos, debéis Vos tener más cuidado de mí que de todos los otros. ¡ Oh mi Soberana Abogada ! Vos sabéis cuán grande es mi necesidad, defendedme y tened piedad de mí.

VISITA VEINTISIETE.

La Santa Iglesia en el oficio del Santísimo Sacramento canta : *No hay nación alguna que tenga dioses tan cerca de sí, como está junto de nosotros nuestro buen Dios.* Los gentiles oyendo hablar de las obras de amor de nuestro Dios, llegaban á decir : ¡ Oh cuán bueno

es ! A la verdad, aunque los gentiles fingen los dioses conforme á sus caprichos, con todo esto, no leemos en sus historias que inventasen un Dios, del que fingiesen ser tan enamorado de los hombres, como lo es nuestro verdadero Dios ; el cual para mostrar su amor á sus adoradores, y para enriquecerlos de sus gracias, obró este prodigio de amor de hacerse nuestro perpetuo compañero, escondido de día y de noche dentro de nuestros altares, como si no pudiese separarse de nosotros, ni por un solo instante. ¡ Ah dulcísimo Jesús mío ! bien sé que obrasteis el mayor de vuestros milagros para satisfacer el excesivo deseo que tenéis de estar siempre presente y junto á nosotros. Mas, ¿ por qué razón, Señor, huyen los hombres de vuestra presencia ? Y ¿ cómo pueden vivir tanto tiempo lejos de Vos, visitándoos tan pocas veces ? Un cuarto de hora que estén en vuestra presencia les parece un siglo, por el tedio y disgusto que sienten. ¡ Oh paciencia de mi Jesús, cuán grande eres ! mas ya entiendo, Señor, que es grande, porque es muy grande el amor que tenéis á los hombres ; y éste es el motivo que os obliga á asistir continuamente entre tantos ingratos.

¡ Ah, mi Dios, que siendo infinito en vuestras perfecciones, sois también in-

finito en el amor! No permitáis que de aquí en adelante sea yo del número de esos ingratos, como lo he sido hasta ahora. Concededme un amor igual á mi obligación. Tiempo hubo (infeliz tiempo) en que también me cansaba de estar en vuestra presencia, porque no os amaba, ó porque os amaba muy poco: mas si con vuestra gracia llego á amaros cuanto debo, entonces, Señor mío Sacramentado, no me cansaré de estar á vuestros pies, días y noches. ¡Oh Padre Eterno! os ofrezco á vuestro mismo Hijo, y por sus méritos os pido un amor tan ardiente al Santísimo Sacramento, que siempre que pasare por alguna Iglesia donde estuviere, me acuerde y desee con una ansia eficaz ir á emplear algún poco de tiempo en su amorosa presencia.

La Comunión espiritual, etc.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

Dios os salve, singular ornamento del Cielo y amparo de la tierra. Dios os salve, Madre del Rey Eterno, mil veces dichosa. Vos, Señora, después de vuestro Unigénito Hijo, tenéis el imperio de todas las cosas. Á Vos, todas las edades y todas las generaciones inclinan la cabeza: á vuestros pies se rinde toda la redondez de la tierra: oyendo vuestro

nombre tiemblan los demonios; descubriéndose vuestro resplandor huyen las tinieblas; y á vuestro mando, se abren de par en par las puertas del Cielo. ¡Oh esperanza de los cristianos, después de Jesucristo vuestro hijo! ¡Oh Reina de misericordia! dulzura de la vida, á Vos suspiro desterrado en este valle de lágrimas : ayudadme, Señora, en mis trabajos, defendedme en mis desmayos, y después de este destierro mostradme el bendito fruto de vuestro vientre, Jesucristo, el cual vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

VISITA VEÍNTIOCHO.

Habiéndonos dado Dios á su mismo Hijo, como dice San Pablo, ¿por qué temeremos que nos niegue bien alguno que le pidamos? Nosotros sabemos que el Eterno Padre, todo cuanto tiene lo da á Jesucristo. Alabemos, pues, la bondad, la misericordia y la liberalidad de nuestro amantísimo Dios, que nos quiso hacer ricos de todos los bienes y de todas las gracias, dándonos á Jesucristo en el Sacramento del altar.

¡Oh Salvador del mundo! ¡Oh Verbo humanado! yo puedo decir que Vos sois mío y todo mío, sí, yo os quiero. Mas, ¿puedo igualmente afirmar que soy todo vuestro, que soy todo para

Vos, cuanto Vos queréis que lo sea? ¡Ah, mi Señor, haced que no padezca más en el mundo este desconcierto y esta horrenda ingratitud. ¿Es posible que Vos seáis mío siempre que yo quiero; y que no sea yo vuestro siempre que Vos queréis? No sea así, Señor, de aquí en adelante. Yo en el día de hoy, con toda resolución me consagro del todo á vuestro obsequio; os ofrezco mi vida, mi voluntad, mis pensamientos y mis acciones : me despido de las criaturas y me ofrezco todo á vuestro beneplácito. Abrasadme con las llamas de vuestro divino amor. No quiero que las criaturas tengan ya más parte en mi corazón. Las señales con que me habéis hecho ver el amor que me teníais, aun cuando no os amaba, me hacen esperar que me recibiréis ahora que os amo y me entrego todo á Vos.

Eterno Padre : yo os ofrezco todas las virtudes, todos los actos y todos los afectos del Santísimo corazón de vuestro amado Jesús; aceptadlos por mí y por sus méritos, que todos son míos, pues Él me los ha dado; concededme aquellas gracias que Jesús os pide por mí : con estos merecimientos os doy gracias de tantas misericordias como habéis usado conmigo : con esto satisfago lo que os debo por mis pecados ; por

esto espero de Vos todas las gracias, el perdón, la perseverancia, el Cielo, y sobre todo, el sumo don de vuestro perfecto amor : bien veo que á todo esto he puesto impedimento; mas esto mismo Vos lo habéis de remediar : yo os lo pido por el amor de Jesucristo, el cual nos tiene asegurado que nos concederéis cualquier cosa que os pidamos en su nombre : yo no quiero sino amaros, entregarme enteramente á Vos, y no ser jamás ingrato como he sido hasta ahora. Oídme, Señor, despachad mi súplica : haced, que hoy sea el día que me convierta á Vos, para nunca dejar de amaros. Os amo, mi Dios : ámoos, bondad infinita : ámoos, mi amor, mi paraíso, mi bien, mi vida y todas mis cosas.

La Comunión espiritual, etc.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡Oh MARÍA ! cuánto me agrada aquel bello nombre con que la santa Iglesia y vuestros amantes siervos os llaman MATER AMABILIS. A la verdad, Señora, Vos sois la criatura más noble, más sublime, más pura, más bella, más benigna, más santa y más amable de todas las criaturas. ¡Oh, si todos os conociesen y amasen como merecéis! He aquí mi amabilísima Reina, lo que ahora deseo

es amaros mucho: mas este amor que no puedo conseguir con mis débiles esfuerzos, Vos me lo podéis alcanzar de Dios; alcanzádmelo, Señor; yo os pido humildemente y desde hoy me dedico á vuestro servicio, y deseo ser uno de los más fervorosos siervos vuestros.

VISITA VEINTINUEVE.

Yo estoy á la puerta y llamo. (Apoc. 3.) ¡Oh Pastor amantísimo! que por amor de vuestras ovejas, no satisfecho de morir una vez sobre el ara de la Cruz, quisisteis quedaros en ese divino Sacramento sobre los altares de nuestras iglesias hasta la consumación de los siglos, para estar siempre cerca de nosotros! ¡Ah! si yo supiese gozar de vuestra amable compañía como vuestra Santa Esposa, la cual decía: *Yo me sentaré á la sombra de aquél á quien mucho había deseado.* (Cant. 2). ¡Ah, si yo os amase de veras, mi amabilísimo Señor Sacramentado! entonces sí que desearía eficazmente estar días y noches enteras al pie de una custodia, y descansando allí junto á vuestra divina Majestad, aunque encubierta con el velo de las sagradas especies, encontraría aquellas delicias divinas, y aquellos

contentos que allí hallan las almas que perfectamente os aman.

¡Oh Señor! atraedme á Vos con las suavidades de vuestra hermosura, y con aquel inmenso amor que me manifestáis en ese Sacramento. Sí, mi Salvador, entonces dejaré las criaturas y todos los placeres del mundo y correré apresuradamente hacia Vos Sacramentado. ¡Oh, qué frutos de santas virtudes dan á Dios, aquellas almas felices que asisten y perseveran con amor en presencia de mi Señor Sacramentado! mas yo me avergüenzo de parecer tan despojado y vacío de virtudes delante de vuestra divina Majestad. Vos, Jesús mío, mi dulce Jesús, tenéis ordenado que los que vengan al altar á honraros, no vengan sin ofreceros algún donativo. *No parecerás en mi presencia sin ofrenda* (Exodo 23). Pues ¿qué he de hacer? ¿No iré á visitaros? ¡Ah Jesús mío amabilísimo! que no es esto lo que os agrada. Vendré pobre cual soy y Vos me proveeréis de los mismos dones que de mí queréis. Veo que á este fin os quedasteis en ese divino Sacramento, no sólo para premiar á vuestros amantes, sino también para interceder con vuestro Eterno Padre por los pecadores y para proveer de bienes á los pobres.

Ea pues, Señor, comenzad hoy conmigo : oídme, compadeceos, consolad á esta pobre y miserable criatura. Yo os adoro, oh Rey de mi corazón, oh verdadero amante de los hombres, oh Pastor excesivamente enamorado de vuestras ovejas; á ese trono de vuestro amor vengo hoy y no teniendo otra cosa que ofreceros, os presento mi miserable corazón para que quede todo consagrado á vuestro amor y á vuestro beneplácito. Con este corazón puedo amaros, y con este corazón os quiero amar cuanto puedo. Purificadle, Señor, y quede del todo preso de vuestra santísima voluntad : unidme con Vos íntimamente, hacedme desprender hasta de mí mismo; de suerte que mi mayor solicitud sea el serviros y amaros. Os amo, mi Señor Sacramentado, con todo mi corazón, con todo mi vida, con toda mi alma.

La Comunión espiritual, etc.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡Oh reina mía! Vos sois llamada abogada de todos los pecadores que buscan vuestro amparo; pues Señora, ya que tenéis el oficio de defender á todos los pecadores que recurren á vuestro patrocinio, aquí tenéis hoy día este pecador, que os dice con Santo Tomás de Villanueva : ea; pues, Abogada

nuestra, haced vuestro oficio, tomad á vuestra cuenta el defenderme. Verdad es que por largo tiempo he sido gran pecador; mas Señora, el mal está ya hecho; ahora Vos me podéis valer. Vos me podéis ayudar, yo estoy ya arrepentido; si vos decís á Jesús que me perdone, él me perdonará y me salvará.

VISITA TREINTA.

¿Por qué escondéis vuestro rostro? (Job. 14). Daba gran temor á Job el ver que Dios le escondía su divina cara. Mas el esconder Jesucristo en el Santísimo Sacramento su Majestad, no nos debe causar temor, sino confianza y amor : porque si este Rey del Cielo, descubriese sobre nuestros altares los resplandores de su gloria, ¿quién se atrevería á llegarse á él y á manifestarle sus deseos y afectos?

¡Ah, Jesús mío! Vos os escondéis en ese Sacramento bajo las especies de pan, para ser más amado de los hombres, y para que ellos os hallen en todas las horas que os buscasen. Razón tenía el profeta de decir, que hablasen los hombres y clamasen por todo el mundo, para hacer saber á todos, los excesos de amor y amorosas invenciones con que nos trata nuestro bonda-

doso Dios : *Notas facites in Populis ad inventiones ejus*. (Isaías 12). ¡Oh Corazón amantísimo de mi Jesús, digno de poseer todos los corazones de las criaturas! ¡Corazón todo lleno y siempre lleno de llamas de purísimo amor! ¡Oh fuego consumidor! abrasadme todo y comunicadme una vida nueva de amor y de gracia. Unidme de tal suerte con vuestra voluntad, que jamás me separe de ella. ¡ Oh Corazón sobre la Cruz tan atormentado por los pecadores del mundo, dadme un verdadero dolor de todas mis culpas! Yo sé que en ese divino Sacramento conserváis los mismos sentimientos de amor que tuvisteis por mí muriendo en el Calvario y por eso tenéis un deseo grande de unirme todo á Vos. ¿Será, pues, posible que aun resista y no me rinda á vuestro amor y á vuestro deseo? ¡Oh mi amado Jesús! por vuestros merecimientos, heridme, prendedme, atadme, unidme todo á vuestro Corazón. Yo resuelvo en este día, ayudado de vuestra gracia, daros todo el gusto posible. Sí, quiero poner debajo de los pies, respetos, inclinaciones y repugnancias que puedan impedir el contentaros. Haced, Vos, Señor, que así lo ejecute, y que de hoy en adelante todos mis pensamientos, obras y afectos se conformen con vuestro bene-

plácito. ¡Oh amor de Dios! arrancad de mi corazón cualquier amor desordenado á las criaturas. ¡Oh María, esperanza mía! Vos con Dios todo lo podéis; alcanzadme la gracia de un puro y ardiente amor á mi Jesús: haced que le ame eficazmente hasta la muerte: así sea, así lo espero.

La Comunión espiritual, etc.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡Oh amantísima Señora! Vos sois, como dice San Buenaventura, Madre de los huérfanos. Los huérfanos son los miserables pecadores que han perdido á Dios, su padre. A Vos, pues, recurro, ¡oh Madre de misericordia! Yo he perdido al Padre, perdiendo su gracia con el pecado; mas en esta gran desgracia me podéis ayudar Vos que sois mi amorosa madre. Me causa una gran consolación Inocencio III, cuando dice: «¿Quién jamás os invocó que no haya sido oído? ¿Quién se perdió jamás, que arrepentido y humillado haya recurrido á vuestro amparo?» Sólo se pierde quien á Vos no recurre. A vos, pues, recurro hoy día, ¡oh Madre mía! tened piedad de mí, ayudadme, no me despreciéis.

VISITA TREINTA Y UNA.

Fué grande el amor que Jesucristo manifestó á la Samaritana, cuando sentado junto á la fuente de Sicar, estuvo esperando que viniese para convertirla y salvarla. Pero es aún mayor el amor que manifiesta á los hombres, bajando del Cielo todos los días sobre nuestros altares, esperando y convidando las almas á que le hagan compañía, á lo menos por algún espacio de tiempo, á fin de atraerlas á su perfecto amor. En todos los altares en que está Jesús Sacramentado, parece que habla y que está diciendo: hombres, ¿por qué huís de mi presencia? ¿por qué no venís, por qué no os llegáis á mí, que tanto os amo y que por vuestro amor estoy aquí tan humillado? ¿Qué temor es el vuestro? Yo no vengo ahora al mundo para juzgarle, sino que estoy escondido en este Sacramento de amor para comunicaros muchos bienes y salvar á todos los que á mí recurren.

Almas devotas, entended que, así como Jesucristo está vivo en el Cielo, rogando siempre por nosotros; así también en el Santísimo Sacramento del altar continuamente de día y de noche está haciendo este piadoso oficio de Abogado nuestro, ofreciéndose al Eterno

Padre como víctima para alcanzarnos innumerables gracias y misericordias. Por eso decía un devoto, que, habíamos de llegar á hablar á Jesús Sacramentado con confianza y sin ningún miedo, como habla un amigo con otro.

Pues Señor, si tanta es vuestra bondad, permitidme que os abra mi corazón con toda confianza y que os diga: ¡Oh Señor mío! ¡Oh enamorado de las almas! conozco bien la ingratitud con que os tratan los hombres. Vos los amáis, y no sois amado; les hacéis todo bien, y recibís desprecios; les queréis hacer oír vuestras amorosas voces, y ellos no os quieren escuchar; les ofrecéis vuestras gracias, y ellos rehusan admitirlas. ¡Ah Jesús mío! ¿Es acaso verdad que en algún tiempo fuí también del número de estos ingratos? ¡Ay Dios mío! es sobrada verdad, pero ya quiero enmendarme, y quiero recompensar en los días que me restan de vida los disgustos que os he dado, haciendo de aquí en adelante cuanto pudiere para agradaros.

Decid, Señor, lo que queréis que haga, y todo lo ejecutaré sin reserva; hacédmelo saber por medio de la santa obediencia, que no tardaré en cumplirlo. Dios mío, propongo con toda determinación no omitir más, cosa alguna

que conozca ser de vuestro agrado, aunque para esto me fuese preciso perder los parientes, los amigos, la estimación, la salud y hasta la propia vida; sí, piérdase todo, mientras que os dé gusto. Feliz pérdida cuando se pierde y se sacrifica todo por contentar á vuestro corazón.

¡Oh Dios de mi alma! ámoos, bien infinito, sumamente amable, más que todos los otros bienes. Deseo unir mi pequeño corazón á todos los corazones con que os aman los serafines. Sólo á Vos amo y sólo á Vos quiero amar para siempre.

La Comunión espiritual, etc.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡Oh María, Virgen dulcísima, Madre de Dios, Abogada de los pecadores, Refugio de atribulados! inclinad los oídos de vuestra piedad á los piadosos ruegos de este indigno siervo vuestro; y concededme que sea del número de aquellos que Vos amáis y conserváis escritos en vuestro virginal pecho. Purificad, oh Virgen inmaculada, mi corazón de cualquier pecado; separad de mí cuanto desagrada á vuestros ojos: purificad esta alma de todo amor á los bienes vanos y terrenos, é introducid en ella un puro y ardiente amor á los

celestiales y eternos. Rogad, oh Virgen Santísima, á vuestro Hijo por mí, ahora y siempre y en el punto de mi muerte, y en aquel día tremendo y espantoso del juicio, cuando hubiere de dar cuenta de todas mis obras; para que por vuestra intercesión sea libre de las penas eternas, y pueda ir á gozar de vuestra amable compañía en el Cielo. ¡ Oh Virgen purísima! no apartéis vuestros ojos de este miserable pecador : á vuestra piedad recomiendo mi alma y mi cuerpo : regidme, gobernadme y defendedme de todos los males y peligros, y de todos los enemigos, y dignaos interceder por mí á vuestro Hijo, para que me perdone mis pecados, me dé verdadera fé, firme esperanza, ardiente caridad y la gracia del Espíritu Santo, la cual siempre me haga ejecutar su santísima voluntad, y se digne por su infinita piedad, preservar á esta ciudad del contagio de la herejía, del cisma, de la impiedad, de la peste, hambre, guerra y temblores de tierra; y librarme á mí y á todos mis parientes, amigos y bienhechores, y á todos los fieles cristianos, de todo mal. — Amén.

Modo de visitar al Santísimo

EN LA CIRCULAR

DE CUARENTA HORAS.

ORACIÓN PREPARATORIA.

Señor, que en ese adorable Sacramento nos dejasteis la memoria de tu Pasión, dadnos gracia para adorar en él tu Cuerpo y Sangre, y concedednos, por un efecto de tu infinita misericordia, las indulgencias plenarias de este Jubileo; por la que te pedimos nos alcances la salud y felicidad del Sumo Pontífice, de nuestro Prelado Diocesano, de nuestro culto católico y sus ministros. Así como también te ruego, Dios mío, por el descanso eterno de las benditas ánimas; y finalmente, te suplico nos deis gracia para no apartarnos jamás del camino de nuestra salvación, á fin de que después de esta miserable vida, os podamos ver y gozar eternamente en la bienaventuranza de la gloria. Amén.

Se reza la estación al Santísimo, y después se dice el siguiente :

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mío Jesucristo, Dios verdadero de Dios verdadero, por mi amor huma-

nado, crucificado y muerto, y por mi amor sacramentado. Yo, la más vil criatura de cuantas ha sufrido tu clemencia, que merezco ser arrojado de tu presencia divina, confiado en el amor con que en este Sacramento me amas, me atrevo á pedirte perdones la indignidad con que estoy en tu soberana presencia, y me permitas adorarte como á mi Dios, y pedirte como á mi padre. Confieso que no soy digno de pediros lo que anhela mi corazón; pero tú eres el aliento de mi esperanza y la vida de mi fe; en esta confianza te suplico, no permitas que en mi alma se pierda el mérito de tu Sangre preciosa, y me hagas participante de los efectos de tu Sagrada Eucaristía; confieso, Señor, que te pido mucho cuando sólo tu justicia merezco; pero más puede tu gracia, que mi culpa. Tú eres admirable en todos tus atributos; pero más admirable en este Sacramento donde ciñendo los mares de tus atributos inmensos, muestras más lo misericordioso.

Aquí, Jesús mío, á ninguno desprecias, á ninguno arrojas, si el ignorante no te deja; pues yo soy, Señor, el infeliz que te enojé, el que á tu vista te ofendí, el que merezco tu indignación. Yo soy la llaga de tu dolor, el reo de muerte, el delito, de tus tormentos, el

delincuente de tu Cruz; pero tú eres para mí el mérito de mi vida, el fiador de mis penas, la fuente de mi gracia y el precio de mi gloria. Tú eres el que todavía me sufres, el que si me arrepiento me perdonas, si vuelvo á ti, me recibes, si no vuelvo, me buscas, si huyo, me convidas, si me tardo, me aguardas, me abrazas cuando llego, me das cuando te pido, me enseñas cuanto ignoro, me levantas cuando caigo, te hallo cuanto te busco, me abres la puerta de tu misericordia cuando llamo, y entro por ello cuando quiero. Como Sacramento meritorio, me das los aumentos de tu gracia; como propiciatorio el perdón de mis culpas; como satisfactorio la remisión de mis penas, y como imperatorio los bienes que necesita mi alma. Pues dadme, Señor, una contrición perfecta de mis culpas, que siento puramente por ser ofensas vuestras; aumentad mi arrepentimiento, y dadme un odio eficaz de todas mis culpas, para siempre servirte, nunca ofenderte, llorar lo pasado, aspirar á lo eterno, donde con el Padre y el Espíritu Santo vives y reinas Dios y Hombre verdadero, por los siglos de los siglos. — Amén.

Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar.

ORACIÓN AL ETERNO PADRE

EN DESAGRAVIO AL SMO. SACRAMENTO.

¡Oh Dios mío! Escuchad la oración que os hago, y que con toda mî alma uno á las de vuestra Iglesia, á las de aquellos justos que Vos mismo habéis escogido y que no enderezaron á Vos un solo pensamiento que no fuese para la gloria de aquellos justos el serviros y su única dicha el amaros; y que sacrificarían mil vidas antes que ofenderos. Bien me reconozco indigno de mezclar á voces tan puras, las de un pecador como yo; y no espero, Señor, que por el amor de una criatura tan culpable, sea atendida la oración que os dirijo: pero los méritos de ese Hijo bien amado, y la Sangre que ha derramado por mí, y por todos los que se parecen á mí, deben obtener esa gracia de vuestra bondad. ¡Oh Dios Omnipotente! ¡Tierno padre! ¿Habrías olvidado tantas injurias, y ultrajes, como se le han hecho, tantos tormentos como ha sufrido? Y cuando el Salvador del mundo se ha sometido, para complaceros en todo lo que habéis ordenado, amándonos porque Vos habéis querido que nos amase, ¿vuestras entrañas parternales,

todas deshechas en amor por él, no se conmoverían al aspecto de tantos nuevos ultrajes de que ha sido objeto, en este inefable misterio en que cada día se ofrece aún por nosotros por vuestra justicia y á vuestra misericordia? Sufriréis, Señor, que la impiedad y la herejía, reuniendo juntas sus furores le blasfemen impunemente en el don Eucarístico, le persigan hasta sobre los altares, con sus insolentes desprecios, abatan los templos venerables en que se le adora, y arrojen al Santo de los Santos de su propia casa? ¿Es ese el precio de su amor por nosotros? ¿No bastaba, Dios mío, que mientras vivió en este mundo hubiese estado en él como la hez de los hombres, pobre, errante, sin tener una piedra sobre que reclinar su cabeza? ¿Y habrá atrevimiento ahora para arrebatarle esos asilos que él ha levantado para sus amigos, donde los recibe, donde los alimenta con un pan celestial, con un pan que sostiene su flaqueza, y los llena del ánimo que necesitan en las pruebas y en los trabajos? Y cada vez que los hombres os ofendan con nuevos pecados, el Cordero sin mancha, el modelo de toda mansedumbre, y de caridad, ¿deberá dar por ellos incesantemente nuevas satisfacciones? No lo permitáis, oh sobe-

rano Monarca del Cielo y de la tierra; templad vuestra cólera : que vuestros ojos no miren á nuestros crímenes : que no se detengan sino sobre la Sangre que os grita misericordia, y que sólo ha corrido para redimirnos. Á estos méritos infinitos dignaos añadir los de su gloriosa Madre, los de los Mártires, los de los Santos, cuya vida entera no ha sido para Vos sino un agradable y continuo sacrificio. Pero ¡ah Señor! ¿Quién soy yo para atreverme así á pediros en nombre de todos? Acabaré como he empezado reconociendo mi bajeza, mi indignidad, y suplicándoos á Vos, Dios de las Misericordias, que perdonéis mi osadía, y que tengáis compasión de mí. No consideréis mis pecados sin cuento, sino moveos por el ardor de mis deseos; ved las lágrimas tan sinceras que derramo. Ya os pido compasión de tantas almas como se pierden : socorred á vuestra Iglesia; detened el curso de tantos males como la afligen; y haced brillar en medio de las tinieblas que nos rodean, las luces de vuestra eterna verdad. — Amén.

Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar. (Se repite por tres veces) y luego la siguiente

LETANÍA

DEL

SANTÍSIMO SACRAMENTO

Pan vivo que bajaste del Cielo,
Dios oculto y Salvador,
Trigo de los predestinados,
Vino que engendra vírgenes,
Pan copioso y delicias de los reyes,
Sacrificio continuado,
Ofrenda limpia,
Cordero sin mancha,
Mesa purísima,
Manjar de ángeles,
Maná escondido,
Recuerdo de las maravillas de Dios,
Verbo encarnado,
Pan siempre sustancial,
Morador de nuestras almas,
Hostia Santa,
Cáliz de bendición,
Misterio de la fe,
Sacramento elevado y venerable,
Sacrificio el más santo de todos,
Verdadero propiciatorio de vivos y difuntos,
Celestial antídoto con que somos preservados de la culpa,
Milagro estupendo sobre todos los milagros,

Ten compasión de nosotros.

Memoria sacratísima de la pasión del Señor,
Don que sobrepuja á toda plenitud,
Memoria especial del divino amor,
Raudal de la divina liberalidad,
Sacrosanto y augustísimo Sacramento,
Medicina de la inmortalidad,
Tremendo y vivífico Sacramento,
Pan hecho carne por la Omnipotencia del Verbo,
Incruento Sacrificio,
Comida y convidado,
Convite dulcísimo del que sirven los ángeles en el Cielo,
Sacramento de piedad,
Vínculo de caridad,
Ofrenda y afrenta,
Dulzura espiritual, sacada de la propia fuente,
Aumento de las almas santas,
Viático de los que mueren en el Señor,
Ten compasión de nosotros.
Prenda de la verdadera gloria, sednos propicio. — *Perdónanos, Señor.*
Sednos propicios.—*Perdónanos, Señor.*
Mira Señor á mis ruegos,
De recibir indignamente tu bendito Cuerpo y Sangre,
De la concupiscencia de la carne,
De la concupiscencia de los ojos,
De la soberbia de nuestra vida,
Líbranos, Sr.

De toda ocasión de pecar,
Por aquel deseo con que ansiaste comer con tus discípulos este Cordero Pascual,
Por aquella tu grandísima humildad con que lavaste los pies á tus discípulos,
Por aquella excelentísima caridad con que instituíste este divino Sacramento,

Líbranos, Señor.

Por aquella preciosa Sangre que nos dejaste en el altar,
Por las heridas de este tu sacratísimo Cuerpo, que por nosotros recibiste,
Nosotros pecadores,
Que te dignes aumentar y conservan en nosotros la fe, reverencia y devoción á este admirable Sacramento.
Que por la verdadera confesión de los pecados, te dignes llevarnos á recibir con frecuencia la sagrada Eucaristía,
Que te dignes librarnos de toda herejía, perfidia y ceguedad del corazón.
Que te dignes hacernos participantes, de los preciosos y celestiales frutos de este Santísimo Sacramento,
Que en la hora de nuestra muerte

Te rogamos óyenos.

te dignes confortarnos y fortalecernos con este celestial Viático. — *Te rogamos óyenos.*

Padre nuestro, etc.

℣. Señor, atiende á mis oraciones.
℟. Y mi clamor llegue á tus oídos.

OREMUS.

¡Oh Dios! que bajo este adorable Sacramento, nos dejasteis la memoria de tu Pasión: te suplicamos hagas que de tal manera veneremos los sagrados misterios de tu Cuerpo y Sangre, que continuamente recibamos en nosotros mismos el fruto de la Redención; que vives y reinas por todos los siglos de los siglos. Amén.

Para el último día, que tiene lugar la procesión del Santísimo, durante ella se dirá él

PANGE LINGUA.

Cante la voz del cuerpo más glorioso,
El misterio sublime y elevado,
Y de la Sangre preciosa, que amoroso
En rescate del mundo ha derramado;
Siendo fruto de un vientre generoso,
El Rey de todo el orbe, más sagrado.

Dado por nosotros, y nacido
De una Virgen intacta y recogida
Conservando en el mundo, y esparciendo
Semilla de palabra que da vida,
Con orden admirable y estupendo
En tiempo concluyó de su venida.

En la noche de la última cena
Puesto á la mesa con sus hermanos,
Cumplida ya la ley en que se ordena
El Cordero Pascual á los ancianos,
Así mismo en manjar á la docena
De apóstoles se entrega por sus manos.

De nuestra carne el Verbo revestido
Hace con sólo haberlo pronunciado,
Que el pan en su carne convertido,
Y el vino en propia Sangre transformado;
Y si á desfallecer llega el sentido,
Con la fe el corazón es confirmado.

Demos, pues, á tan alto Sacramento
Culto y adoración todos rendidos,
Y ceda ya el antiguo documento
A los ritos de nuevo instituídos;
Constante nuestra fe de suplemento
Al defecto de luz de los sentidos.

Al Padre con el Hijo sea dado
Júbilo, aplauso y gloria eternamente,
Salud, virtud y honor interminado,
Bendición y alabanza reverente;
Y al Espíritu de ambos aspirado
Sea de gloria y loor no diferente. Amén.

Acabada la procesión, se dirá en acción de gracias el

TEDEUM LAUDAMUS.

Te alabamos, Señor Dios Todopoderoso, confesamos que eres Señor de todo el Universo.

A ti, Padre Eterno, á quien toda la tierra adora.

Á ti todos los ángeles, á ti los Cielos y todas las Potestades te adoran y te temen.

A ti los Querubines y Serafines te aclaman sin cesar :

Santo, Santo, Santo, es el Señor de los Ejércitos.

Llenos están los Cielos y la tierra de la grandeza y majestad de tu gloria.

Á ti el glorioso coro de los Apóstoles.

A ti el loable número de los Profetas.

A ti te alaba el inocente y numeroso Ejército de Mártires.

A ti la Iglesia Santa te confiesa en todo el mundo :

Padre Eterno de inmensa majestad.

A tu adorable, verdadero y único Hijo, engendrado de la sustancia del Padre.

Y al Espíritu Santo, consolador, que procede del Padre y del Hijo.

Tú, oh Cristo, que eres el Rey de la gloria.

Tú eres el Hijo del Eterno Padre.

Tú que para librar al hombre de la servidumbre, quisiste hacerte Hombre, y no te desdeñaste de encarnar en el vientre de una Virgen pura é inmaculada.

Tú que después de haber quebrantado al aguijón de la muerte, abriste á los creyentes el reino de los Cielos.

Tú que estás sentado á la diestra de Dios, en la gloria del Padre.

Y que has de venir algún día á juzgar el mundo.

Por tanto te rogamos, Señor, que socorras con tu asistencia á tus siervos que has redimido con tu preciosa Sangre.

Haz que seamos del número de tus Santos en la gloria eterna.

Salva á tu pueblo, Señor, y colma de bendiciones tu heredad.

Gobiérnalos, Señor, y no te canses de favorecerlos.

Todos los días te damos gracias por los grandes beneficios que nos haces.

Y alabamos incesantemente tu santo nombre y lo alabaremos siempre y en toda la eternidad.

Dígnate, Señor, preservarnos de caer este día en pecado.

Ten piedad de nosotros, Señor, ten piedad de nosotros.

Derrámese, Señor, sobre nosotros tu misericordia, como lo hemos esperado en ti.

En ti, Señor, he puesto toda mi esperanza, no sea yo confundido eternamente. — Amén.

Fin del ejercicio de las cuarenta horas.

QUINCE MINUTOS

EN COMPAÑÍA DE

JESÚS SACRAMENTADO

No es preciso, hijo mío, saber mucho para agradarme mucho: basta que me ames mucho. Háblame, pues, aquí, sencillamente, como hablarías al más íntimo de tus amigos, como hablarías á tu madre, á tu hermano.

¿Necesitas hacerme en favor de alguien una súplica cualquiera? Dime su nombre, bien sea el de tus padres, bien el de tus hermanos y amigos; dime en seguida qué quisieras hiciese yo actualmente por ellos. Pide mucho, mucho; no vaciles en pedir: me gustan los corazones generosos que llegan á olvidarse en cierto modo de sí propios, para atendar á las necesidades ajenas. Háblame, así, con sencillez, con llaneza, de los pobres á quienes quieres consolar; de los enfermos á quienes ves padecer; de los extraviados que anhelan volver al buen camino; de los amigos ausentes que quieres ver otra vez á tu lado. Dime por todos una palabra siquiera; pero palabra de amigo, palabra entrañable y fervorosa. Recuérdame que he prometido escuchar toda súplica que

salga del corazón, y ¡no ha de salir del corazón el ruego que me dirijas por aquellos que tu corazón más especialmente ama!

Y para ti, ¿no necesitas alguna gracia? Hazme, si quieres, una como lista de tus necesidades, y ven y léela en mi presencia.

Dime francamente que sientes orgullo, amor á la sensualidad y al regalo; que eres tal vez egoísta, inconstante, negligente; y pídeme luego que venga en ayuda de los esfuerzos, pocos ó muchos, que haces para sacudir de encima de ti tales miserias.

No te avergüences ¡pobre alma! ¡Hay en el cielo tantos y tantos justos, tantos y tantos santos de primer orden, que tuvieron esos mismos defectos! Pero rogaron con humildad, y poco á poco se vieron libres de ellos.

Ni menos vaciles en pedirme bienes del cuerpo y del entendimiento; salud, memoria, éxito feliz en sus trabajos, negocios ó estudios... Todo esto puedo darte, y lo doy y deseo me lo pidas en cuanto no se oponga, antes favorezca y ayude á tu santificación. Hoy, por hoy, ¿qué necesitas? ¿qué puedo hacer por tu bien? ¡Si conocieses los deseos que tengo de favorecerte!

¿Traes ahora mismo entre manos al-

gún proyecto? Cuéntamelo todo minuciosamente. ¿Qué te preocupa? ¿Qué piensas? Qué deseas? ¿Qué puedo hacer por tu hermano, por tu hermana, por tu superior? ¿Qué desearías por ellos?

Si tienes padres, pide por ellos: los ruegos de un hijo no pueden ser desechados por el que dió en la tierra constantes ejemplos de filial cariño. Si tienes una esposa virtuosa y humilde, dirígeme por ella tus oraciones, que yo haré de tu hogar un templo de amor y de consuelo, y derramaré á manos llenas sobre tu esposa y sobre tus hijos, si los tienes, las gracias y auxilios que necesitan para ser felices en tiempo y eternidad.

¿Y por mí? ¿no te sientes con deseos de mi gracia? ¿No quisieras poder hacer algún bien á tus prójimos, á tus amigos, á quienes amas tal vez mucho y que viven quizá olvidados de mí?

Dime ¿qué cosa llama hoy particularmente tu atención, qué anhelas más vivamente, y con qué medios cuentas para conseguirlo? Dime si te sale mal tu empresa, y yo te diré las causas del mal éxito. ¿No quisieras interesarme algo en tu favor?

Soy, hijo mío, dueño de los corazones, y dulcemente los llevo sin perjuicio de su libertad dondeme place.

¿Sientes acaso tristeza ó mal humor? Cuéntamelas, cuéntamelas alma desconsolada, tus tristezas, con todos sus pormenores.

¿Quién te hirió? ¿Quién lastimó tu amor propio? ¿Quién te ha menospreciado? Acércate á mi corazón, que tiene bálsamo eficaz para todas estas heridas del tuyo. Dame cuenta de todo, y acabarás en breve por decirme que, á semejanza de mí, todo lo perdonas, todo lo olvidas, y en pago..... recibirás mi consoladora bendición.

¿Temes por ventura? ¿Sientes en tu alma aquellas vagas melancolías, que no por ser injustificadas dejan de ser desgarradoras? Echate en brazos de mi Providencia. Contigo estoy; aquí, á tu lado me tienes; todo lo veo, todo lo oigo, ni un momento te desamparo.

¿Sientes desvío de parte de personas que antes te quisieron bien, y ahora, olvidadas, se alejan de ti, sin que les hayas dado el menor motivo? Ruega por ellas, y yo las volveré á tu lado, si no han de ser obstáculo á tu santificación.

¿Y no tienes tal vez alegría alguna que comunicarme? ¿Por qué no me haces partícipe de ellas, á fuer de buen amigo tuyo que soy? Cuéntamelo que desde ayer, desde la última visita que

me hiciste, ha consolado y hecho como sonreír mi corazón. Quizá has tenido agradables sorpresas; quizá has visto disipados negros recelos; quizá has recibido faustas noticias: una carta, una muestra de cariño; has vencido una dificultad, salido de un lance apurado.

Obra mía es todo esto y yo te lo he proporcionado: ¿por qué no has de manifestarme por ello tu gratitud y decirme sencillamente como un hijo á su padre: ¡Gracias, padre mío, gracias! El agradecimiento trae consigo nuevos beneficios, porque al bienechor le agrada verse correspondido.

¿Tampoco tienes promesa alguna que hacerme? Leo, ya lo sabes, el fondo de tu corazón: á los hombres se engaña fácilmente, á Dios, no; hábleme, pues, con toda sinceridad.

¿Tienes firme resolución de no exponerte ya más á aquella ocasión de pecado? ¿de privarte de aquel objeto que te dañó? ¿de no leer más aquel libro que exaltó tu imaginación? ¿de no tratar más aquella persona que turbó la paz de tu alma?

¿Volverás á ser dulce, amable y condescendiente con aquella otra á quien por haberte faltado miraste hasta hoy como enemigo?

Ahora bien, hijo mío, vuelve á tus

ocupaciones habituales, á tu taller, á tu familia, á tu estudio... pero no olvides los quince minutos de grata conversación que hemos tenido aquí los dos en la soledad del santuario. Guarda en lo que puedas, silencio, modestia, recogimiento, resignación, caridad con el prójimo. Ama á mi Madre, que lo es tuya también, la Virgen Santísima.... y vuelve otra vez mañana con el corazón más amoroso todavía, más entregado á mi servicio : en el mío encontrarás cada día nuevo amor, nuevos beneficios, nuevos consuelos.

QUINCE MINUTOS
EN
COMPAÑÍA DE MARÍA
ANTE JESÚS SACRAMENTADO.

Me ves, hijo mío, yo soy tu Madre, aquí estoy cerca de mi Jesús para servirte de introductora y abogada. Ven, no temas, pobrecito hijo mío, no te asuste la divinidad de mi Jesús ; pues aquí estoy yo que no tengo otro carácter que el de Madre : dime á mí tus necesidades, tus esperanzas y deseos, yo seré tu intérprete.

I. *¿Qué te hace falta?* Dímelo con confianza. ¿Te aterran tus pecados? Tienes razón, pues son en realidad mucho más horribles de lo que tú piensas: pero aun éste que es el más fundado motivo que tienes para temer, deja de serlo desde que mi Hijo ha pagado tu deuda cargando con la responsabilidad de tus culpas. Acércate á él, no temas; yo misma te conduciré: toca con tus manos esas heridas... recibe sobre tu cabeza esa sangre que purifica y limpia.... ¿No sientes ya mayor consuelo? ¿No es verdad que al contacto del cuerpo virginal de mi Jesús tus afectos se purifican... tu corazón se inflama?

II. *¿No sientes bastante dolor por las ofensas causadas á mi Hijo?* Ven, acércate más, y considéralo mejor. ¿Ves esa frente sacrosanta lacerada por las espinas? Ve allí el fruto de tus pensamientos criminales que mi Jesús quiso purgar por ti. ¿Ves esos ojos que hacen la alegría de los ángeles, nublados y empañados por la muerte? Así purga mi Jesús tus miradas ávidas y sensuales. Esos labios sedientos y lívidos son la expiación de tus pecados de gula y de tus palabras pecaminosas; esas llagas que cubren todo su cuerpo están denunciando un culpable, y ese pobrecito eres tú. ¿La vista de mi Jesús no te

conmueve? ¿no produce en tu alma el arrepentimiento?

III. *¿Algún mal hábito ó pasión te retiene?* Precisamente por eso debes venir aquí frecuentemente y aprovecharte de mi mediación. ¿Qué es lo que te seduce, alma, alma débil? ¿El placer? Acércate á la llaga del costado de Jesús; no temas, yo su Made te autorizo: acerca tus labios, aspira ese néctar celestial que allí brota. Con él se alimentaron esas almas escogidas que embriagadas con los deleites del Cielo, despreciaron altamente los de los sentidos. Acércate otra vez, escucha los latidos de este Corazón, ¿sabes por qué late tan precipitado? pues es á impulso del amor. Es que se complace porque tú te le acercas, y deseando salvarte te ve ya en camino, puesto que te aproximas à esa fuente de vida. No te separes. Un momento más... ¿No sientes que el tuyo comienza á palpitar por El? ¿No sientes más vigor? ¿Y cómo no habías de sentirlo si El mismo ha dicho: *Venid á mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os aliviaré?*

IV. *¿Te aqueja la inconstancia y tibieza?* Bien haces de deplorarla en nuestra presencia, pues en efecto te ha hecho muy desgraciado y te ha privado de los favores de mi Jesús. ¡Cuán

distinto te hallaras si hubieses sido fiel á lo que me prometiste en tal ocasión! Pero, ¡ánimo! aun es tiempo, puesto que aquí estás bajo mi protección, en presencia de esa hoguera encendida capaz de abrasar el mundo entero... Anímate un poco más : penetra por la herida del costado hasta el tabernáculo de su corazón... Allí todo es fuego... fuego ardiente... fuego consumidor... Mora allí, allí moró Teresa de Jesús, Ignacio, Luis Gonzaga. Esa es la escuela del amor... allí no hay tibieza ni inconstancia posible... ¡Te parece difícil permanecer allí mucho tiempo! No lo es tanto : mi Jesús retiene á todos los que se le acercan con humildad y buena voluntad, Ve tú así y dile una y otra vez: *Dentro de tu Corazón escóndeme. No permitas que yo me separe de ti.*

V. *¿Qué virtud te hace más falta?* La pureza ¿no es verdad? Quisieras salir siempre victorioso en esas luchas que se levantan en tu corazón y que te arrastran al mal. Te da envidia ver mi trono rodeado de lirios y azucenas, y tú... ¡ay! ¡tan manchado! Te causa rubor y confusión la antítesis de la pureza de tu Madre y la fealdad de tus manchas. ¿Y no has oído que yo poseo el secreto de ese vino celestial que engendra vírgenes, y que doy á los que

se esfuerzan en complacerme? Pues bien: ¿sabes lo que yo quiero de ti? Huye de aquellos amigos que tú sabes y cuya conversación no es compatible con mi amor.... ¿Los preferirás á mí? Quita esa ocasión de pecado, y aprende de tus caídas anteriores á no fiarte de ti.... ¿Mi amor será bastante para decidirte á ese sacrificio? ¿Crees que no? ¡ay! hijo ingrato, ¡y qué poquito amas á tu Madre! Vaya, un esfuerzo más, yo te ayudaré y tu alma será libre de la cadena del pecado, y figurarás en la guardia de honor de mi Hijo, de quien se ha dicho que se apacienta entre los lirios.

VI. *¿Quieres pedir á mi Jesús por otros?* Hazlo por tus padres, por tus hermanos, amigos... ¿qué quieres que haga con ellos? dícelo con confianza, aquí estoy yo apoyando tu petición. ¿Los quisieras ver más buenos, verdad? ¿más solícitos por su salvación? ¿Deseas también para ellos gracias temporales, bienestar, salud? Enhorabuena; mi Jesús te oye y está dispuesto á otorgar lo que pides, si así conviene á tus recomendados.... Pide también por los pobrecitos pecadores, ¡los compadezco tanto!... No hay quien se acuerde de ellos. Pide por los desgraciados que no pertenecen á la Iglesia, por los que la

blasfeman y calumnian... ¡ Y son tantos ! y muchos pobres jóvenes educados como tú en su seno. Pide por el triunfo de la causa de mi Hijo, que es la tuya... Por el soberano Pontífice, tu padre; para que tu oración sea más eficaz, únela con las de mi Jesús, con las mías, con las de todos los justos; ofrece al triunfo de la causa de Dios tu vida, tus oraciones y sufrimientos. No olvides á las pobres almas del Purgatorio.

VII. *Ya te vas á retirar.* Bien, ve á cumplir tus deberes en nombre de mi Hijo y mío. Él y yo os bendecimos : recibe humildemente nuestra bendición. En medio de tus tareas no nos olvides, dinos una palabra. Las que dirijas á mi Hijo yo se las presentaré. Sean éstas cortas, frecuentes y fervorosas. Cuando te desocupes vuelve aquí, aquí te esperamos y te tenemos preparadas nuevas gracias. Ahora experimentarás qué dulce es vivir á nuestro lado..... sobre todo no te separes de nosotros por el pecado, y si desgraciadamente caes, ven pronto, lava tu mancha en el Sacramento, y si lo pides con humildad cuenta con mi perdón y el de mi Hijo.

VISITA DE ALTARES.

Se advierte que la indulgencia plenaria que está concedida á estas visitas, sólo se consigue supuesto el estado de gracia, visitando cinco Iglesias ó altares, y así no se conseguirá si puesto sólo en un lugar se practican diligencias. Podrá servir de oración preparatoria la que va puesta para ganar los jubileos ú otra indulgencia, y luego se dirá en cada altar:

℣. Adorámoste Cristo y bendecímoste.

℟. Porque por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Se rezará la estación mayor ó menor, que consta de tres Padre Nuestros y Ave Marías, y se ofrecerá con esta

ORACIÓN.

Benignísimo Jesús, que con tanta liberalidad nos franqueas por mano de tus Vicarios el inestimable tesoro de tus merecimientos: yo el mayor de los pecadores y por tanto el más necesitado de ellos, deseando lograr la plenaria indulgencia concedida á la visita de tus santos altares, me postro humilde ante éste, suplicándote que por el amor infinito que te obligó á redimirme, y principalmente por la caridad y paciencia con que extendiste tu sagrada mano diestra en el árbol de la Cruz, para ser crucificado, me sostengas con ella ne cuantas buenas obras intentare ha-

cer durante mi vida, y que con la misma eches tu bendición sobre la santa Iglesia, su visible cabeza, nuestros gobernantes cristianos, concediendo á éstos triunfen de los enemigos de nuestra sagrada Religión, y por este medio se propague y exalte tu Santa ley, y sea glorificado tu Santísimo nombre. — Así sea.

Lo mismo se hará en los otros altares.

SEGUNDO OFRECIMIENTO.

Benignísimo Jesús, que con tanta liberalidad nos franqueas por mano de tus Vicarios el inestimable tesoro de tus merecimientos : yo, el mayor de los pecadores, y por tanto el más necesitado de ellos, deseando lograr la plenaria indulgencia concedida á la visita de tus santos altares, me postro humilde ante éste, suplicándote que por el amor infinito que te obligó á redimirme, y principalmente por la caridad y paciencia con que extendiste tu sagrada mano siniestra en el árbol santo de la Cruz, para ser crucificado, me apartes con ella de las sendas que me guían al precipicio de mi eterna condenación, y encamines por la de la verdad á los herejes y cismáticos, iluminando sus entendimientos para que abjuren y detesten sus herrores, y de este modo se

extienda más y más el Catolicismo, y sea glorificado tu santísimo nombre. — Así sea.

TERCER OFRECIMIENTO.

Benignísimo Jesús, que con tanta liberalidad nos franqueas por mano de tus Vicarios el inestimable tesoro de tus merecimientos; yo, el mayor de los pecadores, y por tanto el más necesitado de ellos, deseando lograr la indulgencia plenaria concedida á la visita de tus santos altares, me postro humilde ante éste, suplicándote que por el amor infinito que te obligó á redimirme, y principalmente por la caridad y paciencia con que extendiste tu sagrado pie derecho en el árbol de la Cruz, para ser crucificado, me concedas andar siempre solícito de agradarte y servirte: y que ilumines á los gentiles y paganos, para que abrazando tu santa Ley, comiencen á andar con seguridad por el camino de tus santos mandamientos, aumentándose por este medio el número de tus adoradores y que incesantemente glorifiquen tu santísimo nombre. — Así sea.

CUARTO OFRECIMIENTO.

Benignísimo Jesús, que con tanta liberalidad nos franqueas por mano de tus Vicarios el inestimable tesoro de tus

merecimientos: yo, el mayor de los pecadores, y por tanto, el más necesitado de ellos, deseando lograr la plenaria indulgencia concedida á la visita de tus santos altares, me postro humilde ante éste, suplicándote, que por el amor infinito que te obligó á redimirme, y principalmente por la caridad y paciencia con que extendiste tu sagrado pie siniestro en el árbol de la Cruz, para ser crucificado, no me permitas dar paso alguno en el camino de la maldad, y que á todos mis hermanos los pecadores, por medio del buen ejemplo, sirva de guía en la senda de tu Ley, para que convertidos verdaderamente á ti se aumente el número de tus fieles siervos que alaben incesantemente tu santísimo nombre. — Así sea.

QUINTO OFRECIMIENTO.

Benignísimo Jesús, que con tanta liberalidad nos franqueas por mano de tus Vicarios el inestimable tesoro de tus merecimientos: yo, el mayor de los pecadores y por tanto el más necesitado de ellos, deseando lograr la plenaria indulgencia concedida á la visita de tus santos altares, me postro humilde ante éste suplicándote, que por el amor infinito que te obligó á redimirme, y principalmente por la caridad y paciencia

con que dispusiste tu costado á ser blanco de una cruel lanza, que aun ya difunto nos abriera otra nueva puerta á tus misericordias, que jamás me las cerréis por mis ingratitudes, sino que me la mantengas abierta para refugiarme en esta preciosa llaga en todas mis adversidades y conflictos, siendo la sangre y agua que en ella derramaste, la que apague la sed de los caminantes, serene como óleo milagroso las tormentas de los mares, como generoso vino fortalezca á los cautivos, conforte á los flacos, encienda á los tibios, robustezca á los justos, sirva á los enfermos de saludable bálsamo, y de refrigerante á las almas del Purgatorio, para que todos á una voz cantemos tus bondades y glorifiquemos tu santísimo nombre.

VISITA DE SAGRARIOS

PARA

EL JUEVES SANTO.

Concluída cada meditación, se rezará seis veces el Padre Nuestro y el Ave María.

I. — Lavatorio de los pies.

Jesús se levanta de la mesa, se quita sus vestidos, toma un lienzo, echa agua

en una vacía, lava los pies de sus discípulos, y los limpia con el lienzo. El solo lo hace todo. El Criador arrodillado á los pies de sus criaturas. ¿ Sigo yo este ejemplo de humildad ?

II. — Institución de la Eucaristía.

Jesús vuelto á la mesa, toma el pan, lo bendice, lo parte y lo da á sus discípulos, diciéndoles : Tomad y comed : éste es mi cuerpo. Da su carne en comida y su Sangre en bebida. ¡ Qué prueba tan excesiva de su amor ! ¿ Y cuál es mi agradecimiento ?

III. — Oración en el Huerto.

Jesús postrado en tierra hace oración á su Padre : entra en agonía y suda gotas de Sangre que corren por todo el Cuerpo hasta caer en tierra. Rueda y suda Sangre por mis pecados. ¿ Derramo yo por ellos lágrimas de dolor y arrepentimiento ?

IV. — Prisión de Jesús.

Jesús preso y atado, es llevado con ignominia por las calles públicas de Jerusalén con tropa armada, con espadas y palos. El inocente es maltratado como un ladrón y facineroso : ¿ y yo, por tantos delitos reo de muerte eterna, rehuso la penitencia ?

V. — Jesús presentado á Anás.

Jesús preguntado por Anás acerca de sus discípulos y doctrina, responde con respeto, y por respuesta le da una bofetada uno de los ministros. ¿He imitado yo en las injurias que he recibido de mi prójimo, su mansedumbre y humildad en esta afrenta?

VI. — Jesús presentado á Caifás.

Jesús conjurado por Caifás para que dijese claramente si era Hijo de Dios, responde lo que le convenía, y por lo mismo es abofeteado, escupido y mofado. ¿He tomado yo por modelo, para no avergonzarme de seguir la virtud, su paciencia en sufrir por la verdad?

PARA EL VIERNES SANTO.

I. — Jesús presentado á Herodes.

Jesús es menospreciado de Herodes y de toda su corte y tratado como loco, vistiéndole una ropa blanca. Él, que es la misma sabiduría increada, es tenido por loco entre los hombres: ¿y yo busco la sabiduría de los hombres, que es locura delante de Dios?

II. — Jesús azotado.

Jesús desnudado de sus vestidos y atado á una columna, es azotado con

tanta crueldad, que revienta la Sangre y corre hilo á hilo por todas partes. Él, Supremo Señor, azotado peor que esclavo: ¿yo, esclavo del pecado, no recibo con resignación el azote que descarga sobre mí la mano piadosa de mi Padre celestial?

III. — Jesús coronado de espinas.

Jesús, después de tan crueles azotes, de tantas burlas y mofas, es vestido de una ropa colorada, con una corona de espinas en la cabeza, y una caña por cetro en la mano. Él, Señor de los Señores, tratado como rey de burlas: ¿y yo ambicioso y soberbio?

IV. — Jesús presentado al pueblo.

Jesús en un estado el más lastimoso es presentado á un pueblo que á gritos pide su muerte. Veis aquí al Hombre, les dice Pilato. Mira el Hombre que te he dado por modelo, me dirá algún día mi Padre celestial. ¿En que se parece tu vida á la suya?

V. — Jesús con la Cruz á cuestas.

Jesús cargado con el peso de la Cruz, inclinado su cuerpo, sangriento su rostro y temblándole las rodillas, camina al monte Calvario, seguido de una tropa sin piedad y de un pueblo furioso. ¿Y sigo yo sus pasos llevando con resignación la cruz de mis trabajos?

VI. — Jesús clavado en una Cruz.

Jesús, desnudado de sus vestidos, que arrancados con violencia, le renuevan todas sus llagas, es clavado de pies y manos en una Cruz. ¿Mi Dios y mi Padre con los brazos abiertos para abrazarme, y no corro yo hacia él?

LETANÍAS MAYORES
ó
DE LOS SANTOS.

Señor, ten misericordia de nosotros.
Cristo, ten misericordia de nosotros.
Señor, ten misericordia de nosotros.
Cristo, óyenos.
Cristo, escúchanos.
Dios Padre, Criador de los Cielos, — *Ten misericordia de nosotros.*
Dios Hijo, Redentor del mundo, - *Ten, etc.*
Dios Espíritu Santo, — *Ten, etc.*
Trinidad Santa, que eres un solo Dios, *Ten, etc.*
Santa María,
Santa Madre de Dios,
Santa Virgen de las vírgenes,
San Miguel,
San Gabriel,
San Rafael,
} *Ruega, etc.*

Todos los Santos Ángeles y Arcángeles,
Rogad por nosotros.
Todos los santos Ordenes de espiritus bienaventurados, — *Rogad, etc.*
San Juan Bautista, — *Ruega, etc.*
San José, — *Ruega, etc.*
Todos los Santos Patriarcas y Profetas,
Rogad por nosotros.

San Pedro,
San Pablo,
San Andrés,
San Jacobo,
San Juan,
Santo Tomás,
San Felipe,
San Bartolomé,
San Mateo,
San Simón,
San Tadeo,
San Matías,
San Bernabé,
San Lucas,
San Marcos,
} *Ruega por nosotros.*

Todos los Santos Apóstoles y Evangelistas, — *Rogad por nosotros.*
Todos los Santos discípulos del Señor,
Rogad, etc.
Todos los Santos Inocentes, — *Rogad.*
San Esteban, — *Ruega.*
San Lorenzo, — *Ruega.*
San Vicente, — *Ruega.*
San Fabián y Sebastián, — *Ruega.*

Santos Juan y Pablo, — *Rogad.*
Santos Cosme y Damián, — *Rogad.*
Santos Gervasio y Protasio, — *Rogad.*
Todos los Santos Mártires, — *Rogad.*
San Silvestre, — *Ruega.*
San Gregorio, — *Ruega.*
San Ambrosio, — *Ruega.*
San Agustín, — *Ruega.*
San Jerónimo, — *Ruega.*
San Martín, — *Ruega.*
San Nicolás, — *Ruega.*
Todos los Santos Pontífices y confesores, — *Rogad por nosotros.*
Todos los Santos Doctores, — *Rogad.*
San Antonio,
San Benito,
San Bernardo,
Santo Domingo,
San Francisco,
} *Ruega, etc.*
Todos los Santos Sacerdotes y Levitas, *Rogad, etc.*
Todos los Santos Monjes y Eremitas, *Rogad, etc.*
Santa María Magdalena,
Santa Águeda,
Santa Lucía,
Santa Inés,
Santa Cecilia,
Santa Catalina,
Santa Anastasia,
} *Ruega, etc.*
Todas las Santas Vírgenes y Viudas, *Rogad, etc.*

Todas las Santas y Santos de Dios, — *Rogad, etc.*
Senos propicio; Perdónanos, Señor.
Senos propicio; Escúchanos, Señor.
De todo mal, — *Líbranos Señor.*
De todo pecado, — *Líbranos, etc.*
De tu ira, — *Líbranos, etc.*
De súbita é improvista muerte,
De las asechanzas del diablo,
De ira, de odio y de toda mala voluntad,
Del espíritu de fornicación,
Del rayo y de la tempestad,
De muerte perpetua,
Por el misterio de tu santa Encarnación,
Por tu venida,
Por tu nacimiento,
Por tu bautismo y santo ayuno,
Por tu Cruz y Pasión,
Por tu muerte y sepultura,
Por tu santa Resurrección,
Por tu admirable Ascensión,
Por la venida del Espíritu Santo Consolador,
Líbranos, Señor.
En el día del juicio, — *Te rogamos óyenos.*
Los pecadores,
Que nos perdones,
Que nos indultes,
Que te dignes guiarnos á la verdadera penitencia,
Te rogamos

Que te dignes regir y conservar tu Santa Iglesia,
Que te dignes conservar en la santa religión al Sumo Pontífice y á todos los órdenes eclesiásticos,
Que te dignes humillar los enemigos de la santa Iglesia,
Que te dignes dar paz y verdadera concordia á los reyes y príncipes cristianos,
Que te dignes conceder paz y unión al pueblo cristiano,
Que te dignes confortarnos y conservarnos en tu santo servicio,
Que eleves nuestros entendimientos á los deseos celestiales,
Que á todos nuestros bienhechores recompenses con bienes sempiternos,
Que libres de condenación eterna nuestras almas y las de nuestros allegados y bienhechores,
Que te dignes dar y conservar los frutos de la tierra,
Que te dignes conceder eterno descanso á los fieles difuntos,
Que te dignes oírnos,
¡Oh Hijo de Dios!

Te rogamos óyenos.

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, — Perdónanos, Señor.
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, — Escúchanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, — Ten misericordia de nosotros.
Cristo, óyenos.
Cristo, escúchanos.
Señor, ten misericordia de nosotros.
Cristo, ten misericordia de nosotros.
Señor, ten misericordia de nosotros.
Padre Nuestro que estás en los cielos, etc.
℣. Y no nos dejes caer en tentación.
℟. Mas líbranos de mal.
℣. Haz salvos á tus siervos.
℟. Dios mío, que esperan en tí.
℣. Sé para nosotros, Señor, una torre de fortaleza.
℟. Contra el enemigo.
℣. No tenga ninguna ventaja sobre nosotros el enemigo.
℟. Y el hijo de la iniquidad no pueda dañarnos de algún modo.
℣. ¡Oh Señor! no te portes con nosotros según lo merecen nuestros pecados.
℟. Ni nos recompenses según nuestras iniquidades.
℣. Hagamos oración por nuestro Pontífice (N).
℟. El Señor le conserve y le dé vida y le haga feliz en la tierra, y no le entregue en manos de sus enemigos.
℣. Hagamos oración por nuestros bien hechores.

℟. Dígnate, Señor, de dar vida eterna á los que nos hacen bien, por tu santo nombre. — Amén.
℣. Hagamos oración por los fieles difuntos.
℟. Dales, Señor, el eterno descanso: luzca para ellos la luz perpetua.
℣. En paz descansen. — ℟. Así sea.
℣. Hagamos oración por nuestros hermanos ausentes.
℟. Haz salvos á tus siervos, Dios mío, que esperan en ti.
. Envíales, Señor, tu auxilio desde el santuario.
℟. Y desde Sión defiéndelos.
℣. Oye, Señor, mi oración.
℟. Y mi clamor llegue á ti.

OREMOS.

Omnipotente y sempiterno Dios, que dominas á los vivos y á los muertos y te apiadas de todos aquellos que por su fe y sus obras sabes que han de ser tuyos; suplicámoste humildemente que por la clemencia de tu piedad, siendo intercesores todos tus santos, consigan perdón de sus culpas, aquellos por quienes deliberamos hacerte estas plegarias; tanto los que aún detiene en la carne el presente siglo, como los que ya desnudos del cuerpo llevó el futuro.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo.— Amén.

℣. Oye, Señor, mi oración.

℟. Y mi clamor llegue á ti.

℣. El Señor Omnipotente y misericordioso nos oiga.

℟. Así sea.

℣. Las almas de los fieles, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

℟. Así sea.

TRISAGIO PARA ALABAR

Á LA BEATÍSIMA TRINIDAD

como se practica en la Iglesia de Franciscanos de Bogotá.

℣. *Domine labia me aperies.*

℟. *Et os meum anuntiabit laudem tuam.*

℣. *Deus in adjutorum meum intende.*

℟. *Domine ad adjuvandunt me festina.*

Gloria Patri etc.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Trinidad Santísima, en esencia una, pura é individual, Padre, Hijo y Espíritu Santo, único objeto de todo nuestro amor, adoración y culto; yo os adoro, creo y confieso como á Padre, reconociéndoos por mi Autor, Conservador y

origen benéfico de mi ser: como á Hijo tributándoos las más gratas efusiones de amor y ternura por mi Redentor: como á Espíritu Santo fervorizando mi corazón en castos incendios y anhelando unirlo con Vos, principio inagotable de caridad. Yo deseo, bien sumo, divinidad inefable, y unidad incomprensible, incorporar mi voz y mis afectos entre los ardores supremos y cánticos misteriosos de los Querubines y Serafines, para celebrar el trisagio inmortal con que resuena vuestro nombre santo, terrible y adorable, por toda la extensión del Empíreo. Yo me anonado á los pies de vuestra soberana grandeza, que llena de majestad y de gloria los inmensos espacios de los Cielos y la esfera de la tierra. Yo me abismo en mi profunda nada y me humillo vergonzosamente con la improbidad de mis delitos; todo confundido y congojado, me duelo, me arrepiento y me pesa por haber ofendido á vuestra omnipotente y amabilísima Majestad. ¡Oh Eterno Padre! Apiadaos de esta criatura vuestra, formada á vuestra imagen y semejanza. ¡Oh Verbo encarnado! rociad con vuestra sangre esta infeliz alma envilecida toda en el pecado. ¡Oh Paráclito amoroso! Infundid en mi pecho los más activos sentimientos de la contrición para que pueda dignamente alabar vues-

tra unidad gloriosa é inefable Trinidad, y así pueda merecer lo que humildemente os pido, y es, la firmeza de mi fe, la integridad en la Religión, la certeza en mi esperanza, el ardor en la caridad, la remisión de mis pecados, el logro de estas indulgencias, la paz y tranquilidad de la Iglesia y del Estado, la protección de vuestra clemencia, que me ponga á cubierto de los males y calamidades que nos afligen, la destrucción del cisma, del error y de la herejía, el triunfo contra los enemigos de nuestra fe y religión, la reunión de ellos y de los pecadores al verdadero culto y penitencia; el descanso de las almas del Purgatorio, vuestra gracia y bendición. — Amén.

HIMNO.

Ya el sol ardiente se aparta,
Luz perenne en la Unidad,
Difúndela en nuestros pechos
¡Oh Trinidad inmortal!

En la aurora te alabamos,
Á la tarde y entre día,
Y pedimos que en los Cielos
Nuestras voces se repitan.

Al Padre y también al Hijo,
Y á ti, Espíritu divino,
Alabanzas os sean dadas
Por los siglos de los siglos.—Amén.

Se dice tres veces Gloria Patri, etc. Luego

se reza un Padre Nuestro gloriado y la siguiente

ORACIÓN AL PADRE.

Santo y Santísimo Padre Eterno, centro de toda santidad, infinitamente Santo en Vos mismo, y limpio de toda la impureza de las criaturas: Santo también en todas vuestras obras, de las cuales ni una hay que no sea perfecta: haced ¡oh mi principio y fin mío! que comprenda bien mi corazón la ceguedad que es, el persuadirme que bajo un Dios tan santo y tan justo, se puede encontrar feliz el que vive pecador!

Se dice tres veces: Santo, Santo, Santo, etc., el Padre Nuestro gloriado y la siguiente

ORACIÓN AL HIJO.

Santo y Santísimo Hijo de Dios, que nacéis del entendimiento de vuestro Padre entre los resplandores de los Santos: Santo y perfecto modelo de toda Santidad, á la cual deben conformarse todos los Santos. Haced ¡oh mi Dios de Sión! que amando vuestra Santidad con todas las fuerzas de mi espíritu, suspire sólo por la luz de aquel día, en el cual necesitado á amaros, os amaré cuanto debo.

Se repite por tres veces el Santo, Santo, etc.; se reza el Padre Nuestro gloriado y la siguiente

ORACIÓN AL ESPÍRITU SANTO.

Santo y Santísimo Espíritu de amor, don del Altísimo, centro de las dulzuras y de la felicidad del mismo Dios, ¡ qué atractivo es para una alma el verse en el abismo de vuestra bondad y toda llena de vuestras inefables consolaciones! ¡Oh, si una sola gota de ellas es tan gustosa, cuánto más será cuando Vos mismo las derramáis como un torrente sin medida y sin reserva, hablándome más claramente en el seno de vuestra gloria! ¡Oh qué trato! ¡qué belleza! ¡qué luz!

Se vuelve á repetir el Santo, Santo, Santo, y luego se dice lo que sigue :

ANTÍFONA.

A ti Dios Padre Ingénito, á ti Hijo Unigénito, á ti Espíritu Santo Paráclito, Santa individua Trinidad, de todo corazón te confesamos, alabamos y bendecimos; á ti se dé la gloria por infinitos siglos de los siglos. — Amén.

℣. *Bendigamos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.*

℟. *Alabémosle y ensalcémosle en todos los siglos.* — Amén.

Señor Dios uno y trino, dadnos continuamente vuestra gracia, vuestra caridad y la comunicación de Vos, para que

en tiempo y eternidad os amemos y glorifiquemos. Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo en una deidad por todos los siglos de los siglos.—Amén.

GOZOS.

Dios uno y Trino á quien tanto
Arcángeles, Querubines:
Ángeles y Serafines
Dicen: Santo, Santo, Santo.

Porque sois uno en esencia
Y Trinidad en personas,
A cuyos pies sus coronas
Rinde toda inteligencia;
Y porque vuestra presencia
Inspira el gozo y encanto,
Angeles y Serafines, etc.

Porque sois Padre fecundo,
Que gozándoos abeterno,
Engendráis un Hijo tierno
Como fué el que vino al mundo
Con respeto el más profundo
Trinando el Cielo en su canto,
Ángeles y Serafines, etc.

Porque sois Verbo divino,
Semejante é igual al Padre,
Y porque elegiste Madre
Para encarnar peregrino
Y elevar nuestro destino
Al paraíso del encanto,
Ángeles y Serafines, etc.

Porque sois llama inmortal,
Espíritu puro increado,
Solamente dimanado
De amor paterno y filial,

Consolador del mortal
Que yace anegado en llanto,

Ángeles y Serafines, etc.

Porque vuestra Omnipotencia
De todo el mundo admirada,
Saca seres de la nada,
Y conserva su existencia,
Reproduciendo la esencia
De los entes con espanto,

Ángeles y Serafines, etc.

Porque es tu esencia infinita,
Todo un misterio y arcano,
Un piélago soberano
Que todo lo deposita ;
Y porque nada limita
Tu luz numen Sacrosanto,

Ángeles y Serafines, etc.

Porque sois suma bondad,
Amor personalizado
En dones inagotado
Que perdonas la maldad,
Y porque en la eternidad
En tu amor te gozas tanto,

Ángeles y Serafines, etc.

Porque sois por excelencia,
Santo Dios fuerte, inmortal,
Líbranos de todo mal,
Por esta beneficencia
De tu divina clemencia
Que clama nuestro quebranto,

Ángeles y Serafines, etc.

Dios uno y Trino á quien tanto
Arcángeles, Querubines,

Ángeles y Serafines, etc.
Dicen: Santo, Santo, Santo.

ANTÍFONA.

Bendita sea la Santa é individua Trinidad que todas las cosas cría y gobierna, ahora y siempre, por infinitos siglos de los siglos. — Amén.

℣. Bendigamos al Padre, y al Hijo con el Espíritu Santo.

℟. Alabémosle y ensalcémosle en todos los siglos.—Amén.

ORACIÓN.

Omnipotente y sempiterno Dios, que te dignaste de revelar á tus siervos en la confesión de la verdadera fe, la gloria de tu eterna Trinidad, y que adorasen la unidad en tu augusta Majestad; te rogamos, Señor, que por la firmeza de esta misma fe, nos veamos siempre libres de todas las necesidades y peligros, por Cristo Nuestro Señor.— Amén.

ORACIÓN

PARA IMPLORAR LA MISERICORDIA DE DIOS

en la época presente, sacada del capítulo 13 del sagrado libro de Esther.

Señor Dios Rey Omnipotente, en vuestras manos están puestas todas las cosas, y si queréis salvar á vuestro pueblo, nadie puede resistir á vuestra voluntad.

Vos hicisteis el cielo y la tierra y todo cuanto en ella se contiene; Vos sois el dueño de todas las cosas: ¿quién podrá, pues, resistir á vuestra majestad? Por tanto, Señor Dios de Abraham, tened misericordia de vuestro pueblo, porque nuestros enemigos quieren perdernos y exterminar vuestra herencia. Así, Señor, no despreciéis esta parte que redimisteis con el precio de vuestra sangre. Oíd, Señor, nuestras oraciones, sed favorable á nuestra suerte; levantad el azote de vuestro enojo, y haced que nuestro llanto se convierta en alegría, para que viviendo alabemos vuestro Santo Nombre y lo continuemos alabando eternamente. — Amén.

Se concluye con la estación.

DEPRECACIÓN MUY DEVOTA

EN GRANDE OBSEQUIO

DE LA SANTISÍMA TRINIDAD

Sacada de la Escritura divina y de escritores sagrados y píos.

Padre Eterno, Omnipotente Dios.

Se responde: Toda criatura te ame y glorifique.

Verbo Divino, Inmenso Dios.

Espíritu Santo, Infinito Dios.

Santísima Trinidad y un solo Dios verdadero.

Rey de los Cielos, inmortal é invisible.

Criador, Conservador y Gobernador de todo lo criado.

Vida nuestra, en quien, de quien y por quien vivimos.

Vida divina y una en tres personas.

Cielo divino, de celsitud majestuosa.

Cielo supremo, del Cielo oculto á los hombres. Sol divino é increado.

Círculo perfectísimo de capacidad infinita.

Manjar divino de los Ángeles.

Hermoso iris, arco de clemencia.

Luz primera y triduana, que al mundo ilustras.

Soberano y divino Fulgor Triluz.

Lumbre inaccesible de incomprensible esplendor.

Sumo bien, triple, útil, honesto y fecundo.

Pomposo árbol de hermoso pimpollo y fruto.

Vara florida de raíz fecunda.

Árbol divino, que al que te mira llenas de felicidades.

Vid sagrada de tres bellos pimpollos.

Camino alto que guía al Empíreo.

Torre fortísima de defensa y ofensa contra el infernal enemigo.

Triple cordón, sagrado nudo indisoluble.

Vía láctea de luz infinita.

Piélago insondable de profundidad inmensa.

Espejo limpísimo de divinos respetos.
Mística y eminentísima corona de oro.

Arca soberana del Santuario Supremo.

Perla candidísima de valor infinito.

Gigante brazo, que con tres dedos sostienes todo el mundo.

Espada formidable contra el pecador impenitente.

De todo mal de alma y cuerpo.

Se responde: Líbranos, Trino Señor.

De todo pecado y ocasión de culpas.

De vuestra ira y enojo.

De repentina y de improvisa muerte.

De las insidias y cercanías del demonio.

Del espíritu de deshonestidad, y su sujestión.

De la concupiscencia de la carne.

De toda ira, odio y mala voluntad.

De plagas, pestes, hambre, guerra y terremotos.

De tempestades en la mar ó en la tierra.

De enemigos de la fe Católica.

De nuestros enemigos y sus maquinaciones. De la muerte eterna.

Por vuestra unidad en Trinidad, y Trinidad en unidad.

Por la igualdad esencial de vuestras Personas.

Por la alteza de Misterio de vuestra Trinidad.

Por el inefable Nombre de vuestra Trinidad.

Por lo portentoso de vuestro Nombre uno y Trino.

Por la virtud creativa común á toda vuestra Trinidad, con que dais ser y conserváis todo lo que tiene ser.

Por vuestra admirable obra de la Encarnación del Verbo Divino en las entrañas de su Madre Virgen perpetua.

Por la ostentación de vuestra Trinidad en unidad que hicisteis al formar al hombre á vuestra imagen.

Por la gracia con que en el bautismo renováis esta imagen vuestra.

Por la revelación de vuestra Trinidad á Abraham visitándole en su casa.

Por lo mucho que os agradan las almas en ser devotas de vuestra Trinidad Beatísima.

Por el grande amor con que libráis de males á los pueblos, donde hay algún devoto de vuestra Trinidad amable.

Por la virtud divina que en los devotos de vuestra Trinidad Santísima reconocen los demonios contra sí.

Nosotros pecadores.

Se responde: Te rogamos, óyenos.

Que acertemos á resistir al demonio con las armas de la devoción á vuestra Trinidad.

Que hermoséis cada día más, con los coloridos de vuestra gracia, vuestra imagen que está en nuestras almas.

Que todos los fieles se esmeren en ser muy devotos de vuestra Santísima Trinidad.

Que todos consigamos las muchas felicidades, que están vinculadas para los devotos de vuestra Trinidad inefable.

Que al confesar nosotros el misterio de vuestra Trinidad, se destruyan los errores de los infieles.

Que todas las ánimas del Purgatorio gocen mucho refrigerio, en virtud del Misterio de vuestra Trinidad.

Que os dignéis de oírnos por vuestra piedad.

℣. Trinidad Santisima, oye nuestra oración.

℟. Nuestro clamor á Ti llegue.

OREMOS.

Señor Divino, Trino y Uno, dadnos continuamente vuestra gracia, vuestra caridad y la comunicación de Vos, para que en tiempo y eternidad, os

amemos y glorifiquemos. Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, en una Deidad. ¡Oh Trinidad Divina! ¡Oh Unidad en Trinidad! ¡tres personas distintas en una misma Deidad! Glorificado seáis por toda la eternidad. Amén.

María Auxilio de los Cristianos.

Para que quedéis, niños míos, bien enterados del origen y propagación de esta fiesta, es menester sepáis, que en el año de 1571 los turcos, amenazando invadir á la Europa entera y asolarla, el gran Pontífice Pío V, para refrenar su temible poder y ferocidad, consiguió reunir contra ellos un ejército de valerosos italianos.

Juan de Austria con muchos otros ilustres y valientes guerreros italianos unidos en santa alianza bajo la bandera, que llevaba en oro la imagen de Jesús crucificado y enviada por el Pontífice, fueron presurosos á defender los dere chos de la Iglesia y de la sociedad.

Después de un triduo de ayunos y públicas suplicaciones, estos jóvenes y valerosos soldados acercáronse todos á los Santos Sacramentos, é invocando el nombre de María, Auxilio de los Cristianos,

el 5 de Octubre en la ensenada de Lepanto, acometieron á los turcos.

Después de un encarnizado combate, en que visible apareció el auxilio de Dios y de María Santísima, fué muerto el capitán del enemigo. Entonces la confusión y el espanto invadió por toda flota musulmana, que cayó en poder de los cristianos, quienes á los gritos de vivas á María, enarbolaron la bandera de Jesucristo. El Pontífice Pío V, quien, estando en su cuarto en oración, había sido del Cielo avisado de la milagrosa victoria, para perpetuo recuerdo, quiso se añadiesen en las letanías Lauretanas la invocación y título de « *María Auxilium Chistianorum* » y se celebrara el 5 de Octubre la solemnidad de Nuestra Señora de la Victoria. Más tarde, con motivo de haber sido libertada Viena del sitio de los turcos en 1763, fué erigida en Baviera la primera cofradía de María Auxiliadora, en reconocimiento de tan gran favor, y con famosa rapidez difundióse esa devoción por Alemania é Italia. En fin, Pío VII, por haber sido libertado de injusta opresión á principios de este siglo, estableció la fiesta de María Auxiliadora el día 24 de Mayo.

La devoción á María Sma. bajo ese título, cada día se fué aumentando, por

la eficacia de esta invocación y por los prodigios, que al fin dieron origen al santuario magnífico de Spoleto, y al de Turín en 1865, á donde acude gran número de fieles devotos, aun de los más remotos paises. El Sumo Pontífice de s, m. Pío IX, con breve 5 de Abril de 1870, erigió en Archicofradía el Santuario de Turín, enriqueciéndolo con muchas indulgencias.

NOVENA

Á MARÍA AUXILIO DE LOS CRISTIANOS

I. Oh María, auxilio poderoso de los cristianos que se acercan llenos de confianza al trono de vuestra misericordia, oíd los ruegos de vuestros hijos, que imploramos vuestro poderoso socorro á fin de poder hûír del pecado y las ocasiones de pecar.

Ave María, etc. Gloria, etc.

II. María Santísima, Madre de bondad y misericordia, quien á menudo con vuestro visible patrocinio, libertasteis al pueblo cristiano de los asaltos y ferocidad de los Musulmanes : libertad, os suplicamos, nuestras almas de los acometimientos del demonio, del mun-

do y de la carne; y haced que podamos en toda tiempo alcanzar completa victoria sobre nuestros enemigos.

Ave María, etc. Gloria, etc.

III. Poderosísima Reina del Cielo, quien sólo pudisteis triunfar de las herejías, que intentaban arrancar á tantos hijos del regazo de nuestra madre la Iglesia, socorrednos, oh María, á fin de que guardemos firme nuestra fe y puros nuestros corazones, en medio de tantas insidias y veneno de tan perversas doctrinas.

Ave María, etc. Gloria, etc.

IV. Querida Madre María, quien en el triunfo del Gran Pío mostrásteis vuestro eficaz patrocinio, desplegad vuestro manto sobre toda la Iglesia, y especialmente sobre su augusto Jefe el Sumo Pontífice, defendedle en cada momento de los ataques de sus enemigos, libradle de sus aflicciones, asistidle siempre, para que pueda dirigir segura al puerto la navecilla de San Pedro, triunfando de las oleadas que amenazan sumergirla.

Ave María, etc., Gloria, etc.

V. Amantísima Madre, vuestro divino Hijo os ha hecho dueña de su poder infinito, y no por algunos desgraciados

solamente, sino por todo el mundo, para toda la cristiandad. Ea, pues, Auxilio de los cristianos, echad una mirada sobre la tierra. ¡Ah! ¡llega al extremo la maldad y desolación! El infierno hace nuevas conquistas, las almas se pierden y caen en el abismo por la impiedad que domina y la irreligión que triunfa. Oh María, acudid en ayuda del pueblo cristiano, aplastad el enemigo de vuestro nombre y del de vuestro Hijo Jesús, humillad al soberbio y orgulloso seductor de las almas; domine la piedad y triunfe la virtud.

Ave María, etc. Gloria, etc.

VI. Humildísima Virgen María, el mundo traidor arrastra á una muchedumbre de cristianos con seductores halagos; el interés es casi el único resorte de las acciones humanas, todo lo inunda el fraude y el engaño; una sed frenética de placeres impuros consume á todos los estados y edades, y por colmo de desdicha, el respeto humano tiraniza á los mismos buenos. ¡Oh María! nuestro poderoso auxilio, apiadaos de tantos males, libradnos de estos peligros; otorgadnos valor para el desprendimiento de las cosas terrenales y desapego de las criaturas, reine en todos la caridad y la justicia, con aquella forta-

leza que despedaza las viles cadenas del respeto humano.

Ave María, etc. Gloria, etc.

VII. No seáis, Madre de misericordia, insensible á los dolores de la Iglesia, menospreciada en su doctrina y en sus sacramentos. No permitáis sea derramada en balde la Sangre preciosísima de vuestro divino Hijo. No se gloríe Lucifer por más tiempo. Iluminad á los ciegos que la persiguen, fortaleced á los débiles, que no la defienden. Baste ya de dolores y amarguras, baste ya de opresión é indiferencia. Brille, oh María, vuestro poder sobre la tierra; sea glorificada por Vos y acatada la religión, observada la ley divina y eclesiástica, para que os alaben y gocen los hombres por infinitos siglos.

Ave María, etc. Gloria, etc.

VIII. Oh María, Madre de Dios y Madre nuestra amantísima, de Vos se ha dicho: *todo poder se le ha dado en la tierra y en el Cielo;* se ha dicho también que os presentáis al trono del Altísimo, no como esclava, sino como soberana, no como quien pide, sino como quien manda. Ea, pues, Abogada universal, que á nadie desecháis. Abogada poderosísima, á quien nada rehusa el Todopoderoso, á Vos clamamos desde el

abismo de nuestras miserias en que estamos sumidos; alejadnos todo mal del alma y del cuerpo, el pecado y sus castigos; amparadnos á todos, Reina y Madre nuestra. Bajo vuestro imperio ponemos nuestros bienes, nuestros corazones, almas, potencias, sentidos, vida, todo cuanto tenemos: en Vos, después de Jesús, estriba toda nuestra confianza. Sed nuestro amparo y nuestra defensa por el curso de toda nuestra vida.

Ave María, etc. Gloria, etc.

IX. Piadosísima Madre, quien en todos tiempos os desvelasteis en ser verdaderamente la auxiliadora de los cristianos, asistidnos con vuestro poderosísimo patrocinio, en vida y especialmente en el terrible trance de la muerte, y alcanzadnos la perseverancia final. ¡Ah! no nos dejéis ni un solo instante, hasta que felices con Vos, cantemos vuestras glorias y las misericordias de vuestro Hijo en el Cielo, por eternidad de eternidades.

Ave María, etc. Gloria, etc.

℣. Dignare me laudare te, virgo secreta.

℟. De mihi virtutem contra hostes tuos.

OREMUS.

Omnipotente et misericors Deus, qui ad defensionem populi christiani in beatissima Virgene Maria perpetuum auxilium mirabileter constituiste, concede proppitius, ut tali praesidio muniti, certantes in vita, victoriam de hoste maligno, consequi valeamus in morte. Per Christum, etc.



TERCERA PARTE

VARIAS DEVOCIONES

Y

DIFERENTES ORACIONES

PARA LAS DIVERSAS CIRCUNSTANCIAS

Y ESTADOS DE LA VIDA.



Venid á mí todos los que gemís bajo el peso de vuestras miserias, que Yo os aliviaré.

EL DÍA FELIZ

DEDICADO

AL SANTÍSIMO CORAZÓN DE JESÚS.

ADVERTENCIA.

Entre las prácticas que usan algunas personas piadosas para honrar al Sagrado Corazón de Jesús, una es llamada el Día Feliz, que tuvo su origen en los monasterios de la Visitación. La V. M. Margarita de Alacoque, escogida de Dios para dar á conocer al mundo, la antigua y utilísima devoción del Sagrado Corazón de Jesús, á fin de acostumbrar á sus novicias á que tengan siempre delante de sus ojos el divino Corazón, les daba una imagen pequeña en que el mismo Sagrado Corazón se dejaba ver entre llamas como el Fénix, y aquella imagen pasaba diariamente de unas á otras. La religiosa que tenía este tesoro, lo llevaba todo el día secretamente en su corazón, haciéndole especiales obsequios, y á estos días llamaba felices.

Las religiosas en sus monasterios y las personas particulares pueden practicar esta devoción; y si lo hacen, esperen infaliblemente el premio que Dios

les concederá así en la vida como en la muerte, según la promesa hecha á su Esposa.

Para facilidad y mayor provecho de esta práctica, se advierte lo siguiente:

1.° Que todas las personas que forman la Congregación, que no será menos de treinta, tendrán el presente librito y una imagen del Corazón. Las que tuvieren proporción, pueden mandarla hacer de oro ó plata, y llevarla al cuello principalmente el día que les hubiere tocado en suerte; y las que no, pueden tener un cuadro ó estampa del Corazón de Jesús y ponerlo en donde más patente esté á la vista, para dirigirle todos los afectos y visitas que tuvieren que hacer en todo el día.

2.° Que todas las personas congregadas procuren hacer especiales obsequios al Corazón de Jesús, todos los viernes primeros de cada mes y el día en que se celebre su sagrada festividad. Para esto pueden comulgar, oír misa, ó hacer cualquier acto de consagración ó súplica, según las oraciones que se contienen en este mismo libro, y cada uno puede elegirlo, según su necesidad.

3.° Que las que por cualquiera causa no pudiesen hacer esta práctica en el día que les fuere señalado por la suerte, lo avisen inmediatamente, para que se

supla por otra persona, y no quede vacío ese día.

4.° Las que cómodamente y sin faltar á sus deberes pudieren tener retiro espiritual el día señalado para este ejercicio, practíquenlo; y cuando no, eviten todo bullicio y disipación, á fin de que se hagan con más fervor estas prácticas, y tengan cabida en nuestro corazón el silencio, la mortificación, la modestia y las demás virtudes que reinan en el Corazón Santísimo de Jesús.

DÍA FELIZ

En la víspera de este día se hará una visita al Santísimo Sacramento, y después el examen siguiente, á fin de qué el alma á vista de sus defectos se disponga mejor para las prácticas del siguiente día, y alcance de Jesús, verdadero médico de las almas, el remedio que exigen sus males.

EXAMEN.

El Corazón de Jesús es santo: ¿lo es el mío? ¿Cuál es el grado de santidad á que ha llegado?

El Corazón de Jesús es caritativo: ¿la caridad impera en mi corazón?

El Corazón de Jesús es humilde: ¿y en el mío se ha establecido esta virtud?

El Corazón de Jesús es puro: ¿cuido yo de conservar en el mío esta tan preciosa virtud?

El Corazón de Jesús es sufrido: y ¿yo cuántas veces me impaciento cada día?

El Corazón de Jesús se desprendió de todo: ¿y el mío busca honra, placeres, comodidades y cuantos más bienes hay en la vida?

El Corazón de Jesús es piadoso: ¿y yo tomo parte en las aflicciones y penas de mi prójimo?

El Corazón de Jesús arde siempre en el fuego del divino amor: ¿y en el mío se encuentra siquiera una chispa de este amor?

Concluído el examen se reza la siguiente

ORACIÓN.

¡Oh Dios mío! ahora que conozco la enormidad de mis delitos y miserias, ¡cuántos motivos tengo para gemir y llorar! Vuestro Corazón, dulce Jesús mío, debe ser mi modelo; pero ¿qué semejanza hay en vuestro Corazón y el mío que está lleno de tibieza, de infidelidad, de rebeldía, de ingratitud y de soberbia? ¡Oh Corazón sagrado de mi Dios! no me abandonéis como lo tengo merecido; sed siempre mi asilo y la fuente de mi refrigerio. Acogedme

sin tardanza; pues mis mayores maldades me hacen más digno de vuestra compasión. Dadme un dolor agudo, vivo y penetrante, que rasgando mi corazón, abra en él la entrada á vuestras gracias y santas inspiraciones; dadme una resolución firme, absoluta y eficaz para no cometer en toda mi vida ni un solo pecado, y evitar todas las infidelidades que tanto os desagradan. Concededme, Dios mío, lo que os pido, y sostened mi corazón, cuya flaqueza os es tan conocida; haced que primero me falte la respiración y la vida, antes que deje de amaros. Virgen Santísima, á Vos me acojo, para que me alcancéis mi perfecta conversión y la perseverancia en el divino servicio: haced por vuestra intercesión que amando á Dios en toda mi vida le goce por los siglos sin fin. — Amén.

Al despertar al siguiente día:

Jaculatoria. — Bendito sea mil veces el amante Corazón de mi dulce Jesús Sacramentado.

Luego entre las primeras oraciones del día y dirigiéndose con el corazón y los ojos hacia la Iglesia más inmediata á su casa, rezará lo siguiente:

En aquella hostia consagrada está mi amable Redentor, el mismo que está glorioso en los Cielos, sentado á la dies-

tra de Dios Padre : allí está rogando por mí y ofreciendo por mi salud y remedio su Corazón, y todos los méritos de su santísima vida, pasión y muerte. ¡Ay Jesús mío! ya voy á agradeceros tanta fineza : conducidme, Angel de mi guarda, llevadme á presentar al autor de mi vida, y guiadme hacia mi Madre la Virgen María, protegiéndome contra todos mis enemigos.

Cuando ya estuviere en la Iglesia hará delante del Santísimo Sacramento la siguiente

CONSAGRACIÓN

AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

¡Ay mi Jesús y mi Dios! ¡Qué confianza siente mi alma cuando considero que Vos estáis tan cerca de mí! ¡Qué amor! ¡qué afabilidad y qué ternura experimenta mi corazón cerca del vuestro! Ya nada temo, porque vos seréis mi mediador ante vuestro Padre, mi guía en mi peregrinación, mi consejero en las dudas, mi consuelo en las aflicciones, mi fortaleza en los combates, mi alivio en el dolor, y mi único amparo contra todos mis enemigos. Hacedme, pues, Corazón santísimo, digno de vuestro amor y de vuestro amparo. Dadme un corazón agradecido, penitente y contrito : un corazón resignado á vuestra santa voluntad, y lleno de amor

divino; y para que tal sea mi corazón, hoy os lo consagro nuevamente y lo dedico todo á vuestro servicio. Por mil motivos es vuestro mi corazón : cuando me criasteis sacándome de la nada: cuando moristeis en la Cruz por restituírme la salud y la vida eterna; cuando me reegendrasteis en el bautismo y cuando por mí instituísteis ese Sacramento de amor, ya os constituísteis dueño y Señor de mi corazón. Tomad, pues, Señor, lo que es vuestro; tomad mi corazón, y para que el mundo no os lo vuelva á quitar, escondedlo dentro de vuestro mismo Corazón, y conservadlo allí hasta el último instante de mi vida.

Sí, Corazón de mi dulce y amoroso Padre, ya yo soy todo vuestro, así como Vos sois todo mío, y quiero que lo seamos en tiempo y eternidad. ¡Oh corazón mío, qué feliz suerte es la tuya! Ya no eres mío sino de quien te crió : alaba, bendice y engrandece á tu Dios y Señor que te amó desde la eternidad; y ahora lleno de los más tiernos sentimientos, dile á Jesús : Corazón Santísimo de mi Redentor, yo os adoro, alabo y glorifico como lo hacen los ángeles y santos en el Cielo; yo protesto que deseo en este día daros toda honra y alabanza en cada una de mis acciones

por mínimas que sean. Yo os ofrezco, humilde y rendido, todos mis pensamientos, obras y palabras, y espero, por vuestra gracia, que todo os sea agradable. A Vos consagro en este día todos los ejercicios y afectos de los justos, los corazones y el amor de todas las criaturas, las alabanzas que os dan en el Cielo y en la tierra, las misas que se celebren en todo el mundo, las comuniones, penitencias y demás buenas obras que hoy os consagraren todos los fieles; y es mi intención unirlo todo con vuestros sagrados méritos, á fin de que todo sea á mayor honra y gloria vuestra y bien de mi alma. Amén.

Se harán inmediatamente los demás ejercicios diarios, y la meditación se consagrará al Santísimo Sacramento, tomando para ella cualquiera de los puntos que están á la página 299, y el que se quiera leer en cualquier otro libro.

Después de la oración mental y cuando el sacerdote se prepara para salir al altar á decir la santa Misa, dirá esta

ORACIÓN.

Mi alma sólo descansa cuando os alaba, dulce Jesús mío, y si no puedo pagaros con obras tantos beneficios vuestros, os dirigiré siquiera mis afectos y palabras.

Porque tanta es vuestra ternura, beneficencia y amor, que toda vuestra vi-

da la empleasteis en beneficio nuestro:
Bendito seáis, dulce Jesús.
Porque nacisteis pobre y humilde, tomando un corazón semejante al nuestro, inclinado siempre á amarnos:
Bendito seáis, dulce Jesús.
Porque á los enfermos y afligidos les dabais pronta salud y consuelo:
Bendito seáis, dulce Jesús.
Porque con grandes trabajos y fatigas buscasteis por montes y valles á las ovejas perdidas para enseñarles el camino del Cielo:
Bendito seáis, dulce Jesús.
Porque con animoso valor cargasteis nuestros pecados, y disteis vuestra vida por nuestro rescate:
Bendito seáis, dulce Jesús.
Porque con indecible fineza nos dejasteis vuestro Cuerpo y Sangre en el adorable Sacramento del Altar:
Bendito seáis, dulce Jesús.
Porque lleno de caricias visitáis los corazones de los pecadores convertidos, y estrechamente abrazáis los corazones devotos, humildes y fervorósos:
Bendito seáis, dulce Jesús.
Ángeles del Cielo, vosotros que visteis y aun veis todas estas maravillas obradas por el Santísimo Corazón de Jesús, acompañadnos en nuestras alabanzas y sacrificios: venid, espíritus

celestiales, y formad con nosotros un solo coro, para que la voz de nuestras súplicas llegue al trono mismo donde reina el Corazón de Jesús: hacednos participantes del divino fuego en que vivís abrasados, para que tributemos homenajes dignos al divino y manso Cordero, que por nuestra salud va á ser inmolado sobre nuestros altares.

Derramad vuestras gracias y bendiciones, dulce Jesús, en el corazón de aquel vuestro ministro que se acerca al Trono de vuestra Majestad: dirigid sus pasos, gobernad sus acciones y llenadlo de vuestro divino espíritu: limpiadlo de toda mancha, defendedlo de los asaltos de sus enemigos, hermoseadlo con vuestra gracia, y adornadlo con la castidad y pureza: herid su corazón con agudas saetas de dolor y arrepentimiento y hacedlo digno de cantar vuestras alabanzas y celebrar este augusto sacrificio, compendio admirable de todos los Misterios de vuestra vida. Iguales gracias os pido, amorosísimo Jesús, por todos los sacerdotes que en esta hora ó en este día celebraren la Santa Misa. Convertid á los que estuvieren en pecado mortal, encended á los tibios, consolad á los afligidos, fortaleced á los débiles, enseñad á los ignorantes, y asistid en todas sus necesida-

des espirituales á los directores de las almas, comunicándoles fortaleza, caridad, celo y paciencia con las luces necesarias para que no sean engañados por el enemigo de nuestras almas. Haced, en fin, que reinando en vuestros pastores y en vuestros fieles el amor y la penitencia, os sirvamos en esta vida para gozaros en la eterna.—Amén.

Se oirá la Misa, uniendo su espíritu con los ángeles del Cielo, á quienes ha convidado ya para que le acompañen, y después de elevada la sagrada Hostia, dirá esta

ORACIÓN.

Allí, en esa Hostia tenéis, Padre Eterno, el Sagrado Corazón de Jesús y dentro de él están los tesoros de su Omnipotencia y de su amor, de los que me hizo dueño vuestra infinita clemencia. Allí está la paga de todos vuestros beneficios, la satisfacción de todos mis delitos, la honra que injustamente usurpé y toda la gloria de que sois digno. Aceptad esta oblación que por mí os hace Jesucristo, que es vuestra misma substancia; él es el sacerdote, él es la víctima; él es el que ruega y pide por mí: Señor, sednos propicio.

Acabada la Misa, comulgará, y entre las demás oraciones que acostumbre decir para prepararse, no omitirá la siguiente

ORACIÓN.

¿Quién es el que llama á la puerta de mi alma? Ay, ¡ya conozco la voz! Es mi amado, mi dulce Jesús, el que viene á visitarme; es el Hijo de Dios Omnipotente, es mi Padre, mi Maestro, mi amigo y mi soberano Médico el que se acerca á mí. Venid, amoroso Rey, venid suspiro de mi alma, venid caritativo Padre, venid sin demora, porque ya desfallezco de amor. Ya oigo vuestra voz, y percibo que me decís: *Hijo, dame tu corazón.* Estas palabras, Señor, me enloquecen de amor: llamáis HIJO al que ni aun merece el nombre de siervo y esclavo. Pero si tanta es vuestra bondad, Jesús queridísimo de mi alma, que pedís mi corazón, el más inmundo y asqueroso, el más duro é ingrato, yo os lo entrego todo sin reserva ni temor; pues la dulzura y fineza con que me lo pedís, y las tiernas palabras con que lo hacéis, ya no me dejan fuerza para resistir. Sí, Jesús mío, vuestro es ya mi corazón, tomad posesión de él; fijad en su centro el trono de vuestro amor, purificadlo de sus manchas, santificadlo en sus afectos, sacadlo de su fría indiferencia, defendedlo en sus combates, consoladlo en sus penas, y desprendiéndolo de todo apego humano, unidlo

enteramente á Vos. Éstas son las gracias y favores que de vuestro Corazón espero recibir en esta santa Comunión. Venid ya, Corazón divino, apresurad el paso, que ya mi pecho se abre para recibiros. Venid y abrasadme en vuestro fuego para que perezca en mí todo lo que no es vuestro. Matad y destruid mis pasiones y apetitos para que Vos sólo viváis y reinéis en mí. Angeles del Cielo, venid y preparad mi corazón, que es el palacio que el divino huésped ha elegido para su habitación. Santos todos del Cielo, venid y acompañadme en el recibimiento del Soberano Monarca, y con vuestros obsequios y alabanzas, encubrid mis faltas. María, Madre de clemencia, haced con vuestros ruegos, que yo alcance hoy de vuestro hijo, una mirada de amor, que sea la señal de conseguir las promesas eternas. — Amén.

Al terminar la acción de gracias:

¡Ay Jesús mío! con qué ternura me tratáis en vuestras dulces visitas: parece que os olvidáis de Vos mismo, por atender sólo á mí; pues con vuestra presencia desaparecen mis aflixiones y trabajos. ¿Qué sería de mí sin estas visitas? Con ellas respira mi corazón y se fortalece mi alma. Y ¡qué bálsamo

es el que sale de vuestro herido Corazón para curar las llagas del mío! ¡Oh medicina celestial! ¡qué enfermedad no desaparece con vuestra aplicación! Si mi corazón está sucio, Vos lo limpiáis; si está herido, lo sanáis; si está débil, lo alentáis; tanta es la eficacia de vuestra Sangre, divino Jesús. Haced, pues, Dios mío, que esta Sangre obre en mí según la plenitud de su poder. ¡Oh Corazón de mi divino Redentor! habéis venido á mi pobre casa y no os dejaré salir de ella sin que me dejéis rico de vuestro amor; mi corazón os pide una limosna de amor divino y no me la negaréis porque sois bondad infinita. Quedaos dentro de mí para que yo repita mil veces:

Ay Señor, ¡qué amable corazón tenéis!

Retirada ya en su casa la persona que haga este ejercicio, deberá guardar un continuo recogimiento, y entre sus ocupaciones domésticas, no olvidar el beneficio que le ha concedido el Corazón de Jesús. Se ejercitará, en obsequio de este divino Corazón, en alguna de las obras de misericordia, sean espirituales y corporales. Las visitas siguientes deben hacerse en la Iglesia, si se puede, y si no en su cuarto delante de la imagen del Corazón de Jesús. Estas visitas se repartirán para todo el día, y las jaculatorias que se ponen al principio de cada una deben repetirse constantemente en el intervalo de una á otra visita.

PRIMERA VISITA.

Después de persignarse, hará el siguiente

ACTO DE CONTRICIÓN.

Corazón Santísimo de Jesús, detesto todos mis pecados, tan sólo por ser ofensas vuestras; propongo, ayudado de vuestra gracia, no cometerlas más.

JACULATORIA. — Corazón Sagrado de mi Rey y de mi Padre, poseedme y alentadme.

La Comunión espiritual y este acto de contrición se harán en todas las visitas.

ORACIÓN.

Corazón Santísimo de Jesús, yo os adoro y bendigo porque sois el Corazón de nuestro Rey, nuestro Padre y nuestro protector; perdonadme la ingratitud y el olvido con que he pagado vuestras finezas y vuestro amor. Perdón, Señor, que me estremezco al confesar mi fea culpa. ¡Cómo he estado yo en la presencia del Santísimo Sacramento! ¡Ay Jesús mío! quisiera sepultarme en la tierra; pero si me retiro de Vos, ¿quién me ha de perdonar? Sois tan bueno, Señor, que aun me brindáis vuestro amor; y sin acordaros de las faltas que yo he cometido ante vuestra real y divina presencia, dando libertad y desenvoltura á mi pensamiento, á mi

corazón y á todos mis sentidos, me abrís más vuestro corazón y me convidáis á entrar en él. Permitidme que alabe ese Corazón Sacramentado, con quien he sido tan descontento, y haced que le sirva yo hasta la muerte; y para que esto pueda yo conseguir, enviad á mi alma una bendición de perdón y misericordia. — Amén.

Corazón de Jesús, santuario de la divinidad: *inflamad mi corazón en el divino fuego en que os abrasáis.*

SEGUNDA VISITA.

Jaculatoria. — Corazón Sagrado de mi Maestro y guía, enseñadme y conducidme.

ORACIÓN.

¡Corazón de mi Redentor! ante Vos haré la confesión de mis culpas, y voluntariamente me acusaré de reo y criminal para que me perdonéis. Cuántas veces he asistido al Santo Sacrificio de la Misa con tanta disipación, que ni advierto el que vos, Jesús mío, habéis bajado del Cielo! Perdón, Señor. Con cuánto respeto y reverencia, con cuánta modestia y atención he tratado á las criaturas del mundo; y ante Vos, Rey de la gloria, cuán descortés he sido, pues tal vez ni os he saludado. Mas ahora que advierto tan fea falta, humil-

demente, os pido perdón; apiadaos de mí, y de todos los que como yo os hayan agraviado en el Santo Sacrificio de la Misa. Muy locos somos en ofenderos; pero os pedimos, Jesús bondadosísimo, que por vuestro divino Corazón, tan amante de los hombres, aunque indignos, nos perdonéis tanta desatención y nos concedáis un rayo de vuestra luz, para conoceros como lo merecéis. — Amén.

Corazón de Jesús, templo de la divinidad : *inflamad, etc.*

Corazón de Jesús, tesoro inagotable : *inflamad, etc.*

Corazón de Jesús, nuestra paz y consuelo : *inflamad, etc.*

TERCERA VISITA.

JACULATORIA. — Corazón de mi divino médico, curadme.

ORACIÓN.

¡Cómo os agradeceré, Corazón divino, tantos beneficios vuestros! Me llamasteis á vuestra mesa, cuando ni á los ángeles concedisteis tal fortuna. ¡Qué felicidad ha sido la mía, buen Jesús! os habéis hospedado en mi pecho. Mas, ¡qué horror! ¡Convidaros á la casa de mi alma, para crucificaros de nuevo! Perdón Jesús mío, perdón; dejadme morir á vuestros pies, antes que me precipite

el grande horror de mi delito. Muera yo, Señor, pero de modo que mi muerte sea el triunfo de vuestra justicia, y el efecto de vuestra misericordia. Corazón de Jesús, haced con vuestro poder que cesen ya vuestras afrentas y tormentos, y que nadie en el mundo os reciba como yo, con el corazón frío é indiferente. Comunicad á todos, los ardores de vuestra caridad y los incendios de vuestro amor, para que seáis alabado y servido en la tierra como lo sois en el cielo. — Amén.

Corazón de Jesús, modelo de todas las virtudes : *inflamad, etc.*

Corazón de Jesús, infinitamente santo : *inflamad, etc.*

Corazón de Jesús, infinitamente dulce : *inflamad, etc.*

CUARTA VISITA.

Jaculatoria. — Corazón Sagrado de mi Juez, perdonadme.

ORACIÓN.

¡ Qué confusión, Dios mío, cuando me acerco á vuestra presencia y contemplo el amor y paciencia con que os dejáis exponer en la sagrada hostia para recibir nuestros insultos! Cuando Pilatos os presentó al pueblo, éste os negó el perdón y gritó; crucificadle; y nosotros

cuántas veces hemos imitado tan bárbara inhumanidad. ¿ Y es posible, Señor, que Vos conociendo las ofensas que habíais de recibir en el Santísimo Sacramento, no dejaseis de obrar tanta fineza? Y ¿es posible que nosotros sin respetar vuestra divina presencia, nos abandonemos á tantos excesos? Perdonadnos, Señor, tan fea desatención; haced que la bondad de vuestro divino Corazón triunfe de nuestra ingratitud. Sirva nuestra miseria de título á vuestra clemencia y que nuestro duro corazón excite más la ternura del vuestro. Amén.

Corazón de Jesús, infinitamente sufrido : *inflamad, etc.*

Corazón de Jesús, tan saciado de oprobios : *inflamad etc.*

Corazón de Jesús, refugio de pecadores : *inflamad, etc.*

QUINTA VISITA.

Jaculatoria. — Corazón de mi Redentor, salvadme.

ORACIÓN.

Corazón de Jesús, escuchad mi débil voz. Cuando yo os tenia tan olvidado, Vos me llamabais con suavísima voz y me deciais : *Vuelve á mí, ingrato; dame tu corazón, acepta mi amistad, para que yo pueda enriquecerte con los teso-*

ros de mi amor. ¿Es posible Dios mío, que tanto os hayáis interesado por una vil criatura como yo? Justo era que yo, como oveja perdida, buscara á mi Pastor; pero que Vos, siendo el ofendido, solicitaseis primero mi amistad, es lo que me pasma de admiración. ¡Ay Dios mío! ¡quién creyera esto! ¡ni quién tal cosa pudiera esperar! ¡Oh qué amable Corazón tenéis, dulce Jesús mío! Cuantos años tengo de razón, otros tantos llevo de criminal; pues á cada instante buscaba mi precipicio y quería librarme de vuestra mano que me defendía; no ha habido momento en que no haya herido vuestro divino Corazón, con las duras saetas de mi ingratitud. Pero triunfasteis, Señor, bendito seáis: ya me habéis hecho cautivo vuestro; ya me tenéis preso con los lazos de vuestro amor; atadme más, para que nunca ni aun piense alejarme de Vos. Y ahora confundido por mi antigua dureza y rebelión, os pido me perdonéis el mal uso que he hecho de vuestra gracia, y dadme un corazón pronto á seguir vuestras aspiraciones y atento á vuestra voz. Jesús mío, ya soy todo vuestro; para vos solo quiero vivir y por Vos quiero morir, para que seáis eternamente el objeto de mi amor. Amén.

Corazón de Jesús, sostén de los débiles : *inflamad, etc.*

Corazón de Jesús, consuelo de los afligidos : *inflamad, etc.*

Corazón de Jesús, perseverancia de los justos : *inflamad, etc.*

Llegada la noche, se terminará este ejercicio con el siguiente

ACTO DE DESAGRAVIO

AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

¡ Corazón amabilísimo de mi Redentor, abrasado por mi amor infinito ! Yo os adoro y venero en la Sagrada Eucaristía, y con la más profunda veneración me postro ante Vos con el ánimo de reparar cumplidamente las gravísimas injurias, ofensas, sacrificios, irreverencias, ingratitudes y olvido con que los hombres corresponden á vuestro amor. Mi corazón llora amargamente al ver tales menosprecios con que es ultrajado vuestro honor. Detesto mis pecados y los de todos los hombres, y principalmente los que se cometen en los templos ante vuestra divina presencia : quisiera con lágrimas amargas, con suspiros tiernos, con actos de perfecta contrición y aun con la sangre de mis venas satisfacer á vuestra Majestad y lavar la fea mancha de tan negras abominaciones cometidas contra Vos. Pero

á lo menos os ofrezco, Corazón santísimo, en reparación de tantos agravios, todas las adoraciones y alabanzas, todos los afectos y buenas obras que practican en vuestro obsequio las almas fieles que viven en la tierra, y los espíritus bienaventurados que con Vos reinan en el Cielo. Aceptad Señor, en desagravio de nuestras ofensas, tan precioso don como el que os ofrezco. Por mi parte prometo, ayudado de vuestra gracia, ser más devoto y constante en vuestro servicio, modesto y recogido en los templos, pronto en agradaros, celoso en buscaros amantes adoradores, y cuidadoso, en fin, de acreditar con mis obras que Vos sois el único amor de mi alma. Sí, Corazón divinísimo, salud de los que esperan en Vos, haced que en nuestros corazones arda el fuego del vuestro, ahora y para siempre.

¡Oh Corazón de María, trono de la caridad, de la misericordia y de la paz! Yo me atrevo á presentaros mi corazón aunque indigno, para que lo llenéis de vuestro amor y del de Jesús. Abridme vuestro Corazón y dadme en él un lugar para que allí descanse el mío; haced que yo guste la dulzura de vuestro Corazón santo, manantial de misericordia y de amor; comunicadme vuestras santas virtudes, para que con ellas

agrade á Jesús, vuestro Hijo, que os crió tan grande, tan amable y santo. ¡Oh Corazón de María! sed mi consuelo en las penas de esta vida, y mi refugio en la hora de mi muerte. Amén.

OFRECIMIENTO

DE NUESTRO CORAZÓN AL DE JESÚS, QUE SE HACE CINCO VECES AL DÍA.

1.° — *Al levantarse.*

¡Oh mi Jesús Sacramentado!
Consuelo de las almas y alegría;
El corazón os doy y el alma mía.

2.° — *Al alzar la hostia.*

¡Oh Jesús! á quien vuestro amor
Á hospedaros en las almas os envía;
El corazón os doy y el alma mía.

3.° — *Al mediodía.*

¡Oh Jesús ofendido y ultrajado
De judíos y herejes cada día!
El corazón os doy y el alma mía.

4.° — *Al tocar las Ave Marías.*

¡Oh Jesús, de sacrílegos cristianos
Recibido con bárbara osadía!
El corazón os doy y el alma mía.

5.° — *Al acostarse.*

¡Oh Jesús, en los templos solitario
Sin haber quien os haga compañía!
El corazón os doy y el alma mía.

Los siguientes modos de morar en el Sagrado Corazón de Jesús, están repartidos para todos los días de la semana, á fin de que la persona que haga **El Dia Feliz** adopte aquel que corresponde al en que hace dicho ejercicio.

DOMINGO.

Considerarás el Corazón de Jesús abierto y ardiendo en vivas llamas de amor. Entrarás allí y te considerarás como un pedazo de hierro puesto á la fragua. Así como el fuego consume y quita toda la escoria que tenía el hierro, así tú, colocado dentro del divino Corazón, fragua ardientísima de amor, te purificarás de todas las manchas de los pecados, y ese fuego sagrado consumirá la vida sensual y te hará vivir vida de puro amor. *Hoy harás actos de fe, esperanza y caridad.*

LUNES.

Te mirarás como un reo digno de muerte; pero que sinceramente arrepentido, deseas satisfacer á tu Juez. Con estos sentimientos entrarás en el Corazón de Jesús y te encerrarás en esa cárcel de amor. Allí participarás de las amarguras con que se vió inundado el Sagrado Corazón, durante la pasión del Salvador; en especial te acordarás de aquella terrible congoja que padeció en el Huerto en vista de

tus pecados, de tus infidelidades y de tus resistencias á sus llamamientos. Promete estar toda tu vida encerrado en esta cárcel, en donde no se concede más libertad que para amar, ni más vida que la del puro amor. ¡ Cuidado! ¡ no profanes morada tan sagrada con alguna infidelidad ó pecado! *Hoy practicarás la virtud de la paciencia.*

MARTES.

Considerarás el Corazón de Jesús como una escuela en que se aprende la ciencia del amor perfecto. Tú, necesitado de esta ciencia, éntrate á esta escuela y hazte discípulo de ella. Piensa con detención y frecuencia que quien se hace discípulo de esta escuela, tiene que olvidar todo lo que se opone á la ciencia que en ella se enseña; y que al amor divino se opone todo lo que no es amor de Dios. Procura aprovechar en esta sublime ciencia, y ten entendido que el modo de aprovechar es, vaciando tu corazón de todo afecto terreno, de toda afición mundana, y practicando la lección que allí se da en estos términos : *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.* ¡ Ay de ti, si en esta divina escuela no aprendes á ser manso y humilde, y no te aprovechas en la única ciencia, la del puro amor

de Dios! *Hoy practicarás las virtudes de humildad y mansedumbre.*

MIÉRCOLES.

Te considerarás en medio de un mar tempestuoso y lleno de escollos. Para no naufragar en él, persuádete que no hay navío más seguro que el Corazón de Jesús. Entrate allí, mas ten entendido que el piloto en este navío es el amor. Mientras él te guíe nada tienes que temer : él te hará evitar los más formidables escollos que en este mar se encuentran ; y para que los conozcas, será bien que te diga que ellos son el amor propio, la vanidad y la adhesión á la propia voluntad. ¡ Alerta ! que si das en estos escollos, tu naufragio será cierto. *Hoy practicarás la virtud de la obediencia.*

JUEVES.

Considerarás el Corazón de Jesús como una sala de festín, á la que un amigo convida á su amigo predilecto. El amigo es Jesús, y tú el feliz convidado. Entra, pues, y goza de las delicias que te tiene prevenidas, delicias que exceden á todo lo que se puede desear y pensar. Allí se te dará el deleitable vino de amor, vino que haciendo gozar dulzuras inexplicables, inspira tedio y

horror á los deleites que el mundo ofrece. El amigo que te recibe es tan liberal, como tiernamente amoroso. El te dirá : « Amigo querido, ven y escucha, todo cuanto es mío es tuyo : mis méritos, mis llagas, mi sangre, mis dolores, mi mismo Corazón, todo te lo doy ; pero la liberalidad debe ser recíproca ; ¿qué me das tú? no te pido sino tu corazón, pero entero, sin reserva ni partición. Tu amor, sí : tu amor solicito pero sin división. » Bien : ¿te resistirás á tan justa demanda : ¡Feliz, mil veces feliz, aquel que da á Jesús esto que le pide y del modo que lo pide! *Hoy practicarás la virtud del desprendimiento.*

VIERNES.

Considerarás á Jesús puesto en la Cruz, como una madre amorosa que te ha parido dentro de tu mismo corazón con infinitos dolores. Considérate á ti mismo como un niño en los brazos de su madre, donde halla su consuelo y seguridad. Descansa, pues, allí con paz, sin inquietud ni desconfianza. Guárdate de decir, ¿qué será de mí? El Corazón divino lo prevé todo por ti y este basta. Amale en el instante presente, ámale con ardor y no temas por lo futuro. ¿Qué corazón amante ha sido jamás desamparado? Procura en este día des-

cuidarte de todos los sucesos de tu vida, olvídate de todo, reservándote sólo el amor. ¡ Bienaventurado el que no piensa sino en amar, no habla sino de amor y todo lo hace servir como de pábulo para atizar en su corazón el sagrado fuego de amor! *Hoy practicarás la virtud de la resignación.*

SÁBADO.

Considerarás el Corazón de Jesús como una ara santa en que debe ofrecerse un magnífico sacrificio. La víctima eres tú, Jesús el sacrificador, y el amor el fuego que debe consumir la víctima. Ofrécete gustoso y ponte sobre esa divina ara. El Santísimo Sacramento te degollará espiritualmente, haciendo morir en ti la vida sensual; y después consumiéndote en el fuego de amor, te hará resucitar con una nueva vida, toda espiritual. No le opongas resistencia, no; si aborreces al mundo y sus falsas máximas, si no escuchas los engaños de Satanás, si renuncias tu amor propio y sus pretensiones, serás la víctima escogida para este admirable sacrificio. ¡ Feliz el que fuere escogido! él podrá decir con verdad : ¡ ya no vivo yo, Jesús vive en mí, y esto lo ha hecho el amor! *Hoy te ejercitarás en especiales obsequios á María.*

MÁXIMAS.

¿Quién se internará más en la sagrada morada del Corazón de Jesús?
El más humilde y menospreciado.

¿Quién poseerá mejor el Sagrado Corazón? — El que desnude el suyo de todo afecto terreno.

¿Quién será más acariciado por el Corazón divino? — El que más mortifique sus sentidos y pasiones.

¿Quién merecerá ser amado con predilección por el Corazón santísimo?
El que más ame á Dios y al prójimo, y se ejercite en obras de misericordia.

¿Quién será mejor enseñado por el Corazón de Jesús?
El que más guarde silencio.

¿Quién tendrá más poder en el Corazón del Salvador?
El que renunciando de veras su propio juicio y voluntad, obedezca con perfección.

FIN DEL DÍA FELIZ.

PUNTOS DE MEDITACIÓN

para las personas que no tengan otro libro de donde poderlos tomar.

ORACIÓN PREPARATORIA.

Divino Jesús mío, dejadme llegar á vuestros pies para contemplar las mara-

villas de vuestro amor; y para que pueda hacerlo, encended mi frialdad, destruíd mi dureza é inflamad mi corazón; haced que arda en mi pecho el fuego que Vos dijisteis que habíais venido á encender en la tierra; aquí estoy, Dios mío; obrad en mí según el poder de vuestra gracia y de vuestro amor; obrad en mí según los sagrados deseos de vuestro ardientísimo Corazón. Amén.

PRIMER PUNTO.

Considera que Jesús en el Santísimo Sacramento es el divino Azuero, que desde el trono de su gloria inclina el cetro de su misericordia sobre los depravados pecadores, á quienes sufre con inalterable paciencia tantas injurias y oprobios; pasan años y más años y Jesús no suspende la lluvia benéfica de los divinos auxilios, siempre toca á la puerta del más duro corazón, y por todas partes le tiende lazos amorosos, ya llenándole de favores, ya comunicándole santas inspiraciones ó haciéndole escuchar las formidables amenazas de su ira. En esta contienda de convertir al mayor pecador, persevera Jesucristo veinte, sesenta ó más años, y Jesús no desiste, ni su paciencia se cansa, ni su constancia desfallece. ¡Oh, cuánto amor! Nuestros corazones inconstantes y lige-

ros con facilidad se cambian y se mudan, pronto se irritan y se alteran con la menor desatención que reciben, aunque sea del mayor y más tierno amigo; pero Jesucristo, el más poderoso Rey, después de verse tan ofendido por nosotros, nos manifiesta el mismo amor. Ea, pues, alma mía : acógete á Jesús, que te franquea el perdón, y para librarte del lago de tus miserias te convida á entrar en el arca de su divino Corazón. No tardes en seguirlo, pues te llama, y no sea que estas voces que oyes sean las últimas que te dirige.

SEGUNDO PUNTO.

Considera que Jesús en el Santísimo Sacramento es el amoroso Pastor que está velando día y noche, cuidando nuestras almas para que no las arrebate el lobo infernal. Es cosa que pasma ver los amorosos disfraces que toma para asegurar nuestra eterna felicidad. Las almas por muchos años suelen ir corriendo á su perdición, alejándose cada vez más del centro de su felicidad, que es Dios ; pero Jesucristo, como amoroso Pastor, las va siempre siguiendo. Considera aquí la constancia, el amor, el sufrimiento y la paciencia de este divino Pastor; no le desalientan las porfías del alma, no entibian su amor las inju-

rias, no se muda con las ofensas, no se cansa con los estorbos, ni se rinde con la dulzura que por instantes crece en las almas que de él se alejan; espera uno y muchos años, y persiste dando voces amorosas hasta ver si á él se vuelven; y cuando el alma, rendida ya, se deja tomar de tan amoroso Pastor, éste no la reprende, sino que la pone sobre sus hombros y la conduce á su redil, en donde la alimenta con el manjar celestial, que es cuerpo y sangre. Bendito sea nuestro divino Pastor.

TERCER PUNTO.

Considera que Jesús en el Santísimo Sacramento es nuestro tierno, constante y fiel amigo, que siempre nos acompaña y nos consuela. No ha habido corazón que nos haya amado tanto como el Corazón de Jesús, las llamas de amor en que se abrasa no tiene término ni semejanza. Jesús es el amigo más liberal que tanto estima á los hombres y los acaricia por el más leve motivo. *Yo no os llamaré siervo sino amigo, porque los siervos no saben lo que hace su Señor; pero yo os he dado parte de todo lo que mi Padre me comunicó;* como si dijera, para vosotros no hay secreto, porque yo os descubro todo mi Corazón. ¡Oh Dios mío! qué expresiones tan tiernas

de amor y de amistad, Jesús es el amigo que se complace de todos : ama al que le teme y al que le ofende : acaricia á los buenos y sufre á los malos; cuida de los presentes y de los futuros, pues para todos ha preparado y ordenado su mesa. Jesús es el amigo más sufrido y constante; pues aunque le falten y le sean ingratos, aunque le desprecien en su mismo rostro y de su misma constancia tomen motivo para despreciar su amor, Jesús permanece firme y busca á sus enemigos hasta en la muerte misma. ¡Quién Señor, ha visto amor como éste! ¡Ay, Jesús mío! quiero ya morir de amor : ¡oh! y ¡qué feliz sería tal muerte!

CUARTO PUNTO.

Considera que Jesús en el Santísimo Sacramento, es el divino y celestial Médico, que habiéndonos librado de la muerte eterna con el precio de su vida, aun cura nuestras heridas con el bálsamo de sus Sacramentos, y repara nuestra salud con el saluble pan de su preciosísimo Cuerpo. Jesús, inocentísimo, tomó sobre sí la culpa del primer hombre, y los pecados de todos los mortales, y se expuso á toda la ira del Omnipotente indignado y ofendido. Jesús quiere ser sólo la víctima, y que so-

bre él descargue todo el golpe de la espada que debía exterminar á todos los mortales. ¡Oh, qué grandeza de Corazón! Mas viendo el Redentor que los hombres poco agradecidos á sus beneficios, habían de cometer nuevos delitos, por los que deberían ser excluídos de la herencia eterna, á la que les había dado derecho con los tormentos de su muerte, quiere nuevamente favorecer á sus enemigos y deja en el seno de la Iglesia los siete Sacramentos, como vasos que contienen su divina Sangre para lavar todos los pecados de los hombres. ¡Alma mía! alaba y bendice la magnanimidad y grandeza del Corazón de tu sapientísimo Médico, que te ha curado tu grave y mortal enfermedad, y aun se ha preparado el remedio para tus recaídas. ¡Ay Jesús mío! ojalá mi pecho y mi alma suspirasen sólo por Vos, sin tener yo más vida que para amaros. — Amén.

Se insertan las siguientes prácticas para que las almas devotas tengan con qué obsequiar al Corazón de Jesús. Estos ejercicios pueden hacerse todos los viernes ó al menos los primeros de cada mes; ó si las ocupaciones lo permiten, pueden, con consejo de sus directores, hacerlas todos los días.

ROSARIO

EN HONOR DEL CORAZÓN DE JESÚS

y por las tres horas que estuvo en la cruz.

PRIMERA PARTE.

Corazón sagrado de Jesús, inmolado en la Cruz por nuestro amor : os amo y adoro de todo corázón.

Repítase esto cinco veces, y al fin dígase:

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, por el adorable Corazón de Jesús.

SEGUNDA PARTE.

Corazón sagrado de Jesús, que residis en nuestros altares, por nuestro amor : os amo y adoro de todo corazón.

Repítase cinco veces, y al fin dígase :

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por el adorable Corazón de Jesús.

TERCERA PARTE.

Corazón sagrado de Jesús, glorioso en el Cielo, á donde sin cesar nos convidáis; os amo y adoro de todo corazón.

Repítase como arriba: Gloria al Padre, etc.

OFRECIMIENTO.

¿Oh mi Jesús? tu vista y amor deseo,
Por ti me arrepiento y lloro,
Á ti me ofrezco, amo y adoro,

En ti espero, confío y creo :
Dulce Jesús de mi vida
El corazón te doy y el alma mía.

DEPRECACIONES

con que la Venerable Margarita de Alacoque desagraviaba á Dios irritado por los pecados del mundo.

PRIMERA.

Con toda la sumisión que merece vuestra soberana Majestad, ¡ oh Padre de mi Señor Jesucristo ! os presento el amor y los padecimientos con que dió á vuestra justicia plena satisfacción, muriendo entre infinitas amarguras en el escabroso madero de la Cruz, para que le quedase el brazo libre á vuestra misericordia. Por reverencia á todos los merecimientos de vuestro Salvador, os suplico, Padre Eterno, que no se malogre la eficacia de sus piedades en todos los que hoy especialmente están en desgracia vuestra.

SEGUNDA.

¡ Padre amabilísimo ! con todos los afectos de mi alma pongo á vuestros ojos el incendio en que se abrasa el fino amante Corazón de Jesús; y os ruego humildemente que al ardor de sus llamas se derrita el hielo de nuestros fríos é indiferentes corazones y se encienda nuestra tibieza.

TERCERA.

¡Padre de las luces y Dios de toda consolación! recibid aquella pronta voluntad con que vuestro Hijo Jesús, por sólo agradaros, agotó el amargo cáliz de la pasión: y por acrecentar vuestra gloria aun despues de resucitar glorioso, permanece en este mundo en el Sacramento del altar, expuesto á mil injurias, afrentas y sacrilegios, desamparos y olvidos de los hombres: concededme, Padre Santísimo, el que por cuantas vías me sea posible repare yo tales agravios. Amén.

SOLILOQUIOS DE UNA ALMA AFLIGIDA.

Me siento triste y condolido, dulce Jesús mío, y vengo donde Vos para que toméis parte en mi aflicción, pues Vos sólo podéis curar la llaga que carcome mi corazón. En lo humano no hay fuerza que me sostenga, y las criaturas muchas veces acibaran más mis penas; recurro, pues, á Vos, divino Corazón, y en esta abertura sagrada, símbolo del tierno amor que nos tenéis, establezco mi asilo, y en ella encontraré mi remedio.

Bien conocéis cuánto sufro, Salvador mío, y ya veis que mi vida es una vida de cruz, mis días son días de tribula-

ción, mi corazón es un océano de amargura, todos mis momentos me cuestan mil suspiros y mil lágrimas, y á cada paso encuentro duras espinas y precipicios; en tal estado, la aflicción, la tristeza, la amargura, la inquietud, el abatimiento, el temor, la desconfianza, son el duro pan con que se alimenta mi pobre espíritu y mi abatido corazón; y bien pudiera decirse que Vos, Dios mío, huyes de mi vista, y que en mí no ha quedado ni aun la sombra de virtud alguna, pues no veo en mi contorno sino oscuras tinieblas, abismos y confusiones.

Este es mi estado, Dios mío; y en él ¿no me daréis un consuelo? ¿me abandonaréis para siempre á mi fatal suerte? No, Dios clementísimo; Vos sois demasiado bueno, demasiado piadoso y dirigiréis sobre mí una mirada de misericordia. Yo la espero, Jesús mío, y no permitáis que retirándome de Vos sin tal consuelo, vaya á precipitarme en la desesperación; cuyo abismo veo abierto á mis pies. Abridme vuestro Corazón, que es el Corazón de un Padre tierno; compadeceos de los suspiros del mío, que es el de un hijo afligido.

Haced que calmen mis penas á vista de vuestros tormentos y de las angustias de vuestro Corazón. Toda vuestra

vida fué de sufrimientos y amarguras. ¿Y debo extrañar yo, que mi corazón sufra y padezca? ¡Ay, Dios mío! que llore y gima este mi corrompido corazón, y se alimente de sus tribulaciones y de sus lágrimas, pues hartos motivos tiene para padecer, cuales son los pecados y sus ingratitudes. Una sola gracia os pido, y ella es, que mis tribulaciones no sean mayores que mis fuerzas, pues temo mi flaqueza y ella me perderá si Vos no la sostenéis.

Bien conozco, Salvador mío, que á todos nos engendrasteis en el Calvario, en medio de vuestras lágrimas y de vuestra Sangre; á todos nos colocasteis al pie de vuestra Cruz, y para ser dignos de la gloria que nos alcanzasteis con vuestra muerte, debemos aquí participar de la herencia que nos dejasteis al morir, esto es, tu Cruz, tus penalidades y dolores. Padre mío crucificado, haced que yo sea digno hijo vuestro, hijo amante de vuestra pasión.

Cuán terrible llaga han abierto mis pecados en tu divino y amante Corazón; y aquellos pecados con que os ofendí, deben ser borrados con la penitencia. ¿Y no es grande felicidad la mía, el expiar en este mundo todos mis crímenes por medio de estas penalidades que me librarán de las penas eternas que me

recen mis maldades? ¡ Ay, Dios mío! si me hubieras llevado de este mundo en cierto tiempo, ¿cuál será mi suerte en este instante? Estaría ya bebiendo en la copa de vuestra cólera la hiel de vuestra venganza. Mas hoy, cuán diversa es mi suerte. Yo sufro, pero espero; sufro, pero os satisfago; sufro, pero expío mis delitos. Y así los trabajos y tormentos que sufro son las pruebas de vuestro amor, la manifestación de vuestra ternura y el deseo que tenéis de salvarme; ya veo, Señor, que me castigáis ahora para perdonarme después. Bendito seáis por vuestra excesiva piedad; y para que mis penas obren en mí el efecto que Vos os proponéis, dadme la gracia de saberlas llevar con grande resignación y conformidad.

Sí, Padre mío, haced que cesen ya mis quejas, que calme mi turbulenta agitación, y que por alguna parte respire mi oprimido corazón; abrid la puerta de la oscura cárcel en que me veo aprisionado, y mandadme un rayo de vuestra luz celestial. Oíd mis súplicas, y haced que mi corazón quede sumiso y resignado á vuestras santísimas disposiciones. Yo sufro, y Vos lo queréis así: que se cumpla, pues, vuestra voluntad y no la mía; me someto

á todo lo que dispusiereis de mí; yo cargaré mi cruz, tal y tan pesada como me la enviéis, y por el tiempo que determinéis.

Os ofrezco mis penas con un corazón contrito y humilde. Pequé, y merezco tal castigo; por mis culpas se ha armado contra mí vuestra justa venganza; castigadme, pues, despedazadme, abrasadme en esta vida, con tal que me perdonéis en la otra. Vuestra mano castigará al criminal; pero vuestro Corazón perdonará al penitente, porque vuestro Corazón siempre es el Corazón de un Padre misericordioso. Estos mismos trabajos que sufro son la prueba de vuestro amor; pues ellos son los medios de satisfacción que Vos me regaláis: me castigáis para salvarme, me abatís para ensalzarme, me atormentáis para perdonarme. Bendito y alabado sea para siempre vuestro Nombre. Yo recibiré mi cáliz de vuestras manos y bendeciré la ternura de vuestro Corazón.

Quiero tener una perfecta semejanza con Vos, Señor, sacrificado, afligido, ator mentado y agonizante en la cruz; con Vos quiero beber el cáliz de la amargura, con Vos quiero padecer y con Vos quiero morir en medio del dolor y abrazado de la cruz que me habéis señalado. Concededme esta gracia, para que sien-

do en esta vida amante de vuestra pasión, merezca en la otra la gloria de vuestra resurrección. — Amén.

SOLILOQUIOS DE UN ALMA EN SOLEDAD

Ya no os encuentro, Jesús mío; mi alma fugitiva os ha perdido, y no acierto con vuestra suavísima morada, ni con el camino que conduce á ella. Ahora en mí todo es noche, y noche que no me da esperanza de luz. ¡Cuánto tiempo ha, Dios mío, que no os veo, ni siento vuestra presencia, ni oigo vuestra voz ó no la conozco! Si miro los cielos, no encuentro más que nubes obscuras, no oigo más que truenos, no veo más que rayos. Si miro la tierra, no encuentro lo que busco, y todo me aflige. Si pongo en mí los ojos, ¡qué horror! todo me mata y me desconsuela. Dios se ha retirado, y tal vez se ha ausentado de mí, cansado de sufrirme, y por esto siento de mí tal horror, que quisiera huír de mí mismo si acaso pudiera.

Justo sois, Señor, y todo cuanto hacéis es la misma equidad: ahora me tenéis aquí postrado á vuestros pies: satisfaced en mí vuestra justa venganza. Merezco, Señor, ese castigo para que quede glorificada vuestra justicia. Pero una sola cosa

no quiero sufrir, dulce Padre mío, y es que no queráis estar conmigo: en esto no convengo, Dios de piedad; castigadme cuanto quisiereis, pero no quede este hijo vuestro privado para siempre de Vos: basta, Señor, basta de separación. Cesen ya vuestros enojos, por el Corazón Santísimo de Jesús, abrasado en amor de los pecadores. ¡Oh, cuánto os agrada tan divino Corazón! y por él todo lo conseguiré de vuestra piedad. Ea, Dios mío, calme ya vuestra indignación por la Sangre de Jesús, que es mi Padre, mi Salvador y mi Abogado, y si el mérito de su Sangre es menor que la malicia de mis pecados, aquí estoy, castigadme; pero si él os dió con su pasión y muerte más honra que la que yo os quité con mis iniquidades, de perdonarme tenéis, Dios mío, y así lo espero de vuestra justicia. No se ha oído jamás que Vos despreciéis las súplicas de un corazón contrito y humillado; pues aquí me tenéis gimiendo á vuestros pies y protestándoos que siento vivamente la pena que me causa vuestra ausencia. Sed propicio á mi dolor

SOLILOQUIOS DE UN ALMA TÍMIDA

Anímate y consuélate, alma mía, pues tienes compañero en tu cruz, y es una compañía que te honra, te anima y te alienta: vives crucificada y cada vez es mayor tu cruz, la que como es árbol, siempre crece. Pero mirad al que tenéis enfrente de ti: todavía es mayor su cruz que la tuya. El Hijo de Dios, afrentado y desnudo, y siendo inocente, sufriendo el castigo de los criminales, te enseña á padecer, sufrir y callar. Jesús, con mano amorosa, ha fabricado tu cruz, y tú, alma mía, con mano cruel formasteis la suya; pues no puedes negar que tus pecados lo arrastraron á tal suplicio. Jesús padece por tu bien, y tú padeces por tu mayor felicidad: justo es, pues, que ayudes en el trabajo á Jesús, y que le acompañes en esta cruz que te da.

No te aflijas, corazón mío, que más afligido estuvo el corazón de Jesús, cuando á la fuerza del dolor sudó sangre, cuando desde la Cruz exclamó y dijo: *Padre, ¿por qué me has desamparado?* Lo que Jesús padeció muriendo por ti, alma mía; las penas que por ti toleró no tienen expresión ni semejanza: ¿y es posible que tú te quejes?

¡Ay, Jesús mío, perdonadme! Yo fuí

el que pequé, y Vos cargáis con la pena debida sólo á mí: y para sufrir lo mucho que habéis sufrido, no teníais más delito que el quererme. Yo debía cargar todo el peso de la ira de vuestro Padre, pero Vos me rescatasteis. No tuvisteis, Jesús mío, en toda vuestra vida, un solo día sin tormentos; vivisteis lleno de aflicción y moristeis saciado de amarguras. Y ¿será razón que yo, siendo vuestro hijo, siervo y esclavo, no quiera padecer? ¡Ay, Señor! Perdonadme tal desconsideración, pues todo trabajo lo quiero sólo para Vos, y para mí el desahogo y regalo. Perdonadme, Jesús mío, tal atrevimiento, y sea este perdón el cumplimiento de vuestra bondad.

SOLILOQUIOS DEL ALMA QUE SE RESIGNA Y SE ENTREGA AL CORAZÓN DE JESÚS.

¡Ay Dios mío! si considero el mucho tiempo que me habéis buscado y la paciencia con que me habéis esperado, me lleno de confusión y vergüenza. Nunca me dejasteis tranquilo en el desorden; siempre vuestra gracia me predicaba la enmienda, me agitaba con mil turbaciones secretas, me despertaba con tantos remordimientos saludables, y de todos modos amargaba mis locos y falsos placeres; á todas horas me decías: hijo

mío, dadme tu corazón; no tardes en venir á mí, que pronto estoy á olvidar tus antiguas miserias é infidelidades, y á colmarte de nuevas gracias.

Tal ha sido vuestra bondad, ¡oh divino Corazón! pues ya me tenéis aquí, Dios de amor. Yo os ofrezco mi corazón, que es el corazón más culpable y el más indigno de todos; aceptadlo, Corazón Santo, y no atendáis á que mi corazón es tan poco digno de Vos. Todos mis sentimientos, todos mis afectos, todos mis deseos, serán vuestros de hoy en adelante; harto tiempo resistió mi corazón á vuestros llamamientos: lo entrego pues hoy, á quien lo formó, y por quien únicamente debió respirar toda su vida. Os doy mí corazón para siempre, sin reserva alguna, y quisiera tener en mi mano todos los corazones de los mortales para ofrecéroslos con el mío; pero al menos mi corazón á Vos sólo pertenecerá y Vos sólo lo poseeréis. Los cielos y la tierra son testigos de la palabra que os doy y del empeño que hago.

Haced ya de mí todo lo que os agrade; pues Vos sois el señor de mi alma, de mi cuerpo, de mis bienes, de mi salud, honra y vida: sois el dueño absoluto de mi ser. ¿Qué importa, Corazón santo, que yo me vea como Job, redu-

cido á un total desamparo de las criaturas? ¿Qué importa que me privéis de mis más preciosos bienes, como son mis manos y mis pies; que me vea reducido antes de morir á la pobreza, desnudez y miseria que hallaré en el sepulcro; qué importan todas las penalidades de la vida, si Vos inclináis vuestro amoroso Corazón á esta pobre criatura que tanto os ha ofendido? ¡qué feliz y dichoso sería yo, si con hacer en mí lo que es de vuestra Majestad más agradable y menos horrible! Corazón santo, haced que mi corazón y mi alma sean vuestros en tiempo y eternidad. — Amén.

SÚPLICAS DIARIAS Á LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA.

¡Oh divino Corazón de Jesús! yo os adoro con todo mi ser, y rendidamente os suplico seáis el reparador de mis defectos, el protector contra mis enemigos y el seguro asilo en la hora de mi muerte. Por las penas, gemidos, dolores y amarguras que por mí sufristeis en toda vuestra vida, concédeme, Corazón santísimo, un perfecto dolor de mis pecados, un vivo desprecio de todo lo visible, un ardiente deseo de la gloria y la perseverancia final de vuestra gracia. Iguales súplicas os dirijo por todas aquellas personas que están unidas con-

migo para adorar y obsequiar á vuestro Corazón. Compadeceos de todos los de nuestra congregación, y en especial del primero que haya de pasar de esta vida á la otra. Asistidlo, Corazón dulcísimo, en las agonías de la muerte, acogedlo en la llaga de vuestro costado, para que purificado en ella de toda mancha, logre subir á la patria celestial, y tengamos un intercesor más ante vuestro acatamiento.

Os suplico también, Corazón misericordiosísimo, por toda la iglesia nuestra madre, por todos los justos y pecadores, por todos los afligidos y agonizantes, y los más que viven en este mundo. Haced que no se malogre el precio de vuestra Sangre preciosa, sino que ella sea el remedio, la salud y la vida por todos los vivos difuntos.

¡Corazón amabilísimo de María! alcanzadme cuanto pido al Sacratísimo Corazón de vuestro Hijo Jesús; pues una sola insinuación vuestra, un suspiro de vuestro ferventísimo Corazón, basta para que todo lo consigamos y queden remediadas nuestras necesidades. No me neguéis esta gracia por cuanto debéis al mismo Corazón de vuestro Hijo Jesús, y por el amor que él os tiene y tendrá eternamente. Amén.

SÚPLICAS AL CORAZÓN DE JESÚS.

Corazón de mi buen Jesús, Verbo del Padre, convertidme.

Corazón de mi buen Jesús, Cordero de Dios, purificadme.

Corazón de mi buen Jesús, Maestro mío, enseñadme.

Corazón de mi buen Jesús, Refugio mío, defendedme.

Corazón de mi buen Jesús, Preceptor mío, dirigidme.

Corazón de mi buen Jesús, Paciencia mía, fortalecedme.

Corazón de mi buen Jesús, Salvador mío, salvadme.

Corazón de mi buen Jesús, Señor y Dios mío, poseedme.

Corazón de mi buen Jesús, camino, verdad y vida, vivificadme.

Corazón de mi buen Jesús, firmeza mía, sostenedme.

Corazón de mi buen Jesús, luz del mundo, iluminadme.

Corazón de mi buen Jesús, justicia mía, justificadme.

Corazón de mi buen Jesús, Mediador mío, santificadme.

Corazón de mi buen Jesús, Médico de mi alma, sanadme.

Corazón de mi buen Jesús, Juez mío, absolvedme.

Corazón de mi buen Jesús, sol de justicia, iluminadme.

Corazón de mi buen Jesús, paz mía, recreadme.

Corazón de mi buen Jesús, Rey mío, libradme.

Corazón de mi buen Jesús, Hijo de David, recibidme.

Corazón de mi buen Jesús, Santificación mía, lavadme.

Corazón de mi buen Jesús, Pan vivo bajado del Cielo, saciadme.

Corazón de mi buen Jesús, Padre mío, guardadme.

Corazón de mi buen Jesús, gozo mío, visitadme.

Corazón de mi buen Jesús, fortaleza mía, ayudadme.

Corazón de mi buen Jesús, protector mío, protegedme.

Corazón de mi buen Jesús, amor mío, mudadme.

Corazón de mi buen Jesús, propiciación mía, entre tus llagas escondedme.

Corazón de mi buen Jesús, vida eterna, en el número de tus escogidos recibidme.

Corazón de mi buen Jesús, gloria mía, glorificadme.

ORACIÓN.

Señor mío Jesucristo, haced que mi corazón se vista é inflame de las virtudes y afectos de vuestro santísimo Corazón, para que sea participante de vuestra redención y gloria, en la que vives y reinas por los siglos de los siglos. — Amén.

LETANÍA AL CORAZÓN DE JESÚS.

Señor, ten piedad de nosotros.
Cristo, ten piedad de nosotros.
Señor, ten piedad de nosotros.
Cristo, ten piedad de nosotros.
Señor, ten piedad de nosotros.
Corazón de Jesús, santuario de la divinidad : *Inflamad mi corazón en el divino fuego en que te abrasas.*
Corazón de Jesús, templo de la divinidad : *Inflamad, etc.*
Corazón de Jesús, pozo de sabiduría :
Corazón de Jesús, mar de bondad :
Corazón de Jesús, trono de misericordia:
Corazón de Jesús, tesoro inagotable :
Corazón de Jesús, paz y consuelo :
Corazón de Jesús, modelo de todas las virtudes :
Corazón de Jesús, infinitamente santo :
Corazón de Jesús, infinitamente dulce :
Corazón de Jesús, infinitamente humilde :
Corazón de Jesús, infinitamente sufrido:

Corazón de Jesús, infinitamente puro
Corazón de Jesús, infinitamente amable:
Corazón de Jesús, infinitamente obediente :
Corazón de Jesús, fuente de la vida eterna :
Corazón de Jesús, tan lleno de oprobios:
Corazón de Jesús, herido por nuestro amor :
Corazón de Jesús, triste en el huerto :
Corazón de Jesús, refugio de pecadores:
Corazón de Jesús, sostén de los débiles :
Corazón de Jesús, consuelo de afligidos:
Corazón de Jesús, perseverancia de los justos :
Corazón de Jesús, esperanza de los moribundos :
Corazón de Jesús, delicias de todos los santos : *Inflamad mi corazón, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh divino Jesús, que por un nuevo beneficio os habéis dignado abrir á vuestra Iglesia las riquezas inefables de vuestro Corazón, haced que nosotros podamos pagar amor con amor á este Corazón adorable, y que reparemos los ultrajes que diariamente recibe de tantos ingratos. Así os lo pedimos á Vos que vives y reinas por los siglos de los siglos. — Amén.

OFICIO

DEL

SACRATÍSIMO CORAZÓN DE JESÚS

ADVERTENCIA

Las diversas partes de que se compone este oficio, son siete y éstas se rezan de la siguiente manera : *Maitines*, por la noche antes de acostarse; *Prima*, *Tercia*, *Sexta y Nona*, por la mañana; *Vísperas* y *Completas*, por la tarde.

Los Salmos se han tomado de la Paráfrasis del Padre Scio, con las variaciones conducentes á nuestro objeto. Los Himnos se han compuesto, tomando idea de algunos del Breviario.

Las almas atribuladas hallarán su consuelo recitándolo con la debida disposición. Si sus ocupaciones no les dan lugar, pueden concluírlo en siete días, rezando una hora diaria; pero si á lo menos pueden rezarlo íntegro, los primeros viernes de cada mes, les será muy provechoso. Las personas que no sepan hacer oración mental, pueden también aprovecharse de él, para hacer las visitas del Santísimo Sacramento, cuando hagan el Día Feliz, rezando una hora en cada visita.

Á MAITINES

Padre Nuestro y Ave María.

℣. Señor, dignaos abrir mis labios.

℟. A fin de que mi boca publique dignamente vuestras alabanzas.

Gloria Patri, etc.

Invitatorio. — *El Corazón de Jesús nos ha amado desde toda la eternidad: venid, adorémosle.*

Repítase: El Corazón de Jesús, etc.

SALMO.

Venid á festejar el más santo de los corazones: venid á celebrar las glorias del divino Corazón, que es el único asilo y refugio que tenemos; con humildad profunda contempladlo dentro del sagrado pecho de Jesús, para dar principio á cantar sus alabanzas.

El Corazón de Jesús nos ha amado desde toda la eternidad: venid, adorémosle.

Adoremos y engrandezcamos el Corazón de aquel Señor, que es el Rey, el Dios grande y soberano sobre cuantos pudo fingir la ceguedad de las naciones. Adoremos y ensalcemos este Corazón bueno y misericordioso, que no rechaza las humildes oraciones de sus fieles servidores. No rechaza á los humildes que le adoran, sin embargo que tiene á su disposición los términos de la tierra, y á su vista está patente lo profundo de los valles, y las más encumbradas cima de los montes: *venid adorémosle.*

Venid con confianza, porque este mismo Corazón en la misma misericordia. No os rechazará, aunque es el Corazón

de aquel Dios á cuyo imperio se sujetan el mar y la tierra, los altos cielos y los profundos abismos. Venid, pues, á adorar este Corazón piadoso : *hinquemos las rodillas*, postrémonos en su presencia, y con humildes súplicas y dolientes lágrimas, imploremos su clemencia. No temáis ser desoídos, porque es el Corazón de Jesús, Dios nuestro, y nosotros somos su pueblo escogido, las ovejas de su rebaño, ovejas que él gobierna y apacienta por sí mismo.

El Corazón de Jesús nos ha amado desde toda la eternidad : venid, adorémosle.

¡Hermanos! ¿Deseáis saber por qué late fuertemente este divino Corazón? Si queréis conocer por qué padeció tanto mientras estuvo sobre la tierra, prestad oídos atentos y escuchad lo que os dice : « Mostradme ovejas mías, ovejas que escogí entre millares, mostradme un corazón dócil y blando, y no queráis imitar á los soberbios que rechazo, sino sed mansos y humildes como soy yo. »

Venid, adorémosle.

No imitéis al pueblo hebreo, al que por espacio de cuarenta años favorecí en el desierto: mas siendo ellos de duro corazón, jamás quisieron conocer mis caminos; y por esto juré por mí

mismo que no entrarían en mi descanso.

El Corazón de Jesús nos ha amado desde toda la eternidad : venid, adorémosle.

Gloria Patri, etc. V*enid, adorémosle.*

El Corazón de Jesús nos ha amado desde toda la eternidad : venid, adorémosle.

HIMNO.

¡Oh vosotras almas predilectas del Cordero inmaculado! ¡almas escogidas y venturosas! vosotras que estáis profundamente acongojadas, porque terribles dolores martirizan vuestro cuerpo, y un mar inmenso y amarguísimo de tribulaciones ahoga vuestro espíritu: cesad de gemir, acercaos al dulce Corazón de Jesús, que como cordero sin mancha se entregó para ser inmolado: acercaos á este Cordero llagado, acercaos á este Corazón benigno.

Vosotras, en vuestros deliquios, exclamabais: ángeles del Cielo, criaturas que pobláis la tierra, astros que brilláis en el firmamento, atended y ved si hay dolor semejante á nuestro dolor.

Dejad ya de exclamar así y acercaos á Jesús; acercaos y escuchad que con voz dulce y apacible os dice : *Venid á mí todos los que estáis sobrecogidos de*

dolor; venid à mí todos los que gemís bajo el peso de vuestros pecados, que yo os aliviaré.

No, ¡no hay corazón tan misericordioso como el de Jesús! Excusa á los verdugos que le atormentan, y ruega á su Padre para que en su justo furor no extermine á los impíos. No, ¡no hay Corazón tan misericordioso como el de Jesús!

¡Oh Corazón, deleite de los Cielos, esperanza cierta de los mortales! He aquí que venimos á ti, profundamente humillados, y nuestras lenguas quieren balbucear tus alabanzas.

¡Oh Corazón, gloria y deleite de los Cielos, esperanza cierta de los mortales! Cura nuestras heridas con la Sangre que vertiste, y da un corazón semejante al tuyo, á todos los que llorando te invocan.

Adoración y gloria al dulce, al amable Corazón de Jesús; adoración y gloria le tributen todas las gentes por infinitos siglos. Amén.

Antifona.—Venid á mí todos los que gemís bajo el peso de vuestras miserias, y yo os aliviaré. Cargad mi yugo y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.

SALMO.

El Corazón Santo de mi Salvador es e que me sirve de lumbrera en medio de las tinieblas, y el que me saca libre en todos los peligros : ¿á quién, pues, podré temer?

Si este divino Corazón es mi protector y vela en defensa de mi vida, ¿qué cosa habrá que pueda intimidarme?

!Oh! ¡cuántas veces se acercaron á mi los enemigos de mi alma con ánimo de perderme, y después cebarse en ella precipitándome al infierno!

!Cuántas veces me tuvieron cercado los que cruelmente me persigen, y deshechos é inutilizados todos los esfuerzos, los vi postrados y caídos!

Vengan, pues, ejércitos enteros contra mí, que nada temerá mi corazón.

Envístanme ya escuadrones ordenados, que aun en medio del combate no perderé mi esperanza.

Nada de esto me asusta, con tal que consiga de Jesús una sola cosa, y es que me deje vivir y hacer mi morada en su divino Corazón todos los días de mi vida.

Para contemplar y gozar las delicias inefables que comunica á los que allí moran, y para mostrarle con más frecuencia los fervientes afectos de mi corazón.

Hubo tiempo en que me vi lleno de aflicción y perseguido; pero Jesús abrió su pecho y me dió asilo en lo más escondido de su Corazón.

Sí, en lo más secreto de su Corazón, me escondió como la tórtola esconde bajo sus alas á sus hijuelos; y ahora dándome una nueva prueba de su protección ha hecho que prevaleciese contra mis enemigos.

Por esto he adorado á este divino Corazón, asilo de los afligidos, y le he ofrecido un sacrificio de júbilo y de acción de gracias, y no cesaré de ensalzarlo con alegres cánticos de eterna gratitud.

Sí, Corazón santo, Corazón amable, cumplidme este deseo, y atended al tierno afecto con que gritando os lo pido. Os muevan á piedad mis ruegos y escuchadlos.

No son solamente mis labios los que os hablan, es también mi corazón. Mis ojos por todas partes os buscan y no quieren otra ocupación que la de buscaros y contemplaros.

No me desechéis como á indigno, ni airado os retiréis de vuestro siervo.

Acudid, como siempre lo habéis hecho, á socorrerme; no me desamparéis ni desechéis.

Dirigid mis pasos por el camino que debo seguir y guiadme Vos mismo por

una senda derecha para que no caiga en manos de mis enemigos.

No me entreguéis á la voluntad de los que violentamente me persiguen, porque veo que se han levantado contra mí grandes enemigos, que con mil ardides y sugestiones pretenden arruinarme.

Yo, Corazón divino, tengo puesta en Vos mi esperanza, de que he de ver la amada patria, morada de los justos, y que allí he de disfrutar pacíficamente las delicias de la casa del Señor.

Y tu, corazón mío, no desmayes, no: muestra valor en tantas penas, resiste y espera con paciencia, que no te faltará el Señor en promesas.

Gloria Patri, etc.

ANTÍFONA.

Venid á mí todos que gemís bajo el peso de vuestras miserias, y yo os aliviaré. Cargad mi yugo y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.

℣. Haré una alianza eterna con mi pueblo.

℟. Y no cesaré de colmarlo de beneficios.

℣. Escuchad, Señor, mi oración.

℟. Y lleguen hasta Vos mis clamores.

ORACIÓN.

Haced, ¡oh dulce Jesús! que honrando vuestro Sagrado Corazón, aprendamos á practicar la humildad y mansedumbre, y así hallemos la tranquilidad de nuestras almas: estas gracias os pedimos á Vos, Salvador nuestro, que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

℣. Escuchad, Señor, mi oración.
℟. Y lleguen hasta Vos mis clamores.
℣. Bendigamos al Señor.
℟. Gracias inmortales le sean dadas.
℣. En paz descansen las almas de los fieles difuntos.
℟. Amén.

Á LAUDES.

Padre Nuestro y Ave María.

℣. Señor, dignaos abrir mis labios.
℟. A fin de que mi boca publique dignamente vuestras alabanzas.

Gloria Patri, etc.

Aña. Santos y humildes de corazón, bendecid al Corazón de Jesús, alabadlo y ensalzadlo en todos los siglos.

SALMO.

Alabad al divino Corazón de Jesús, naciones todas de la tierra; seres racionales que pobláis el Universo, celebrad su amor y cantad sus misericordias.

Porque lleno de compasión á vista de la grande miseria de los mortales, los ha rescatado de la esclavitud de Satanás y los ha hecho herederos de su gloria.

Gloria Patri, etc.

Aña. Santos y humildes de corazón, &.

HIMNO.

Almas devotas, venid contentas al Salvador divino, al Hijo de Dios Eterno, Padre del siglo futuro, Príncipe de la Paz, que mora en los Cielos.

Cantemos al divino Salvador, que no contento con arrostrar los tormentos y la muerte, siendo su amor más fuerte que la muerte, quiso que aun después de muerto, su pecho fuese herido para que esa llaga sea el imán de nuestro amor.

¡Oh Jesús! ¡víctima del dolor más acerbo! ¿Quién, siendo Vos inocente, os forzó á permitir que lanza atrevida abriese vuestro pecho y dejase patente vuestro Sagrado Corazón?

¿Quién? Vuestro inefable amor á los hijos de Eva. Vuestro pecho se abre, divino Salvador, y vuestro Corazón queda patente. ¡Hombres redimidos, ved ahí la hoguera inextinguible del amor; ved ahí la perenne fuente de aguas puras; ved ahí la ardiente llama que consume los pecados!

¿Qué esperas? Acercaos á esa ho-

guera de amor y aprenderéis á amar: acercaos á esa fuente perenne de aguas cristalinas y vuestra sed se saciará, acercaos á esa llama misteriosa y vuestros pecados serán perdonados.

¡Oh Jesús, Salvador compasivo, oíd propicio nuestras súplicas! Dejadnos entrar en esa sagrada llaga para que participemos de los soberanos dones que allí se encierran; dejadnos morar allí todos los días de nuestras vida, para después gozar de las delicias eternas.

Adoración y gloria al dulce, al amable Corazón de Jesús; adoración y gloria le tributen todas las gentes por infinitos siglos. Amén.

℣. Probad y ved cuán suave es el Señor.

℟. Felices los que desde su infancia cargan su yugo.

℣. Escuchad, etc. ℟. Y lleguen, etc.

Oración: Haced etc. *Como á Maitines*, página 349.

Á PRIMA.

Padre Nuestro y Ave María.

℣. Señor, dignaos abrir mis labios.

℟. A fin de que mi boca publique dignamente vuestras alabanzas.

Gloria Patri, etc.

HIMNO.

Ha brillado ya el día : hinquemos las rodillas y con humildad profunda pidamos al divino Corazón que nos libre de las malas acciones.

¡ Oh Corazón de Dios ! refrena nuestra lenguas para que no hablen lo malo, dirige nuestros ojos para que no vean lo vano.

Purifica nuestros corazones, destierra lejos de nosotros los malos deseos, reprime la soberbia de la carne, y haznos parcos en la comida y bebida, para que así ¡ oh Corazón divino ! lleguemos á la noche limpios y puros para entonces, como ahora, cantar tus alabanzas.

Adoración y gloria al dulce, al amable Corazón de Jesús ; adoración y gloria le tributen todas las gentes por infinitos siglos. Amén.

Aña. Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis la paz para vuestras almas.

SALMO.

Salvadme, Jesús mío, por vuestro piadoso Corazón ; justo sois : mostrad vuestro poder contra los que tan violentamente me persiguen.

Atended mi Dios á mi oración, y dad, os suplico, oído benigno á mis humildes ruegos.

Porque estos pérfidos se han declarado contra mí, y cercándome tenazmente, buscan modos de separarme de Vos.

Mas Vos, mi buen Jesús, venís á mi defensa y vuestro compasivo Corazón es el que ha tomado mi salvación por su cuenta.

Brille, Dios mío, la verdad de vuestras promesas: dad protección á un pobre y desvalido, para que mis enemigos huyan avergonzados.

Con esto, lleno de placer y agradecimiento, cantaré alabanzas á vuestro augusto y amante Corazón.

Por cuanto que misericordiosamente me habéis librado de todo peligro y de toda angustia sacándome de las manos de mis enemigos, y llevándome al feliz monte de la perfección, me haréis ver postrados al mundo, al demonio y mis pasiones.

Gloria Patri, etc.

Aña. Aprended de mí, etc. (*Repitase*).

℣. Venid, Jesús mío, y ayudadnos...

℟. Y por vuestro Sagrado Corazón libradnos de todo mal.

℣. Escuchad, etc.

℟. Y lleguen, etc.

Oración. Haced, etc. *Como en Maitines*, página 349.

———

Á TERCIA.

Padre Nuestro y Ave María.
℣. Señor, dignaos abrir mis labios.
℟. A fin de que mi boca publique dignamente vuestras alabanzas.
Gloria Patri, etc.

HIMNO.

Los labios, la lengua, el entendimiento, los sentidos y todo nuestro ser, os alaben, Corazón Santísimo, suave deleite de vuestros devotos, amigo de las almas fieles, amante de los corazones puros.

Dignaos, Corazón divino, hacer que el Espíritu consolador descienda ahora sobre nosotros, como descendió en otros tiempos sobre los Apóstoles.

¡ Oh Espíritu divino ! haced que los corazones de todos los cristianos se abrasen en el amor de aquel Corazón que está herido con la llaga del amor, y que en todos prendan los incendios de la caridad fraternal.

Adoración y gloria al dulce, al amable Corazón de Jesús ; adoración y gloria le tributen todas las gentes por infinitos siglos. Amén.

AÑA. Suave es el Señor, y su misericordia durará eternamente.

SALMO.

Á Vos, Jesús mío, que tenéis vuestra morada en lo más alto de los Cielos, alzamos nuestros ojos y dirigimos nuestra voz.

Como los esclavos atienden siempre la más pequeña señal de sus señores, y como los siervos están de continuo alerta para ver lo que les mandan sus amos; así nosotros tenemos los ojos vueltos siempre á Vos, Señor y Dios nuestro, hasta que nos hagáis ver cumplidos los efectos de tu misericordia.

Haced, Jesús nuestro, que los experimentemos: muévase vuestro divino Corazón á piedad, á vista de nuestras miserias: mirad el estado deplorable en que nos hallamos.

Muy harta está nuestra alma de tribulaciones; pues hemos sido el objeto de los escarnios é insultos de nuestros enemigos, que por todas partes nos cercan llenos de soberbia y bravura.

Gloria Patri, etc.

Aña. Suave es el Señor, etc.

℣. Fué llagado por nuestras iniquidades.

℟. Y por nuestros pecados fué quebrantado.

℣. Escuchad, etc. *Y lo demás como en Maitines*, página 349.

Á SEXTA.

Padre Nuestro y Ave María.

℣. Señor, dignaos abrir mis labios.

℟. A fin de que mi boca publique dignamente vuestras alabanzas.

Gloria Patri, etc.

HIMNO.

También al medio día cantemos al Corazón sagrado, arca divina que encierra la ley, no la antigua de servidumbre, sino la de gracia, de perdón y misericordia.

Digamos un himno al Corazón de Jesús, purísimo santuario de la Nueva Alianza, Templo más santo que el magnífico de Salomón.

Tu inefable caridad quiso, ¡oh mi Jesús! que un fiero golpe pusiera patente tu Corazón, para que esa herida fuese la puerta por donde se registre tu inmenso amor á tus redimidos.

¿Quién hay tan duro que no corresponda con amor á un amor tan ardiente? ¿Cuál de los cristianos dejará apagar en su pecho la celeste llama del amor? ¿Quien no elegirá el divino Corazón para hacer allí su morada sempiterna?

Adoración y gloria al dulce, al amable Corazón de Jesús; adoración y glo-

ria le tributen todas las gentes por infinitos siglos. Amén.

Aña. Esperé en el Corazón de Jesús, y he sido ayudado y mi espíritu se ha vivificado.

SALMO.

Bendito sea el divino Corazón en cuya escuela he aprendido el arte de pelear y vencer á mis enemigos.

El es la fuente de todos los bienes que poseo: me ha mostrado siempre una piedad sin límites, y ha sido mi abrigo, mi defensa y mi libertador.

El es mi escudo en quien he puesto siempre toda mi esperanza; y me ha hecho triunfador.

Mas todo esto lo ha hecho por su pura bondad y misericordia; porque al fin, quién soy yo, y ¿qué es el hombre?

No es otra cosa que vanidad y miseria, y sus días pasan como la sombra.

Y sin embargo, con los hombres halláis, Corazón santo, vuestras delicias.

Por tanto, venid siempre á socorrernos.

Gloria Patri, etc.

Aña. Esperé en el Corazón, etc.

℣. Después de muerto Jesús, fué herido su Corazón.

℟. Porque es más fuerte que la muerte el amor.

℣. Escuchad, etc. *Y lo demás como en Maitines*, página 349.

Á NONA.

Padre Nuestro y Ave María.

℣. Señor, dignaos abrir mis labios.

℟. A fin de que mi boca publique dignamente vuestras alabanzas.

Gloria Patri, etc.

HIMNO.

Nada hay más dulce, nada más agradable que acordarse de ti Corazón Santísimo.

No hay canción más suave, no hay palabra más gustosa, ni pensamiento más deleitable que cuando tú eres el objeto, Corazón divino.

¡Oh Corazón de Jesús, esperanza de los penitentes! Si eres piadoso para los que te invocan, si bueno para los que te buscan, ¿qué será para los que te hallan, y después de haberte hallado te gustan?

No: ni la lengua podrá decir, ni la mano escribir, y sólo los que experimentan podrán creerlo, qué, cosa es amarte, ¡oh Corazón de Dios!

¡Corazón amable! sé nuestra guía en este mísero destierro, para que seas nuestras delicias en el reino sempiterno.

Adoración y gloria al dulce, al amable Corazón de Jesús: adoración y gloria le tributen todas las gentes por infinitos siglos. Amén.

AÑA. Los que me buscan con un piadose conato, me hallarán : si alguno me ama, yo le amaré y me descubriré á él.

SALMO.

Mi guía y mi pastor, es el Corazón de mi Salvador, ¿ qué es lo que me podrá faltar?

En amenos y frondosos campos me ha tenido, conduciéndome por las márgenes de claros y frescos arroyos para que me refrigerase con sus aguas ; y si alguna vez descarriado me perdía, me buscaba luego y me hacía volver á su rebaño.

Por amor y pura bondad suya me llevó por las sendas derechas de la virtud.

Por lo que, aunque anduviese en medio del horror de los precipicios, aun cuando me viese en las puertas mismas de la muerte, nada tengo que temer, porque sé, Corazón Santísimo, que me protegéis.

Esa vara, ese cayado con que me habéis gobernado han sido todo mi apoyo y todo mi consuelo.

En medio de la extrema amargura á que me tenían reducido mis enemigos, ¡ cuántas veces me alimentasteis con manjares soberanamente deleitables!

Esta piadosa dignación vuestra, me hace esperar que no me abandonará

vuestra misericordia mientras viva; y que por último, he de llegar á reposar eternamente en los alcázares de vuestra Sión.

Aña. Los que me buscan con un piadoso conato, me hallarán; si alguno me ama, yo le amaré y me descubrire á él.

℣. En verdad tomó sobre sí nuestros pecados.

℟. Y cargó con nuestros dolores.

Haced, etc. *Como á Mait.*, pág. 349.

Á VÍSPERAS.

Padre Nuestro y Ave María.

℣. Señor, dignaos abrir mis labios.

℟. A fin de que mi boca publique dignamente vuestras alabanzas.

Gloria Patri, etc.

Aña. Ponedme, Jesús mío, como una imagen impresa en vuestro divino Corazón.

SALMO.

Guardadme, Jesús mío, porque en Vos tengo puesta toda mi esperanza.

Vos sois mi Dios, y en sólo Vos están todos los bienes, sin que de mí nada necesitéis.

Vuestro Corazón, Jesús mío, es toda mi posesión, es la porción que me ha tocado y ciertamente la más excelente de todo lo que puede desearse.

Gracias os daré siempre por haberme hecho amante de vuestro Corazón.

En Vos, Corazón divino, tuve siempre puestos mis ojos; nunca os apartéis de mi lado. Aun en el reposo de la noche, en Vos se ocuparán mis pensamientos.

Por esto está mi corazón lleno de júbilo y mi lengua prorrumpe en alegres cánticos de vuestras alabanzas.

Gloria Patri, etc.

Aña. Ponedme, Jesús mío, etc.

HIMNO.

Almas compasivas, venid y ved una dolorosa escena. Una larga serie de crímenes rasga con crueldad el Corazón de Jesús, palpitante de amor.

Sí: nuestros pecados dirigen la atrevida lanza de un soldado, nuestros pecados dan un empuje á esa lanza que se clava en el divino Corazón.

Mas, ¡oh prodigio! rásgase el Corazón, y de la llaga sale pura la santa Iglesia desposada con el Cordero sin mancilla: rásgase el Corazón, y queda abierta la puerta del Arca de la nueva Alianza, para que por ella entren todos los redimidos.

¡Oh llaga misteriosa! tú eres fuente perenne de gracia, tú, el río místico que trae á nosotros los siete dones del

Espiritu consolador: río que está patente para que todos laven allí las manchas de sus almas.

¡Oh cristianos! no es posible volver á cometer nuevos pecados que hieran el divino Corazón! No: antes esforcémonos para que nuestros corazones ardan en vivas llamas de amor, hasta que podamos decir: Jesús, Vos nos habéis amado, también nosotros os amamos con ardiente amor.

Adoración y gloria al dulce, al amable Corazón de Jesús; adoración y gloria le tributen todas las gentes por infinitos siglos. — Amén.

℣. Vosotros que sois mis hijos, ¿quisierais también abandonarme?

℟. A quién iremos, Señor: Vos tenéis palabra de vida eterna.

Haced, etc. *Como á Mait.*, pág. 349.

Á COMPLETAS.

Padre Nuestro y Ave María.

℣. Señor, dignaos abrir mis labios.

℟. A fin de que mi boca publique dignamente vuestras alabanzas.

Gloria Patri, etc.

Aña. Jesús nos ha recibido en su regazo y dentro de su Corazón, acordándose de su misericordia.

SALMO.

Siervos de Jesús, entonad alegres himnos á su Corazón santísimo y bendecidle.

A vosotros, digo, que tenéis la dicha de estar en la casa del Señor y de albergaros en la casa de vuestro Dios.

No solamente de día sino también de noche, cuando estáis en vuestro reposo, alzad vuestras manos hacia el Cielo, y bendecid al Corazón de Jesús.

Hacedlo así, y el Supremo Hacedor del Universo derrame sobre Sión sus gracias y bendiciones sobre vosotros.

Gloria Patri etc.

Aña. Jesús nos ha recibido en su regazo y dentro de su Corazón, acordándose de su misericordia.

HIMNO.

Antes que termine el día, á Vos Corazón clemente, se dirigen nuestros ruegos: que seáis nuestra defensa y protección, os pedimos, Corazón piadoso.

Aun cuando el cuerpo duerma, nuestro espíritu piense en Vos, Corazón amable, y estén lejos de nosotros los sueños y fantasías que turban el reposo.

Por vuestra clemencia os pedimos, Corazón divino, que mientras durmamos, reprimáis al enemigo infernal para que no se manchen nuestros cuerpos.

Adoración y gloria al dulce, al ama-

ble Corazón de Jesús: adoración y gloria le tributen todas las gentes por infinitos siglos. — Amén.

℣. Venid á mí todos los que me amáis.

℟. Y os enriqueceré con mis dones.

Haced, etc. *Lo demás como en Maitines*, pág. 349.

TRISAGIO

AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

Creo en Dios, espero en Dios, amo á Dios sobre todas las cosas. Bendito, adorado y tiernamente amado sea el dulcísimo Corazón de Jesús, ahora y siempre por infinitos siglos de los siglos. Amén.

Dirigid, Sagrado Corazón, mis expresiones; tus auxilios deseo, Corazón divino, para siempre vencer mis apetitos. Gloria al dulce, gloria al amante, gloria al divino Corazón de Jesús Sacramentado, por los siglos de los siglos. — Amén.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Dulcísimo Corazón de mi Redentor divino, humillado y escondido sobre nuestros altares, é injuriado especialmente por mi ingrato corazón, ¿ Cómo podré reparar, amado mío, tan formida-

bles ultrajes? Mi dolor únicamente podrá resarcir tantos desprecios. Yo me lleno de confusión y arrepentimiento al considerar mis enormes ingratitudes, al verte ofendido por mí, olvidado de tus propios hijos, hecho un solitario en ese altar, herido de una lanza, y ardiendo en el amor de tus mismos enemigos. Me pesa, pues, de haber multiplicado tus dolores con mis ingratitudes, lleno de confianza en la multitud de tus misericordias, os pido, Corazón Santísimo, el perdón de mis delitos, con la firme resolución de no ofenderos más en adelante, de perseverar en fu amor y servicio hasta la muerte. — Amén.

HIMNO.

Oculto en nuestros altares
Amante Redentor mío,
En tu Corazón nos das
La prenda de tu cariño.
El desprecio que padeces,
De tantos ingratos hijos,
Hoy quisiera reparar
Con afectos encendidos.
Al dulcísimo, al amable
Corazón santo y divino,
Se den las adoraciones
Por los siglos de los siglos. — Amén.

Se rezará un Padre Nuestro y Ave María, y se dirá cinco veces lo siguiente:

℣. Dulcísimo y amabilísimo Corazón de Jesús, llena los corazones de tus fie-

les de tus sagrados purísimos incendios.
℟. Gloria al dulce, gloria al amable, gloria al divino Corazón de Jesús.

Se repite cinto veces el Padre Nuestro y Ave María, y se dice la siguiente

ANTÍFONA.

Á ti Corazón divino, á ti Corazón amable, á ti Corazón clemente, con humildes respetos, y con la veneración más rendida te adoramos y bendecimos por los siglos de los siglos. — Amén.

ORACIÓN.

Santísimo Corazón de Jesús, dadnos con frecuencia los incendios, los ardores y las llamas de que estáis rodeado, para que nuestros tibios corazones, purificados con el llanto y gemidos, é inflamados en tu caridad, recompense de algún modo en sus afectos lo fino de tu amor, por los siglos de los siglos.

GOZOS AL CORAZÓN DE JESÚS.

Porque eres de nuestro amor
El más dulce y tierno encanto,

Todos los hombres te adoren
Corazón amable y santo.

Las insignias del dolor
Que á nuestra fe son visibles,
Demuestran los invisibles
Quilates de vuestro amor,

Por eso llenos de ardor
Con el más melifluo canto,
Todos los hombres, etc,

Esa cruz que con su peso
Te maltrata ¡ oh Corazón!
Demuestra la sin razón
De mi criminal exceso;
Yo quisiera que por eso
En desquite de mal tanto,
Todos los hombres, etc.

Ese cerco que baldona
Vuestra caridad paciente,
Mi proceder indolente
Te lo puso por corona,
Y así mi dolor pregona
Mi atrevimiento entre tanto,
Todos las hombres, etc.

La funesta cruel herida
Que en tu santa imagen veo,
La abrió mi torpe deseo
Con una lanza atrevida,
Mas yo con canción lucida
Por devengar este espanto,
Todos los hombres, etc.

Y pues pagas con finezas,
Con incendios, con ardor,
Dulce Corazón de amor,
Mi conocida tibieza,
Sólo desea mi flaqueza
Que entre suspiros y llanto,
Todos los hombres, etc.

Oye Corazón el ruego
Que te hacemos tus amados,
Perdona nuestros pecados,
Y abrásanos en tu fuego.

Y á fin de que el mundo ciego
Con la gloria una su canto,
Todos los hombres, etc.

Haced que ese mongibelo,
Ese Corazón vesubio,
Derrame un dulce diluvio
De amor, de luz, de consuelo,
Para cantar en el suelo,
Como en la patria entre tanto,
Todos los hombres, etc.

Porque eres de nuestro amor
El más tierno dulce encanto:
Todos los hombres te adoren
Corazón amable y santo.

Alabado y venerado en el cielo y en la tierra sea el Santísimo Corazón de Jesús que arde sin cesar en el amor de los hombres: por los siglos de los siglos. Amén.

℣. Bendigamos al divino Corazón de Jesús Sacramentado.

℟. Alabémosle y ensalcémosle en todos los siglos. — Amén.

Amorosísimo y dulcísimo Corazón de Jesús, que en ese altar estás ardiendo en llamas de indecible caridad; expuesto siempre á los ultrajes, desprecios y abominaciones de los hombres; á quien el inicuo judío aborrece, el malvado hereje maltrata y el cristiano atrevido ofende; y sin embargo de tantas injurias, te muestras á nuestra fe con esas insignias de amor y cariño, rodea-

do todo de amor y llamas, símbolos del deseo en que te abrasas de perdonar nuestros pecados. Yo me atrevo, pues, á presentaros mi ingrato y criminal corazón, para que después de haberlo lavado con la sangre que vertiste de esa herida, lo adornes con las sagradas señales de tu Cruz y tu Pasión, con que pueda reparar en esta vida mis infidelidades y parecer seguro en tu presencia á adoraros por eternidades en la gloria. — Amén.

ACTO DE CONSAGRACIÓN
DE LAS FAMILIAS
AL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS

¡ Divino Corazón de Jesús! henos aquí postrados ante vuestra Santa Imagen, con los sentimientos del reconocimiente más profundo por todos vuestros beneficios, y del más ardiente amor por vuestra inefable bondad.

Nosotros os consagramos, ¡ oh Divino Rey ! por medio del Corazón inmaculado de María y bajo el poderoso patrocinio de San José, toda nuestra familia. Sea nuestro hogar como el de Nazaret: el asilo inviolable del honor, de la fe, de la caridad, del trabajo, de la oración, del orden y de la paz doméstica. Sed

Vos el modelo de nuestra conducta y el celoso protector de todos nuestros intereses.

Nosotros os consagramos, ¡ oh divino Jesús ! todas las pruebas, todas las alegrías, todos los acontecimientos de nuestra vida de familia, y os suplicamos que derraméis vuestras bendiciones sobre todos sus miembros, ausentes y presentes, vivos y difuntos. Los confiamos para siempre á vuestro divino Corazón.

Os rogamos también por todas las familias del universo : proteged la cuna de los niños, la escuela de los adolescentes, la vocación de los jóvenes; sed la fuerza de los débiles, el sostén de los ancianos, el esposo de las viudas, el padre de los huérfanos : velad con vuestro amor inmenso á la cabecera de los enfermos y de los agonizantes.

Pero sobre todo, ¡ oh Jesús, océano de misericordias y de amor! os suplicamos que nos socorráis en el momento de la muerte; unidnos entonces más estrechamente que nunca á vuestro divino Corazón; sea él nuestro asilo, nuestro refugio, nuestro lecho de reposo; y después de adormecernos para siempre en vuestro seno bendito, ¡ oh Jesús ! encontremos en el Paraíso y en vuestro Sagrado Corazón, toda nuestra familia. Así sea.

BREVE OFICIO PARVO
DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN
DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Este oficio, que aprobó Su Santidad el Papa Inocencio XI, se compone principalmente de himnos muy cortos, cuyo autor es desconocido, pero que son muy tiernos en su sencillez, y muy adecuados para excitar el fervor de las almas piadosas.

La letra del presente concuerda en todas sus partes con el que en 1838 se publicó en Roma por la tipografía de la Real Cámara Apostólica, con la aprobación de la Congregación de los Santos Oficios, advirtiéndose al final que Su Santidad tiene concedidos 300 días de indulgencias por cada vez que se recite de viva voz.

MAITINES.

Ábranse mis labios para entonar las alabanzas y las grandezas de la bienaventurada Virgen María.

℣. Señora, ven en mi auxilio.

℟. Defiéndeme con tu poder de mano de mis enemigos.

Gloria Patri, etc.

HIMNO

Salúdote, Soberana del Universo, Reina de los Cielos; salúdote, Virgen de las vírgenes, estrella de la manñana; salúdote, llena de gracia, brillante luz divina; apresúrate, Señora, á dispensar al mundo tu amparo.

Desde la eternidad fuiste predestinada del Señor para ser Madre de su Hijo único, del Verbo que crió la tierra, el mar y los Cielos : te adornó de todos sus dones, te escogió por esposa y te libró del pecado de Adán.

℣. Dios la eligió y la predestinó.

℟. En su tabernáculo le preparó una morada.

℣. Señora, atiende á mi oración.

℟. Y llegue á ti mi clamor.

ORACIÓN.

Santa María, Reina de los Cielos, Madre de Nuestro Señor Jesucristo y Señora del mundo, que á ninguno abandonas ni desatiendes; dígnate dirigir hacia mí una mirada de clemencia; y alcánzame por tu intercesión, de tu Hijo amado, el perdón de todas mis culpas, á fin de que en este día, en que lleno de fervor celebro tu Concepción inmaculada, obtenga el premio de la felicidad eterna, con la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, que diste al mundo sin dejar de ser Virgen, y que vive y reina en perfecta Trinidad con el Padre y el Espíritu Santo, siendo un solo Dios por los siglos de los siglos. — Amén.

℣. Señora, atiende á mi oración.

℟. Y llegue á ti mi clamor.

℣. Bendigamos al Señor

℟. Demos gracias á Dios.

℣. Las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz. — ℟, Amén.

PRIMA

℣. Señora, ven en mi auxilio.

℟. Defiéndeme, con tu poder, de mano de mis enemigos.

Gloria Patri, etc.

HIMNO

Salúdote, Virgen colmada de sabiduría divina, digno templo de Dios vivo y enriquecida con todos los adornos de que sólo fueron débiles figuras los del templo de Salomón; fuiste santa antes de nacer y preservada de la corrupción común á todos los mortales.

Tú eres la Madre de los vivos; la Puerta del Cielo; la Reina de los ángeles, la nueva estrella de Jacob que anuncia la salvación del mundo; eres el terror de los demonios, nuestra defensa en los combates, y el puerto y refugio de todos los cristianos. Amén.

℣. Dios la crió y la llenó de su Santo Espíritu.

℟. Y la elevó por encima de todas sus obras.

℣. Señora, atiende á mi oración, etc.

Con la oracíon final de Maitines.

TERCIA

℣. Señora, ven en mi auxilio.
℟. Defiéndeme, con tu poder, de mano de mis enemigos.
Gloria Patri, etc.

HIMNO

Salúdote, arca de la alianza, trono de Salomón, magnífico arco iris, zarza ardiente aparecida á Moisés, tallo verde y florido, vellocino de Gedeón, Santuario misterioso de la Divinidad, panal de miel de Sansón.

El alma que el divino Salvador había escogido para Madre suya, debía conservarse limpia de la mancha original de nuestra madre Eva y no quiso permitir que se contaminase nunca ni aun con la sombra del pecado.

℣. Tengo mi morada en lo más alto de los Cielos.
℟. Y una columna de nubes rodea mi trono.
℣. Señora, atiende á mi oración, etc.
Con la oración final de Maitines.

SEXTA

℣. Señora, ven en mi auxilio.
℟. Defiéndeme con tu poder de mano de mi enemigos.
Gloria Patri, etc.

HIMNO

Salúdote, Virgen Madre, templo de la Santísima Trinidad, alegría de los Angeles, vaso de pureza, consuelo de afligidos, jardín de delicias, palma de paciencia, cedro de castidad.

Tú eres la tierra de bendición y la fortaleza de los sacerdotes del Señor: eres santa y estás libre del pecado orinal: eres la morada del Altísimo y la puerta misteriosa del Oriente: en ti, Virgen única, reside toda la gracia. — Amén.

℣. Como el lirio entre espinas.

℟. Así es mi amada entre las hijas de Adán.

℣. Señora, atiende á mi oración, etc.

Con la oración final de Maitines.

NONA.

℣. Señora, ven en mi auxilio.

℟. Defiéndeme con tu poder de mano de mis enemigos. — *Gloria Patri, etc.*

HIMNO.

Salúdote, ciudad de refugio, torre de David por Dios defendida y armada; en tu Concepción purísima quedó deshecho el poder del demonio.

¡Oh mujer fuerte é invencible Judith!

¡Oh Abigaíl hermosa, que sin dejar de ser Virgen llevaste en tus entrañas al

verdadero David! Si Raquel en un tiempo concibió en su vientre al protector del Egipto, María dió á luz al Salvador del mundo. Amén.

℣. Eres en todo hermosa, amada mía.

℟. Y jamás te acompañó el pecado original.

℣. Señora, atiende á mi oración, etc.

Con la oración final de Maitines.

VÍSPERAS.

℣. Señora, ven en mi auxilio.

℟. Defiéndeme con tu poder de mano de mis enemigos. — *Gloria Patri, etc.*

HIMNO.

Salúdote, oh Virgen, ante quien el sol de justicia parece haber interrumpido su carrera y en quien se encarnó el divino Verbo: por ti el hombre ha podido elevarse desde el infierno hasta los Cielos, y hacerse en su grandeza casi igual á los mismos ángeles.

María, rodeada de todo el resplandor de los rayos de ese sol, brilla como la aurora al levantarse; es el lirio entre espinas; quebrantó la cabeza de la serpiente, y hermosa como la luna, sirve de guía á los mortales extraviados. — Amén.

℣. Hice nacer en el Cielo una luz que jamás se apagará.

℟. Y cubrí toda la tierra con una nube benéfica.

℣. Señora, atiende á mi oración, etc.

Con la oración final de Maitines.

COMPLETAS.

℣. Conviértenos, Señora: aplaca con tus ruegos á Jesucristo tu Hijo.

℟. Y aparta de nosotros su ira.

℣. Señora, ven en mi auxilio.

℟. Defiéndeme con tu poder de mano de mis enemigos.

HIMNO.

Salúdote, Virgen floreciente en virtudes y en gracias; Madre sin menoscabo de tu virginidad, Reina misericordiosa, coronada de estrellas: pura é inmaculada sobre todos los ángeles, estás en el Cielo á la diestra del Rey de la gloria con un vestido resplandeciente de oro.

¡ Oh Madre de gracia ! dulce esperanza de los pecadores, fúlgida estrella del mar, puerto seguro de los náufragos, puerta del Cielo siempre abierta, salud de los enfermos: alcánzanos, por tu intercesión, que gocemos un día de la vista del Rey en la corte de los santos.

℣. Como el bálsamo vertido es tu nombre, ¡ oh María !

℟. Tus siervos te amarán en gran manera. —℣. Señora, atiende á mi oración.
Con la oración final de Maitines.

OFRECIMIENTO.

Ofrecémoste, ¡oh Virgen piadosa! estos cantos de alabanza y te suplicamos llenos de fervor, que nos acompañes por camino seguro durante el curso de nuestra peregrinación, y que nos asistas y ampares en la hora de la muerte. Hazlo así, ¡oh dulcísima María!

℣. Demos gracias á Dios.

℟. Esta es la rama que no tiene nudo de pecado original, ni corteza de culpa actual.

℣. Fuiste inmaculada en tu Concepción, ¡oh Virgen Santa!

℟. Ruega por nosotros al Padre cuyo Hijo pariste.

ORACIÓN.

¡Oh Dios! que por la Inmaculada Concepción de la Virgen, te dignaste preparar á tu Hijo una morada digna; suplicámoste, que así como por los méritos de la muerte prevista de tu Hijo, le preservaste á ella de toda mancha, del mismo modo nos concedas, por su poderosa intercesión, que lleguemos á tu presencia limpios de todo pecado, por él mismo. — Amén.

CÁNTICO Á LA SANTISIMA VIRGEN,

que se puede decir los domingos y fiestas de Ntra. Señora ó todos los días.

Á ti, Madre de Dios, alabamos: y te confesamos Virgen María. Toda la tierra te venera, Esposa del Eterno Padre.

Todos los Angeles y Arcángeles: los Tronos y Principados te sirven humildemente.

Todas las Potestades, las soberanas Virtudes de los Cielos, y todas las Dominaciones te obedecen.

Todos los coros de Querubines y Serafines te asisten llenos de alegría.

Todas las criaturas Angélicas, te proclaman en alta é incesante voz.

Los Cielos y la tierra están llenos de la Majestad y gloria del fruto de tu vientre.

El glorioso coro de los Apóstoles, te alaba Madre de su Creador.

La resplandeciente congregación de los Mártires bienaventurados, te glorifica Madre de Cristo. El glorioso ejército de los Confesores, te llama templo de la Santísima Trinidad.

El Coro puro de las vírgenes santas, te publica ejemplo de la virginidad y humildad.

Toda la corte celestial, te honra como á su Reina.

La Iglesia invocándote, te festeja por todo el mundo, como Madre de la Majestad divina.

Te celebra como Venerable, Santa, Dulce y piadosa Madre del Rey celestial.

Tú eres la Señora de los Ángeles, y la puerta del Paraíso.

Tú eres la escala de la Gloria y Reina celestial. Tú eres el tálamo y el Arca de piedad y de gracia. Tú eres el Canal de la misericordia, la Esposa y la Madre del Rey eterno.

Tú eres el Templo y Sagrario del Espíritu Santo. Tú eres el noble Relicario de la Trinidad beatísima.

Tú eres la medianera entre Dios y los hombres: la amante de los mortales, y la celestial iluminadora.

Tú te condueles de los que batallan en las angustias de la muerte, y eres la Abogada y Refugio, y la que te compadeces de los trabajos de los pobres pecadores.

Tú eres la distribuidora de los beneficios, la que ahuyentas y llenas de terror á los demonios y á los soberbios.

Tú eres la Señora del mundo, la Reina del Cielo; y después de Dios, nuestra única esperanza. Tú eres la salud de los que te invocan, el puerto de los que navegan, el consuelo de los miserables y el refugio de los que se ven

perdidos. Tú eres la madre de los bienaventurados, el completo gozo después de Dios, de los ciudadanos del Cielo.

Tú eres la promesa de los Patriarcas, la que aumentas los justos, y la que recoges á los errantes. Tú eres la verdad de los profetas, el clarín de los Apóstoles y el Maestro de los Evangelistas. Tú eres la fortaleza de los mártires, el ejemplo de los confesores, el honor y regocijo de las Vírgenes.

Tú para poner en libertad al hombre que estaba desterrado, recibiste al Hijo de Dios en tu purísimo vientre.

Por ti, vencido el enemigo, se han abierto para los fieles el reino del Cielo.

Tú estás sentada con tu precioso Hijo á la diestra de Dios Padre.

Ruega por nosotros, Virgen María, á este mismo Hijo tuyo, el que creemos ha de venir á juzgarnos. Y así te pedimos que favorezcas á estos tus siervos, que hemos sido redimidos con la preciosa Sangre de tu Hijo.

Haced, piadosísima Virgen María, que seamos del número de tus Santos en la gloria eterna. Salvad, Señora, á tu pueblo, para que seamos participantes de la herencia de tu Hijo. Gobiérnanos también y guárdanos eternamente.

Todos los días, Señora, te saludamos con el dulce nombre de María, y desea-

mos alabarte eternamente, no sólo con el corazón sino también con nuestras voces.

Dígnate, dulcísima María, conservarnos sin pecado ahora y en todo tiempo. Ten misericordia de nosotros, Señora, ten misericordia de nosotros. Sea grande para nosotros tu misericordia, porque en ti, ¡oh Virgen María! hemos puesto toda nuestra confianza. En ti, dulcísima María, esperamos que nos defiendas eternamente. A ti como Madre de Dios, te conviene la alabanza y el gobierno: á ti te pertenece la virtud y la gloria en los siglos de los siglos. — Amén.

OFRECIMIENTO
Á LA SANTISIMA VIRGEN MARIA.

¡Oh Señora y Madre mía! Yo me ofrezco á Vos con toda mi voluntad, y para daros una prueba de mi devoción os consagro hoy mis ojos, mis oídos, mi boca, mi corazón, mi persona toda; y supuesto que soy vuestro, ¡oh Madre bondadosa! conservadme y defendedme como vuestra propiedad y vuestra posesión. — Amén.

Este ofrecimiento tiene las siguientes indulgencias, concedidas por S. S. Pío IX, en 5 de Agosto de 1861: 1.ª A los fieles que por mañana y tarde, después de la Salutación angélica, recen con fervor, y por lo menos de co-

razón contritos, la indulgencia de cien días una vez por día. 2.ª A los que lo hayan dicho así todos los días del mes, indulgencia plenaria una vez al mes, el día en que confesando y comulgando dignamente, visiten una iglesia ú oratorio público, y recen algún tiempo, según la intención de Su Santidad. Estas indulgencias son aplicables por las almas del purgatorio.

ORACIÓN DE UNA MADRE

Á LA VIRGEN SANTÍSIMA.

¡Oh! María, Virgen pura y sin mancha, casta esposa de José, tierna Madre de Jesús, modelo completo de las esposas y de las madres. Yo vengo á Vos llena de respeto y de confianza, con sentimientos de la más profunda veneración, me postro á vuestros pies, é imploro vuestro socorro. Ved, ¡oh poderosa María! ved mis necesidades y las de mi familia, escuchad los ardientes votos de mi corazón, yo los confío al vuestro, tan tierno y bueno. Yo espero por vuestra intercesión, obtener de Jesús la gracia de cumplir lo mejor posible con mis deberes de esposa y de madre, alcanzadme el temor de Dios, el amor al trabajo y á las buenas obras, el gusto por la oración y por las cosas santas, la dulzura, la paciencia, la sabiduría, todas las virtudes que el Apóstol recomienda á las mujeres cristianas que

hacen la felicidad y el adorno de las familias. Enseñadme á honrar mi esposo como Vos honrasteis á San José y como la Iglesia honra á Jesucristo: que él encuentre en mí una esposa según su corazón. Que la unión santa que hemos contraído sobre la tierra, subsista eternamente en los Cielos. Proteged á mi esposo en todos los caminos: yo imploro su felicidad aún más que la mía. Recomiendo también á vuestro paternal Corazón mis pobres hijos, sed su piadosa Madre, formad su corazón para la piedad, que ellos no se separen jamás de los senderos de la virtud y perfección, y que sean felices; que después de nuestra muerte se acuerden de su padre y de su madre, que rueguen por nosotros, que honren nuestra memoria con sus virtudes, que sean piadosos, caritativos con los pobres y siempre cristianos cumpliendo con sus deberes en la ley santa del Crucificado; y como ellos también deben morir, haced que su vida esté llena de buenas obras, y que sea coronada por una santa muerte. Que podamos ¡oh María! os lo pido con todo mi corazón, que podamos digo, encontrarnos todos juntos en el Cielo para contemplar vuestra gloria, para celebrar vuestros beneficios, vuestro amor, y bendecir eternamente con Vos

á vuestro amado Hijo nuestro Señor Jesucristo. — Amén.

Se rezan tres Ave Marías en memoria y reverencia de la pureza de María.

ORACIÓN MUY DEVOTA
Á LA SANTÍSIMA VIRGEN MARIA *.

Santa María, perpetua Virgen de las vírgenes, Madre de misericordias, Madre de gracia, esperanza de los afligidos, dulce consoladora de los desamparados. Por aquella espada de dolor que traspasó tu santísima alma, cuando presenciaste el infame suplicio de tu unigénito Hijo, y por aquel filial afecto por el que Jesús, compadecido de su dolor, te recomendó con todo su corazón á su querido discípulo Juan, te suplico, Señora, te compadezcas, te conduelas y tomes parte en mi ansiedad, en mi adversidad, en mi enfermedad, en mi pobreza, en mi soledad y en cualquiera otra tribulación. ¡Oh compadecedora de los mortales, dulce consuelo de los desamparados, ayudadora solícita de los desvalidos! escucha mis ruegos, mira las lágrimas de mi orfandad y miseria. Colocado por mis pecados en diversos males y angustias, no sé á quien acogerme sino á ti, Señora mía, dulci-

* Esta oración es llamada la prodigiosa.

sima Virgen María, Madre de Nuestro Señor Jesucristo, compañera, reformadora de la misma substancia, de nuestra miserable humanidad. Abre, pues, los oídos de tu piedad y escucha con tu acostumbrada misericordia mis ruegos: te lo suplico, dulce María, por las entrañas de tu misericordiosísimo Hijo; por la dulzura que tuvo cuando por su extremado amor al género humano resolvió, en unión del Padre y del Espíritu Santo, redimirlo, vistiéndose para esto de nuestra frágil humanidad, y anunciándote el Angel y haciéndote sombra el Espíritu Santo, se encarnó en ti, piadosísima Virgen María, y el Dios-hombre estuvo encerrado en tu purísimo vientre nueve meses, concluídos los cuales salió de tu vientre virginal por obra del Espíritu Santo, sin desdeñarse de visitar este mundo, lleno de corrupción y miseria; por la angustia que tuvo este tu divino Hijo Jesucristo Nuestro Señor, cuando en el monte de las Olivas rogó á su Padre para que si fuese posible, pasase del amargo cáliz de su pasión; por su trina oración, y porque tú, bella María, le seguiste al cruel espectáculo de su pasión, vertiendo tiernísimas lágrimas; por los oprobios, salivas, bofetadas, irrisiones, falsas acusaciones y juicios inicuos; por sus pa-

siones y azotes; por las tres veces que lloró; por su sudor de Sangre; por su paciencia y silencio; por el pavor, el tedio y tristeza de su Corazón; por la vergüenza que tuvo cuando desnudo y pendiente en la Cruz se halló delante de ti, piadosísima Virgen María, y de todo el pueblo; por su real cabeza herida con palos; por su corona de espinas; por la sed que padeció; por la hiel y vinagre de que gustó; por la cruel lanzada de su Sacratísimo Costado; por la Sangre y agua que vertió derramando sobre nosotros gracia y misericordia; por los clavos con que taladraron sus pies y manos; por la recomendación que de su preciosísima alma hizo á su Padre; por aquellas palabras que dijo ya próximo á expirar: *Padre mío, Padre mío, ¿por qué me has desamparado?* y por aquellas otras: *todo está concluído:* y porque inclinando la cabeza expiró; por la ruptura del velo del templo y de las piedras; por las tinieblas que ocultaron el sol y la luna; por el temblor de tierra; por la misericordia que tuvo con el buen ladrón; por su cruz y pasión; por su descenso á los infiernos; por las benditas almas que alegró en el limbo con su presencia; por el gozo, la victoria y la gloria de su Resurrección; porque después de ella, durante cua-

renta días se apareció á ti, predilecta Virgen María y á los Apóstoles y demás discípulos; por su gloriosa ascención á los Cielos, mirándole tú y los demás escogidos; porque el Espíritu Santo descendió sobre el Colegio apostólico en forma de lenguas de fuego; por el tremendo día del juicio, en el que tu divino Hijo vendrá lleno de gloria y majestad á juzgar á los vivos y á los muertos y al siglo por el fuego; porque mientras vivió en el mundo participaste de su pasión en tu compasivo Corazón; por la dulzura de sus miradas; porque con inefable gozo subiste al Cielo á sentarte á la diestra de tu Hijo; donde vives y reinas sin fin; por todas estas cosas que he mencionado, ¡oh piadosísima Virgen María! alegra mi corazón y escúchame esta súplica que os hago humildemente (*Aquí se pide con confianza lo que se desea*). Así como estoy cierto que Jesús te honra y nada te niega, así también experimento yo, ¡oh dulce María! tu protección y consuelo, pronta, plena y eficazmente. Hazlo, hazlo por la dulzura de tu misericordiosísimo Corazón y el de tu dulcísimo Hijo, que se complace en hacer la voluntad de los que le temen. Escucha benigna mi humilde súplida, en estas cosas que te pido; y además al-

cánzame de tu divino Hijo, una fe ardiente, esperanza firme, caridad perfecta, verdadera contrición, abundancia de lágrimas, sincera confesión de mis pecados, condigna satisfacción por ellos, fuga diligente de las ocasiones de pecar, desprecio del mundo, amor de Dios y del prójimo, durable impresión en mi alma de la pasión de mi Señor Jesucristo, verdadera paciencia para sobrellevar por amor de tu Hijo, toda tribulación y aun una muerte vergonzosa, si así fuese necesario; fidelidad en cumplir mis votos, perseverancia en mis buenas obras, mortificación de la propia voluntad, conducta agradable á ti, una buena muerte; y cuando ya se acerque ésta, cuando estuviere en el extremo de la vida, te pido, ¡oh María! una más vehemente penitencia de mis pecados y que no pierda el uso de la lengua y de los sentidos; y por fin te ruego, piadosísima Virgen, por mis padres, hermanos, parientes, amigos y benefactores, así vivos como difuntos, para que en mérito de la pasión de tu Hijo les des la vida eterna. — Amén.

JACULATORIA.

Bendita sea tu pureza
Y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se recrea
En tan graciosa belleza.
A ti celestial princesa,

Virgen Sagrada María,
Te ofrezco desde este día
Alma, vida y corazón,
Mírame con compasión
No me dejes, Madre mía.

El Papa Pío VII concedió 200 días de indulgencia por cada una de las letras de la anterior jaculatoria.

LA MAGNIFICAT.

Glorifica mi alma al Señor, y mi espíritu se llena de gozo al contemplar la bondad de Dios mi Salvador:

Porque ha puesto la mira en la humilde sierva suya; y ved aquí el motivo porque me tendrán por dichosa y feliz todas las generaciones.

Pues ha hecho en mi favor cosas grandes y maravillosas el que es Todopoderoso, y su nombre infinitamente santo.

Cuya misericordia se extiende de generación en generación á todos cuantos le temen.

Extendió el brazo de su poder, disipó el orgullo de los soberbios trastornando sus designios.

Desposeyó á los poderosos y elevó á los humildes.

A los necesitados llenó de bienes y á los ricos los dejó sin cosa alguna.

Exaltó á Israel su siervo, acordándose de él por su gran misericordia y bondad.

Así como se lo había prometido á

nuestros padres, á Abraham y á toda su descendencia, por los siglos de los siglos. — *Gloria al Padre, al Hijo*, etc.

TRISAGIO

A LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Amorosísima María, Madre del Verbo humano : amo, Señora, á Dios á Vos y á todos mis prójimos, con todo mi corazón, alma, sentidos y potencias, y por este amor me pesa, amantísima hija de Dios Padre, y me pesa, amorosísima Madre de Dios Hijo, y me pesa, delectísima Esposa de Dios Espíritu Santo, de haber ofendido á las tres divinas personas de la Santísima Trinidad, y de haberte agraviado á Vos, y propongo nunca más pecar, ayudado de vuestro patrocinio y favor, y espero de vuestra caridad me alcancéis del Señor, el perdón de mis pecados, y gracia para amar á Dios y á Vos, todos los días de mi vida, con una cordialísima devoción. Amén.

HIMNO.

Ya el sol del Verbo divino
Baja del seno del Padre,
Para en el seno materno
De María tomar carne

Quedando Virgen intacta
Y con más gracia que antes,
En grado más eminente
Por FIAT de las paces.

Ya los Ángeles se pasman
Al ver una unión tan grande,
Y admirados le dan gracias
Al Hacedor que tal hace.

Ya se renuevan los Cielos
Y la tierra á los mortales,
Apareciéndose en ella,
La que es gracia impecable.

Ya los astros y planetas
Con otra faz y señales,
Demuestran la feliz dicha
Perdida por nuestros padres.

Y ya María se alegra
Con unión tan inefable,
Al verse Madre de Dios,
Hija del Eterno Padre,
Y del Espíritu Esposa.

¡Oh dichosa y feliz Madre!
Ruega, Virgen, por nosotros
En este tan triste valle,
Para que seamos dignos
De ver á Dios y gozarle.

Petición que se hace antes de cada Ave María.

María Hija, Madre y Esposa de Dios, ruega, Señora, por nosotros.

Se reza una Ave María y un Gloria Patri y se dice:

Santa, Santa, Santa María Madre de Dios, llenos están los Cielos y la tierra de tu gloria.

Se responde:

Gloria á María Hija del Padre, gloria á María Madre del Hijo, gloria á María Esposa del Espírito Santo.

(Este se dice alternativamente por veintisiete veces, repartidas en tres veces nueve, diciendo una Ave María al principio de cada nueve).

PETICIÓN.

Á ti Hija de Dios Padre, á ti Madre de Dios Hijo, á ti Esposa de Dios Espíritu Santo ,te pedimos ruegues, Señora, por nosotros á la Santísima Trinidad. Amén.

JUCULATORIA.

Bendigamos á María Madre de Dios, alabémosla, ensalcémosla y glorifiquémosla eternamente. Amén.

ORACIÓN.

María Madre de Dios, interceded por nosotros continuamente, pues os lo pedimos por la dignidad que gozáis de ser Madre de Dios, para que encendidos en caridad amemos á Dios, á Vos, y á nuestro prójimo. Amén.

GOZOS.

Al ver que en tu Concepción,
Pisas la horrible garganta
De la maligna serpiente,
Virgen pura, humilde y Santa,
Ángeles y Serafines.
Dicen Santa, Santa, Santa.

Porque por tu nacimiento
El sol de justicia raya
Con inexplicable gozo
Concebimos dicha tanta,

Ángeles y Serafines, etc.

Al ver que tu Santo Nombre
La fuerza infernal quebranta,
Con júbilo y regocijo
Cantémoste Virgen Santa,

Ángeles y Serafines, etc.

Porque tu perseverancia
La intuitiva vista alcanza
Adorando tu Persona,
Al ver en Vos dicha tanta,

Ángeles y Serafines, etc.

En tu santo desposorio
La humilde vara florece,
Eligiéndote por Madre
La voluntad Sacrosanta,

Ángeles y Serafines, etc.

Porque huyendo para Egipto,
De la Muerte á tu Hijo salvas,
Y adorando sus arcanos
Al ver maravilla tanta,

Ángeles y Serafines, etc.

Y porque al pie de la Cruz,
Te haces Madre y abogada,
Entre dolores y penas
Por tan vil criatura ingrata,

Ángeles y Serafines, etc.

Al ver que tu feliz muerte
Á la Trinidad agrada
Á Dios alabando en Vos
La Angélica Corte canta,

Ángeles y Serafines, etc.

Porque en tu resurrección
Vas al Cielo en cuerpo y alma
Con potencias y sentidos,
¡Oh Madre piadosa y Santa,
Ángeles y Serafines, etc.

Viendo que ya á coronarte,
Dios á su trono os levanta
Premiando así tus virtudes
En célica Corte y Santa.
Ángeles y Serafines dicen :
Santa, Santa, Santa.

JACULATORIA.

Bendigamos á María, Madre de Dios; alabémosla, ensalcémosla y glorifiquémosla eternamente. Amén.

ORACIÓN.

Alabada seas, oh Santísima María Madre de Dios, Reina del Cielo, puerta del Paraíso y Señora del mundo. Tú eres la singular Virgen : tú eres sola concebida sin pecado original : tú eres aquella Virgen pura que concibió á Jesucristo sin mancha por obra del Espíritu Santo; tú eres la Virgen y Madre sola elegida que dió á luz al Criador y Salvador del mundo : por esto á ti te suplico, que ruegues por nosotros á Jesucristo tu querido Hijo y Señor, y nos libres de todos los males.

Bendita y alabada sea la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que tantas gracias le dieron á su Hija,

Madre y Esposa, María Santísima, Señora nuestra, á quien alabamos con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y el Santísimo Sacramento del Altar, por todos los siglos. Amén.

TRISAGIO
EN OBSEQUIO DE LA SANGRE PRECIOSÍSIMA
DE NTRO. SEÑOR JESUCRISTO.

INVOCACIÓN.

℣. Alabanza ¡oh dulce Sangre
De mi Dios y Redentor!
℟. Toda alma se consagre
Para adorarte, Señor.
℣. Tierno Jesús ayudadme,
Prestadme todo tu amor.
℟. Y por tu Sangre amorosa
Aumentad más mi fervor.
℣. Gloria al Padre, gloria al Hijo
Y en el Espíritu sea;
℟. Gloria á la Sangre divina.
De Jesús que nos recrea. Amén.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Sangre preciosísima de mi amado Redentor Jesucristo, que derramada en el Huerto á impulsos de la agonía mortal que causó en su santísima alma la consideración de mis feas ingratitudes, me llenas de mayor humillación, al penetrarme del excesivo amor que mi dulce Jesús, ese manso Cordero, no tan sólo

en este amargo paso me manifestó, si no también en aquella borrascosa lluvia de crueles azotes que descargaron bárbara é inhumanamente en todo su sacratísimo Cuerpo, en que á torrentes corría tan exquisito licor; pésame, pues, de no haberme aprovechado lavando mi alma de las más asquerosas manchas que con mis graves culpas he afeado; me confundo, purísima Sangre, cuando nuevamente te veo vertida con abundancia, ya en el más tirano invento de coronar la delicada cabeza del más inocente Abel, con las agudas espinas que taladraron sus sagradas sienes: ya en desnudarle de aquella túnica que asida á sus sacratísimas carnes, renovó en sumo grado los más acerbos dolores de todas sus heridas; pésame el haber despreciado tan vilmente con mis innumerables defectos estos riquísimos manantiales de tan gran tesoro. Mi alma, santísima Sangre, se estremece, mis potencias se aterran al manifestárseme cinco nuevas cristalinas fuentes que copiosamente por manos, pies y costado brotan, cuando los crueles verdugos los traspasaron rasgando las venas con los esquinados clavos y destrozando el más amoroso Corazón con la aguda lanza! ¡Ay, Jesús amantísimo! ¡Cómo no muero yo de dolor, pues yo soy la causa con

mis pecados é infidelidades ! Perdonadme, Sangre preciosísima : tened misericordia de mí, Sangre amabilísima : limpiadme de todos mis defectos, Sangre purísima : así lo espero, humilde Redentor, para perseverar en el debido aprecio de tan rico don. Amén.

HIMNO.

Ya el Cordero inmaculado
Nuestro amado Redentor,
Toda su Sangre derrama,
Por nosotros con amor.
Sangre de misericordia
Corre en tantas efusiones;
Y sus corrientes sagradas
Embriagan los corazones.
En ti está nuestra esperanza,
En ti está nuestro consuelo,
Pues una gota es bastante
Á causar nuestro remedio.
Gloria á la Sangre más santa,
Gloria á la Sangre más pura,
Con que nos ha redimido
Lleno de amor y dulzura.

Le rezará un Padre Nuestro, y en lugar de Gloria Patri, la siguiente

ANTÍFONA.

Gloria den á la Sangre preciosa de Jesucristo los ángeles y Santos del Cielo, y todas las criaturas de la tierra; adórenlo y denle gracias, que, siendo Dios, como su Eterno Padre, se humanó para derramar toda su Sangre por redimir al hombre.

Por tres veces se dirá el siguiente

TRISAGIO.

Santa, Santa, Santísima es la preciosísima Sangre de mi Señor y mi amor Jesús.

Llenos están los Cielos y la tierra de los efectos de su amor y misericordia para con sus criaturas.

Padre Nuestro, la antífona, Gloria á la Sangre, etc.

TRISAGIO.

Santa, Santa, Santísima es la preciosísima Sangre de mi Señor y mi amor Jesús.

Llenos están los Cielos y la tierra de los efectos de su amor y misericordia para con sus criaturas.

Padre Nuestro, la antífona, Gloria á la Sangre y tres veces el Trisagio Santa, Santa, etc.

ANTÍFONA.

Sangre de mi tierno Jesús; Sangre Sacratísima; Sangre reparadora de nuestra infeliz caída; Sangre que nos separaste de la ira de la divina indignación, y aterraste á nuestro común enemigo: á ti sea la gloria y bendición, por los siglos de los siglos. Amén.

℣. Adoremos tan gran tesoro, que la Santísima Trinidad nos presentó para nuestro rescate.

℟. Venerémosle, y reverenciémosle con humildad incesante.

ORACIÓN.

¡Oh Sangre preciosa de mi Señor y Esposo Jesús! ¿Quién se deshiciera obsequiando esa Sangre purísima, esa santísima Sangre, remedio de nuestros males, consuelo de nuestras penas, fortaleza de nuestras debilidades? ¿Qué fuera de nosotros, si no hubiera constituídose por fiadora esa Sangre adorable, y ofrecídola nuestro buen Jesús á su Eterno Padre para nuestro reposo? ¡Oh Sangre dulcísima, qué agradable es tu memoria á el alma mía! Tú bien sabes, Señor, la confianza que me inspira tu suavísima Sangre; cuando me quieren atemorizar los tristes recuerdos de mis muchos pecados; cuando me siento desconfiar en que mis ingratitudes y falta de correspondencia á tus beneficios y favores me puedan ocasionar mi perdición eterna; cuando me contrista la incertidumbre de si me habrás perdonado por no haber hecho de mi parte lo que debo; cuando todo esto quiere como ahogarme en un mar de aflicción y desconsuelo; al solo pensamiento de que toda tu purísima Sangre fué derramada por mi remedio; que toda esa Sangre es mía, y que una gota es capaz de borrar todas las feas manchas de mis culpas y satisfacer á tu

Eterno Padre; repito sólo este pensamiento, y suaviza y endulza todas mis amarguras, ensancha mi corazón y me llena de amorosa confianza. Así, Dios Eterno, te ofrezco esta riquísima Sangre de tu Santísimo Hijo, en satisfacción de mis pecados; ella te suplica el perdón y misericordia que tantas veces he merecido; ella sea mi salud, sea mi fortaleza en las tentaciones y trabajos; ella sea mi asilo y mi consuelo; ella sea el más dulce recreo de mi memoria; el más entretenido placer de mi entendimiento, y la que se lleva todos los afectos de mi voluntad; ame yo esa santísima Sangre, esa Sangre preciosísima con que me rescató mi buen Jesús, y en la que me ha dado todos sus tesoros. Sí, alma mía, no temas ya nada, toda la Sangre del Cordero divino es tuya, él se ha despojado de ella, él la ha vertido toda para que posesionándote de tan preciosa alhaja, de tan rica dádiva, compre tu salvación eterna. Amén.

GOZOS.

Con su Sangre sacrosanta
Jesús nos ha redimido:
Diga el hombre agradecido
Sangre santa, santa, santa.

Ya se apresura su amor
Y no sufre dilaciones:

Que en el Huerto á borbotones
Corre en copioso sudor,
¡Oh! qué ansioso estás, Señor
Por lavar mi culpa tanta,

Diga el hombre, etc.

Á una columna amarrado
Con látigos y cadenas
Surcan, mi Jesús, tus venas
Y todo estás desangrado,
Mi corazón has lavado
Con Sangre tan sacrosanta,

Diga el hombre, etc.

Corred almas sin demora
Y veréis á vuestro amado,
De espinas lo ha coronado
Su madre la Sinanoga.
Su sangre por nos aboga,
Pues ha derramado tanta,

Diga el hombre, etc.

Por sien y frente sagrada,
Corren cual lluvias divinas,
Y entre punzantes espinas
Queda toda ensangrentada,
Llegue el alma apresurada
Y humillada allí á su planta,

Diga el hombre, etc.

El camino va regando
Fatigado el buen Jesús :
Y cargado con su cruz
La calle va ensangrentando;
Pues que mis culpas lavando
A mi enemigo quebranta,

Diga el hombre, etc.

Míralo que ya ha llegado,
Y con fiereza tan dura
Le arrancan su vestidura
Y hasta la piel le han quitado;

Con fervor y gozo tanto
Alma dí, y la voz levanta,
Diga el hombre, etc.

¡Ay! ya está crucificado,
¡Y con rigor inhumano
Clavando su pie y su mano
Brota un arroyo sagrado;
Una lanza en su costado
Abre una fuente que encanta!
Diga el hombre, etc.

Es piscina prodigiosa
Y cinco pórticos tiene,
Donde el agua se mantiene
Siempre pura y provechosa,
Llega sedienta y ansiosa,
Alma, y humillada canta,
Diga el hombre, etc.

Con su Sangre Sacrosanta
Jesús nos ha redimido:
Diga el hombre agradecido
Sangre santa, santa, santa.

ANTÍFONA.

La Sangre de Jesucristo que por el Espíritu Santo ofreció á su Eterno Padre, limpiará nuestras conciencias de las obras muertas para mejor servir á Dios que vive eternamente.

℣. Comprados con el gran precio de la Sangre de Jesucristo.

℟. Seremos justificados y salvos por medio de su Sangre, de la eterna indignación.

ORACIÓN.

Omnipotente y sempiterno Dios, que

quisiste con la Sangre de tu Hijo aplacar tu justa indignación y redimirnos; te rogamos nos concedas que de tal suerte honremos el precio de nuestra salvación, que podamos conseguir ahora el perdón y eternamente la gloria. Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo, que contigo vive y reina en unión del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

Ofrecerás siete veces al Eterno Padre la Sangre de Jesucristo su Hijo por la conversión de los pecadores. Otras siete por la perseverancia de los justos, y otras siete por el alivio y descanso de las almas del purgatorio.

ORACIÓN.

Alabado sea Jesucristo eternamente con María nuestra Madre. Jesús mío, misericordia por vuestra preciosa Sangre, y por vuestro amantísimo Corazón. Jesús mío, usad de misericordia con nosotros. Dios mío, cubridnos á todos con vuestra preciosa Sangre y acogednos en vuestro benéfico Corazón, y por vuestros santísimos merecimientos y Sangre esparcida, cubridnos con vuestra misericordia y libradnos de los castigos que hemos merecido por nuestros pecados.

¡Oh Eterno Padre! por la Sangre y por el Sagrado Corazón de Jesús, misericordia.

El Exmo. é Illmo. Sr. Jorge Viteri y Ungo, Obispo de San Salvador, concede 360 días de indulgencia cada vez que se practique este ejercicio; y el Illmo. Señor Dr. José Hilario Boset, Obispo de Mérida, concede 40 días por el mismo.

EJERCICIOS

Que en los días 19 de cada mes se celebran en honor

DEL FELIZ TRÁNSITO DEL

Patriarca Señor San José.

ADVERTENCIA.

El orden que se ha de observar en estos ejercicios para cada diez y nueve, es el siguiente: se dará principio con el Acto de Contrición, y si los hacen los señores Curas y Prelados en sus iglesias en público, se principiará con el Santísimo Sacramento expuesto, si se pudiere, y luego la oración para todos los siete días y el primer dolor y gozo. Después la plática, si la hubiere, si no el devoto puede dedicarse en este rato á la lección ó meditación de la vida de nuestro Santo Patriarca. Concluído esto, siguen los gozos, la oración última, la antífona y las Letanías de Nuestra Señora, será la conclusión de Ejercicio y se entonará el *Tantum Ergo*, etc., si es que está expuesto el Santísimo para reservarlo.

Este mismo orden se ha de llevar en el segundo, tercero, cuarto, quinto, sexto y séptimo Dolores y gozos, de los seis días restantes dedicados para cada diez y nueve.

Para que estos ejercicios sean aceptados á los ojos del Todopoderoso y honra del Santo Patriarca, es conveniente que nuestras con-

ciencias estén purificadas por medio del Sacramento de la Penitencia.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mío Jesucristo, etc.

ORACIÓN PARA TODOS LOS SIETE DÍAS.

¡Oh sagrado Patriarca y bienaventurado Señor San José! Varón el más feliz, á quien se le dió por hijo el inmenso tesoro de todo un Dios, cuya infinita grandeza y hermosura desearon ver muchos poderosos reyes, y no lo consiguieron. Cuya infinita sabiduría apetecieron oír y no lo lograron. Siendo Vos, Santo mío, el privilegiado, no sólo por ver su imponderable hermosura y oír afortunado su inmensa sabiduría, sino lo que es más, para ser trono de su soberana grandeza, trayéndolo muchas veces en vuestros dichosos brazos, agasajándolo con amorosos ósculos; manteniéndolo á costa de trabajo y laboriosos afanes. Fnalmente, guardándolo cuidadoso de las inicuas asechanzas de sus crueles enemigos. Por tanto cúmulo de privilegios y favores con que te quiso exaltar el Todopoderoso y celestial Padre, te rogamos, ¡oh poderoso Patriarca! tus más rendidos y fieles devotos, que nos alcances de tu soberano Hijo, un fervor grande, con que afectuosos te acompañemos en estos

mensuales ejercicios, con la meditación tierna de los dolores y gozos que sintió vuestro santísimo Corazón mientras estuvisteis en este mudo. Esperando ¡ oh Santo mío! de vuestra excelente piedad, que nos habéis de librar en esta mortal vida de todos los peligros de alma y cuerpo. Y así mismo, que en la tremenda hora de nuestra muerte, correspondiendo benigno á esta mensual memoria que hacemos de vuestro feliz tránsito, nos habéis de acompañar para que no peligre nuestra salvación. Amén.

PRIMER DOLOR Y GOZO.

ORACIÓN.

¡ Oh Santísimos esposos María y José! por aquellas penas y dolores que afligieron vuestros purísimos Corazones mientras duró la cruel tormenta de los celos en vos, ¡oh sagrado Patriarca! y por el inexplicable que os causó el feliz paraninfo con que se desterró de vuestro pecho tanto dolor y temor : os pedimos y rogamos que nos amparéis en nuestras tribulaciones, convirtiendo nuestras penas temporales en alegrías eternas. Amén.

Sigue la plática, ó un rato de meditación, en el cual cada uno pide al Santo lo que desea.

GOZOS.

En mi postrera agonía
Cuando la muerte llegare :
Tu patrocinio me ampare
Y el de tu esposa María.

¡Qué sentimientos, qué anhelo!
¡Qué dolor tan inhumano,
Dulce Jesús soberano,
Te causaron unos celos!
Mas, cesaron tus desvelos,
Cuando te fué declarado,
Que en María había encarnado
El mismo Rey de los Cielos.
Pues siento tus desconsuelos,
Y me place tu alegría,
Tu patrocinio, etc.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria Patri á fin de cada verso.

En un establo nacido,
Del temporal lastimado,
Vió á Dios infante humanado
Tu corazón abatido;
Pero luego complacido
Le miraste festejado,
De monarcas adorado,
De Angeles y hombres servido
Pues siento verte afligido
Y me place tu alegría,
Tu patrocinio, etc.

Con angustia y pesaroso
Por pecador reputado,
Viste al niño ensangrentado,
Circuncidado y lloroso:
Estuviste sin reposo,
Y al oírle llamar Jesús
Se llenó tu alma de luz,
Tu llanto se cambió en gozo,

Y pues siento verte ansioso,
Y me place tu alegría,

Tu patrocinio, etc.

Simeón internó la espada
En tu alma cuando predijo
De tu Esposa y de tu Hijo,
La pasión más amargada;
Pero tu alma consolada
Quedó, dándole á saber,
Que aquel Niño había de ser
La redención deseada.
Siento tu pena extremada,
Y me place tu alegría,

Tu patrocinio, etc.

Por mandato superior
Fuiste á Egipto presuroso,
Porque á degüello horroroso,
Tocó Herodes con furor,
Pero tu acendrado amor
Miró con rostro gozoso
Amparado el Niño hermoso
Por el Supremo Hacedor.
Siento tu afán y dolor
Y me place tu alegría,

Tu patrocinio, etc.

Con Hijo y Madre asustado
Á Israel vuelves temiendo.
Que Archelao de Herodes siendo
Su hijo, lo siguiese airado
Mas del ángel consolado
A Galilea te vas,
Porque en Nazaret estás,
Con el Niño asegurado.
Pues siento verte angustiado,
Y me place tu alegría,

Tu patrocinio, etc.

Á grave pena rendido,
Con la vida como muerta,
Tres días de puerta en puerta
Buscas al Niño perdido:
Pero en gozo desmedido
Al hallarle te contemplo,
Cuando lo viste en el templo,
Entre sabios distinguidos.
Y pues siento verte heridó
Y me place tu alegría,
Tu patrocinio, etc.

ORACIÓN.

Santísimo José, protector soberano y Patriarca excelente, recibid, Santo mío, estos siete gloriados Padre Nuesrtos y devotas Ave Marías, que nuestro rendido afecto fervoroso os consagra, en tierna memoria de los siete mayores dolores y gozos que tuvisteis en esta mortal vida. Y así mismo os ofrecemos, ¡oh poderosísimo Padre! los obsequiosos cultos de este mensual festivo, que reverente os dedica nuestra fervorosa devoción, en singular memoria de vuestro tránsito feliz, y especialmente por aquel inestimable gozo que tuvisteis cuando en los divinos brazos de Jesucristo vuestro amantísimo Hijo, disteis vuestro último y vital aliento; por lo que esperamos de vuestra compasiva piedad, el que á todos los fieles devotos que te acompañamos en él, nos has de favorecer, alcanzándonos de vuestro soberano y divino

Hijo, mediante la poderosa intercesión de María Santísima, vuestra amada Esposa y nuestra soberana Reina, todo lo que humildes y rendidos te suplicamos. Mirad Santo mío, por este Estado y por los Jefes que lo gobiernan. Proteged piadoso este lugar : dad felices aumentos á esta fervorosa hermandad. Expirimenten vuestra gratitud los que con tanto trabajo y esmero cuidadoso, así con sus personas como con sus limosnas, solicitan vuestros cultos. Finalmente ¡oh Padre amorosísimo! socorrednos á todos con muchos auxilios de gracia, para que saliendo en paz de esta miserable vida, pasemos felices á acompañaros en la gloria. Amén.

En lugar de la antífona se dirá la siguiente

ORACIÓN.

Poderosísimo Patrón del linage humano, amparo de pecadores, seguro refugio de las almas, eficaz auxilio de los afligidos, agradable consuelo de los desamparados. José gloriosísimo, el último instante de mi vida ha de llegar sin remedio, mi alma ha de agonizar terriblemente acongojada con la formidable representación de mi mala vida y de mis muchas culpas : el paso á la eternidad me ha de ser sumamente espantoso; el demonio, mi común enemigo, me

ha de combatir terriblemente con todo el poder del infierno, á fin de que yo pierda á mi Dios eternamente : mis fuerzas en lo natural han de ser ningunas : yo no he de tener en lo humano quien me ayude : desde ahora para entonces, te invoco, Padre mío, á tu patrocinio me acojo : asísteme en aquel trance para que no falte en la fe, en la esperanza y en la caridad; cuando tú moriste, tu Hijo y mi Dios, tu Esposa y mi Señora, ahuyentaron á los domonios para que no se atreviesen á combatir tu espíritu : por estos favores, y por los que en vida te hicieron, te pido Santo mío ahuyentes á estos enemigos, para que yo acabe la vida en paz, amando á Jesús, á María y á ti, José mío. Amén.

ADVERTENCIA. — En cada mes se repite lo anterior y además la oración para cada día.

SEGUNDO MES.

SEGUNDO DOLOR Y GOZO.

Oración para este día.

¡ Oh afortunados esposos María y José ! por aquellos tan acerbos dolores que penetraron vuestros santísimos corazones, viendo á vuestro más amado Hijo nacido en un despreciable portal, reclinado en un humilde pesebre, tiritando de frío y llorando amargas lágrimas. Y así mismo, por el inexplicable

gozo que alivió vuestro entendimiento al ver á este Niño celebrado con dulces himnos de alegría de los angélicos coros: admirándolo al mismo tiempo vuestro amor, adorado de los humildes pastores y de los poderosos reyes. Por estos dolores y gozos, os suplicamos que nos alcancéis de vuestro divino Hijo un corazón humilde, despegado de todo lo que el mundo ama: para qne á imitación de los ángeles le alabemos con pura conciencia en vida, y después de ella, acompañados de vuestro soberano patrocinio, pasemos á alabarle por eternidades en la gloria. Amén.

TERCER MES.

TERCER DOLOR Y GOZO.

Oración para este día.

¡ Oh dichosos padres de Jesús ! cuyos amantes corazones fueron heridos de un intenso dolor al ver este tierno infante derramar su preciosa sangre acompañada de copiosas lágrimas, por la penosa herida que recibió en su circuncisión maravillosa, siendo el lenitivo de tanta pena para vos, ¡ oh dichoso José ! y para vuestra amada María, el verlo adornado con el nombre de Jesús, que le dió su Eterno Padre: por cuyo dolor y gozo os rogamos que uniéndo-

se nuestras súplicas con las de vuestra divina Esposa, nos alcancéis la gracia necesaria para circuncidar y mortificar nuestros sentidos, apartándolos de todo aquello que pueda desagradar á nuestro Dios, valiéndonos en todas nuestras tribulaciones del dulcísimo Jesús y su poderosísimo nombre ; para que siendo nuestro escudo y defensa en esta vida, nos mantengamos en su gracia para gozar de su gloria. Amén.

CUARTO MES.

CUARTO DOLOR Y GOZO.

Oración para este día.

Santísimo José, afortunado esposo de María, y dichoso padre de Jesús, cuyo corazón amante fué atravesado de pena con la triste profecía del Santo Simeón, quien al mismo tiempo serenó la tormenta de tan imponderable amargura con públicas de que este divino Niño era el Mesías deseado que venía misericordioso á libertar á todo el linaje humano del cautiverio en que se hallaba, por la cometida culpa original. Por este dolor y gozo, te ruego, ¡ oh Santo mío ! que me alcances de mi Dios una digna preparación con la continua práctica de virtudes y buenas obras, para que mereciendo recibir á este Señor en

mi alma, consiga por su pasión y muerte, salir del cautiverio de las culpas. para ir á alabarle en tu compañía por eternidades en la gloria. Amén.

QUINTO MES

QUINTO DOLOR Y GOZO.

Oración para este día.

José amabilísimo, Padre legal de Jesús y verdadero esposo de María, por los terribles dolores y penas que cercaron tu corazón amante, en esta penosa huída á Egipto, y por los sustos que pasasteis vos y vuestra amantísima esposa en tan dilatado camino: y asímismo por el gozo inexplicable que enjugó las lágrimas de tanta pena, al ver huír los infernales espíritus, destruírse así los engañosos ídolos, como sus suntuosos templos, convirtiéndose al mismo tiempo innumerables almas á Dios y á su verdadera ley, por tanto dolor y gozo, os suplicamos, Santo mío, que nos alcancéis de vuestro Santísimo Hijo, una resolución constante para huír de todo género de culpas, y de todas las ocasiones que puedan provenir; para que destruídos los ídolos de nuestras malas pasiones y afectos mundanos, consigamos que habiten en nuestras almas Jesús, José y María, hasta que en

tan amable compañía, después de una feliz muerte, subamos á alabarle en la gloria. Amén.

SEXTO MES.

SEXTO DOLOR Y GOZO.

Oración para este día.

Patriarca excelente, Padre dichosísimo de Jesús, por aquel dolor que tuvisteis cuando el Angel del Señor os ordenó que dejaseis las regiones del Egipto y volvieseis á habitar las tierras de Israel: y por el gozo que os causó la seguridad que el celestial espíritu os dió de que ya sin recelo alguno podíais emprender vuestro viaje. Por tanto dolor y gozo, os suplicamos, Santo escogido, que radiquéis en nuestros corazones un santo temor de Dios, para que recelosos huyamos de las ocasiones, que en otro tiempo fueron causa de cercana ruina; y así aseguremos el gozo de caminar seguros á la Israel triunfante de la gloria, donde por una eternidad os acompañemos.

SÉPTIMO MES.

SÉPTIMO DOLOR Y GOZO.

Oración para este día.

¡ Oh Patriarca santísimo! por aquel imponderable dolor que afligió vuestro corazón y el de vuestra amada esposa

María al ver perdido á Jesús vuestro divino Hijo, y por la triste y cuidadosa solicitud con que por tres días seguidos lo buscasteis, como también por el excesivo gozo que tuvisteis cuando lo encontrasteis en el templo disputando con los sabios doctores de la ley: os rogamos humildemente, Santo mío, que nos alcancéis de este divino Niño la gracia de que no le perdamos por nuestras culpas; y si por nuestra desgracia y fragilidad lo llegásemos á perder, siguiendo vuestro ejemplo, ¡oh santísimo José! no soseguemos hasta que por medio de la más dolorosa penitencia logremos la dicha de encontrarlo en el misericordioso templo de su piedad, para no perderlo por una eternidad. — Amén.

Devoción á San Antonio de Padua

PARA LOS MARTES.

OFRECIMIENTO.

Jesús Dios y Señor mío, yo os ofrezco mi corazón y con él todas mis obras, palabras y pensamientos. Recibid, Señor, este corazón que os adora y quisiera amaros con todo el amor que os tienen las criaturas angélicas y humanas. Arda mi amor en vuestro divino amor.

Seáis Vos, Dios mío, el fiel eco de todos los sentimientos que hay dentro de mi alma, y por las excelsas virtudes y carísimas de gracias con que adornasteis á vuestro tierno amante San Antonio de Padua, mi seguro protector, en todas mis vicisitudes, haced que siempre arda más y más en mí la sublime llama de la fe, de la esperanza y de la caridad, para que enseñándome en esta vida á reconoceros encubierto bajo la forma del misterio, después de cruzar este inmenso mar de sufrimientos, me concedáis el ver vuestro rostro celestial, tal cual os dejabais ver del glorioso San Antonio de Padua á la manera de un hermosísimo niño, tratándole como á su querido amigo, acariciándole y dándole á gustar la copa suavísima de las consolaciones y de la felicidad.

Sí, Dios mío, sed, con el amparo de vuestra santísima Madre, corazón de mi corazón, alma de mi alma, vida de mi vida, autor de mi gracia en el destierro, objeto dulce de mi gloria y de mi amor en la patria del paraíso. Amén.

ORACIÓN Á SAN ANTONIO.

Bienaventurado y gloriosísimo San Antonio de Padua, consuelo de los afligidos, alivio de los miserables, fortaleza de los débiles, alegría de los descon-

solados y atribulados, volveos á mí que son muchos y fuertes los trabajos que me cercan, son cortas mis fuerzas y mi corazón está muy angustiado y confuso, sin saber á dónde acudir por remedio sino á vos. Muchos son, Santo mío, mis enemigos; por todas partes me miro rodeado de contrarios á quienes no puedo resistir; pero ¡oh Santo mío! en medio de tantas tribulaciones yo veo que todo cesa cuando finco mis esperanzas en vos, para que por vuestra intercesión, se digne el Señor Todopoderoso dar fin á mis padecimientos y socorro oportuno en mis necesidades, y eficaz medicina en todos mis males. Con gran confianza os pedimos, pues, prestéis un oído atento á nuestros suspiros y no desatendáis á los que os suplican con fervorosa fe. Cuando las furiosas olas del padecer quieran sumergirnos, venid á nuestro auxilio; infundid en nuestro corazón toda la pureza, humildad y resignación; inspirad á los estados eclesiástico y secular una santidad de vida, de doctrina, de constancia, de fortaleza, y finalmente, de todas las virtudes; conceded á los casados concordia y recíproca amistad; á los célibes, continencia y ejercicios de excelentes virtudes; á los padres de familia, prudencia; á los hijos, obediencia;

á los pobres, consuelo; á los ricos, caridad; á los afligidos, alegría; á los dichosos, templanza; á los superiores, bondad y clemencia; á los inferiores, respeto; y á todos, en fin, eterna paz y tranquilidad. Amén.

Tres Padre nuestros y Ave Marías.

RESPONSORIOS.

Si buscas milagros, mira
Muerte y error desterrados,
Miseria y demonio huídos,
Leprosos y enfermos sanos.

El mar sosiega su ira:
Redímense encarcelados;
Miembros y bienes perdidos
Recobran mozos y ancianos.

El peligro se retira;
Los pobres van remediados;
Cuéntenlo los socorridos,
Díganle los paduanos.

El mar sosiega su ira;
Redímense encarcelados;
Miembros y bienes perdidos
Recobran mozos y ancianos.

Vs. Gloria al Padre,
Gloria al Hijo,
Gloria al Espíritu Santo.

El mar sosiega su ira;
Redímense encarcelados;
Miembros y bienes perdidos
Recobran mozos y ancianos.

Ruega á Cristo por nosotros,
Antonio divino y Santo,
Para que dignos así
De tus promesas seamos. Amén.

ORACIÓN.

Gloriosísimo San Antonio de Padua, os pedimos afligidos, que así como resucitasteis los muertos, é hicisteis en favor de los desgraciados tanto número infinito de miligros, nos concedáis para mayor gloria del Señor, el remedio de la presente necesidad, si es que es conforme al divino beneplácito de su Majestad Santísima y bien de nuestras almas. Amén.

Se hace la petición.

GOZOS.

Quien te invoca con fervor
Consuelo halla en testimonio,
Excelso Predicador
Por nosotros ruega, Antonio.

Vos sois de la tempestad
El amparo milagroso,
De nuestros pesares gozo,
De nuestro mal, caridad;
Puerto de seguridad
Del mal y de su rigor,
Excelso Predicador, etc.

Sanáis mudos y tullidos,
Paralíticos, leprosos,
Endemoniados furiosos;
Restituís los sentidos,
Volvéis los bienes perdidos
Y curáis todo dolor,
Excelso Predicador, etc.

Vos libráis al prisionero
De sus grillos y cadenas,

Vos consoláis en sus penas
Al contrito verdadero,
Un dolor firme y sincero
Inspiráis al pecador,
Excelso Predicador, etc.

Á la que con santo celo
Y fervorosa oración
El fruto de bendición,
Os pide por su consuelo,
Vos se lo alcanzáis del cielo
Por un insigne favor,
Excelso Predicador, etc.

Sois de Jesús tan amado,
Que á solas con él jugáis,
Haciéndoos, porque le amáis,
Su profeta regalado,
Su celador estimado,
Y su ardiente confesor:
Excelso Predicador, etc.

Quien te invoca con fervor,
Consuelo halla en testimonio:
Excelso Predicador
Por nosotros ruega, Antonio.

ORACIÓN.

Dios y Señor mío: haz que por la intercesión del Bienaventurado San Antonio de Padua, tu Confesor esclarecido, se regocije la Santa Iglesia, para que fortalecida por los auxilios y gozos espirituales, merezca alcanzar los eternos. Por nuestro Señor Jesucristo, que contigo y el Espíritu Santo vives y reinas por todos los siglos. Amén.

ORACIONES Y CONSEJOS

PARA LAS DIVERSAS CIRCUNSTANCIAS Y ESTADOS DE LA VIDA.

ORACIÓN

del padre de familias afligido.

¡Oh Dios de bondad! Vos me habéis puesto á la cabeza de una familia, confiándome su conducta: procuro consagrar á ella todos mis cuidados, y sin embargo de esto, ¿de cuántas inquietudes no estoy agitado? La administración de los bienes, el giro de los negocios, el cuidado de ocurrir á todo, son para mí un manantial inagotable de agitaciones y de continuos desvelos; todos mis días están señalados con alguna nueva pena; rodeado de tantas angustias y sobresaltos, apenas puedo respirar y gozar de un momento de quietud.

¡Si en medio de tantas solicitudes y cuidados fuera de mi casa, pudiese á lo menos hallar la tranquilidad y la paz en lo interior de mi familia! pero ¡ ay de mí! lejos de encontrar ningún consuelo en el seno mismo de esta familia es en ella donde hallo la causa más amarga de tantas aflicciones que me agitan, me turban, me devoran. ¿Qué cosa debería ser más natural, supuesto que tengo consagrados todos mis des-

velos y fatigas á los míos, que esperar tener en ellos algún apoyo y algún dulce consuelo? Pero no; no hallo, por el contrario, sino un cúmulo de aflicciones y de penas.

¡Oh Dios mío! Vos sois el padre común de todos; Vos sois el mío y el de mis hijos: de Vos sólo espero mi consuelo y mi fortaleza; inútilmente la buscaría en otra parte: al pie de vuestra cruz vengo á depositar los sentimientos de mi corazón y las penas de mi estado. Si fuera de vuestro agrado el librarme de esta penas que estoy sufriendo, ¿qué acciones de gracias no tendría yo que daros? Pero si vuestra voluntad santa tiene dispuesto lo contrario, no deseo más sino que esta voluntad santa se cumpla y no la mía.

Os ruego pues, encarecidamente que concedáis dos cosas esenciales á mi salud: la primera, la gracia que necesito para sobrellevar los trabajos propios de mi estado; y la segunda, que los sufra y los abrace con vuestro mismo espíritu. Pues que queréis, Padre mío, que yo sea afligido, no permitáis que pierda el mérito de mis aflicciones: las recibo como de vuestra mano y os las ofrezco en espíritu de penitencia y de resignación: espero que con el socorro de vuestra gracia podré llevar la

carga que me imponéis, y que si yo no soy feliz en este mundo, me preparéis, á lo menos por las mismas aflicciones de esta vida, para la dicha y felicidad de la otra. Amén.

LA ESPOSA AFLIGIDA.

Una madre, en el seno de su familia, no podrá menos de tener muchas cruces, si se propone cumplir con sus obligaciones. El estado de dependencia á que está reducida; el mutuo sufrimiento de unos genios quizá opuestos entre sí; una atención continua sobre el gobierno de la casa; los hijos, que tienen derecho á frecuentes cuidados y ejemplos de edificación: los criados, sobre quienes es necesario velar y hacer que sirvan como es debido, sin gravarles empero más de lo justo, y otros mil cuidados, que aunque ligeros, cada uno de por sí, todos juntos la reducen á una servidumbre continua; en todo esto no hay duda que encontrará una esposa motivos para muchos sacrificios. ¡Dichosa ella, si sabe aprovecharse del mérito que le proporcionan sus penas, y si sabe hallar en el mismo seno de su casa, sin ir á buscar por otra parte su penitencia, su mortificación y otros muchos medios de merecer para el Cielo!

Cargada con el gobierno de una casa que se le ha confiado, ve con sentimiento que no van las cosas como ella quisiera, sin que pueda poner ningún remedio; dice su modo de pensar y no se le escucha: basta muchas veces que ella proponga alguna cosa para que se haga todo lo contrario: se abstiene muchas veces de representar lo que conviene para evitar un mal mayor, de suerte que por más cuidado y atención que ponga en todo, tiene la desgracia de no dar gusto en nada. En estas circunstancias se vale en cuanto está de su parte, de los medios de suavidad y dulzura; llora entre sí misma; su lengua no dice una palabra, pero no por eso sufre menos su corazón.

He aquí lo que esta esposa afligida debe hacer en la situación en que se halla: lo primero que debe hacer, es pedir al Señor sus gracias, y corresponder á ellas fielmente. En segundo lugar, segura de que delante de Dios, su principal devoción será siempre la del cumplimiento de sus obligaciones, no debe omitir nada de cuanto sea propio de su estado dejándolo después todo en las manos de Dios, y esperando el buen suceso de los auxilios de su gracia. En tercer lugar, debe estar bien persuadida que no hay otro camino que el de

la dulzura y paciencia para llevar las cosas al punto que desea, y que cualquiera otro no serviría sino para irritar el mal y hacerle quizá incurable.

ORACIÓN.

Mi estado no me hace dichosa, ¡oh Dios mío! ni aun en cuanto pudiera serlo en este mundo; pero si á lo menos yo me hiciese santa en él, tendría con qué consolarme en todo lo que me aflige. Vos veis mis penas y trabajos, ¡oh celestial Esposo de las almas! Vos los conocéis, sabéis que me son muy sensibles; camino por una senda sembrada por todas partes de espinas; no cuento mis días sino por mis lágrimas; todo es para mí objeto de dolor, y nada contribuye para mí alivio.

Mis penas me son tanto más sensibles cuanto no tengo libertad para manifestarlas á nadie; Vos solo sois, ¡oh Dios mío! á quien puedo comunicarlas; obligada á sufrir unas angustias que me devoran, me veo oprimida de ellas. Bien conozco, ¡oh Dios de bondad! que mis penas no son sino medios de salud que me procuráis Vos, que debería entrar en vuestros designios, y conformarme con ellos; pero cuántas veces por mis impaciencias, vivacidades y mal humor,

pierdo todo el mérito de lo que estoy sufriendo; más sensible á mis aflicciones que á mis culpas, no me ocupo sino de lo que padezco, sin pensar en lo que pudiera santificarme.

En esta situación, ¡oh Dios de bondad! ¿qué me queda que hacer sino recurrir á Vos y á la oración? Pero ¡ay de mí! ¡cuántas veces quisiera orar delante de Vos y no puedo! Mis penas abaten mi corazón y absorben todos mis pesamientos; estoy en vuestra presencia sin saber qué deciros, sin gustos y sin sentimentos. Habladme, pues, vos mismo, ¡oh verdadero consuelo de mi alma! sostenedme en medio de mis penas; dadme este espíritu de penitencia, de paciencia, de dulzura con que debo ofrecéroslas, para que ya que ellas me sirven de tormento en esta vida, sean á lo menos la causa de mi salud eterna.

Reinad en mi corazón, ¡oh Dios mío! ¡reinad en mi casa y en toda mi familia! haced que reine en ella la paz, vuestra gracia y vuestro amor, para que de este modo esperemos reinar eternamente en vos.

AVISOS SALUDABLES

PARA LOS CASADOS.

Es necesario que los casados entrando en los designios que la Providencia tiene sobre ellos, piensen seriamente delante del Señor:

1.° Que Dios no los ha juntado en este mundo, por medio del Sacramento, sino para reunirlos después más íntimamente en el Cielo.

2.° Que deben ayudarse mutuamente á vivir como cristianos, y á servir al Señor en su estado y según su estado.

3.° Que debiendo vivir juntos en esta vida, deben soportar mutuamente su carácter y sus defectos, compadecerse en sus trabajos, procurar hacer esta vida dichosa, ó evitar á lo menos en cuanto esté de su parte, el hacerla desdichada.

4.° Que después de la gracia de Dios el bien de la paz entre ellos es más digno de preferencia que todos los demás bienes, y que para conservarla es necesario hacer cualquier sacrificio, y de cualquiera naturaleza que sea, en la inteligencia que siempre será inferior á la pena insoportable de vivir en continuas agitaciones y contiendas, que convertirían su casa en una especie de infierno.

5.º Que una de las principales obligaciones de su estado es la de dar buen ejemplo á sus hijos, y más por su arreglada conducta que con sus buenos discursos les darán este buen ejemplo, y los edificarán.

6.º Y por último, que deben separarse algún día, y que es necesario estar siempre preparados para esta separación. Si ellos viven como cristianos, no será sino por cierto tiempo, y su reunión será eterna.

ORACIÓN

PARA UN COMERCIANTE.

¡Oh gran Dios! que nos habéis puesto en el mundo para trabajar por nuestra salvación, dignaos escuchar mis quejas y oír mis oraciones. Cuando en ciertos momentos de quietud, que son bien raros para mí, puedo hacer alguna reflexión, me digo á mí mismo: ¡ay de mí, qué triste es mi suerte! estoy agobiado de negocios, devorado por infinitos cuidados, y agitado de mil inquietudes.

Ninguna cosa segura encuentro en el estado en que me veo, vacilante siempre entre la esperanza de algún suceso y el temor de mil desgracias, expuesto á los reveses del tiempo, á la mala fe de los sujetos con quienes trato y á mil dificultades que no puedo evitar ni pre-

ver. ¡Oh gran Dios! si yo aplicase tanto cuidado y me diese tantas fatigas por mi salvación, como por mis negocios temporales, ¿quién duda que podría ser un gran santo? Pero ¡ay de mí! ocupado todo en el cuidado de los primeros, apenas me queda tiempo para pensar en el otro: mis días se pasan, la eternidad se acerca, y no hago nada para prepararme. Tiempo es ya, sin embargo, de pensar en este grande negocio: así lo conozco, me lo digo repetidas veces á mí mismo, y formo mil santas resoluciones; pero me viene como de repente algún negocio imprevisto, alguna noticia desgraciada, que absorbe todos mis pensamientos, y hace desaparecer todos mis buenos designios.

Ayudadme, ¡oh Dios mío! porque en fin, quiero salvarme. ¿De qué me serviría haber trabajado con suceso en los negocios temporales, si me desatendiese del único que me interesa, y me debe decidir de mi dicha ó desdicha eterna?

Ved aquí, pues, ¡oh Dios mío! á lo que estoy resuelto firmemente con el auxilio de vuestra gracia, que imploro y espero de vuestra bondad: al pie de vuestra cruz es donde os lo prometo.

1.° Miré siempre el negocio de mi salvación como el primero y más esencial que tenga que tratar en este mundo.

2.° Dedicaré todos mis cuidados á la dirección de mis negocios, y aun en medio de ellos seréis Vos siempre mi primer objeto.

3.° Trabajaré en ellos con toda la probidad y buena fe que exige una buena conciencia.

4.° Cuando me sucedan algunas pérdidas ó desgracias, adoraré los designios de vuestra providencia, me sujetaré á sus santas disposiciones.

5.° Me dedicaré algunos días en cada año á pensar en el grande negocio de mi salvación, á poner á mi alma en buen estado, y á prepararme para la eternidad.

ORACIÓN

para un Artesano ó Fabricante.

¡Qué consuelo no debe ser para mí, en medio de la triste y penosa situación en que me veo, ¡oh adorable Salvador mío! el pensar que Vos mismo por espacio de muchos años os dignasteis santificar mi profesión con el trabajo de vuestras manos! ¡Qué feliz sería yo si pudiese hacerlo con el mismo espíritu y con los mismos sentimientos! No temo ni rehuso de ningún modo el trabajo, antes bien yo le deseo para poder vivir por este medio con el sudor de mi ros-

tro : no, no envidio ni deseo la elevación de los grandes, ni la abundancia de los ricos, ni los placeres de los mundanos, os pido únicamente una mediocridad honesta según mi estado, y principalmente la gracia de padecer mis trabajos con paciencia y resignación. Es verdad que no tengo sino momentos tristes y días de sumo trabajo ; pero al fin mis penas se acabarán y no me quedará entonces sino la reccmpensa de las buenas obras : nada tengo Señor, que poderos presentar, sino mi trabajo. Me suceden muchas cosas que me afligen, soy demasiado sensible á ellas, y me inquieto algunas veces hasta llegar á desconfiar de vuestra divina providencia y de vuestra bondad. ¡ Ah, Señor, compadeceos de mi flaqueza, y perdonad mi infidelidad ; reconozco cuán culpable soy á vuestros ojos, pues debería bendecir mil veces á esta providencia divina, que no me ha faltado nunca, cuando he puesto en ella mi confianza, practicando por mi parte lo que dependía de mí.

Continuad, ¡ oh Dios mío ! en sostener mi flaqueza y en bendecir mi trabajo : me aplicaré á él con más continuación, sufriré mis penas con más penitencia, os las ofreceré en espíritu de penitencia por mis culpas, y me resignaré en

todo lo que os dignéis disponer de mí y de mi familia; vuestra gracia, que es la que me inspira estas santas resoluciones, me ayudará á cumplirlas.

¡ Oh Madre de Dios! sed mi tierna Madre, y la de toda mi familia, en cuyo favor imploro vuestra asistencia. ¡ Oh glorioso San José! Vos que consagrasteis toda vuestra vida al trabajo, sed el modelo y el protector de la mía, pero sobre todo alcanzadme al fin de mi carrera la gracia de una santa muerte y de una eternidad feliz. Amén.

ORACIÓN

para un labrador.

¡ Oh Dios Todopoderoso, que habéis establecido diferentes condiciones en el orden de vuestra providencia! á mí me habéis colocado en un estado bien penoso: no tengo otros bienes en este mundo sino el trabajo de mis manos; la misma tierra que cultivo, no es muchas veces para mí sino una tierra ingrata, que no me produce más que zarzas y abrojos. La desgracia de los tiempos, el desarreglo de las estaciones, las tempestades, los hielos, las inundaciones arrasan las campiñas, roban la esperanza de las cosechas, y después de haber regado la tierra con mis sudores,

me veo aun obligado á regarla con mis lágrimas.

Bien conozco, ¡ oh Dios mío ! que nuestras culpas son las que nos atraen el azote de vuestra cólera ; y aun es tal nuestra ceguedad, que no sólo no queremos reconocer la mano que nos hiere, sino que en lugar de desarmarla por nuestra sumisión, por nuestra paciencia y arrepentimiento, nos entregamos á las murmuraciones, á las quejas, y aun muchas veces á las imprecaciones y blasfemias contra vuestra providencia. ¡ Desgraciado de mí, y cuántas veces he practicado yo esto mismo ! castigabais Vos mis culpas, y os ofendía de nuevo.

ORACIÓN

para los Criados y Criadas.

Vos mismo nos habéis dicho, ¡ oh adorable Salvador mío ! que no vinisteis al mundo para ser servido, sino para servir vos mismo á los demás : ¡ oh, y cuán capaz es esta sola palabra de suavizar las penas de mi estado ! Es verdad que son grandes, y que siento algunas veces todo su peso ; pero ¡ ah Señor ! si las sufro con vuestro espíritu, ¿ qué no podré merecer para el Cielo ? ¿ me sería necesario otra penitencia, ni otra mortificación ? Viniéndome de vuestro ma

no, y hallándose en el orden de vuestra providencia, ¿no me bastarían para expiar mis culpas, y para merecerme el estar algún día en vuestros escogidos? Pues á esto es, ¡oh Dios mío! á lo que voy á resolverme, como el único medio de atraerme vuestra gracia, de aliviar mis penas, y obtener mi salvación. He aquí, Dios mío, las resoluciones que os consagro:

1.ª Miraré á vuestra misma persona en la de mis amos, y no les hablaré jamás sino con el respeto y la sumisión debida.

2.ª Conservaré la paz con todos aquellos con quienes tenga que tratar y vivir.

3.ª Ofreceré todos los días las penas de mi estado en satisfacción de mis culpas.

4.ª Me consolaré en medio de mis penas y trabajos con la esperanza de una eternidad feliz.

5.ª Y sobre todo, evitaré con el mayor cuidado, la ociosidad, las malas compañías y el mal ejemplo, que son los tres mayores enemigos que hay que temer en un estado como el mío.

ORACIÓN

de una persona consagrada al servicio de los pobres y alivio de los enfermos.

¡ Oh adorable Salvador mío! tales son los sentimientos de que deseo estar penetrado, quiero grabarlos en mi corazón, ó por mejor decir, depositarlos en el vuestro, hacer de ello la regla de mi conducta, el motivo de mis acciones y el consuelo de todas mis penas; por vuestro amor he aquí á lo que yo me obligo :

1.° Lejos de dejarme vencer por mis repugnancias en el ejercicio de esta buena obra, me consagraré á ella de nuevo y con ardor.

2.° No tendré en consideración sino á Vos solo y el deseo de agradaros y serviros.

3.° Os ofreceré todos mis disgustos y repugnancias en espíritu de penitencia por mis pecados.

4.° Me complaceré de los trabajos y miserias de los pobres afligidos, y me diré con frecuencia á mí mismo : á mí me pudiera haber cabido la suerte de estar en su lugar.

5.° Los pobres más desamparados y los que puedan contribuír más á ejercitar mi penitencia, serán con preferen-

cia el objeto de mis cuidados y de mis atenciones.

6.° Y sobre todo, ¡oh adorable Salvador! os miraré á vos mismo en cada uno de esos pobres miserables.

Perdonadme, ¡oh Dios mío! los sentimientos y disposiciones contrarias que he manifestado hasta aquí: confieso que no era digno de ser empleado en una obra tan santa; no conocía yo ni su mérito, ni su precio; pero ya que Vos os habéis dignado hacérmela conocer, dignaos igualmente darme fuerzas y sostenerme. ¡Qué feliz sería yo si llegase á acabar mis días en este santo ejercicio!

AVISOS Y CONSEJOS Á LOS POBRES.

1.° Considerad que Jesucristo cuando vino al mundo, escogió vuestro estado con preferencia al de los ricos; que no poseyó nada sobre la tierra; que careció algunas veces de las cosas necesarias y que no tuvo ni aun sobre qué reclinar su cabeza.

2.° Por consiguiente vuestro estado de pobreza os da una santa conformidad con este divino modelo de los predestinados, y tenéis en esa misma conformidad, una prenda como segura de vuestra felicidad eterna.

3.° La pobreza os libra de una multi-

tud de peligros á que se vería expuesta vuestra salvación, á lo que están expuestos los ricos, y en los que se pierden muchos de ellos frecuentemente.

4.° Os imposibilita para saciar muchas pasiones, de las que quizá os dejarías arrastrar si tuvieseis proporción de satisfacerlas.

5.° Os imposibilita para saciar muchas virtudes, como son la humildad, la paciencia y otras muchas que acaso ni aun conocerías en un estado de prosperidad y abundancia.

6.° Os hace mirar con poca afición las cosas de esta vida, y os suaviza los rigores de la muerte : no puede tener mucho apego á la vida quien no encuentra en ella sino penas y trabajos; y así en la hora de la muerte los lazos están pronto rotos; cuando no se posee nada, se deja sin repugnancia una morada en donde no se vive sino para padecer; ¡ cuántas veces no desea el pobre que llegue el fin de su vida para que acaben sus miserias !

ORACIÓN

para los pobres y las personas menesterosas.

Hasta el presente, ¡ oh Dios mío ! no me han llamado la atención sino las incomodidades y penas de mi estado : no

conocía las ventajas que me procuraban para la eternidad; y así, en lugar de aprovecharme de ellas como debía, me he abandonado á la angustia y al abatimiento, y aun lo que me hace más criminal, á las quejas y murmuraciones. Os pido perdón, ¡oh Dios de bondad! yo juzgaba de las cosas según la ciega naturaleza y no según las luces consoladoras de la fe. Acepto, pues, las penas de mi estado en espíritu de sumisión y dependencia de vuestras órdenes. ¡Ah! cuando pienso, ¡oh adorable Salvador! que Vos mismo escogisteis este estado con preferencia al de los ricos, que le honrasteis y santificasteis en vuestra misma persona, ¿no debo yo reputarme por muy dichoso de tener esta santa conformidad con Vos? ó á lo menos, ¿no debo, á imitación vuestra, sufrir todas la penas que me presenta este estado, con la memoria de las recompensas que me esperan? Es verdad que soy pobre en este mundo, pero puedo llegar á ser muy rico en el otro; vivo en la humillación entre los hombres, pero ella misma puede proporcionarme la gloria de los escogidos; no poseo los frutos de la tierra, pero puedo esperar el rocío del Cielo. Recordadme frecuentemente estos santos pensamientos, ¡oh Dios mío! pues que necesito

de ellos para sostenerme en medio de las necesidades y miseria en que paso mis días : quizá ¡ ay de mí! me la he procurado por culpa mía : la acepto, Señor, en espíritu de penitencia : ¡dichoso yo si ella puede atraerme vuestras misericordias y vuestras gracias!

ORACIÓN

para las personas ricas y acomodadas que desean ante todo la salvación de su alma.

¿Sería posible, Dios mío, que los mismos favores de que Vos me habéis colmado, fuesen la causa de mi desgracia y que los bienes perecederos que poseo en este mundo sirviesen por culpa mía de obstáculo á mi salud eterna? Bien conozco cuán feliz es dejarse seducir del atractivo de las riquezas : inclinan naturalmente al orgullo y á la ambición, preocupan el entendimiento, hinchan el corazón, inspiran mil vanos proyectos y facilitan los medios de satisfacer todos los deseos. Pues qué, ¿es necesario tanto para pervertirse y perderse? Con el socorro, Señor, de vuestra gracia, no me dejaré llevar de su seducción, arreglaré el uso santo que debo hacer de ellas, desprenderé de ellas mi corazón, las comunicaré á los necesitados que gimen en la miseria, pensaré que debo

dejarlas algún día, que no las tengo sino por cierto tiempo y como prestadas y que llegará el día en que os deba dar una estrecha y rigurosa cuenta del modo con que las habré empleado : estos pensamientos saludables me servirán de preservativo contra el veneno de las riquezas, las poseeré como si no las poseyese, y siguiendo el consejo del Evangelio, los bienes frágiles que poseo en este mundo me servirán para ganarme amigos verdaderos en el Cielo, que como yo lo espero, me recibirán algún día en los tabernáculos eternos, en donde residen las verdaderas riquezas y los tesoros celestiales.

ORACIÓN

para pedir á Dios la conversión de una persona que va en camino de perdición.

¡Oh Dios! que nos ordenáis amarnos unos á otros; yo me postro á vuestros pies, é imploro vuestra misericordia en favor de un desgraciado con quien me tienen unido los lazos de la más tierna afección. Arrastrado por las pasiones á un camino de extravíos, perecerá sin remedio, Señor, si vuestra voz no le llama, si no le atrae fuertemente vuestro amor.

Jesús: volved vuestras miradas hacia eas alma que tan cara me es, y por cu

ya redención habéis derramado tanta sangre. Deténgala vuestra mano poderosa en la funesta senda que ha tomado, antes que dé el último paso y se precipite para siempre jamás en los eternos derrumbaderos.

En nombre de vuestra cruz, en nombre de vuestra muerte, gracia Señor, os pido. No desechéis mi súplica.

No, no; jamás cesaré de esperar en Vos. Una pobre oveja ha dejado el redil, extraviándose en el desierto : el buen Pastor irá á buscarla; la traerá sobre sus hombros, y será grande su gozo por haber hallado su oveja perdida. Amén.

ORACIÓN

en la pérdida de una persona amada ó pariente.

¡Dios mío! Vos me habéis quitado la persona que más amaba en este mundo; me habéis privado de ella para siempre. Dignaos Vos mismo, Señor, servirme de todo, y reemplazarla en mi corazón; yo le había consagrado mis afectos, y estaba persuadido de que los merecía; esperaba gozar más largo tiempo de su presencia y de su socorro; pero puesto que Vos lo habéis dispuesto de otra suerte, cúmplase en todo vuestra santa voluntad, así sobre ella como sobre mí ; el grande consuelo que me queda es la esperanza de que Vos la

habréis recibido en el seno de vuestra misericordia, y que os dignaréis algún día unirme con ella. Si la falta de una entera satisfacción de sus pecados la detiene aún en las penas, sin que haya ido todavía á reunirse con Vos, yo os ofrezco por ella todas mis oraciones y buenas obras, y principalmente mi resignación en el sentimiento de su pérdida : haced, Señor, que esta resignación sea entera y digna de Vos.

¡Arbitro supremo de nuestra suerte! Dueño absoluto de nuestro destino, disponed soberanamente de nosotros y de nuestros días; no somos de nosotros mismos, sino de Vos solo, no habéis hecho sino tomar lo que os pertenecía y me habías prestado por algún tiempo. Seáis bendito y adorado en todas las disposiciones de vuestra providencia.

Esta muerte que me hace derramar tantas lágrimas, debe producir en mí un efecto más sólido y saludable : ella misma me advierte que llegará mi hora, que debo prepararme sin dilación, y aun estar pronto en todos los instantes : haced ¡oh dios de bondad! que cuando llegue mi último momento, me encuentre en estado de poder presentarme delante de Vos, y de reunirme con la persona que he perdido, para bendeciros y alabaros eternamente con ella. Amén.

ORACIÓN

en la pérdida de bienes de fortuna ó posición social.

¡ Oh Dios mío ! acabáis de quitarme los bienes que Vos mismo me habéis prestado ! á Vos os lo debía únicamente, y no debo quejarme de que os hayáis reintegrado de lo que era vuestro; yo no era dueño ni poseedor de ellos, sino sólo un depositario por cierto tiempo; sométome en todo á las órdenes de vuestra sabiduría. Mi corazón ha sido demasiado sensible á esta pérdida, lo confieso, y esta misma sensibilidad está manifestando un apego excesivo, que me hacía indigno de poseerlas. ¡ Ah insensato é infeliz de mí ! cuántas más lágrimas he derramado por la pérdida de estos bienes que por las culpas que he cometido contra Vos, y por la pérdida de vuestra gracia; estaba sin duda falto de fe, y no tenía amor para Vos. ¡ Oh Dios mío ! quitándome los bienes frágiles y perecederos que debía perder algún día, concédeme vuestra gracia, y con ella un deseo eficaz de los bienes sólidos y eternos que no se acabarán jamás. ¡ Qué dichoso sería yo, si por la privación de estos tesoros frágiles pudiese adquirir los tesoros eternos ! Haced á lo menos ¡ oh Dios mío ! que

la pérdida de una parte de mis bienes que acabo de experimentar, me haga más prudente y circunspecto en el uso de los que me habéis dejado. Resuelto estoy con el socorro de vuestra gracia á usar de ellos de una manera cristiana, á no aficionarme á ellos criminalmente, á invertirlos en el alivio del pobre y del afligido, á poseerlos en fin, como si no los poseyese. Vos, Señor, seréis todo mi tesoro y todas mis riquezas.

ORACIÓN

en las enfermedades y pérdida de salud.

¡Oh Dios Todopoderoso! Árbitro supremo de nuestra suerte y dueño soberano de nuestros días! tales son los sentimientos con que deseo recibir las enfermedades que os dignéis enviarme; si no estuviese entonces en disposición de manifestarlos, yo os las ofrezco, Señor, desde este instante. La criatura debe estar sumisa á su Criador, y la obra no pertenece sino á su artífice : pues que no nos habéis formado sino para vuestra gloria, justo es que dispongáis de nosotros : no me habéis puesto en este mundo sino para cierto tiempo, y la enfermedad nos advierte que debemos prepararnos para nuestro último fin. Os ofrezco desde este instante este sacrificio de mí mismo; y si habéis dis-

puesto que esta enfermedad que padezco ponga término á mi carrera, cúmplase en todo vuestra santa voluntad; únicamente os pido que os dignéis concederme la gracia de la paciencia para sufrir sus dolores y sobre todo la dicha de recibir los últimos sacramentos, y de morir sin ser antes fortalecido con todos los socorros de la Iglesia mi tierna madre, en cuyo seno deseo morir sumiso siempre á sus decisiones y exhalar el último aliento en sus manos.

ORACIÓN

en las persecuciones y calumnias que experimentamos.

¡Oh Dios Salvador! Vos os dignáis hacerme participante de vuestro cáliz, y yo rehuso recibirle de vuestra mano: bebisteis Vos toda su amargura por mi amor, y yo me niego á beber una sola gota por el vuestro: á la menor afrenta, á la más ligera contradicción, mi corazón se altera, y toda la naturaleza se rebela contra mí mismo. ¡Ay de mí! casi me olvidaba de que era cristiano, perdía de vista las grandes y santas máximas que nos dejasteis en vuestro Evangelio: « Amad á vuestros enemigos; Haced bien á los que os insultan; Si se os hiere en una mejilla presentad la otra, etc. »

He aquí, ¡Oh Dios mío! las grandes reflexiones que hubieran debido calmar mis sufrimientos y mis inquietudes; y por cuyo medio me hubiera atraído vuestras gracias y éstas hubieran hecho todo mi consuelo. Estos son los sentimientos que en adelante tomaré de vuestro corazón y del pie de vuestra cruz.

ORACIÓN

de una persona consagrada á Dios.

Comienzo esta oración, ¡oh Dios de bondad! manifestándoos conocimiento á la gracia que me habéis hecho de llamarme á un estado tan santo como el mío: conozco toda su dicha, os bendigo por ella todos los días y no tengo motivo sino para darme la enhorabuena de mi elección y de mi suerte; pero lo que más me aflige, ¡oh Dios mío! y lo que no me deja gustar toda la dicha de un estado á que tengo tanto amor, es el recelo de que no cumplo bien los deberes que me impone, de que no soy fiel á vuestra gracia, y de que no aspiro á toda la santidad y perfección á que me obliga y exige de mí; esta es la única pena que yo siento, y la que tanto aflige á una vida que podría por otra parte ser dichosa.

¡Oh Dios de bondad, celestial Esposo de mi alma, refugio seguro de los

corazones afligidos! pues que Vos me mandáis que espere en Vos, y que recurra á Vos en medio de mis penas, os suplico que disipéis las tinieblas de mi entendimiento, que animéis la flaqueza de mi corazón, y que calméis las agitaciones de mi alma. Voy á dejar todas mis miserias en el seno de vuestras misericordias, y para atraerlas sobre mí, me dedicaré de nuevo con toda la exactitud posible á los ejercicios en que me he descuidado por tanto tiempo; renovaré mi fidelidad á la gracia, me consagraré inviolablemente al cumplimiento de mis deberes, al silencio, al retiro, al recogimiento interior, y espero que de esta suerte os dignaréis Vos restituír la paz á mi alma y sosegar las agitaciones de mi corazón. Pero si no obstante ¡oh Dios mío! quisieseis Vos que yo viva entre penas y aflicciones, cúmplase en todo vuestra santa voluntad; únicamente os pido que sostengáis mi flaqueza, si permitís que yo sufra: no permitáis, Señor, que os ofenda. Viviré, si es necesario, rodeado de aflicciones, pero haced que viva siempre en vuestro amor y que persevere en él hasta el último suspiro de mi vida. — Amén.

ORACIÓN

para pedir á Dios la gracia de la pureza.

Dichosa el alma cuya pureza no ha sido manchada jamás : vuestras miradas ¡oh Dios mío! se detienen en ella con mucho amor, bella á vuestros ojos, *como la paloma* que desciende á la orilla de las aguas, *como los tabernáculos de Cedar* en que os complacéis habitar; la colmáis de los más dulces favores; Vos venís á ella, la llamáis, y vuestra presencia la inunda de gozo.

Mientras que pasiones ardorosas agitan y atormentan á los hijos del mundo, Vos hacéis venir la calma y la paz en torno de esta alma querida, y la adormecéis en vuestro seno.

Y cuando *declinan* las sombras de esta vida y luce la aurora del día eterno, la Esposa se une entonces con el Esposo, con el verdadero y divino Salomón, resonando los Cielos con cánticos de júbilo. ¡Oh, quién me diera esta pureza tan cara á mi Dios! Vos lo podéis, Señor, y yo espero esta gracia de Vos.

Reprimid la inclinación de mi naturaleza corrompida; *cread en mí un corazón puro*; verted sobre mis labios algunas gotas de ese rocío celestial, que

refrigera y apacigua las pasiones, á fin de que mis deseos, desprendiéndose de la tierra se fijen sólo en Vos, y se sacien eternamente de los beneficios inefables que habéis prometido á los que os aman. Amén.

ACTO DE AMOR PERFECTO

por la aceptación general de todas las penas.

Sí, Dios mío, y mi soberano dueño! sólo por vuestra gloria y por vuestro amor deseo despojarme enteramente de mi voluntad propia sometiéndola toda á la vuestra en cumplimiento de todos los designios que tiene vuestra providencia sobre mí. Os sujeto ¡oh Dios mío! todos los deseos de mi corazón y los reduzco á uno solo, que es el de obedeceros y amaros en todas las cosas. Atribuiré á esta divina providencia todos los accidentes de esta vida y todos los acontecimientos que me sobrevengan, sean buenos ó malos, los miraré como marcados con el sello de vuestra voluntad adorable. Os bendeciré y os tributaré perpetuas acciones de gracias por la pérdida de mis bienes y de todo lo que me pertenece, aun de aquello que más amo; por las injurias, ultrajes y calumnias á que podré estar

expuesto; por las incomodidades y dolores del cuerpo; por las penas y amarguras de mi espíritu y de mi corazón. Lo recibiré todo de vuestra divina mano y por vuestro amor, persuadido de que un Padre infinitamente bueno, no quiere afligir á sus hijos sino para salvarlos.

Disponed, pues, de mí, como soberano dueño de todas las cosas, para la prosperidad ó para la salud, para la vida ó para la muerte, por el tiempo y por la eternidad. Amén.



CUARTA PARTE

ORACIONES

PARA IMPLORAR UNA BUENA MUERTE

MODO DE AYUDAR Á BIEN MORIR Y SUFRAGIOS
POR LAS ALMAS DE LOS
FIELES DIFUNTOS.



En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

ORACIONES

PARA

IMPLORAR UNA BUENA MUERTE

Á JESUCRISTO CRUCIFICADO.

¡Oh misericordia infinita que me habéis tolerado hasta aquí! No me abandonéis: por mi salud eterna estáis en esa Cruz. Todas vuestras sacratísimas llagas están brotando misericordia. Boca adorable de mi Salvador, no me condenéis. Divinas manos de quienes tengo todo lo que soy, no me destruyáis. Permitid, Señor, que yo adore esos pies tan celosos en buscarme y en solicitarme. Corazón siempre abierto á nuestra sincera conversión; Corazón siempre dispuesto á recibir al pecador, recibid mis humildes suspiros, escondedme en ese asilo inviolable en el día de vuestra cólera; haced que vuestra sangre misericordiosa caiga sobre mí para que lave todos mis pecados. Amén.

SALUTACIÓN Á LAS CINCO LLAGAS

DE NTRO. SEÑOR JESUCRISTO.

Dulce Jesús, yo te adoro,
Atravesados tus pie

Úneme á tu Cruz, pues ves
Los descaminos que lloro.

Padre Nuestro y Gloria, etc

Te adoro mi buen Jesús,
Y por tus pies enclavados,
Dadme pasos acertados
Para acercame á tu Cruz.

Padre Nuestro, etc.

Te adoro Jesús, mi bien,
Y esas manos traspasadas
Que á mis acciones erradas
Remedio pido les den.

Padre Nuestro, etc.

Te adoro Jesús, mi Rey,
Y por tus manos heridas
Sean mis obras dirigidas
Á guardar siempre tu ley.

Padre Nuestro, etc.

Te adoro Jesús, mi amor,
Y por tu costado abierto,
Haz que el mundo quede muerto
Y tu cruz forme mi honor.

Padre Nuestro, etc.

ORACIÓN

Dios de mi corazón y mi Señor Jesucristo, por las cinco llagas que en la cruz, y por las innumerables que en la pasión os imprimió vuestro amor, os pedimos que según vuestra misericordia favorezcáis á los que redimisteis con vuestra preciosa Sangre, y nos conduzcáis á la vida eterna. Amén.

PRECES

PARA IMPLORAR UNA BUENA MUERTE

Compuesta por una virgen protestante, convertida á la religión católica á la edad de 15 años, y muerta á los 18, en olor de santidad.

Jesús, Señor y Dios de bondad, Padre de misericordia, yo me presento ante Vos con un corazón humillado, contrito y confuso : os encomiendo mi última hora y lo que después de ella me espera.

Cuando mis pies, perdiendo su movimiento, me advertirán que mi carrera en este mundo está próxima á acabarse : *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.* — (Esto mismo se repite en cada oración).

Cuando mis manos trémulas y torpes ya no podrán estrechar el crucifijo, y á pesar mío lo dejaré caer sobre la cama de mi dolor : *Jesús misericordioso, etc.*

Cuando mis ojos vidriados y contorcidos al horror de la inminente muerte fijarán en Vos sus miradas lánguidas y moribundas :

Cuando mis labios fríos y convulsos pronunciarán por la última vez vuestro adorable nombre :

Cuando mi cara pálida y amoratada causará lástima y terror á los circuns-

tantes y mis cabellos bañados del sudor de la muerte erizándose en mi cabeza anunciarán que está cercano mi fin :

Cuando mis oídos próximos á cerrarse para siempre á las conversaciones de los hombres, se abrirán para oír cómo vuestra voz pronunciará la sentencia irrevocable que determinará mi suerte por toda la eternidad :

Cuando mi imaginación agitada de horrendos y espantosos fantasmas quedará sumergida en mortales congojas ; y mi espíritu perturbado del temor de vuestra justicia á la vista de mis iniquidades, luchará contra el ángel de tinieblas, que quisiera quitarme la vista del consuelo de vuestras misericordias y precipitarme al seno de la desesperación :

Cuando mi corazón débil y oprimido del dolor de la enfermedad, será sobrecogido del horror de la muerte, fatigado y rendido por los esfuerzos que habrá hecho contra los enemigos de la salvación :

Cuando derrame mis últimas lágrimas, síntomas de mi destrucción, recibidlas, Señor, en sacrificio de expiación á fin de que yo muera como víctima de penitencia, en aquel momento terrible :

Cuando mis parientes y amigos juntos al rededor de mí se enternecerán

de mi dolorosa situación, y os invocacarán por mí :

Cuando perdiendo el uso de los sentidos, el mundo todo desapareciere de mí y gimiere entre las angustias de la última agonía y los afanes de la muerte :

Cuando los últimos suspiros del corazón esforzarán á mi alma á salir del cuerpo, aceptadlos como hijos de una santa impaciencia de ir hacia Vos :

Cuando mi alma al extremo de mis labios saldrá para siempre de este mundo y dejará mi cuerpo pálido, frío y sin vida, aceptad la destrucción de él como un homenaje que voy á rendir á vuestra divina majestad, y en aquella hora :

En fin, cuando mi alma comparecerá ante Vos, y verá por primera vez el esplendor inmortal de vuestra majestad, no la arrojéis de vuestra presencia, dignaos recibirme en el seno amoroso de vuestra misericordia para que cante eternamente vuestras alabanzas : *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

ORACIÓN.

¡Oh Dios! que condenándonos á la muerte, nos habéis ocultado su momento y su hora, haced que pasando yo en justicia y santidad todos los días de mi vida, pueda merecer salir de este mundo en vuestro santo amor, por los mé-

ritos de nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con Vos en la unidad del Espíritu Santo. — Así sea.

El Papa Pío VII concedió cien días de indulgencias á todos los que rezaren contritos estas oraciones, implorando el auxilio divino en los últimos instantes de la vida, é indulgencia plenaria á los que rezándolas cada día por espacio de un mes, y confesándose y comulgando en algún día de dicho mes, á su elección, rogaren al Señor por el feliz estado de la iglesia y á la intención de Su Santidad. Además ha concedido que dichas indulgencias puedan aplicarse á manera de sufragio por las almas de los fieles difuntos.

TESTAMENTO DEL ALMA

(Tomado de las revelaciones de Santa Gertrudis).

En el nombre de la Santísima Trinidad.

Yo pobre pecador, cierto como estoy, sí, ciertísimo de morir, y muy incierto de la hora de mi muerte, ahora que gozo plenamente de mis facultades y de toda mi presencia de espíritu, voy á declarar ante vuestro divino acatamiento, oh Beatísima Trinidad, y en presencia de toda la Corte celestial, mi última voluntad, y de qué manera quiero vivir y morir. Y á fin de no mudar nunca nada en esta mi declaración, suscribo y formalizo el presente Testamento, bien entendido que ha de ser irrefragable é irreformable por toda la eternidad. Concededme, pues, oh Padre santísimo, á

mí, vuestro indigno siervo, una mirada de bondad, una de esas miradas que fijabais con paternal complacencia sobre vuestro Hijo único, cuando prosternado delante de Vos en el monte de las Olivas, disponía de todos sus méritos en favor de su Iglesia.

Así como Vos aceptasteis con suprema benevolencia su oración, así os pido también que os dignéis mirar con ojos propicios esta declaración de mi última voluntad, ratificándola y haciéndola aceptable y digna de Vos. Por tanto, animado con la esperanza de que me escucharéis, voy á presentárosla.

En primer lugar, queriendo proceder según las reglas establecidas, para que el presente acto produzca en toda su plenitud completo efecto, os lego, oh Beatísima Trinidad, os doy y os entrego enteramente mi cuerpo y mi alma y todas las buenas obras que haya hecho por medio de estos dos agentes durante el curso de mi vida. Además os tributo soberanas é inmortales acciones de gracias porque me habéis creado capaz de razón, porque me habéis regenerado con el agua sagrada del bautismo, santificado con los otros sacramentos y gratificado con una infinidad de bienes para el cuerpo y para el alma, en general y en particular. Por tanto, de-

claro que Vos sólo tenéis poder sobre mi, y que os reconozco por mi solo y único Señor, con exclusión de cualquiera otro.

En segundo lugar, os atribuyo todos los favores así espirituales como corporales y todos los bienes que he recibido; sí, todo lo debo á Vos sólo, mi Señor y mi Dios. Reconozco que cuantas felicidades he tenido han sido un efecto gratuito de vuestra inagotable bondad y de la intercesión de vuestros Santos, y que me habéis hecho mil veces más bien del que merezco: sí, reconozco que habéis atendido á todas mis necesidades tanto del alma como del cuerpo y que habéis velado sobre mí así en la prosperidad como en la adversidad, interviniendo en toda circunstancia por medio de vuestra Providencia y disponiendo tan bien las cosas que ningún poder extraño, ninguna bondad, en fin, nadie en el mundo sino únicamente Vos, hubierais podido servirme con tanta oportunidad. Por esto os tributaré eternas acciones de gracias y cantaré vuestras alabanzas eternamente.

La verdadera fe de la Iglesia tal como la he recibido en el bautismo, la profeso y creo en todos sus artículos y en cada uno de ellos en particular, de

la misma manera que la Iglesia los cree y profesa y según la forma que ella misma prescribe; de suerte que estaría dispuesto á dar mi sangre y mi vida antes que negar mi ascenso á un solo punto de su símbolo. Es mi voluntad que si por efecto de alguna sugestión diabólica sucediere que á mi muerte, pensare, dijere ó hiciere alguna cosa contraria á su doctrina, desde ahora se tenga por nula y de ningún valor. Temiendo que aquello pueda suceder, oh Dios mío, os confío mi fe, la consigno como un depósito sagrado en manos de vuestra omnipotencia, de vuestra sabiduría y de vuestra bondad, á fin de que á la hora de mi muerte se encuentre íntegra y perfecta.

En cuanto á los pecados que he cometido, de cualquiera clase que sean, desde mi juventud hasta hoy, los aborrezco y detesto todos en general y cada uno de ellos en particular. No contento con decir, que estoy profundamente afligido por haberlos cometido, quisiera concebir un pesar todavía mil veces mayor, únicamente por amor á Vos, ¡oh Dios mío, infinitamente bueno! Á fin de suplir á lo que falta á mi dolor, os ofrezco la perfecta contrición que vuestro Hijo único sintió por los pecados del mundo entero; y en indem-

nización, aunque harto tenue de las graves ofensas que os he hecho, me ofrezco á Vos. Aquí me tenéis, oh Dios mío, cualquiera que sea el castigo que os plazca imponerme, estoy pronto á sufrirlo y gustoso lo acepto.

Pero como toda la satisfacción que puedo daros es enteramente insuficiente, recurro á los tesoros inagotables de los méritos de Jesucristo, y os ofrezco todos los sufrimientos de su larga pasión, que duró desde el primer instante de su concepción hasta la hora en que inclinando la cabeza sobre la cruz, expiró. Me sumerjo en el abismo de sus dolores; que sus llagas sacratísimas oculten á vuestros ojos todos mis pecados y negligencias; que todas mis manchas sean lavadas con su preciosa sangre, y que todo lo que hay de impuro en mí se purifique y consuma en el fuego de su divina caridad.

Pido humildemente perdón á todos los que de cualquiera manera he contristado, y estoy pronto á reparar todo el daño que les he causado en su honor ó en sus bienes, conforme á la justicia. En cuanto á los que me hayan ofendido por palabra ó por obra les concedo con todo mi corazón el perdón completo de sus ofensas : sí, los perdono siguiendo el ejemplo de Jesucristo moribundo en

la cruz que perdonó á sus enemigos y oró por sus verdugos.

Reconozco y confieso que no puedo obtener el cielo por mis propios esfuerzos; así pues, oh Padre, confío en los méritos y pasión de vuestro amadísimo Hijo. En ellos pongo toda mi confianza, y nada en el mundo podrá quebrantarla. No me imagino siquiera que pueda perecer eternamente, aun cuando os hubiese ofendido mil veces más; porque sé que vuestra misericordia excede infinitamente á todas mis ofensas, y que entre la pasión de vuestro Hijo y mis pecados, por grandes que sean, no puede haber proporción.

A Vos me entrego sin reserva con todo lo que constituye mi ser y mis potencias; me resigno plenamente á vuestra santa voluntad, pidiendo y deseando que se cumpla en mí y por mí, en toda lo que me pertenece, de la manera más perfecta. No deseo vivir sino el tiempo que Vos queráis, y ni una hora más; no deseo morir ni de ésta ó aquélla enfermedad, ni de tal ó cual género de muerte, sino de aquella que os plazca enviarme. Además, aunque dependiera de mí vivir hasta mil años, gozando toda clase de placeres, preferiría con todo morir ahora mismo, si tal era vuestra voluntad, á vivir un solo ins-

tante más, contra lo que Vos tenéis dispuesto.

Os amo, oh Dios mío, y deseo amaros eternamente : por vuestra infinita perfección y por vuestra magnificencia soberana sois infinitamente digno de todo amor. ¡Ah! ¡que no pueda yo amaros mil veces más! Si tuviera todos los corazones y fuera capaz de amaros con el afecto de todos los ángeles y los hombres juntos, ¡oh cuán feliz sería en consagrarlos á vuestro amor! pero puesto que no me es posible amaros como corresponde, os ruego que supláis á mi flaqueza, amándoos Vos mismo con el amor de que sois digno.

Por último, declaro solemnemente que quiero morir como verdadero católico, auxiliado con los santísimos sacramentos de la Penitencia, de la Eucaristía y de la Extrema-Unción. Deseo con toda mi alma participar de los sufragios de la Iglesia, en todas las misas y oraciones que se ofrezcan hasta el día del Juicio; y si estuviera en mi mano, el Santo Sacrificio de la Misa sería celebrado todos los días, en todos los altares y por todos los sacerdotes hasta el fin del mundo, por el alivio y descanso de mi alma. Como no puedo realizar este deseo, os suplico, oh Cristo Jesús, que os ofrezcáis Vos mismo á

vuestro Padre en holocausto y en sacrificio perpetuo por mí en expiación de mis innumerables pecados. Y cuando estuviere en las últimas agonías, os conjuro que inspiréis á mi corazón un suspiro de vuestro corazón agonizante y congojado; ¡oh! corroborad mi alma en ese instante supremo, dándole como prenda de salud una gota, una sola gota de vuestra Sangre. Amén.

SELLO DEL TESTAMENTO.

Así, pues, oh Beatísima Trinidad, declaro solemnemente en vuestra presencia y en la de toda la corte celestial, prometo y afirmo que todo lo que este testamento contiene es verdaderamente mi definitiva resolución, mi última voluntad, y que con arreglo á ella deseo vivir y morir. Por tanto, ordeno que este mi testamento no pueda en manera alguna ser anulado ó roto, sino que permanezca en toda su fuerza y vigor mientras viva, y hasta mi muerte y más allá de mi muerte. Y si alguna vez quisiera revocarlo, protesto por el presente escrito contra esa revocatoria, y que se tenga por írrita y absolumento nula.

Por tanto, os suplico, oh buen Jesús, que validéis este acto, en el cual afirmo repitiendo que contiene mi última

voluntad; os pido que le imprimáis el carácter de la mayor autenticidad, corroborándola con la firma de vuestro nombre santísimo y dignándoos sellarlo con el sello de vuestras cinco llagas.

Igualmente os invoco á Vos, oh bienaventurada Virgen María, y á Vos también glorioso Juan Evangelista, como gran canciller del reino eterno, y á vos bien aventurado José, mi amadísimo patrón como asesor de la gran Corte imperial del Cielo, sed testigos de que el presente acto contiene verdaderamente mi última voluntad; dignaos refrendarlo con vuestros nombres y guardarlo en les archivos de la Santísima Trinidad á fin de que en todo tiempo y en toda circunstancia pueda serle presentado. Por mi parte conservaré de él una copia fiel al pie de la cual pondré mi firma, de manera que siendo una cosa perfectamente notoria ante Dios y ante los hombres, todo el mundo sepa con certeza á quién pertenezco en cuerpo y alma, y cómo quiero vivir y morir.

En fe de lo cual firmo con mi propia mano, en de de 189

Indigno siervo de Dios.

MODO DE AYUDAR Á BIEN MORIR.

Arrodillado el Sacerdote, si lo hubiere, y si no cualquier seglar, y todos los circunstantes delante de una imagen de Jesucristo crucificado, dirá la Letanía de los Santos que se encuentran en la página 267 hasta donde dice « los pecadores, te rogamos óyenos », con la diferencia que donde dice « ruega por nosotros, « se dice « Rogad por él », y concluída ésta, la siguiente oración, finalizando con el Exorcismo, y haciendo uso continuo del agua bendita.

Los actos de Fe, Esperanza y Caridad que en este lance debe repetir con frecuencia el enfermo, se hallan al fin de este libro.

ORACIÓN.

Sal, alma cristiana de este mundo; en el nombre de Dios Padre Omnipotente que te crió : en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por ti padeció : en el nombre del Espíritu Santo, que en ti ha sido infundido : en el nombre de los ángeles y los arcángeles, en el nombre de los tronos y dominaciones : en el nombre de los principados y potestades : en el nombre de los querubines y serafines : en el nombre de los patriarcas y profetas : en el nombre de los santos Apóstoles evangelistas : en el nombre de los santos mártires y confesores : en el nombre de

los santos monjes y eremitas: en el nombre de las santas vírgenes; y en el nombre de los santos y santas de Dios: hoy tengas tu lugar en paz, y tu habitación en la santa Sión. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Dios misericordioso, Dios clemente, Dios que según la multitud de tus misericordias borras el pecado de los penitentes y con la venia de tu perdón, quitas los pecados y delitos: muéstrate, Señor, propicio con este tu siervo (N) y oye la confesión que de todo corazón te hace, pidiéndote el perdón de todos sus pecados. Renueva en él, Padre piadosísimo, todo lo que ha sido corrompido por la humana fragilidad, ó lo que ha sido violado por astucia diabólica, y vuelve á la unidad del cuerpo de tu Iglesia á este miembro redimido. Ten misericordia, Señor, de sus lamentos, ten misericordia de sus lágrimas, admite á tu reconciliación al que no tiene confianza sino en tu misericordia. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

Amadísimo hermano: yo te encomiendo al Omnipotente Dios, y te pongo en manos de aquel de quien eres tú criatura, para que cuando pagues la deuda de la humanidad con la muerte venidera, vuelvas á tu Autor que te formó del polvo de la tierra; y si en sa-

liendo tu alma de tu cuerpo, ocurra á recibirla un escuadrón lucido de ángeles : sálgate al encuentro el senado judicial de los apóstoles; se te presente el triunfante ejército de los cándidos mártires : la turba de los confesores, adornados con azucenas, te cerque; te reciba el coro do las Vírgenes alegres; y los patriarcas te abracen estrechamente, llevándote al seno del descanso : se te aparezca Jesucristo con semblante festivo, el que te ponga con los que han de asistir perpetuamente á su lado. No llegues á experimentar lo que es el horror de las tinieblas, el ardor de las llamas ni el rigor de los tormentos : ríndase á tí el cruel Satanás con todos sus ministros : viéndote llegar acompañado de ángeles se estremezca y se retire al profuudo caos de la eterna noche. Levántese el Señor y se desbaraten sus enemigos, y huyan de su presencia los que le aborrecieron. Desháganse como humo en el aire y como la cerca en el fuego, los pecadores en la presencia de Dios, y los justos se alegren y se sienten á la mesa del Señor : confúndanse y llénense de vergüenza todas las legiones tartáreas, y los ministros de Satanás no se atrevan á impedirte el camino. Líbrete de los tormentos Jesucristo, que por ti fué crucificado. Líbrete de la

eterna muerte Jesucrito, que por ti se dignó morir. Colóquese Jesucristo, Hijo de Dios vivo, dentro de los amenos jardines de su paraíso, y este verdadero Pastor te conozca por una de sus ovejas. Veas cara á cara á tu Redentor, y asistiendo siempre en su presencia, mires con ojos felices la verdad clarísima. Colocado pues, entre los coros de los bienaventurados, goces de la dulzura de la contemplación divina por los siglos de los siglos. Amén.

Recibe, Señor, á tu siervo, por tu gran misericordia, en el lugar de tu esperada salvación. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu siervo de todos los peligros del infierno, de los lazos de las penas, y de todas las tribulaciones. Amén.

Libra, Señor, el alma de este tu siervo, como libraste á Enoc y á Elías de la común muerte del mundo. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste á Noé del diluvio. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste á Abraham de la tierra de Ur de los Caldeos.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste á Job de sus trabajos. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste á Isaac de ser sacrificado

por mano de su padre Abraham. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste á Lot de Sodoma y de las llamas del fuego. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste á Moisés de las manos de Faraón, rey de Egipto. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu siervo como libraste á Daniel del lago de los leones. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, co mo libraste á los tres niños de Babilonia de enmedio del fuego ardiente, y de la mano de un rey inicuo.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste á Susana del falso testimonio. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste á David de la mano del rey Saúl y del gigante Goliat. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste á San Pedro y á San Pablo de las cárceles. Amén.

Así como libraste á la bienaventurada Santa Tecla, tu virgen y mártir, de tres atrocísimos tormentos, así te dignes librar el alma de tu siervo y la lleves á gozar contigo de los bienes celestiales. Amén.

Te encomendamos, Señor, el alma de tu siervo, y te rogamos, oh Jesucristo, nuestro Señor y Salvador del mundo,

que no dejes de poner en el seno de tus patriarcas á esta alma, por la cual bajaste misericordiosamente á la tierra: conoce, Señor, tu criatura, no formada por dioses ajenos, sino por ti, Dios sólo, vivo y verdadero: porque no hay otro Dios fuera de ti. Alegra, Señor, esta alma con tu presencia, y no te acuerdes de sus antiguas iniquidades y desórdenes, los que le suscitó el furor y el fervor de los malos deseos. Á la verdad, aunque haya pecado, con todo eso, no ha negado al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, sino lo ha creído y tuvo en sí el celo de Dios, y ha adorado fielmente al Dios que ha criado todas las cosas.

Te rogamos, Señor, que no te acuerdes de los delitos de su juventud ni de sus ignorancias, sino según tu gran misericordia, acuérdate en tu gloria de tu grande amor. Ábranse los cielos, alégrense los Angeles. Recibe, Señor, en tu reino á tu siervo. Recíbale San Miguel, Arcángel de Dios, que mereció tener el principio de la Milicia celeste. Sálganle al encuentro los Santos Ángeles de Dios, y lo lleven á la ciudad de Jerusalén. Recíbale San Pedro Apóstol, á quien fueron entregadas por Dios las llaves del reino de los cielos. Ayúdeles San Pablo Apóstol que fué digno de ser

vaso de elección. Interceda por él San Juan Apóstol, escogido de Dios, á quien fueron revelados los secretos celestiales. Rueguen por él todos los Santos Apóstoles á quienes fué dada por el Señor la potestad de ligar y absolver. Intercedan por él todos los Santos y escogidos de Dios, que sufrieron tormentos en este mundo por el nombre de Jesucristo; para que en estando separado de los vínculos de la carne, merezca llegar á la gloria del reino celestial. Por nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo, vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

—

EXORCISMO.

En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero : yo, aunque indigno, os conjuro, infernales espíritus, desde Lucifer hasta el más mínimo, por la Encarnación, Pasión y muerte del Hijo de Dios, por la pureza y dolores de María Santísima, Reina de los ángeles; por los méritos del Arcángel San Miguel : Santos Ángeles de Guarda, Señor San José, señora Santa Ana, San Ignacio de Loyola, San Camilo de Lelis, Santa Catalina

de Sena, Santa Bárbara, Santa Tecla; y de todos los demás santos y santas, y bajo de su ira é indignacion; y con todas las penas, censuras, maldiciones, iras é indignaciones, que todos los exorcistas del mundo suelen poner, y con lo que la Omnipotencia de Dios os puede castigar, os notifico y mando á todos, sin excepción de alguno, que os apartéis de todos los moribundos. Y quiero, en el nombre de Dios y bajo dichas penas, y de todas aquellas que se os pueden y suelen poner con aumento de instante á instante (que durarán mientras yo indigno pecador no fuere obedecido), que no os atreváis á inquietar, perturbar, ni tentar á dichos moribundos, hasta que entreguen el alma á su Redentor. Para todo lo cual y bajo dichas penas, con su aumento de instante á instante, como dicho es, os pongo entredicho por el mencionado tiempo en todo el distrito que vuestra indignación puede alcanzar á perturbar, tentar, inquietar ó inducir á dichos moribundos á cualquiera culpa é imperfección. Por nuestro Señor Jesucristo, que ha de venir á juzgar á vivos y muertos. Amén.

EXHORTACIÓN

Dulces recuerdos del Santísimo nombre de Jesús, para animar y consolar al enfermo cuando yá está agonizando.

Procura, hermano mío, tener siempre en tu memoria é impreso en el corazón el dulcísimo nombre de Jesús, porque la virtud de ese Santísimo nombre, es una de las almas fuertes que dejó Cristo á sus discípulos para defenderse de sus enemigos, y su invocación es escudo fortísimo contra todos los asaltos y combates que tenemos con ellos, particularmente cuando nos hallamos próximos á las agonías de la muerte, como tú te hallas ahora.

En virtud de este santísimo nombre venció David al gigante Goliat, y con su virtud vencen los fieles en las batallas á los demonios; y en el nombre de Cristo hicieron los Apóstoles infinitos y estupendos milagros, lanzando los demonios, curando los enfermos y resucitando los muertos.

Es también este dulcísimo nombre una medicina universal para las almas y los cuerpos, y una arma fortísima contra todas las tentaciones. Santo y terrible es el nombre de Jesús, como dice el profeta Rey; Santo á los justos, y te-

rrible á los demonios ; con cuya virtud son desarmados y vencidos.

De la invocación del santísimo nombre de Jesús, dice San Cregorio Nacianceno, que nunca le tomó de sus labios sin que experimentase claramente que huían luego de él las sugestiones de Satanás.

OFRECIMIENTO Á DIOS DE LOS TRABAJOS

Señor mio Jesucristo, piadosísimo Señor, yo te ofrezco todo lo que estoy padeciendo. Mucho más debiera padecer por mis graves pecados. Todo lo que padezco sea en unión de cuanto padeciste por mi salvación eterna. Concededme, Señor, una buena muerte en tu santo servicio, y que acabe esta vida mortal en tu divina gracia. Amén.

OFRECED Á DIOS LA ENFERMEDAD.

Altísimo Señor, Dios y Eterno Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero : de tu mano, Señor, recibo esta enfermedad, que me has enviado para el mayor bien de mi alma. Quiero padecerla por tu amor. Concededme, Dios mío, una buena muerte, para que eternamente me emplee en tu santo servicio, en tus divinas alabanzas, y en cumplir con tu santísima voluntad. Amén.

CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DIVINA.

Dulcísimo Jesús mío, Redentor de mi alma: por tu gran misericordia he llegado á lo último de mi vida. Estoy cercado de dolores y penas. Conforme las ordena tu amor para el mayor bien de mi espíritu. Me conformo con tu santísima voluntad y quiero padecerlas con hacimiento de gracias. Todo cuanto padezco y he de padecer quiero sea en unión de todo lo que padeciste por mi salvación eterna. Asísteme, Señor, en la hora terrible de la muerte que me espera. Amén.

ALEGANDO LOS INFINITOS MÉRITOS DE CRISTO.

Omnipotente Señor, Dios y Criador mío, de ti, Señor, he recibido todo el ser que tengo, y á ti lo vuelvo, aunque manchado con mis graves y feas culpas. Purificadme, Señor, antes de mi muerte: porque ya sé que no puede entrar en tu gloria cosa manchada. Lavadme Dios mío, con la preciosa Sangre de tu Unigénito Hijo, que murió crucificado por mi amor. Disponed, Señor, mi alma para una buena muerte, y tened misericordia de mí, por los infinitos merecimientos de mi Señor Jesucristo, éstos me valgan. Amén.

OFRECIMIENTO Á CRISTO SEÑOR NUESTRO

Señor mío Jesucristo, en unión de aquella mortal angustia que padeciste orando en el huerto de Getsemaní, á la cual se siguió el sudor de Sangre que corrió hasta la tierra, te ofrezco todas las angustias y dolores que padeciere en esta enfermedad, hasta la hora de mi muerte. Concededme, Señor, que sea en tu divina gracia. Amén.

PARA LO MISMO.

Dulcísimo Señor mío Jesucristo, por aquella suma congoja que padeciste en la Cruz cuando se apartó tu alma santísima de tu Sagrado cuerpo, te suplico me asistas en la hora de mi muerte: y ahora te pido para entonces, que tengas misericordia de mí, y me perdones todos mis pecados, por los infinitos merecimientos de tu santísima vida, pasión y muerte de cruz; y que la mía sea en tu divina gracia. Amén.

Á LA REINA DE LOS ÁNGELES.

Soberana Reina de los ángeles, mi amantísima Madre y mi Señora, verdadera y digna Madre de mi Señor Jesucristo; Reina y Señora de todo lo criado, Madre de pecadores y Madre mía, suplícote que recibas mi alma cuando salga de este mundo, y que asistas á la

hora de mi muerte. Para esta hora te he llamando todo el tiempo de mi vida, diciendo Santa Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.

Para cuando el enfermo está ya muy cercano á entregar el alma á su Criador.

Para este temeroso trance me valgo de vuestra clemencia, ¡oh Padre Eterno! y de vuestro unigénito Hijo Jesús, y del Espíritu Santo.

Por los merecimientos de Jesucristo, dadme, Dios mío, que alcance siquiera el último lugar de vuestro reino.

Ahora, Señor, invoco más vuestra clemencia, porque mi alma padece mayor necesidad.

Vuelvo á llamaros, Dios mío, para que veáis mi pequeñez y flaqueza, y socorráis al pobre menesteroso.

Pésame, Dios mío, de todo corazón de haber cometido culpa alguna mortal, sólo por ser Vos quien sois.

Amparad, ¡oh Cristo Jesús! esta criatura que confía en Vos, por lo cual moriste en una cruz: no la desechéis del número de vuestros esclavos.

Señor mío, que á todos habéis criado y redimido, ayudadme en esta hora, y quitadme el miedo de la muerte.

Vos, Jesús mío, que os ofrecisteis

por mí á los tormentos y muerte de Cruz, recibidme en el seno de vuestra clemencia, pues me valgo de ella en esta hora.

Lloro y gimo la miseria de las culpas pasadas, dulcísimo Jesús mío, por ser ofensas contra Vos, y por el amor que me habéis tenido.

Pido á vuestra infinita misericordia me perdone, y libre mi alma de la boca del dragón, que esta última hora la tiene abierta para tragarme.

Confieso, Dios mío, que soy peor que todos los pecadores; ¿pero qué son mis culpas sino una gota para ese océano de misericordia?

Protesto, Señor, que muero como católico, creyendo firmemente cuanto la santa fe y la madre Iglesia me manda creer.

Ayudadme, ¡oh Virgen Santísima! que no tengo otro amparo; atended, Señora, á que Jesucristo, vuestro Hijo, derramó por mí la sangre de sus venas.

¡Oh María! ¡Virgen clementísima! aprovécheme en esta hora la sangre de vuestro precioso Hijo, y no permitáis que aparte de mí su misericordia.

Á Vos me acojo, oh piadosísima Virgen y Madre de Dios, en esta última agonía; amparadme, libradme, y defendedme de mis enemigos.

Espero, clementísima Virgen María, mediante vuestra intercesión, de cantar para siempre las misericordias del Señor.

Á mí me pesa, Dios mío, de haberos ofendido, sólo por ser Vos quien sois, y por que os amo, y reverencio sobre todas las cosas.

¿Á dónde iré sino á Vos? ¡oh buen Jesús! recibidme, por las entrañas de vuestra misericordia, por vuestras lágrimas y sangre.

Mirad, Padre Eterno, en el rostro de vuestro querido Cristo, y por su amor perdonadme todos mis pecados.

A Vos me vuelvo, Redentor mío, volveos á mí, esperanza mía, Vos sois mi Dios, mi Salvador y mi ayuda.

¡Oh mi Dios y de todas las cosas! ya que me sacáis de esta vida, llevadme á la vuestra, donde cante vuestra misericordia.

Yo os amo, Dios mío, á vista del cielo y de la tierra y de todas las criaturas, y no quiero otra cosa sino á Vos y por Vos.

¡Oh, quién no hubiera pecado contra tal Dios á quien se debe todo amor y respeto.

No os acordéis, Señor, de mis primeros años, sino borrad mis pecados con las gotas de sangre que de vuestras venas salieron.

¡Oh piadosísima Virgen María! esta es la hora para lo cual solicité vuestro favor toda la vida, no me lo neguéis, muera yo en vuestras manos.

A vuestros pies pongo mi alma, dulce esperanza mía, y en vuestras manos fío todo el negocio de mi salvación.

Vos sois, Dios mío, mi Criador y Redentor : no hay otro dueño de esta alma sino Vos : recibidla, Señor, como tuya en vuestro amparo.

Suplícoos, Señor mío Jesucristo, por vuestra Pasión y muerte, que me inscribáis en el libro de los predestinados para que campee más vuestra misericordia en mí.

Recibid, Dios mío, á esta oveja perdida, acoged á este hijo pródigo, compadeceos de mí según vuestra gran misericordia.

El abismo de mi nada y de mis miserias invoca, Dios mío, el abismo de vuestra bondad y caridad.

Es tan grande, Señor, el océano de vuestras misericordias, que aunque me quitéis la vida, en Vos esperaré.

Compadeceos de mí, Señor, compadeceos de mí, porque en tí confía mi alma.

Sólo una cosa os pido, mi Dios, que no me castiguéis según mis culpas merecen, sino que atendáis á quien sois.

Recibid, Señor, mi alma, la cual en-

comiendo en las manos de vuestras misericordias; dadle de limosna el paraíso en vuestra gloria.

Misericordia, Señor, misericordia; pésame de todo corazón de haber agraviado vuestra infinita bondad.

María, Madre de gracia, Madre de misericordia, defendedme del enemigo y ayudadme en esta hora de mi muerte.

Creo en Dios, espero en Dios y amo á Dios, pésame de haberlo ofendido, sólo por ser quien es. ¡Oh Trinidad Santísima, un solo Dios verdadero, y tres personas distintas! á quien confieso y adoro, habed, Señor, misericordia de esta vuestra criatura.

Ahora es tiempo, Señor, de misericordia y mostrad cuál liberal sois en perdonar al que llega á tus pies arrepentido.

Ea, Dios mío, haced alarde de vuestra misericordia con este miserable pecador, que espera en Vos.

Yo os amo, Dios mío, sobre todas las cosas: duélome, Señor, de haberos ofendido, espero en vuestra misericordia hasta el último aliento.

Jesús Hijo de Dios vivo, tened misericordia de mí.

Pequé, Señor, pequé, aprovécheme la Sangre que derramaste por mí.

¡Oh Jesús, Salvador del mundo! sedme propicio.

¡Oh Virgen María, Madre de Dios! acordaos de mí.

¡Oh dulce Jesús! Oh dulce María! no me desamparéis.

EN LA ÚLTIMA AGONÍA.

Procúrese decir con el mayor fervor:

Jesús, eternamente yo te ame.
Jesús, á todas horas yo te nombre.
Jesús, en mis conflictos á ti clame.
Jesús, mi verdadero Dios y hombre.
Jesús, en mi corazón siempre te llame.
Jesús, medite en ti mi entendimiento.
Jesús, viva yo en ti todo momento.
Jesús, que cuando enfermo me visitas.
Jesús, que cuando caigo me levantas.
Jesús, que mi remedio solicitas.
Jesús, que al enemigo de mí espantas.
Jesús, que al bien obrar siempre me incitas.
Jesús, que en tu gracia me adelantas.
Jesús, por mí en la cruz crucificado.
Jesús, no viva yo ni muera en pecado.
En amarte, Jesús, siempre me emplee.
Mi Jesús, de adorarte nunca acabe.
Jesús, siempre en nombrarte me recree.
Jesús, toda criatura á ti alabe.
Jesús, sólo gozarte á ti desee.
Jesús, ¿qué puede haber tan dulce y suave, como decir Jesús de noche y día?

¿Y con Jesús, nombrarte á ti, María?
Dulce Jesús, si lenguas mil tuviera,
Jesús, sólo con ellas pronunciara,
Jesús, Jesús, Jesús, siempre dijera,
Dulcísimo Jesús y no me hartara.
Tantas veces, Jesús, nombrado hiciera,
Que á ti toda rodilla se doblara
Y que nadie Jesús, tu nombre oyese,
sin que en tu amor su pecho se encendiese.
Mi lengua á Jesús siempre le nombre,
Siempre mi corazón en tí se emplee,
Arda en amor, Jesús, al oír tu nombre.
Verte amado, Jesús, solo desee.
Adórete mi fe, como Dios y hombre.
Solo en ti mi esperanza se recree.
Tenga yo mis potencias y sentidos
En tu amor, ¡oh Jesús! siempre encendidos.
Jesús, que cuando eliges para Madre
A María nos la das por protectora.
Jesús, que si á José llamas de padre,
Es porque nos ampare en esta hora.
Jesús, que á tu piedad nada hay que cuadre,
Más que aquel que á tus Padres fiel implora.
¡Oh, si en mi corazón, Jesús bendito,
Jesús, María y José tuviera escrito!
En tus manos: ¡oh dulcísimo Jesús!
Encomiendo mi espíritu.

que se han de decir luego que el agonizante haya entregado el alma.

Subvenite, sancti Dei, etc.

Santos de Dios, socorredle: Ángeles de Dios, acudid á recibir su alma para presentarla ante el Altísimo.

℣. Recíbate Cristo que te ha llamado, y condúzcante los ángeles al seno de Abraham.

℟. Acudid á recibir su alma para presentarla ante el Altísimo.

℣. Dadle, Señor, descanso eterno, y que goce perenne luz.

℟. Presentándola delante del Altísimo, Padre Eterno, ten piedad de ella.

Jesucristo, ten piedad de ella.

Espíritu Santo, ten piedad de ella.

Padre nuestro, etc.

℣. *Y no nos dejes caer en tentación.*

℟. *Mas líbranos de mal.* Amén.

℣. De las puertas del infierno.

℟. Libra su alma, Señor.

℣. Descanse en paz. ℟. Así sea.

℣. Señor, oye mi oración.

℟. Y mi clamor llegue á ti.

℣. Sea el Señor con vosotros.

℟. Y con tu espíritu.

ORACIONES.

Señor, á ti encomendamos el alma de tu siervo (N); para que aunque haya muerto para el mundo, goce vida para ti, y el perdón de tu piedad misericordiosísima, limpie las manchas que tuviere, por la fragilidad de su naturaleza. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

Señor, no ejerzas un juicio riguroso con tu siervo por que hombre ninguno puede quedar justificado delante de ti, si no es que tú le concedes el perdón de sus pecados. No sea, pues, rigurosa tu sentencia final, para el que te recomienda la ferviente súplica de nuestra fe cristiana; antes bien, siéndole propicia tu misericordia, logre librarse del fallo de la condenación, el que en vida fué marcado con el sello de la Santísima Trinidad. Tú que vives y reinas en los siglos de los siglos. Amén.

Señor, pues la clemencia y el perdón te son tan propios, rendidos te suplicamos por el alma de tu siervo (N) que hoy has dispuesto parta de este mundo. No la entregues, Señor, en manos del enemigo, ni la olvides para siempre, sino haciendo que sea recibida por los espíritus angélicos, éstos la conduzcan á la patria del Paraíso celestial, para

que quien esperó y creyó en ti, no sufra las penas del infierno, sino que goce delicias sempiternas, por los méritos de Cristo Señor nuestro. Amén.

Inclina, Señor, tus oídos á las súplicas de los que rendidos imploramos tu misericordia, para que el alma de tu siervo (N) que has mandado partir el día de hoy de este mundo, sea por ti destinada á la mansión de la paz y del contento, y mandes que participe de la dicha de tus Santos, por Cristo nuestro Señor. Amén.

Luego se rezarán los Salmos 50 y 129 que se hallan en las páginas 83 y 89.

Oficio de difuntos.

El siguiente invitatorio es el que se canta en los entierros, vigilias y aniversarios que se hacen en sufragio de los fieles difuntos, el cual ponemos en latín y castellano, para que los fieles que asisten á los entierros, puedan acompañar al sacerdote, y sirvan á la vez de sufragio por el alma de quien se aplica, para que Dios le conceda el eterno descanso.

INVITATORIO.

Regem qui omnia vivunt. * Venite adoremus.

Repítese: Regem, etc.

Al Supremo Rey, para cuyo servicio viven todas las cosas: * venid, adorémosle.

Se repite: Al Supremo Rey, para cuyo servicio viven todas las cosas: venid, etc.

Salmo 94.

Venite, exultemus Domino *; jubilemus Deo salutari nostro. Præoccupemus faciem ejus in confessione, * et in psalmis jubilemus ei.

Regem, qui omnia vivunt. * Venite adoremus.

Quoniam Deus magnus Dominus, et rex magnus super omnes Deos; quoniam non repellet Dominus plebem suam quia in manu ejus sunt omnes fines terræ et altitudines montium ipse conspicit.

Venite adoremus.

Quoniam ipsius est mare, et ipse fecit il-

Venid, alegrémonos delante del Señor, cantemos á Dios nuestro Salvador: presentémonos ante su cara confesando su gloria, y con salmos alabémosle.

Al Supremo Rey, para cuyo servicio viven todas las cosas: * venid, adorémosle.

Porque nuestro Señor es gran Dios y Rey grande sobre todos los dioses; porque no desechará el Señor su pueblo: pues en su mano están todos los fines de la tierra, y las alturas de los montes suyos son.

Venid, adorémosle.

Suyo es también el mar, él lo hizo, y sus

lud, et aridam fundeverunt manus ejus: venite, adoremus, et procidamus, ante Deum, ploremus coram Domino, qui fecit nos, quia ipse est Dominus Deus noster, nos autem populos ejus, et oves pascuæ ejus.

Regem qui omnia vivunt. * Venite adoremus.

Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra: sicut in exacervatione secundum diem tentationis in deserto: ubi tentaverunt me patres vestri, probaverunt, et viderunt opera mea.

Venite adoremus.

Quadraginta annis proximus fui generationi huic, et dixi: semper hi errant corde: ipse vero non cognoverunt vias meas, quibus juravi in ira mea, si introibunt in requiem meam.

Regem qui omnia vivunt. * Venite adoremus.

Requiem æternam

manos fundaron la tierra: venid, pues, y adorémosle, y postrémonos delante de él; lloremos delante del Señor que nos ha criado, porque él es el Dios y Señor nuestro y nosotros somos su pueblo y ovejas de su rebaño.

Al Supremo Rey, para cuyo servicio viven todas las cosas: * venid, adorémosle.

Si oyereis hoy su voz, no queráis endurecer vuestros corazones; no me irritéis, os dice el Señor, como vuestros padres en el desierto, donde me tentaron, experimentaron mi poder y vieron las maravillas que obré.

Venid, adorémosle.

Cuarenta años estuve cerca de aquel pueblo, y dije: su corazón anda siempre extraviado; no han conocido más caminos; por esto en mi ira les juré que no entrarían en mi descanso.

Al Supremo Rey, para cuyo servicio viven todas las cosas: * venid, adorémosle.

Señor, concédeles

dona eis, Domine: et lux perpetua luceat eis.

Venite adoremus.

Regem qui omnia vivunt. * Venite adoremus.

Ant. Dirige Domine Deus meus.

el eterno descanso: y la perpetua luz les alumbre.

Venid, adorémosle.

Al Supremo Rey, para cuyo servicio viven todas las cosas: * venid, adorémosle.

Ant. Dirigid mis pasos.

Salmo 5.

Verba mea auribus percipe, Domine; * intellige clamorem meum.

Presta, Señor, oídos á mis palabras, * escucha mis clamores.

Intende voci orationis meæ * rex meus, et Deus meus.

Atiende á la voz de mis súplicas, oh, Rey y Dios mío.

Quoniam ad te orabo, * Domine, mane exaudies vocem meam.

Porque á vos enderezaré mi corazón; * desde la mañana, oh Señor, oirás mi voz.

Mane astabo tibi, et videbo; quoniam non Deus volens iniquitatem tu es.

Al amanecer, Señor, me pondré en tu presencia y te contemplaré, porque vos no sois un Dios que ame la iniquidad.

Neque habitavit juxta te malignus, * neque permanebunt injusti ante oculos tuos.

No morará junto á Vos el hombre maligno, ni los injustos podrán permanecer ante tus ojos.

Odisti omnes qui operantur iniquitatem, * perdes omnes

Aborreces todos los que obran la iniquidad, * y perderás á

qui loquntur mandacium.

Virum sanguinum et dolosum abominabitur Dominus.*Ego autem in multitudine misericordiæ tuæ.

Introibo in domum tuam : * adorabo ad templum sanctum tuum in timore tuo.

Domine, deduc me in justitia tua: * propter inimicos meos dirige in conspectu tuo viam meam.

Quoniam non est in ore eorum veritas : * cor eorum vanum est.

Sepulcrum patens est guttur eorum, linguis suis dolose agebant; * judica illos, Deus.

Decidant a cogitationibus suis, secundum multitudinem impietatum eorum expelle eos, * quoniam irritaverunt te, Domine.

Et lætentur omnes qui sperant in te: * in

todos aquellos que hablan mentira.

El Señor abominará al hombre sanguinario y violento; pero yo estaré confiado en la muchedumbre de tus misericordias.

Entraré en tu casa; * y poseído de un santo temor doblaré mis rodillas ante tu santo templo.

Guíame, oh Señor, por la senda de tu justicia: haz que mi camino sea recto ante vuestros ojos,por causa de mis enemigos.

Pues su boca no había palabra de verdad * y su corazón está lleno de vanidad y perfidia.

Su garganta es cual sepulcro abierto: con sus lenguas urden continuamente engaños : júzgalos, pues, ¡oh, Dios mío!

Fústrense sus designios, arrójalos fuera, lejos de vuestra presencia, según lo merecen sus muchas impiedades, * puesto, Señor, que te han irritado.

Alégrense, por el contrario, todos aque-

æternum exultabunt et habitabis in eis.

llos que ponen en ti su esperanza, * se regocijarán eternamente y vos morarás en ellos.

Et gloriabuntur in te omnes qui diligunt nomen tuum, * quoniam tu benedices justo.

Y se gloriarán en vos todos los que aman vuestro Santo nombre, porque colmas de bendiciones al justo.

Domine, ut scuto * bonæ voluntatis tuæ coronasti nos.

Señor, con vuestor benevolencia, coma con un escudo nos has cubierto por todos lados.

Requiem æternam, etc.

Concédeles, Señor, etcétera.

Ant. Dirige Domine Deus meus in conspecto tuo viam meam.

Ant. Dirigid mis pasos en vuestra presencia, Señor y Dios mío.

Ant. Convertere Domine.

Ant. Volveos, Señor.

Salmo 6.

Domine ne in furore tuo arguas me, * neque in ira tua corripias me.

Señor, no me reprendáis en tu furor, * ni me castiguéis en tu ira.

Miserere mei Domine, quoniam infirmus sum, sana me, Domine, quoniam conturbata sunt ossa mea.

Apiádate de mí, Señor, porque estoy enfermo; sáname, Señor, porque mis huesos están conmovidos.

Et anima mea turbata est valde: * sed tu, Domine, usquequo?

Y mi alma está perturbada en gran manera; * ¿mas tú, Señor, hasta cuándo?

Convertere, Domine, et eripe animam meam: * salvum me fac propter misericordiam tuam.

Quoniam non est in morte qui memor sit tui: * in inferno autem quis confitebitur tibi?

Laboravi in gemitu meo; lavabo per singulas noctes lectum meum: * lacrymis meis stratum meum rigabo.

Turbatus est a furore oculus meus: * inveteravi inter omnes inimicos meos.

Discedite a me, omnes qui operamini iniquitatem: * quoniam exaudivit † * Dominus vocem fletus mei.

Exaudivit Dominus deprecationem meam * Dominus orationem meam suscepit.

Erubescant et conturbentur vehementer omnes inimici mei: * convertantur et erubescant valde velociter.

Requiem æternam, etc.

Ant. Convertere

Vuélvete, Señor, libra mi alma; * sálvame por tu misericordia.

Porque en la muerte no hay quien se acuerde de ti; * y en el infierno ¿quién te dará alabanza?

Trabajado me veo en mi gemido, lavaré cada noche mi lecho; * regaré con mis lágrimas mi estrado.

A vista del dolor se ha turbado mi ojo, * he envejecido en medio de todos mis enemigos.

Apartaos de mí todos los que obráis iniquidad; porque ha oído el Señor la voz de mi llanto.

El Señor ha oído mi ruego; el Señor ha oído mi oración.

Avergüéncense, y en extremo sean conturbados todos mis enemigos: conviértanse y avergüéncense en gran manera luego al punto.

Concededles, Señor, etc.

Ant. Volveos, Se-

Domine, etc., eripe animam meam: quoniam non est in morte, qui memor sit tui.

Ant. Ne quando.

ñor, hacia mí y librad mi alma; porque en la muerte no hay quien se acuerde de ti.

Ant. No sea que.

Salmo 7.

Domine Deus meus in te sparavi : * salvum me fac ex omnibus persequentibus me, et libera me.

Yo he puesto mi confianza en Vos, Señor y Dios mío; * sácame á salvo de todos mis perseguidores, y líbrame.

Nequando rapiat ut leo animam meam, * dum non est qui redimat, neque qui salvum faciat.

No sea que arrebate el enemigo á mi alma cual león que arrebata su presa; cuando no hay quien me rescate y me salve.

Domine Deus meus si feci istud, * si est iniquitas in manibus meis.

Señor, Dios mío, si es que he cometido el crimen de que se me acusa, ó si se encuentra malicia alguna en mí.

Si reddidi retribuentibus mihi mala, * decidam merito ab inimicis meis inanis.

Ó si yo volví mal por mal, yo seré justamente confundido por mis enemigos.

Persequatur inimicus animam meam et comprehendat, et conculcet in terra vitam meam, * et gloriam meam in pulverem deducat.

Persiga en tal caso á mi alma el enemigo, y apodérese de ella; holle con sus pies lo más caro de mi vida en esta tierra, y reduzca á polvo todas mis glorias.

Exurge Domine in ira tua, * et exaltare

Levántate, Señor, y revístete de vuestra

in finibus inimicorum meorum.

Et exurge, Domine Deus meus * in præcepto quod mandasti: et synagoga populorum circumdabit te.

Et propter hanc in altum regredere: * Dominus judicat populos.

Judica me, Domine secundum justitiam meam, * et secundum innocentiam meam super me.

Consumetur nequitia peccatorum, et diriges justum, * scrutans corda et renes Deus.

Justum adjutorium meum a Domino, * qui salvos facit rectos corde.

Deus judex justus, fortis, et patiens; * num quid irascitur per singulos dies?

Nisi conversi fueritis, gladium suum vi-

ira; mostráos con todo vuestro poderío en medio de mis enemigos.

Levántate también, Señor Dios mío, para hacer ver los preceptos que nos has impuesto, y la congregación de los pueblos te rodeará.

Y para que seas conocido en toda ella, tornaos á esas alturas: ¡oh, pueblos! sabed que el Señor juzga á las gentes.

Juzgadme, Señor, según la justicia que me has adquirido y según la inocencia cuyos méritos me has aplicado.

Consúmase la maldad de los pecadores y encamina tú al justo ¡oh, Dios! que escudriñas hasta lo más secreto de nuestro corazón.

Justamente pido que venga mi auxilio desde el señor mismo; porque él salva á los de recto corazón.

Dios es Juez justo, fuerte y sufrido: ¿se mostrará acaso irritado para siempre?

¡Ah pecadores! sino os convertís de todo

brabit: * arcum suum tetendit, et paravit illum.

corazón, hará vibrar sobre vuestras cabezas la espada de su justicia: tendió su arco y lo tiene preparado para disparar las flechas de su furor.

Et in eo paravit vasa mortis: * sagittas suas ardentibus effecit.

Y allí tiene preparados golpes de muerte: aguzó sus saetas con hierros encendidos.

Ecce parturiit injustitiam: * concepit dolorem, et peperit iniquitatem.

Mas, he aquí que el pecador maquina la injusticia, concibe el dolor, y prepara la maldad.

Lacum aperuit, et effodit eum: * et incidic in fóveam quam fecit.

Abrió con sus crímenes un lago, lo cavó; y él mismo cayó en la hoya que se labró.

Convertetur dolor ejus in capite ejus: * et in verticem ipsius iniquitas ejus descendet.

Caerán sobre su cabeza todas sus desgracias; y sus iniquidades vendrán á agolparse sobre él.

Confitebor Domino secundum justitiam ejus: * et psallam nomini Domini altissimi.

Y yo entretanto alabaré al Señor conforme á su justicia: y yo entonaré salmos al nombre del señor Altísimo.

Requiem æternam, etc.

Concédeles, Señor, etc.

Ant. Ne quando rapiat ut leo animam meam, dum non est qui redimat, neque qui salvum faciat.

Aut. No sea que el enemigo arrebate mi alma como un león á su presa, cuando no haya quien rescate, ni quien salve.

v. A porta inferi.

r. Erue, Domine, animas eorum.

Pater noster.

Todo en secreto.

℣. De las puertas del infierno.

℟. Sacad Señor sus almas.

Padre nuestro.

En secreto.

Lección I, Job 7.

Parce mihi, Domine, nihil enim sumdies mei. Quid est homo, quia magnificas cum? aut quid apponis erga cumdor tuum? visitas cum diluculo, et subito probas illium: Usquequó non parcis mihi, nec dimittis me ut glutiam salivam meam? Peccavi, quid faciam tibi, o custos hominum? quare posuiste me contrarium tibi, et factus sum mihi metipsi gravis? Cur non tollis becatum meum, et quare non aufers iniquitatem meam? Ecce nunc in pulvere derniam: et si mane me quasteris non sudsistam.

Cesad ya de afligirme, Señor, porque nada son los días de mi vida. ¿Y qué es el hombre para que tanto lo engrandezcas, y pongas en él vuestro corazón? Le visitas por la mañana con vuestra gracia, y muy luego lo pruebas. ¿Cuándo me dejarás descansar, y me permitirás algún reposo para que pueda siquiera tragar mi saliva? Yo me reconozco pecador; ¿y cómo podré satisfaceros, oh guardador de los hombres? ¿Por qué me has hecho el blanco de vuestros enojos, haciéndome insoportable á mí mismo? ¿Por qué no perdonas todavía mi pecado, y por qué no borras mi iniquidad? Mira Señor que pronto dormiré en el polvo del sepulcro,

y cuando mañana me busques ya no existiré en el mundo.

R. Credo quo! Redemptor meus vivit; et in novissimo die de terra resurrecturus sum * Et in carne mea videbo Deum Salvatorem meum.

℟. Creo que mi Redentor vive y que en el día postrero he de resucitar * y en esta carne mía veré á Dios mi Salvador.

V. Quem visurus sum ego ipse, et non alius, et oculi mei conspecturi sunt. Et in carne mea videbo Deum Salvatorem meum.

℣. Al cual he de ver yo mismo, y no otro del que ahora soy, y mis ojos lo han de ver: y en esta carne mía veré á Dios mi Salvador.

Lección II, Job 10.

Tædet animam meam vitæ meæ, dimittam adversum me eloquium meum, loquar in amaritudine animæ meæ. Dicam Deo: noli me condemnare; indica mihi cur me ita judices. Numquid bonum tibi videtur, si calumnieris me, ei opprimas me opus manuum tuarum, et consilium implorum adjuves? Numquid oculi carnei tibi sunt: aut sicut videt homo, et tu videbis? Numquid sicut dies hominis dies hominis dies tui, et

Tedio me causa el vivir: soltaré, pues, mi lengua aunque sea contra mí: hablaré en medio de la amargura de mi alma. Sí, diré á mi Dios: no quieras condenarme de este modo: manifiéstame por qué me juzgas de esta suerte. ¿Acaso podrá ser jamás de vuestro agrado que me entregues á la calumnia, y me oprima, siendo yo la obra de vuestras manos, cooperando vos á los designios de los impíos? Por ventura, ¿vuestros ojos

anni tui sicut humana sunt tempora, ut quaerns iniquitatem meam et peccatum meum scruteris? Et scias quia nihil impium fecerim, cum sit nemo qui de manu tua possit eruere.

son ojos de carne? ¿ó miras las cosas como las mira el hombre? Son, acaso vuestros días como los días del hombre, ó vuestros años semejantes á los años humanos, para que hayas de ir inquiriendo mis maldades, y averiguando mis pecados? Tienes bien sabido que no he cometido maldad alguna, y que nadie hay que pueda librarme de vuestras manos.

R. Qui Lazarum resuscitasti a monumento fætidum: * Tu eis Domine dona requiem et locum indulgentiæ.

V. Qui venturus es judicare vivos et mortuos, et sæculum per ignem. Tu eis Domine dona requiem, et locum indulgentiæ.

℟. Vos que resucitaste del sepulcro á Lázaro ya fétido: Vos, oh Señor, dales el descanso y el lugar del perdón.

℣. Vos que has de venir á juzgar vivos y muertos, y al mundo con fuego: Vos, oh Señor, dales el descanso y el lugar del perdón.

Lección II, Job 10.

Manus tuæ fecerunt me, et plasmaverunt me totum in circuito: et sic repente præcipitas me? Memento quæso, quod sicut lutum feceris me, et in pulverem reduces me.

Vuestras manos me han formado, Señor: ellas han coordinado todas las partes de mi cuerpo, ¿y tan de repente quieres despeñarme? Acordaos, os ruego, que me has for-

Nonne sicut lac mulsisti me, et sicut cáseum me coagulisti? Pelle et cáanibus vestisti me; ossibus et nervis compegi me. Vitam et misericordiam tribuisti mihi, et visitatio tua custodivit spiritum meum.

v. Requiem æternam dona eis Domine: et lux perpetua luceat eis. Quia peccavi nimis in vita mea.

mado como de una masa de barro, y que me has de reducir á polvo. Me vestiste de piel y carne, me organizaste con huesos y nervios. Me diste vida y usaste conmigo de misericordia; y vuestra protección ha conservado mi espíritu.

℣. Concédeles, Señor, el descanso eterno y alúmbrales la perpetua luz. Porque durante mi vida he pecado con exceso.

La Misa en la página 43. Se omite el Gloria y el Credo. La oración que se dice después de los Kiries es la siguiente:

OREMUS.

Oh Dios, á quien es propicio usar siempre de misericordia y de perdón; os suplicamos humildemente, que no entreguéis en manos del enemigo ni dejéis en perpetuo olvido el alma de tu siervo (N) ó sierva (N), que habéis mandado salir hoy de este mundo, sino que ordenéis á vuestros ángeles que la reciban y la lleven á la patria del Paraíso celestial, para que, pues ha creído

y esperado en Vos, no padezca la pena del infierno, sino que entre en la posesión de los gozos eternos. Por nuestro Señor Jesucristo. Amén.

ORACIÓN

POR PADRE Y MADRE DIFUNTOS.

Dios, de quien recibimos el precepto de honrar á padre y madre, mira con misericordia y clemencia las almas de mi padre y mi madre, perdonándoles sus pecados; y concededme que yo los vea y goce con ellos de la eterna claridad. Por Ntro. Señor Jesucristro. Amén.



OFRECIMIENTO DEVOTÍSIMO

Á LA SAGRADA PASIÓN DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

por las benditas almas del Purgatorio

Se distribuye en los siete días de la semana.

EXHORTACIÓN.

Siendo santo y provechoso el pensamiento de rogar á Dios por las benditas almas del purgatorio, que sean libres de la prisión en que las tiene la divina justicia, santo y provechoso será poner en ejecución tan loable pensamiento; no admite duda. Si llegase uno de nosotros á las puertas del purgatorio, y viese á sus parientes y amigos padeciendo en esos terribles calabozos intolerables é indecibles penas, y que haciendo cargo de su descuido le decía: ¡Compadeceos de mí al menos, los que sois mis amigos, que la mano de Dios me castiga! ¿Qué hicieras para librarlas ó siquiera por aliviarlas de tan horrorosos tormentos? Mas ¿qué hiciera el que por mucha misericordia de Dios tomara á buen partido verse en aquella cárcel, y con cierta conciencia y esperanza firme de gozar de Dios en perpetuo descanso por toda la eternidad?

Pues católico, considérate por un breve rato que usando Dios contigo de misericordia por la devoción á su santísma pasión y muerte, te depositó en la terrible cárcel del Purgatorio y te ves arder en aquel fuego que no se consume, tan activo y voraz que todos los incendios y volcanes del mundo, son como refrigerio suave para con su ardor. ¿Qué quisieras que entonces hicieran por ti tus parientes y amigos? Pues eso mismo haz tú ahora

por las benditas almas del Purgatorio. Pues con la medida que mides serás medido.

El bien que en esta vida hicieres por ellas permitirá Dios se haga por la tuya cuando en el Purgatorio estés: mira que estima mucho Dios que se acuerden de sus queridas esposas las benditas almas. Pues los misericordiosos con aquellas afligidas almas, alcanzarán de Dios misericordia, los que no fueron misericordiosos sin misericordia serán juzgados. Sembremos con bendición y recogeremos con abundancia los frutos; seamos misericordiosos con las benditas almas, que Dios lo será con las nuestras. Oigamos al Espíritu Santo que dice por voca de David; Bienaventurado del que cuida del pobre y necesitado. ¿Quién lo es más que las benditas almas del Purgatorio? Que en el día malo los librará el Señor.

DECENARIO DE LA PASIÓN

que repetido cinco veces formará un rosario importantísimo á quien lo rece y al alma por quien lo aplicare.

Después del acto de contrición.

En lugar del Padre nuestro se dirá:

Piadosísimo Jesús, mira con benignos ojos las almas de los fieles difuntos por los cuales has muerto derramando tu Sangre y recibiendo tormento de cruz.

En lugar de Ave María, se dirá:

1.º Jesús mío: por aquel copioso sudor de sangre que sufristeis en el huerto, ten misericordia del alma de (N.)

2.º Jesús mío: por la cruel bofetada que recibió tu rostro venerable, ten misericordia del alma de (N).

3.° Jesús mío, por los crueles azotes que descargaron en tu santísimo cuerpo, ten misericordia del alma de (N).

4.° Jesús mío : por la corona de agudas espinas que traspasaron tu santísima cabeza, ten misericordia del alma de (N).

5.° Jesús mío : por los pasos que disteis en la calle de la Amargura con la cruz á cuestas, ten misericordia del alma de (N).

6.° Jesús mío : por tu santísimo rostro, lleno de sangre, que dejaste impreso en el velo de la Verónica, ten misericordia del alma de (N).

7.° Jesús mío : por la vestidura sangrienta que con violencia te desnudaron los sayones, ten misericordia del alma de (N).

8.° Jesús mío : por tu santísimo cuerpo estirado en la cruz y miembros atormentados, ten misericordia del alma de (N).

9.° Jesús mío : por tus santísimos pies y manos clavadas con duros clavos, ten misericordia del alma de (N).

10.° Jesús mío : por tu santísimo costado abierto al golpe de una lanza, de donde manó sangre y agua, ten misericordia del alma de (N).

OFRECIMIENTO.

Señor mío Jesucristo, Criador y Redentor mío, único remedio de las almas del Purgatorio, pues vuestro amor os hizo venir á dar la vida por redimirnos, porque gozásemos de vuestra gloria: humildemente os ofrezco estas oraciones y súplicas, unidas con vuestros méritos, por modo de sufragio, para que os sirváis sacar del Purgatorio el alma de (N) y es mi voluntad ofrecerlo tantas veces, cuantas bastaren para satisfaceros, hasta quedar libres del Purgatorio. Y si no ha menester, lo ofrezco por aquellas que allí estuvieren, y que fueren de mayor agrado y gloria de vuestra divina Majestad, y de mi obligación, ya que por sus pecados justamente están afligidas, sean por vuestra misericordia perdonadas, pues vale más vuestra preciosa Sangre que sus culpas, puedan más vuestros méritos que sus penas. Y á Vos, Sacratísima Madre de Dios, os pido como á Madre, abogada y esperanza nuestra, intercedáis por estas almas y hagáis que se vea lograda vuestra intercesión, para honra y gloria vuestra; y á vosotras, benditas almas, os encomiendo roguéis á Dios, me dé perseverancia en este santo ejercicio. Amén.

DOMINGO.

Ofrece los afanes, tormentos, angustias y dolores que sufrió el Señor en el Huerto, diciendo:

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, uno por uno todos los tormentos de vuestra pasión santísima, la muerte penosísima de cruz y la preciosa Sangre que derramasteis por la salvación eterna de nuestras almas. *Alabado seáis mi Dios.* (Esto se dice en todos los ofrecimientos).

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquellos grandes pasmos y terrores, que asaltaron vuestro angustiado corazón en el Huerto. Porque presentándose al vivo de la imaginación todos los martirios que al día siguiente habíais de padecer, os comprimisteis en el cuerpo y en el alma de un mortalísimo pavor.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquella tan fiera tristeza que os ocasionó el horror de la muerte, que os amenazaba, faltándoos muy poco para expirar de dolor, como lo expresasteis á vuestros amados discípulos con aquellas palabras: *Triste está mi alma hasta la muerte.* Esto es, afligida con tristezas mortales.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquel acto

humilde y devoto, con que en las graves angustias, queriendo orar á vuestro Eterno Padre, os pusisteis de rodillas postrado sobre la tierra por reverencia del Padre, y por las mortales ansias y congojas que oprimían vuestro purísimo y santísimo Corazón.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquella oración resignada con que pedisteis á vuestro Eterno Padre, que si era posible os dispensase al amargo cáliz de vuestra muerte, y conformando vuestra humana voluntad con la divina, dijisteis: *Cúmplase vuestra voluntad y no la mía.*

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquella ardiente caridad con que visitasteis á vuestros amados discípulos, estando anegado en un mar de angustias, exhortándolos á la vigilancia y la oración para que de la tentación no fuesen vencidos.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquella confortación misteriosa que os hizo el Angel, hallándose vuestra alma santísima llena de tantas congojas y dolores que bastaban á quitaros la vida.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquel gran conflicto que os puso en mortales agonías, explicando vuestra inmensa aflic-

ción con aquellas palabras: *el espíritu está pronto pero la carne lo resiste.*

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquella firme perseverancia en la oración, estando en el colmo de vuestras aflicciones, agonizando en mortales angustias, por el remedio y salvación eterna de los pecadores.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquella sagrada y preciosa sangre que á fuerza del interno dolor sudasteis en tanta abundancia, que corrió hasta la tierra.

ORACIÓN

para cada día después de los ofrecimientos, y para ganar las indulgencias concedidas para cada uno de ellos.

Dios eterno, por tu inmensa clemencia, en nombre de tu Hijo Jesucristo, y por los méritos de su Pasión Santísima, te suplico, concedas eterno descanso á las afligidas almas que están detenidas en las acerbísimas penas del Purgatorio, para que cuanto antes gocen de la bienaventuranza eterna como lo desean. También te pido humildemente, Dios mío, en nombre del mismo Jesucristo, Hijo tuyo y Redentor del mundo, que perdonéis los pecados que yo y todos los vivientes hemos cometido, que á todos nos deis verdadero arrepentimien-

to para enmendarnos y observar vuestra divina Ley, con auxilios de gracia á aquellos que necesitamos para mejor serviros en esta vida. A alabaros en la eterna gloria que esperamos por tu infinita misericordia. Amén.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Señor, pecamos, de que nos pesa, tened misericordia de nuestras almas; y descansen en paz las del Purgatorio: manténgase, y tenga perfecta paz y unión la cristiandad toda: extírpense todas las herejías y conviértanse á nuestra santa Iglesia Católica, apostólica, romana, cuyas necesidades sean socorridas superabundantemente y todo sea en honra y gloria de la Sma. Trinidad.

℣. Oí una voz del Cielo que decía:

℟. Bienaventurados aquellos que en gracia de Dios acaban.

ORACIÓN.

¡ Oh Dios Criador y Redentor de todos los fieles! conceded á las almas de tus siervos y de tus siervas, la remisión de todos sus pecados, para que consigan por las piadosas oraciones de la Iglesia, la indulgencia y el perdón que siempre desearon. Por nuestro Señor Jesucristo. Amén.

LUNES

Ofrece las penas y tormentos que padeció el Señor, desde que fué preso hasta que lo presentaron al Pontífice Anás.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquella prontitud de ánimo que mostrasteis para morir, cuando levantándoos de la oración, bañado del sudor de sangre, salisteis á encontrar á vuestros enemigos, diciendo: *Que vos erais aquel á quien ellos buscaban.*

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, el gran dolor que sentisteis por la gravísima culpa de la traición de Judas vendiéndoos á los judíos por treinta dineros, con el fingido ósculo de paz, entregándoos en manos de sus enemigos; dolor tan agudo y sensible, que es uno de los mayores que atravesaron vuestro piadosísimo corazón.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquellos actos de heroica piedad, con que disteis lugar á vuestros crueles enemigos para que se levantasen de la tierra, y curasteis la oreja que vuestro discípulo había cortado, con celo de vuestra defensa, al indigno siervo del Pontífice que os venía á aprehender.

Yo os efrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquella graví-

sima tribulación que padecisteis cuando fuisteis atacado por tanto número de soldados que os aprehendieron y ataron con inhumana crueldad que es imposible comprenderlo con humano discurso.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquella admirable paciencia con qué sufristeis tantos golpes, oprobios y baldones, hasta arrancaros los cabellos de vuestra sacrosanta cabeza, estando Vos como cordero humildísimo sin responder palabra alguna.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquellos actos internos que en medio de las opresiones hacías en amor de Dios, de tolerancia y resignación, ofreciendo siempre al Eterno Padre, todos aquellos malos tratamientos que os hacían, en satisfacción de nuestros pecados.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquel vivísimo dolor que os atravesó el Corazón, cuando en medio de tales tribulaciones os hallasteis solo, y abandonado de vuestros más caros amigos, los cuales cuando os vieron preso y atado, huyeron todos.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquellas aflicciones y dolores que sufristeis desde el

Huerto hasta la casa de Anás, por tantos golpes que os daban, y las blasfemias que os decían los verdugos, haciéndoos caminar con tanta prisa y desprecio por fuera y dentro de la ciudad.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquel acto de humildad y mansedumdre, cuando delante del Pontífice Anás estuvisteis con las manos atadas en forma de reo; oyendo los cargos que os hacían, y las falsas acusaciones que daban contra Vos, como si fueras el hombre más facineroso y más malo del mundo.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquella cruelísima bofetada que os dió aquel hombre vilísimo con tan infernal furia, que os desfiguró la mejilla, y la indecible paciencia y mansedumbre con que hablasteis á aquel indigno pontífice.

Oración : Dios eterno, etc., y lo demás como el Domingo, página 517.

MARTES

Ofrece los tormentos que el Señor padeció en la noche de su Pasión en la casade Caifás.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquel grande ultraje con que fuiste llevado y puesto en la presencia del Pontífice Caifás, quien os recibió con una infernal indignación, hecho blanco de sus iras y de

los ministros y soldados que estaban con él.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, las acusaciones ridículas y falsos testimonios que os levantaron aquellos hombres vilísimos, no habiéndose verificado cosa alguna contra vuestra inocencia.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquel admirable silencio vuestro, no respondiendo ni una palabra para defenderos de tantas falsedades, injurias y calumnias como os imponían, dejándonos con eso admirable ejemplo para seguiros en nuestras adversidades.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquel torpe y escandaloso conjuro, que os hizo el soberbio Caifás para que respondieses si eras Hijo de Dios; á quien con profundísima humildad por reverencia del Padre, respondisteis : *Que sí y que con gran majestad vendrías á juzgar al mundo.*

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquella injuriosa afrenta que os hicieron aquellos ministros infernales, después de haber oído vuestra respuesta y debiendo postrarse y adoraros como á verdadero Dios, os publicaron por blasfemo y hombre merecedor de una afrentosa muerte.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquel rabioso furor con que los pérfidos judíos os envistieron después que concedisteis ser Hijo de Dios vivo, hirieron con crueles bofetadas vuestro divino rostro y maltratando tu cuerpo santísimo con fieros golpes, llevando con tanta mansedumbre estas afrentas horribles que no se oyó la menor queja.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquel oprobio vilísimo de escupiros en vuestro soberano rostro con tantas y tan hediondas salivas, que no se hallan palabras para explicar tan gran desprecio.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquella injuriosa burla y mofa con que os trataron los pérfidos judíos, cuando os vendaron los ojos con un paño sucio, y dándoos muchos golpes decían : *profetiza y adivina quién te ha dado.*

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, las tres negaciones ingratas de vuestro apóstol San Pedro, y la grande compasión que de él tuvisteis cuando con tanta piedad le mirasteis, se volvió en sí, se dolió y comenzó á llorar amargamente su pecado.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, todas aque-

llas penas y ultrajes que padecisteis en toda aquella tristísima y funesta noche, habiendo quedado al arbitrio de vuestros enemigos y de gente vilísima, para ser atormentado á su voluntad no cesando de afligiros con todos aquellos géneros de tormentos, afrentas y desprecios que hicieron con su diabólica crueldad.

MIÉRCOLES.

Ofrece los tormentos y desprecios que el Señor padeció en casa de Pilato y Herodes, hasta el grande tormento de los cruelísimos azotes.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquellas tres falsas acusaciones que los judíos dieron contra Vos á Pilato, esto es, que engañabais á los pueblos, que mandabais no se pagase el tributo al César, y que os hacías rey de los judíos.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquella grande humildad con que os dejasteis llevar atado por las calles públicas de Jerusalén; y presentaros como á malhechor al rey Herodes, quien hizo burla y escarnio de vuestra inocencia y grandeza divina.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquel vilísimo desprecio con que os trató aquel soberbio rey cuando mandó poneros la vestidura blanca, como á un loco, y sacarosd-

lante de los príncipes, de los escribas y fariseos y de un concurso muy grande.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquellos gravísimos escarnios que sufristeis de todo el pueblo cuando por las calles de Jerusalén os llevaban con vestidura blanca, y os llenaban de injurias y baldones.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquellas horribles voces de los impíos judíos, cuando decían : *crucifícalo, crucifícalo, muera, muera;* y daban por libre á Barrabás, hiriendo con tan cruel sentencia vuestro purísimo Corazón y el de vuestra santísima Madre.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquellos pasos que disteis á la columna, donde habíais de ser azotado, y aquella grandeza de amor y de humildad con que os ofrecisteis á tan cruelísimo tormento.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquel gran rubor y vergüenza que tuvisteis cuando os desnudaron para el tormento, y así mismo aquellos vivísimos dolores que os causaron las ligaduras de los brazos y las manos, que fueron de especial y fuerte mortificación.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, uno por uno

todos aquellos fuertes azotes que dieron á vuestro sacratísimo cuerpo aquellos verdugos infernales, rompiendo vuestra carne santísima, y derramando con grande copia vuestra preciosísima sangre.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquel imponderable dolor que tuvo vuestra Madre Santísima por este tormento, pues cuantos golpes dieron en vuestro delicadísimo cuerpo, tantos puñales atravesaron sus purísimas entrañas.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquellos horribles dolores que os causaron por todas las partes de vuestro cuerpo santísimo los crueles azotes, y las llagas que hicieron con más de cinco mil golpes, y aquel desmayo tan grande que al último tuvisteis por el intenso dolor y falta de sangre, cayendo en tierra como difunto.

JUEVES.

Ofrece el acerbísimo tormento de la corona de espinas.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquellos pasos dolorosos que disteis cuando os llevaban al puesto y lugar de la coronación de espinas, todo lleno de heridas y llagas que destilaban vuestra sangre preciosísima, después de la áspera y cruel flagelación.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquel vivo dolor que sentisteis cuando os desnudaron segunda vez; renovando las llagas de los azotes al despegar la túnica de vuestro santísimo Cuerpo con una crueldad inhumana. . . . .

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquella indigna mofa y escarnio con que os trataron los soldados, cuando como á rey de burlas, os vistieron la púrpura irrisoria y os dieron por cetro una caña, por corona una de espinas, y por trono una piedra desnuda.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquella rigurosa crueldad con que los soldados pusieron sobre vuestra santísima cabeza una tirana corona, apretándola con fieros golpes para que penetrasen las espinas con intenso dolor, el que se deja á la piadosa consideración.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquella sangre preciosa que salió de vuestra divina cabeza corriendo hasta la tierra, estando Vos con humildad profundísima sujeto á esos cruelísimos tiranos, ofreciendo al Eterno Padre por nuestra salvación eterna tan atroz tormento.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesus, por

las almas del Purgatorio, aquellos afrentosos golpes que os dieron sobre la corona de espinas, con la misma caña que os pusieron por cetro, para que penetrasen más sus puntas, y fuesen más profundas las heridas.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquellos oprobios, injurias y baldones que os hicieron los soldados, cuando puestos de rodillas os dieron tantas bofetadas saludándoos ignominiosamente con aquellas irrisorias palabras : *Dios te salve, Rey de los judíos*, como si fueseis rey de burlas.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquella grande afrenta, cuando con sucias y hediondas salivas mancharon los soldados insolentes vuestro divino rostro, con tanta copia que os desfiguraron del todo.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquella virginal y sagrada erubescencia que sentisteis cuando en aquella lamentable forma, casi desnudo, os mostró Pilato al numeroso pueblo, diciendo: *Hecce homo*.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquel grito diabólico del pueblo judaico, cuando clamó diciendo: *crucifícalo, crucifícalo:* llenando de pavor y espanto mortal á

vuestro purísimo Corazón con sangrienta muerte á que os condenaban.

VIERNES.

Ofrece lo que padeció Nuestro Señor con el grande peso de la cruz, hasta ser en ella crucificado.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquella grande fatiga de llevar la cruz tan pesada, que os hizo una gran llaga en el hombro, sobre las muchas que teníais en vuestro santísimo cuerpo.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquellas congojas que tuvisteis, y os ocasionaron los soldados en el camino del Calvario, tirando cruelmente de la soga, y los desprecios que os hicieron con las injurias, baldones y blasfemias del ingrato pueblo; y con tantos malos tratamientos como si fuerais el más mal hombre del mundo que llevaban al suplicio.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquellas tres veces principales que caísteis con el grave peso de la cruz como debilitado y sin fuerzas, y así mismo os ofrezco, aquella grande impiedad con que os levantaron del suelo, tirando de las sogas con que os llevaban atado.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por

las almas del Purgatorio, aquel sumo desprecio con que fuisteis sacado de la ciudad, cargado con la cruz, atado, escarnecido y vituperado de todo el pueblo, y acompañado de unos ladrones, como el más facineroso del mundo.

Yo os afrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquella pena y dolor con que vuestra Madre Santísima os iba buscando por las calles de Jerusalén, y habiéndoos hallado, la apartaron luego de vuestra presencia haciéndoos caminar aprisa al Monte Calvario.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquella grande flaqueza y desmayo que sentisteis, y no pudiendo por él cargar el grave peso de la cruz, os dieron al Cirineo para que os la ayudase á llevar hasta el Calvario.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquella bebida amarga de hiel y vinagre que os dieron en el Monte Calvario y gustándola, llenasteis de amargura vuestra santísima boca.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquel intenso dolor que sentisteis cuando con tanta impiedad os arrancaron y quitaron la túnica de vuestro santísimo cuerpo, y renovaron todas las heridas arrojando

por todas mucha copia de sangre, y en especial de la cabeza, por haberse movido la corona de espinas.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquellos mortales dolores que sentisteis en las manos y en los pies, cuando os clavaron en la cruz; y así mismo los dolores de vuestra Santísima Madre, cuando veía poner los clavos y sentía los golpes.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquella oferta sacrosanta, que Vos mismo hicisteis al Eterno Padre en el altar de la santísima cruz, para redimir al hombre y abrirnos las puertas del Cielo.

SÁBADO.

Ofrece lo que padeció Ntro. Señor en la cruz, mientras en ella estuvo vivo y pendiente.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquella suma de todos los grandes dolores, que en vuestro divino cuerpo padecisteis, desde los pies á la cabeza, sin haber parte que no padeciese y fuese atormentado con pena vehementísima.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquellas tres horas que estuvisteis vivo pendiente en la cruz, con aquellos sumos dolores de las manos, pies y cabeza, por las heridas de los clavos y las espinas.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquellos terribles dolores que os ocasionaban las principales llagas de vuestro divino cuerpo; como la del hombro, de la espalda, de las rodillas, de los pies, y de algunos huesos fuera de sus lugares.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquellos dolores mortales que atormentaban vuestro piadosísimo corazón, singularmente viendo á vuestra Santísima Madre al pie de la cruz, al amado discípulo, y á la penitente y amorosa Magdalena.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquellas palabras injuriosas que os gritaban los judíos ingratos, estando clavado en el madero santo de la cruz.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquellas fervientes lágrimas con que estando en la cruz, rogabais al Eterno Padre, que perdonase á vuestros enemigos.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del purgatorio, aquella sed ardientísima que atormentaba las entrañas, cuando exclamasteis diciendo: *Tengo sed*, y os dieron á beber con una esponja aquel vinagre amarguísimo.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquel doloro-

so clamor que disteis viéndoos desamparado del Padre, de los amigos y discípulos amados, explicando vuestro intenso dolor con aquellas misteriosas palabras: *¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿por qué me has desamparado?*

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, la amorosa queja que disteis á vuestro Eterno Padre, fundada en que no os enviaba algún consuelo y alivio, para con los tormentos y penas que padecías no os la acabasen de quitar, por el ardiente amor y deseo que teníais de estar más tiempo en el sagrado leño de la cruz, en servicio de vuestro Padre y provecho de los hombres.

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, aquel sumo y último dolor que sentisteis al separarse vuestra alma santísima del cuerpo, encomendando el espíritu en las manos del Eterno Padre, con aquellas voces: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*

Yo os ofrezco, dulcísimo Jesús, por las almas del Purgatorio, todos los dolores, angustias y trabajos que padeció vuestra Madre Santísima al pie de la cruz, en soledad; en la herida del costado, y en vuestro entierro, hasta que os vió resucitado.

ORACIONES DEVOTAS
DE SAN GREGORIO PAPA.

INDULGENCIAS.

El papa Inocencio VII, concedió á los que ezaren de rodillas las nueve oraciones siguienes, con el Padre Nuestro y Ave María, deante de la sagrada imagen de Nuestro Señor Jesucristo crucificado, por cada vez, catorce cuentos, ciento ochenta y cinco mil ciento cuarenta años de perdón; y los viernes, veintiocho cuentos, trescientos noventa mil cuatrocientos noventa y seis años de perdón, y el viernes santo ocho indulgencias plenarias. Y los que no saben leer, rezando siete veces el Padre Nuestro, ganan lo mismo. Es indulgencia perpetua y vale por todo el mundo.

OFRECIMIENTO.

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Criador y Redentor mío, por estos tan penosos pasos de vuestra pasión que por mí pasasteis, os ruego que sea digno de ofrecerlos á vuestro Eterno Padre, con todos los dolores, afrentas, trabajos y desconsuelos, porque vuestros méritos sean satisfacción de las penas que mis pecados merecen; y justamente os ruego me otorguéis las indulgencias que á las estaciones de Viacrucis están concedidas por los pontífices, para remisión de mis pecados; y la parte que fuere de vuestra voluntad, os la ofrezco á Vos mismo, pues gusta

de ello, por las almas del Purgatorio, para que en ellas vea logrado el fruto de haber venido á redimirlas. Yo os suplico, Señor, sean con aquellas que más fueren de mi obligación, como N. N... ó á quienes más se lo deba de justicia ó caridad, por haberme hecho algún beneficio en criarme, enseñarme y socorrerme. Y por no parecerme mucho la que os pido, respecto de vuestros méritos de infinito valor, os pido me deis perseverancia en este santo ejercicio, para que por agradecido me deis vuestra gloria.

ORACIÓN PRIMERA.

¡Oh Señor mío Jesucristo! Yo te adoro pendiente de la cruz, puesta la corona de espinas en tu santísima cabeza; ruégote, Señor, por tu santa cruz, me libres del ángel malo. Amén.

Padre Nuestro y Ave María.

ORACIÓN SEGUNDA.

¡Oh Señor mío Jesucristo! Yo te adoro en la cruz, alanceado y abrevado con hiel y vinagre: ruégote, Señor, que la lanzada de tu santísimo costado, sea para remedio de mi alma. Amén.

Padre Nuestro, etc.

ORACIÓN TERCERA.

¡Oh Señor mío Jesucristo! Por aquella amargura que por mí, mísero peca-

dor, recibisteis en la cruz mayormente cuando tu alma santísima salió de tu bendito cuerpo: ruégote, Señor, tengas misericordia de mi alma cuando saliere de mi cuerpo, la perdonéis y encaminéis á la vida eterna. Amén.

Padre Nuestro, etc.

ORACIÓN CUARTA.

¡Oh Señor mío Jesucristo! Yo te adoro depositado en el santo Sepulcro, y ungido con mirra y otros olores : ruégote, Señor, que tu muerte sea el remedio de mi alma. Amén.

Padre Nuestro, etc.

ORACIÓN QUINTA.

¡Oh Señor mío Jesucristo! Yo te adoro, considerando aquel tiempo en el cual descendisteis al Limbo y de allí sacaste y pusiste en libertad en los cielos á los que allí estaban cautivos : ruégote, Señor, tengas misericordia de mí. Amén.

Padre Nuestro, etc.

ORACIÓN SEXTA.

¡Oh Señor mío Jesucristo! Yo te adoro por tu santa resurrección de entre los muertos y Ascensión á los Cielos : ruégote, Señor, que yo te pueda seguir : y mi alma pueda ser presentada en los Cielos delante de tu divina Majestad. Amén.

Padre Nuestro, etc.

ORACIÓN SÉPTIMA.

¡Oh Señor mío Jesucristo! ¡Padre bueno! Ten misericordia de mí, conserva y guarda á todos los fieles cristianos, y acuérdate de mí, triste y mísero pecador, Amén.

Padre Nuestro, etc.

ORACIÓN OCTAVA.

¡Oh Señor mío Jesucristo! Yo te adoro complacido, que el día del juicio vendrás á juzgar vivos y muertos, á los buenos darás gloria, y á los malos condenación eterna: ruégote, Señor, por tu santa pasión, nos libres de las penas del infierno, nos perdones y lleves á la vida eterna. Amén.

Padre Nuestro, etc.

ORACIÓN NONA.

¡Oh Señor y Padre amantísimo! Yo te ofrezco la inocente muerte de tu Hijo, y el amor tan firme de corazón; por toda la pena que yo, mísero pecador, merezco, y todos los pecadores, por aquellos gravísimos y enormes pecados míos, y de todos mis carísimos amigos, vivos y difuntos; ruégote, Señor, tengas misericordia de nosotros. Amén.

Padre Nuestro, etc.

ORACIÓN

que rezaba San Agustín, la cual si alguno dijere de rodillas, ganará ochenta mil años de indulgencias y remisión de sus pecados, y si confesado perseverare en rezarla cuarenta días continuos, gozará de una indulgencia plenaria concedida por la santidad de Urbano XIII, y confirmada por Benedicto XIII.

Dios, que por la redención del mundo quisisteis nacer y ser circuncidado, de los judíos reprobado, con ósculo de paz por el traidor Judas entregado, con sogas atado, como inocente cordero á la víctima llevado, delante de Anás, Caifás, Pilato y Herodes ignominiosamente presentado, por falsos testigos acusado, con oprobios y azotes maltratado, con salivas escupido, con espinas coronado, con bofetadas ultrajado, con una caña herido, en los ojos vendado, de tus vestiduras despojado, en la cruz levantado, entre ladrones colocado, con hiel y vinagre amargado, con lanza herido : Señor, por estas santísimas penas tuyas, de que yo indigno hago memoria, y por tu santísima muerte, líbrame de las penas del infierno; y llévame donde llevaste al buen ladrón, crucificado contigo. Que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. — Amén.

La Santidad de Benedicto XIII concedió ochenta mil años de indulgencia, á los que dijeren la siguiente

ORACIÓN.

Señor mío Jesucristo, Padre dulcísimo, por el gozo que tuvo vuestra querida Madre, cuando te le apareciste la sagrada noche de la Resurrección, y por el gozo que tuvo cuando te vió lleno de gloria con la luz de la divinidad; te pido, que me alumbres con los dones del Espíritu Santo, para que pueda cumplir tu voluntad todos los días de mi vida, pues vives y reinas por los siglos de los siglos. — Amén.

—

ORACIÓN.

Dios que nos dejasteis las señales de tu pasión, etc.

El Papa León X, concedió á quien rezare un Padre Nuestro y dijere tres veces Jesús, ganar tres mil años de indulgencia. Esta se gana una vez al día, porque dice la concesión « semel indie. »

El Papa Paulo V concedió á todos los cristianos que confesados y comulgados dijeren : Alabado sea el Santísimo Sacramento, por cada vez que lo dijeren, indulgencia plenaria, y por las cinco veces primeras pueden sacar cinco almas del purgatorio.

Así mismo concede, que todos aquellos que dijeren : Alabado sea el Santísimo Sacramento, y los que oyendo alabar lo reverenciaren, ganan cien días de perdón.

El Papa León X, concedió al Sacerdote que después de haber celebrado, dijere el cántico del Magnificat, sacar una alma del purgatorio.

El Ilustrísimo y Reverendísimo señor don Fr. Tomás del Valle, Obispo de Cádiz, concedió cuarenta días de indulgencia á todas las personas que se dedicaren á la lección de cada una de las oraciones que contiene este devocionario meditando la Sagrada Pasión de Ntro. Señor Jesucristo, á sufragio y descanso de las benditas almas del Purgatorio, pidiendo al mismo tiempo por la exaltación de Nuestra santa fe católica, paz entre los príncipes cristianos y necesidades de la Iglesia.

El Ilustrísimo señor don Diego Parada, Arzobispo de Lima, concedió ochenta días de indulgencia á todas las personas que pública ó privadamente se dedicaren á la lección de las oraciones contenidas en este devocionario.

Los señores Arzobispo y Obispos congregados en la ciudad de la Plata, para celebrar el Concilio provincial, concedieron doscientos cuarenta días de indulgencia á todas las personas que rezaren diariamente el día que corresponde á este ofrecimiento de la sagrada pasión de Nuestro Redentor Jesucristo, por las almas del Purgatorio.

Así mismo concedieron otros tantos días á los que rezaren tres Padre Nuestros en memoria de la sagrada llaga que tuvo en la espalda sobre que cargaba la santa cruz, y rezaren la siguiente

ORACIÓN.

¡Oh amantísimo Señor mío! Yo te adoro y glorifico de lo íntimo de mi corazón, y te doy gracias por aquella tan dolorosa llaga que padecisteis en tu sagrada espalda, suplicándote humildemente, que por aquel duro peso de la santa cruz que sobre ella cargasteis,

tengáis misericordia de mi alma y la asistais con tu santa gracia en el camino de la bienaventuranza. Amén.

Revelación hecha á San Bernardo.

Estando el Santo en oración preguntó al Señor, cuál había sido el mayor dolor interior que su Majestad había padecido en el discurso de su pasión, y le respondió : que tuvo una llaga en la espalda sobre que cargó la santa cruz, de tres dedos de profundidad en que se descubrían tres huesos, la cual era ignorada de los hombres, y que le sería de gran servicio de allí en adelante el que la tuviera presente, ofreciéndole muchos favores, y á pedimento del santo concedió Eugenio III á quien dijese tres veces el Padre Nuestro y Ave María en memoria de los tres huesos que se descubrían en la sagrada llaga, tres mil años de indulgencia.

El Papa Juan XXII, concedió á todas las personas que rezaren la siguiente, en cualquier Iglesia ó cementerio, tantos días de perdón. cuantos difuntos estuviesen allí enterrados.

ORACIÓN.

Fieles almas cristianas, déos á todas descanso Aquel que en verdadera holganza, Jesucristo, Hijo de Dios vivo, el cual nació de la inmaculada Virgen Santa María por nuestra salud y de todo el mundo, y os redimió con su preciosa sangre, él os dé su bendición, libre y resucite el día santo de la resurrección y del juicio final, haciéndoos de la com-

pañía de los santos ángeles, y suya, con gozo para siempre. Amén.

Padre nuestro y Ave María.

Rogámoste y pedímoste omnipotente Dios nuestro, que ya por nuestros pecados justamente merecemos castigo, por la gloria de tu santísimo nombre seamos libres de todas nuestras culpas y maldades. Que vives y reinas en todos los siglos. Amén.

El original de esta oración está en San Juan de Letrán en Roma, donde dice que es de las más grandes indulgencias que hay dentro y fuera de sus muros en las que se han concedido desde San Pedro hasta ahora.

ORACIÓN.

Dios por su bondad encienda en todos el fuego de su amor, para servir y hacerle bien sin cesar á aquellas amadas esposas suyas, que tanto importa para conveniencias espirituales y corporales. Amén.

Dice el venerable Beda, que es indigno de que se ofrezcan sufragios después de muerto por el que viviendo no supo ofrecerlos por los difuntos. De este descuido nace, dice San Crisóstomo, haber en el Purgatorio, almas desamparadas, que no tienen quien les ofrezca sufragios, porque quiere Dios con eso castigarlas, que así como cuando estaban en la vida se descuidaron de los muertos, así después de haberla dejado se descuiden de ella los vivos. Cristiano, ya que no te mueven las imponderables y acerbas penas que padecen las

afligidas almas, muévete para aliviarlas la humildad, suspiros y lágrimas con que piden tus sufragios: mira que son agradecidas con los que las socorren, porque las virtudes están en ellas con gran perfección, y así no pueden incurrir en ingratitud, olvidando los beneficios recibidos; por lo cual es sin duda que favorecen á sus devotos, en vida, en muerte y después de muertos, que es todo lo que puedes desear.

ADORACIÓN
á las cinco llagas de Ntro. Sr. Jesucristo

Á la Llaga de la mano derecha.

Adoro, Jesús mío, y doy un amoroso ósculo á la llaga de tu mano derecha, y por ella te suplico me eches una eterna bendición, para que con ella me vaya á tu gloria. Pídote, que me des la mano de una amistad inseparable.

Padre Nuestro, Ave María, Gloria.

Á la Llaga de la mano izquierda.

Adoro y beso la llaga de tu mano izquierda, y por ella afectuosamente pido á tu piedad, que me concedáis la gracia final, para que en el día del juicio universal, no me toque la suerte de estar á tu mano izquierda. Pídote para este efecto, que siempre me tengas de tu mano. *Padre Nuestro, etc.*

Á la Llaga del pie derecho.

Adoro, postrado á tus pies y beso la llaga del pie derecho, y sobre ella te su-

plico que entre yo con buen pie en todas las acciones de tu servicio, y que todos mis pasos se enderecen á tu agrado, y me lleven derecho á pretender tu mayor honra y gloria. *Padre Ntro., etc.*

Á la Llaga del pie izquierdo.

Adoro y humildemente beso la llaga de tu pie izquierdo, y por ella te ruego me des gracia para pisar y menospreciar las vanidades del mundo, y no andar por él en malos pasos.

Padre Nuestro, etc.

Á la Llaga del costado.

Adoro con profunda reverencia, y beso la llaga de tu santísimo costado, y porque te la abrieron después de muerto, te suplico por ella, que después de mi muerte muestres para conmigo tu misericordioso corazón, abriéndome las puertas del Cielo y entrándome por ellas. Amén.

Padre Nuestro, etc.

ORACIÓN

Vedme aquí ¡oh mi amado buen Jesús! que postrado en vuestra santísima presencia, os ruego con el más ardiente fervor, que imprimáis en mi corazón, sentimientos de fe, esperanza y caridad, de dolor de mis pecados y de propósito de nunca más ofenderos, entretanto que yo lleno de amor y compasión, voy considerando vuestra cin-

co llagas, comenzando con aquellas palabras, que de vos dijo, oh Dios mio, el santo profeta David: *Taladraron mis manos y mis piés y estiraron tan violentamente mi cuerpo, que se pudieron contar todos mis huesos.*

INDULGENCIAS.

Todo el que habiendo confesado y comulgado, rezare devotamente delante de la imagen de Jesús Crucificado, la oración anterior, y rogare por las necesidades de la Iglesia, gana indulgencia plenaria y saca alma del Purgatorio. Clemente VII, Benedicto XIV, Pío VII y León XII.

EJERCICIO
DEL SANTO VIACRUCIS

INTRODUCCIÓN.

Si todas las oraciones deben hacerse con atención, ¿cuál merece el ejercicio del camino de la Cruz en el cual, recordando los sufrimientos del Hijo de Dios, vamos siguiendo paso á paso tras de sus huellas sangrientas desde el Pretorio de Pilato en que fué azotado, preferido á un ladrón, mofado con la púrpura irrisoria y la corona de espinas, hasta la cima del Calvario en donde consumó el

sacrificio, entre el pasmo de la naturaleza y los insultos de las turbas feroces que aullaban al rededor como fieras sedientas de sangre?

Para andar, pues, este camino con provecho y con la reverencia apeticible, creemos que el que lee debe hacerlo en voz clara y pausada, dando tiempo á que caigan sobre el corazón, por decirlo así, las gotas de sangre que chorrean de la cruz; esto es, permitiendo que el alma se penetre de los graves pensamientos y de las santas inspiraciones que suscitan aquellos dolorosísimos recuerdos.

En la primera estación, en la once, doce, trece, catorce y quince, hay indulgencia plenaria; y en la catorce, que es el Santo Sepulcro, se saca una alma del Purgatorio.

En las Estaciones tercera, cuarta, quinta y sexta, se ganan en cada una siete años y siete cuarentas de indulgencia.

Al empezar la primera Estación dirá: *Adorámoste Cristo y bendecímoste que por tu santa cruz redimiste al mundo*; luego se dice: *Bendita y alabada sea la pasión y muerte de mi Señor Jesucristo;* se reza la oración, y terminada ésta, se dice un Padre Nuestro, Ave María y Gloria Patri. Se levanta para hacer la segunda Estación diciendo: *Pequé, Señor, habed misericordia de mí. Bendita y alabada sea la pasión y muerte de mi*

Señor Jesucristo y los dolores de su Santísima Madre.

(*Esto mismo se repite en cada Estación.*)

OFRECIMIENTO.

Soberano Señor y Dios; yo consagro á tu divina Majestad lo que en este ejercicio, caminando tras las sangrientas huellas de mi Redentor Jesús, meditare ú orare; ofreciéndolo por la intención, fines y motivos que tuvieron los sumos Pontífices al conceder las indulgencias que pretendo ganar; y asi mismo por la remisión de mis pecados y de las penas merecidas por ellos, y por el descanso de las banditas ánimas del Purgatorio, según el orden de caridad y justicia, ó como sea más del agrado de tu Divina Majestad.

Finalmente ruego, Señor, por la exaltación de la fe, la paz y concordia entre los Príncipes cristianos, la extirpación de los herejías, y la conversión de los infieles y pecadores. Amén.

†

PRIMERA ESTACIÓN.

En el Pretorio de Pilato.

Viendo Pilato que nada adelantaba para salvar á Jesús, sino que crecía más y más el alboroto, tomando agua, se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: « Inocente soy yo de la sangre de este justo: allá lo veais vosotros. »

Y respondiendo todo el pueblo, dijo: « Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. »

Entonces Pilato les soltó á Barrabás, que había sido puesto en la cárcel por sedición y homicidio, y después de haber hecho azotar á Jesús lo entregó para que lo crucificaran.

Los soldados llevaron á Jesús al Pretorio, convocaron toda la cohorte, lo vistieron de púrpura, y tejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre su cabeza y una caña en su mano derecha.

Y doblando ante él la rodilla lo escarnecían diciendo: « ¡Dios te salve, Rey de los Judíos! » Y escupiéndole tomaron una caña y le herían en la cabeza; y después de que le escarnecieron, lo desnudaron del manto, le vistieron sus ropas y lo llevaron á crucificar.

(Los Evangelistas).

ORACIÓN.

Alma mía, considera aquí á tu Señor, míralo cómo sale del Pretorio escoltado de verdugos, entre las olas de la turba enfurecida, sin amigo que lo acompañe, sin ser humano que lo compadezca. Coronado va con una corona de espinas; sus manos atadas con ligaduras ignominiosas. ¡Salid, hijas de Jerusalén, y mirad á vuestro Rey con la corona con que lo coronó su madre en el día de sus

desposorios y en el día de la alegría de su corazón!

¡Jesús mío! perdóname, y oye favorablemente mi súplica: yo te prometo amarte con todo mi corazón y siguiendo el ejemplo que me dejaste, sobrellevar con humildad todas las afrentas y deshonras, para que penando como tú en la tierra, goce de tu amor en la Gloria.

✝

SEGUNDA ESTACIÓN.

En el Pretorio de Pilato.

Este es el lugar en donde pusieron en los lastimosos hombros de Jesucristo el pesado madero de la cruz.

ORACIÓN.

Señor mío Jesucristo, que cargaste con resignación la cruz por amor de los pecadores, yo te suplico me des la gracia de abrazar la cruz de la penitencia; que mi corazón no halle consuelo en los caducos bienes de la tierra, y mi descanso sea penar contigo: este es mi anhelo, mi placer y mi gloria. Amén.

✝

TERCERA ESTACIÓN.

En la Vía dolorosa.

El Señor, falto de fuerzas, cayó aquí por primera vez bajo el enorme peso de la cruz.

ORACIÓN.

¡Señor mío Jesucristo! ¡cuánta será la gravedad de nuestras culpas pues ha

inclinado á tierra tu Majestad Omnipotente! Pídote rendidamente, Dios mío! que me des á conocer la enormidad de mis pecados, para que los llore amargamente y merezca tu reconciliación, tu amor y tu Gloria. Amén.

†

CUARTA ESTACIÓN.

En la Vía dolorosa cerca de la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores.

Aquí encontró el Redentor á la Virgen Santísima.

ORACIÓN.

¡Oh Soberana Reina de los Ángeles! ¡dulcísima y tristísima Madre nuestra! ¿cuál sería tu dolor cuando descubriste de repente á tu hijo Santísimo á quien buscabas, entre la muchedumbre del populacho y las cohortes de los soldados, cargado con la cruz de su suplicio? Lo viste y temblaste ¡oh, la más desventurada de todas las madres! Permíteme que te acompañe en tu dolor, y dadme lágrimas de verdadero arrepentimiento de mis pecados para que, reconciliado con mi Señor, pueda entrar en la Gloria. Amén.

†

QUINTA ESTACIÓN.

En la Vía dolorosa.

Y cuando llevaban á Jesús, tomaron

un hombre de Cirene llamado Simón, padre de Alejandro y de Rufo, que venía de una granja; y le cargaron la cruz para que la llevase en pos de Jesús.

(Los Evangelistas).

ORACIÓN.

No te dieron, Señor, el Cirineo para que te ayudase á llevar la cruz por compasión de tus penas, sino temiendo que murieses en el camino. Dame gracia, Señor, para que con recta intención de agradarte practique las obras de virtud, y no con fines torcidos de agradar al mundo; que si te contento en vida tendré el consuelo de morir con la esperanza de contemplarte en la Gloria. Amén.

†

SEXTA ESTACIÓN.

En la Vía dolorosa frente á la casa de la Verónica.

Este es el lugar en que una piadosa mujer enjugó el rostro del Señor en un lienzo.

ORACIÓN.

¡Oh piadosísimo Señor! que cuando caminabas fatigado, cubierto al rostro con el sudor y la sangre que chorreaban de tu cabeza, llegó una piadosa mujer y enjugó tu semblante, llevando en el lienzo impresa tu imagen en premio de su piedad; dame gracia para que lleve

siempre grabada en mi corazón la memoria de tus dolores, de tu amor y de tus beneficios, para que merezca al fin de mi vida ver el resplandor de tu cara en la Gloria. Amén.

✝

SÉPTIMA ESTACIÓN.

Cerca de la puerta judiciaria.

Este es el lugar en que el Señor Jesús cayó segunda vez en tierra.

ORACIÓN.

Señor mío Jesucristo, que te sujetaste como manso cordero en el holocausto á la furia de tus enemigos, que con crueles empellones te derribaron en tierra : concédeme, Señor, la dicha de que merezca recibir los golpes que tú recibiste; que si me persiguen no resista : si me atropellan lo lleve con paciencia, para que satisfaga por mis culpas en esta vida y pueda gozarte en la Gloria. Amén.

✝

OCTAVA ESTACIÓN.

Delante de la puerta judiciaria.

Seguía á Jesús una gran multitud de pueblo de mujeres que lloraban compadeciéndose de él.

Mas Jesús, volviéndose hacia ellas, les dijo : « Hijas de Jerusalén, no lloréis sobre mí, antes bien llorad sobre

vosotras mismas y sobre vuestros hijos; porque vendrán días en que se dirá: «¡Bienaventuradas las estériles y los vientres que no concibieron y los pechos que no dieron de mamar!» Entonces comenzarán á decir á los montes: «¡Caed sobre nosotros!» y á los collados: «¡Cubridnos! porque si con el árbol verde hacen esto, con el seco, qué se hará?»

(San Lucas).

ORACIÓN.

¡Dulcisimo Jesús! te suplico humildemente que no llore yo la pérdida de los bienes temporales, sino sólo el haber perdido tu gracia: ella me asista para llegar á la Gloria. Amén.

†

NONA ESTACIÓN.

En la subida del Calvario.

Contempla, alma, cómo este es el lugar en que tu Señor Jesucristo cayó tercera vez en tierra.

ORACIÓN.

¡Oh amantisimo Jesús! que la tercera vez caíste con la cruz, llegando hasta pegar tu santísimo rostro en la tierra, sin tener quien te ayudase á levantarte!

dame gracia para que, enmendando mi vida, me levante por la penitencia del abismo de las culpas y consiga llegar á la Gloria. Amén.

†

DÉCIMA ESTACIÓN.

En el Calvario.

¡Considera, alma mía! cómo quitan violentamente los verdugos la túnica del Señor, que está pegada á sus espaldas destrozadas, arrancando con ella pedazos de carne viva...

ORACIÓN.

¡Oh modestísimo Jesús! ¡cuánta sería tu vergüenza viéndote desnudo delante de la gente! ¡y cuán grande tu dolor cuando sin piedad te arrancaron las vestiduras pegadas á las lastimosas llagas! Ruégote, Señor de mi corazón, que yo me desnude de las vestiduras de la culpa, y que se renueve en mi corazón el dolor de mis pecados, para que siendo participante de tus penas, llegue por tus méritos á la Gloria. Amén.

†

UNDÉCIMA ESTACIÓN.

En el Calvario.

Y cuando llegaron al Calvario, le crucificaron allí; y con él á dos ladrones,

uno á la derecha y otro á la izquierda. Era la hora de tercia, y pusieron sobre su cabeza el título de su casa, en letras griegas, latinas y hebraicas: JESÚS NAZARENO, RÉY DE LOS JUDÍOS.

Mas Jesús decía: « Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen! »

Y dividiendo sus vestiduras echaron suertes.

Y el pueblo estaba mirando, y los Príncipes de los sacerdotes y los soldados; y lo escarnecían diciendo: « A otros hizo salvos, sálvese á sí mismo. »

Y los que pasaban le blasfemaban moviendo la cabeza.

(Los Evangelistas).

ORACIÓN.

Ya estás, dulcísimo amor mío, en el lecho de tu descanso; ya gozas el lugar de tus delicias. Mas ¡ha! ¡ cuánta es la palidez de tu rostro empañado con los cuajarones de sangre, y cuánta la que gotea de las heridas de los clavos hasta la tierra! ¡ y cómo te escarnecen los Príncipes de los sacerdotes, los Escribas, los soldados y el pueblo! ¡Perdóname, Jesús dulcísimo, perdóname! Yo te prometo amarte con todo mi corazón, y te suplico claves mi alma en la cruz, para penar contigo en la vida y reposar en el seno de tu amor en la Gloria. Amén.

†

DUODÉCIMA ESTACIÓN

En el Calvario.

Estaban junto á la cruz de Jesús su madre y María de Cleofas y María Magdalena y el discípulo á quien amaba.

Y como vió Jesús á su madre y al discípulo, dijo á su madre; « Mujer, ve ahí á tu hijo! » y después dijo al discípulo : « Ve ahí á tu madre! »

Desde la hora de sexta hubo tinieblas sobre la tierra hasta la hora de nona, y entonces clamó Jesús con grande voz diciendo : « ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿ por qué me has desamparado? »

Y corriendo uno, tomó una esponja y la empapó en vinagre, y la puso sobre una caña, y le daba á beber; y Jesús dando una gran voz dijo : « ¡ Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu », y diciendo esto expiró.

Los Evangelistas.

Pueblo mío, ¿qué te he hecho yo, ó en qué te he contristado? respóndeme.

Porque te saqué de la tierra de Egipto, guiándote cuarenta años por el Desierto y alimentándote con el maná; porque te introduje á una tierra muy buena, ¿preparaste una cruz á tu Salvador?

Sanctus Deus, Sanctus Fortis,
Sanctus Inmortalis!
Miserere nobis!

Pueblo mío, ¿ qué más debí hacer por ti que no haya hecho ? Te planté como una viña hermosísima, y tú la has hecho muy amarga. Descargué mi azote sobre Egipto y sus primogénitos, y tú, después de azotarme, me entregaste á la muerte ; dividí el Mar Rojo delante de ti, y tú con una lanza abriste mi costado : te alimenté con el maná en el Desierto, te dí á beber del agua que saqué de la roca y del vino milagroso de Caná, y tú me diste á beber hiel y vinagre.

Sanctus Deus, Sanctus Fortis,
Sanctus Inmortalis !
Miserere nobis !

Te dí un cetro real, y tú pusiste sobre mi cabeza una corona de espinas; curé tus ciegos, tus paralíticos y tus leprosos, y tú me has cubierto de llagas; te dí á comer el pan en el Desierto, y tú me abofeteaste, me escupiste, me baldonaste, me azotaste y abriste mi costado con una lanza.

Sanctus Deus, Sanctus Fortis,
Sanctus Inmortalis !
Miserere nobis !

✝

DÉCIMA TERCIA ESTACIÓN.

En el Calvario.

Para que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado, porque era la Parasce-

ve, rogaron los judíos á Pilato que les quebrasen las piernas y que los quitaran.

Vinieron, pues, los soldados y quebraron las piernas al primero y al otro, mas cuando vinieron á Jesús, viéndole ya muerto, no le quebraron las piernas: pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y salió luego sangre y agua.

Después de esto, José de Arimatea, varón bueno y justo, que era discípulo de Jesús, aunque oculto por miedo de los judíos, rogó á Pilato que le permitiese quitar el cuerpo de Jesús, y Pilato se lo permitió.

ORACIÓN.

Recibid, Señor, en tus brazos el cuerpo despedazado de tu Hijo y mi Redentor: lava con tus ardientes lágrimas la sangre que cubre su cárdeno semblante. ¡Oh! ¡cuán diferente está, Madre Santísima, del que era el más hermoso entre los hijos de los hombres! Ve sus sienes traspasadas por las espinas, sus hombros llagados con el peso de la cruz, su cuerpo cubierto de cardenales, su costado abierto con lanza...

Oye, Señora, favorablemente mi súplica, y consígueme el perdón de mis pecados por los méritos de su pasión y muerte y los dolores en tu afligido corazón. Amén.

ORACIÓN.

¡Oh Jesús humildísimo! por la mansedumbre con que os dejasteis despojar de vuestras vestiduras, dadnos docilidad para obedeceros, gracia para despojarnos de nuestra soberbia y amor propio; perdonad nuestros pecados y libradnos de los castigos que hemos merecido por nuestras resistencias á vuestra santísima voluntad, y por nuestras reiteradas ingratitudes.

Tercera.

Contemplemos cómo el Dios de toda santidad, al verse despojar de sus vestiduras, gemiría interiormente por su desnudez. ¡Ah! si en aquel momento levantó sus bellísimos ojos al Cielo, humedecidos con sus lágrimas, fué para ofrecer al Padre celestial la vergüenza, la afrenta y la confusión de tan terrible tormento, en satisfacción de las vanidades, de las inmodestias, de las desnudeces é impurezas de los hombres.

Recojámonos por unos momentos dentro de nosotros mismos, y lloremos al ver llorar á Jesús. Lloremos nuestros pecados y los ajenos, y temblemos también porque esta clase de culpas atrae siempre sobre la tierra castigos del cielo.

ORACIÓN.

¡Oh amantísimo Jesús, tan afrentado por nosotros! no miréis ya esos pecados que quisisteis destruír por medio de tan horribles tormentos; por vuestras amarguras perdonad los crímenes y los excesos abominables con que está manchada toda la tierra. Perdonadnos, Señor, libradnos del furor de las vergonzosas pasiones de este siglo, y tened misericordia de nosotros. Amén.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

Cuarta.

Meditemos cuán grande sería la pena que desgarró el Corazón Santísimo de Jesús, al contemplar el rubor virginal que cubría la frente purísima de su santísima Madre, al ver que ya sus enemigos empezaban á desnudarle.

¡Ah! quizá en aquel momento la Santísima Virgen estrechando fuertemente sus manos y apretándolas contra su corazón volvió hacia atrás su rostro para no ver ultrajar así á su Dios y á su Hijo divino.

Y nosotros que hemos sido la causa de tantas amarguras, nosotros que con nuestras culpas tal vez hemos obligado al Señor á apartar de nosotros sus divinos ojos, ¿no lloraremos las amarguras de Jesús, los dolores de María y nues

tras propias culpas? Llorémoslas, pues, siquiera un momento en la presencia del Señor, pidiéndole perdón.

ORACIÓN.

¡Oh Jesús dulcísimo! no sean ya más nuestros pecados la causa de que Vos apartéis de nosotros vuestros divinos ojos, y nos dejéis sumergir en el mar de calamidades espirituales y temporales que nos cercan. Por vuestras amarguras y por el rubor virginal de vuestra purísima Madre, dignaos escuchar los ruegos de las almas puras y perdonar á las culpadas. Sí, dulcísimo Jesús, dignaos perdonarnos y tener misericordia de nosotros. Amén.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

Quinta.

El Hijo de Dios despojado de sus vestiduras, tendido sobre la tierra, con la frente sumida en polvo, despedazado y cubierto de sangre, como un gusano estrujado por los pies de los hombres, ha querido enseñarnos, oh almas cristianas, á practicar la humildad, la resignación y la paciencia; ha querido enseñarnos á soportar las injurias de los hombres, y á despreciar todas las cosas terrenas. Ah! ¿qué frutos hemos sacado de sus lecciones?

¡Volvamos los ojos al interior de nuestras almas y cotejemos nuestra vida con este divino modelo! ¡Cuánta altivez y orgullo en nosotros! ¡Cuánto apego á las vanidades y á los mentidos bienes de la tierra! ¡Ah! detengámonos unos momentos llenos de arrepentimiento, y lloremos el estado de nuestras almas, pidiendo perdón al Señor.

ORACIÓN.

¡Perdón, dulcísimo Jesús! perdón para las almas culpables que tenéis en vuestra presencia: y pues vuestro amor os hizo padecer por nuestro remedio tantas penas, enseñadnos á ser humildes, obedientes y resignados: enseñadnos á despreciar todo lo terreno: despojadnos de todo lo que en nosotros os desagrada: pero en cambio dejadnos la fe, el tesoro de vuestra santa Religión, con todos sus auxilios y con todos sus consuelos; dadnos vuestro amor y vuestra divina gracia; proteged á la santa Iglesia, á nuestro sumo Pontífice y á nuestro Prelado diocesano: santificad á todo el clero católico: apartad del pueblo colombiano los azotes de vuestra justicia: perdonad nuestros pecados, y haced que viviendo fieles á vuestra santa ley, exhalemos el último suspiro en los brazos de vuestra miseri-

cordia, y pasemos á la patria celestial á veros y bendeciros eternamente. Amén.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

ACTOS

DE FE, ESPERANZA Y CARIDAD.

Creo en Dios Padre : creo en Dios Hijo : creo en Dios Espíritu Santo : tres personas distintas y un solo Dios verdadero : creo que la segunda persona de la Santísima Trinidad, que es el Hijo, se hizo hombre en las purísimas entrañas de María Santísima, quedando esta Señora, Virgen purísima, antes del parto, en el parto y después del parto siempre Virgen : creo y confieso todo lo qne cree y confiesa nuestra santa Madre Iglesia católica, apostólica, romana, y en esta fe y creencia quiero vivir y protesto morir.

Espero en Dios Padre, espero en Dios Hijo, espero en Dios Espíritu Santo, espero en mi Dios, que por los méritos de mi Señor Jesucristo, por la intercesión de María Santísima y mis buenas obras, me han de perdonar mis culpas y pecados, me han de dar su gracia y después su gloria.

Amo á Dios Padre, amo á Dios Hijo, amo á Dios Espíritu Santo : amo á mi Dios y quisiera amarle con aquel amor

con que le aman los ángeles y santos : amo á mi Dios y quisiera amarle con aquel amor con que le ama María Santísima : amo á mi Dios y quisiera amarle, si posible fuera, con el mismo amor con que este Señor se ama á sí mismo : amo á mi Dios, amo á mi Dios, amo á mi Dios, y de no haberle amado y de haberle ofendido, en el alma me pesa : pequé, Señor, habed misericordia de mí. Amén.

S. S. Benedicto XIV concedió indulgencia plenaria en cada mes á los que, habiendo confesado y comulgado, rezaren estos actos, y otra indulgencia plenaria en artículo de muerte.

SÚPLICA

AL DULCÍSIMO NOMBRE DE JESÚS.

¡Jesús! ¡dulce Jesús! Nombre divino,
Emblema del amor de un Dios clemente;
Jesús que sobre el Gólgota pendiente,
A los hombres quisiste rescatar!
Yo me postro, Señor, en tu presencia,
Confiado en tus auxilios soberanos,
Y encomiendo mi espíritu en tus manos
Ahora y en el momento de expirar.

Cuando mis manos trémulas y torpes
No puedan estrechar contra mi pecho
Tu sacrosanta imagen, y en el lecho
Caigan sin fuerza á impulso del dolor;
Y torne á ti mis ojos angustiados,
Al horror de la muerte contorcidos,

Escucha bondadoso mis gemidos
¡Oh buen Jesús! ampáreme tu amor.
Cuando cubierto de sudor y llanto
Cause horror mi semblante descarnado,
Y se agite mi espíritu angustiado
Al contemplar la inmensa eternidad;
¡Jesús! ¡dulce Jesús! no me abandones
Y hallaré en ti consuelo y fortaleza,
Porque infinita, oh Dios, es tu grandeza,
Infinitos tu amor y tu bondad.
Cuando mis labios yertos y convulsos
Por la postrera vez tu nombre invoquen,
Deja que en tu costado se coloquen
Y que muera abrazado con la cruz:
No abandones, Señor, en ese instante
Una alma con tu sangre redimida,
Para que halle en el cielo nueva vida,
Y alabe siempre el nombre de Jesús.
Y tú, Virgen santísima, que siempre
Has sido para mí Madre amorosa,
En esa hora terrible y congojosa
No me niegues tu amable protección;
Para que al fin de mi fugaz carrera,
Sobre el mar borrascoso de la vida,
Mi alma, de mil pasiones combatida
Halle una tabla en ti de salvación.

FIN.

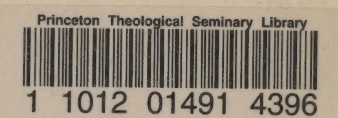
ÍNDICE

SEGUNDA PARTE

Comprende el ejercicio para la Confesión y Comunión y Visitas al Smo. Sacramento.

CONFESIÓN.

Oraciones para recibir dignamente la Sagrada Comunión.



Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01491 4396